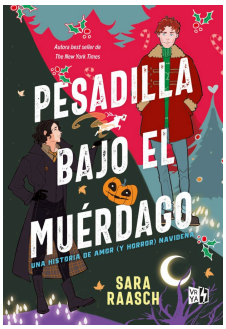

Autora best seller de
The New York Times
PESADILLA BAJO EL MUÉRDAGO
UNA HISTORIA DE AMOR (Y HORROR) NAVIDEÑA
SARA RAASCH
VR YA



TODO EMPIEZA CON UN BESO PROHIBIDO ENTRE LA NAVIDAD Y EL HALLOWEEN.

Nicholas "Coal" Claus, príncipe y oveja negra de Navidad, espera cualquier cosa de su padre, el Santa regente. Pero, aun así, su compromiso arreglado con la princesa de las Pascuas lo toma por sorpresa.

Especialmente cuando Halloween interviene para frenar esa alianza estratégica y su padre saca otro truco de debajo del gorro: una competencia falsa para controlar a sus rivales. Ahora, el príncipe de Navidad y el de Halloween deberán enfrentarse por un matrimonio que ninguno de los dos quiere, porque hay un pequeño detalle…

Hex Hallow es todo lo que se puede esperar del heredero de la festividad más escalofriante del año: oscuro, misterioso y, para desgracia de Coal, el mismo extraño al que le robó un beso apasionado en un callejón hace un año y medio.

Rodeados de cámaras, villancicos insoportables y una atracción capaz de derretir el Polo Norte, mantener las manos quietas será el

mayor desafío de sus vidas. Eso… y no desatar una guerra entre Festividades ni terminar en un matrimonio no deseado en el intento.

LA DOSIS DE ROMANCE, PICARDÍA Y SPICE QUE TU NAVIDAD NECESITABA.

SARA RAASCH

Creció entre los campos de maíz de Ohio y actualmente vive en el Triángulo Histórico de Virginia. Es autora *best seller* del *New York Times* de múltiples libros juveniles y adultos.

En *Pesadilla bajo el muérdago*, Raasch ofrece a los lectores toda la alegría, el humor irreverente y la sensualidad chispeante de sus comedias festivas favoritas.



SARA RAASCH

Traducción: Marina Andrea Raimundo

VR YA

Siempre bromeo con que voy a dedicarles mis libros a ustedes, los lectores.
Pero ¿a este? De verdad lo digo. Este libro es para ustedes.
Solo quiero hacerlos sonreír.
Todos nos merecemos eso.




CAPÍTULO UNO

Vacaciones de verano.
Después del segundo año de universidad.

No sé por qué pensé que podía quedarme bien.

La camisa color salmón, quiero decir. Soy demasiado pálido, salgo desvaído en cada fotografía… O no, un momento, esa no es tan mala. Estoy parado en los escalones de la mansión de Lily e Iris, justo antes de que todo se fuera al carajo, así que todavía estoy mostrando la sonrisa altanera que uso de máscara. Si estuviera en blanco y negro, sería una fotografía respetable.

Ja. Respetable.

Después de esta noche, me sorprende que pueda pensar en esa palabra sin que una parte de mi cerebro haga combustión espontánea.

Así que la pienso otra vez. *Respetable*.

No hay llamas. Es como un truco de magia.

Y dado que ya he bebido como cuatro Martinis sucios con vodka que pido como "vodka que en algún momento aspiró a ser Martini antes de seguir una carrera solista", muevo la cabeza y digo mirando a mi teléfono:

–Rrrrrespetable. –Y entonces me pongo a tararear en inglés y luego a cantar en voz baja–: R-E-S-P-E…

–No metas a Aretha Franklin en tus problemas.

El taburete de al lado gruñe cuando mi hermano se sienta sobre él de golpe. Yo echo un vistazo a mi alrededor, pero Iris no está allí (todavía). No puede estar muy lejos.

Si es que quiere seguir viéndome. ¿Cuán molesta estará porque arruiné el cumpleaños de su hermana? ¿O acaso estará más molesta por *la forma* en que arruiné el cumpleaños de su hermana?

Levanto la copa transpirada de mi cuarto (¿Quinto? Cuarto. ¿Quinto?) Martini con vodka y trago la mitad de mi seco y amargo vicio, luego continúo mirando el sitio de paparazi. Los titulares anuncian: EL DESASTRE MÁS RECIENTE DEL PRÍNCIPE NICHOLAS esto y EL PRÍNCIPE NICHOLAS: ¿POR FIN SE PASÓ DE LA RAYA? aquello. En el televisor que está por encima de la barra están pasando un partido de básquetbol y al pie de la pantalla muestran titulares como: LA NACIÓN CONCEDE MILLONES DE OBSEQUIOS DE "SANTA" DE LA NOCHE A LA MAÑANA; SE CULPA A UN SOSPECHOSO ERROR DE ENVÍO; SEGUIREMOS INFORMANDO…

–Ay, *esa* sí que es una buena fotografía –digo a Kris, porque él me ha seguido hasta aquí, así que sabe muy bien que eso significa que será el destinatario de mi… *mierda.*

Lo que también rima con verga. Me enderezo sobre el taburete y miro el techo porque, al parecer, *allí* es donde se encuentra mi límite. Me río como un ebrio ante las bromas de penes que me hago a mí mismo.

No sería errado decir que un chiste de penes que te haces a ti mismo es uno de masturbación.

Escondo el rostro bajo las manos.

–Qué mierda, maldita sea.

–Sip –concuerda Kris. Luego le dice al cantinero–: Dos aguas. Está en el límite.

–Vete al diablo.

–Pensándolo mejor, deme la pistola de soda para lanzarle un chorro al rostro.

Dejo caer las manos. Lo veo doble, así que entrecierro los ojos y, ah, allí está.

Kris se parece a mí, pero si yo estuviera sobrio y no estuviera hecho un completo desastre. Rizos castaños, ojos azules, piel pálida que debería decirle que no combina bien con tonos rosados, un aviso amistoso entre hermanos. Tiene el cabello largo en un rodete, se ha quitado la chaqueta del traje y desabotonado su camisa, por lo que muestra su camise…

No es una camiseta común y corriente. Es verde brillante y dice "JO, JO, HOT. FELIZ NAVIDAD" a lo largo del pecho. Partes de sus tatuajes se asoman por debajo de las mangas. Está muy claro que compra estas camisetas demasiado ajustadas a propósito.

–¿Tuviste eso puesto debajo del traje toda la noche? –le pregunto.

–Sí, de eso es de lo que deberíamos hablar en este momento. Moda.

Volteo mi teléfono.

–En eso pensaba antes de que me encontraras.

–En el mismo bar al que huyes siempre.

Me agrada este bar porque puedo caminar hasta aquí desde el campus y tiene el beneficio de que jamás está atiborrado. Incluso ahora mismo, a las siete de la noche de un viernes, está medio lleno. Los estudiantes se apiñan en las mesas para conversar, con sus camisetas informales de Yale, la rocola toca alguna vibrante canción country lo suficientemente bajo como para que puedan oírse las conversaciones.

Kris se encoge de hombros.

–Hay otros bares en New Haven, ¿sabes?, si *de verdad* quisieras esconderte. El hecho de que vinieras aquí me dice que querías que te encontrara.

–Como mi hermanito pequeño, está legalmente prohibido que me psicoanalices.

Él arruga la nariz.

–Soy apenas catorce meses menor que tú.

–Hermanito. Pequeño. –Lo pincho con un dedo en el bíceps. Luego lo miro con desdén, celoso de su tamaño. Los hermanos menores también deberían tener legalmente prohibido ponerse más musculosos que el hermano mayor. Pero es probable que eso

requiera que dicho hermano mayor pise un gimnasio en más de alguna que otra ocasión, así que, al diablo con eso. Se lo cederé.

Cuando inhala, en clara señal de que está a punto de cambiar de tema, le muestro la primera foto del sitio de paparazi, en la que estoy con la camisa color salmón.

–¿Por qué carajo me dejaste salir en público con…?

–Coal.

Suelto el teléfono y me extiendo para tomar la copa, pero Kris pone una mano encima de ella.

–¿Te das cuenta de lo mucho que la cagaste? –Su voz suena baja.

–Sí…

–A pesar de todas tus estupideces, jamás creí que tú… Espera, ¿sí?

No levanto los ojos para mirarlo. Solo se quedan fijos en las gotas condensadas que caen por el costado de mi copa, que todavía está atrapada debajo de su mano.

–Sí, de verdad. No lo hice… Yo solo… Mierda.

–Tendrás que decirme algo más que eso, hermano.

Me quedo con la boca abierta, como un pez ebrio. Pero no tengo nada. Nada que pueda decir para arreglar las cosas.

Esa es la razón por la que hui de la fiesta como un cobarde. Porque eso soy. Un cobarde y un inútil, y esta noche batí el récord en las dos áreas.

Kris saca la mano de mi copa para frotársela por el rostro. La energía que emana mi hermano –lástima, cansancio y un leve matiz de hartazgo– por poco hace que el maldito alcohol en mis venas se evapore.

Soy consciente de que Kris e Iris siempre están al límite de la locura por mis payasadas, pero por lo general terminan riéndose conmigo. Y esas risas influyen en mí mucho más que cualquier castigo por mis acciones. Si puedo hacer que ellos sonrían, sé que no solo no la he cagado tanto, sino que también he triunfado como bobalicón encantador.

Como la vez que hice que nuestra escuela secundaria se pusiera en venta. Hasta involucré a un agente inmobiliario y toda la cosa.

Tuvieron que cancelar las clases durante una semana entera para aclarar la confusión.

O la vez que llené una catedral con pollos justo antes de la ceremonia de Pascuas.

O la vez en que, en el Baile Anual de Víspera de Navidad, manipulé el sistema de sonido para que tocara sin parar *Yo soy Santa Claus*, una parodia de la canción *Iron Man* de Black Sabbath. Sonó *diecisiete veces* antes de que el personal lograra detenerla. Algunas personas lloraban.

Pero eso fue inofensivo. Todo lo ha sido. Eso es lo que tengo para ofrecer: estupideces inocuas y sin sentido.

Hasta ahora.

–No quise hacer nada malo –me disculpo. El aire está rancio y huele como si algo se estuviera quemando en la freidora de la cocina–. Ni quería hacer una broma.

–Entonces, ¿qué carajo buscabas? –Kris está luchando por no dejar en evidencia lo molesto que está, puedo notarlo, pero también pelea por ocultar la lástima y no sé qué es peor. Entonces, se pone pálido–: Espera. Si no era por diversión, ¿estabas intentando ocasionar un incidente? ¿Como un sabotaje para exponernos al mundo real?

Palidezco.

–No. Kris. ¿De verdad crees que haría eso?

Su pausa resuena más fuerte que cualquier cosa que haya dicho. Si estuviera más sobrio, sería capaz de reaccionar mejor. Darle una explicación que arreglara todo esto. Pero me golpea la avalancha de todas mis cagadas, mi reputación de no tomarme jamás nada en serio y perder el tiempo, y no logro encontrar ninguna. Las palabras se me agolpan en la lengua. Bebo los restos de la bebida, pero allí se quedan mis excusas, pegadas a mi boca.

¿Acaso alguien me creería si dijera que estaba intentando mejorar las cosas? El príncipe Nicholas, el favorito de la prensa, estuvo tratando de hacer *algo bueno* por primera vez. Y, de un modo verdaderamente poético, logró cagarla peor que de costumbre.

La prensa no me creería. ¿Y Kris?

–Entonces, ¿qué estabas intentando hacer? –me pregunta con lentitud–. ¿Desquitarte con papá por arrastrarte al entrenamiento?

Contemplo el perfil de su rostro e inhalo con un temblor. Haré que estas palabras salgan de mi boca, porque si no se las puedo contar a *mi hermano*, explicarle lo que había querido hacer y por qué, entonces…

Mi teléfono vibra al lado de la copa, que ahora está vacía.

Me sorprende que se tardara tanto en llamarme.

Kris toma el aparato y me lo alcanza.

–Responde.

Normalmente discutiría, porque él sabe lo que me está pidiendo y yo sé que él sabe lo que me está pidiendo. Pero su tono todavía zumba en el ambiente y todo el vodka que hay en mi torrente sanguíneo no hace nada para contrarrestar el terror que me está rasgando el pecho.

Contesto con el teléfono entre el hombro y la oreja.

–Hola, papá.

–Nicholas. Regresarás a casa y te encargarás de corregir esta situación. *Ahora*.

Rasco una mancha que hay en la superficie de la barra.

–No estoy seguro de que mi presencia ayude.

–No estás en posición de decidir qué ayudaría y qué no –dice papá, con la voz inmutable–. Ya tengo al personal desmontando lo que hiciste y vendrás aquí para demostrar que este *error de envío* es de suma importancia para ti y que comprendes la gravedad de este desliz. Es un comportamiento escandaloso en cualquier entorno respetable…

Mi cerebro se pone a cantar *R-E-S-P-E-C-T* otra vez. Echo un vistazo a Kris y vuelvo a concentrarme en la llamada.

–… pero *en especial* para el príncipe de Navidad.

Ah, allí está. El punto sobre el que gira cada conversación con mi padre.

El resto de lo que dijo empuja en mi mente como líquido queriendo absorberse en una esponja sobresaturada.

Él no quiere que arregle lo que hice. No quiere que yo asuma la culpa. Me quiere allí para que salga en las fotografías. Para que pose

y sonría, y refuerce cualquiera sea la noticia que esté difundiendo la prensa de Festividades, una fachada muy superficial para salvar nuestra reputación ante las otras Festividades y su gente.

La furia estalla de repente con un destello brillante. No debería sorprenderme que él esté haciendo esto otra vez, pero así es y estoy enfadado.

–Ah, sí… Ya voy para allí –respondo brusco–. No puedo permitir que los paparazis piensen que no estoy lo suficientemente arrepentido. Como con toda esta farsa del entrenamiento, tengo que convencerlos de que no soy un completo inútil, sin importar cuán falso eso sea.

–El entrenamiento no es *una farsa* –dice papá. Pasa por alto mi comentario sobre ser un completo inútil; esa omisión es una confirmación que lucho por no sentir en la boca del estómago–. Ya era hora de que tomaras un rol de liderazgo en Navidad. Que escogieras no hacer nada con la oportunidad que te di solo confirma que estaba en lo correcto al dudar si confiar en ti.

–Otra vez –agrego sin pensar.

–¿Qué?

–Confiar en mí *otra vez*. –Estoy lo suficientemente ebrio como para creer que es buena idea sacar este tema–. Esta no fue mi primera sesión de entrenamiento, ¿recuerdas?

Él se queda en silencio por un instante. *¿Lo recuerda?* Tiene que hacerlo. Yo era muy joven, pero él también. Me había mostrado el globo terráqueo donde rastreamos la alegría, la magia, los presentes y *todo*. Entonces, movió una mano por encima de él como si literalmente me estuviera entregando el mundo.

"Estas son las personas que nos necesitan", me había dicho. "Y me refiero a nosotros, Nicholas. A ti y a mí. Hacer al mundo feliz será tu trabajo algún día".

Aunque hayan pasado años, el maldito recuerdo sigue siendo potente por varias razones que me niego a reconocer. Y ahora, al pensar en todo eso, no puedo evitar odiarme a mí mismo por haberme aferrado a él.

–Lo recuerdo –dice papá. ¿Acaso hay… debilidad en su voz?

Oh, miren, puedo estar molesto y sentirme optimista al mismo tiempo.

Papá carraspea y se oye como un choque en cadena de cinco automóviles.

–Eras un niño –continúa–. Eso está en el pasado. Lo único importante es el *ahora*, y *ahora mismo* me has decepcionado.

No debería dolerme. He logrado que ser una decepción constituya como el ochenta por ciento de mi personalidad.

Pero por un segundo no puedo respirar.

Papá me ha mantenido al margen durante años –desde aquella explicación que me dio de niño que no llegó mucho más lejos, por sus propios problemas y más adelante gracias a mi *reputación dañada*–, pero algo en el hecho de que ya esté a mitad de mi carrera universitaria lo hizo entrar en acción: este verano debía comenzar a *tomarme las cosas en serio*.

Me hizo empezar a entrenar con varios de los jefes de departamento del Polo Norte, lo cual, para ser honesto, había sonado… grandioso. *Involucrarse*, ver lo que estaba sucediendo detrás de todas las cortinas de humo que papá suele armar para las relaciones públicas. Aquella esperanza cayó muy rápido cuando me advirtió que no debía tocar nada. "Solo haz exactamente lo que los jefes de departamento te ordenen, Nicholas, escucha las explicaciones que cada grupo te dé y sonríe para las cámaras, para que de una vez por todas los titulares sean respetables". *El rey Claus intenta hacer algo bueno con el príncipe Nicholas. Ay, Dios, ¿deberían dejarlo acercarse a maquinaria pesada?*

El entrenamiento había sido una mentira, como todo lo demás. Él no quería que *yo hiciera* nada. Fue un arreglo para recuperar nuestra reputación como los mejores, los más grandes, bla, bla, *pura mierda*. Estoy cansado y ebrio, y me arrepiento de lo que hice más de lo puedo poner en palabras, y el hecho de que *no pueda* ponerlo en palabras me hace escupir las únicas que se me vienen a la mente:

–Tienes razón. No deberías haber confiado en mí. Porque yo estaba intentando *ayudar* a las personas, no la mierda que tú sueles hacer. ¿Al menos te importa lo que estaba intentado…?

–No me importa qué intentabas hacer, Nicholas, porque el resultado fue un *colapso económico*.

Un peso se desploma en mi interior, extingue mi ira de manera tan abrupta que su ausencia me deja sin aire. Mi padre habla tan fuerte que Kris puede oír la conversación desde su lugar y le da un sorbo al agua. Ahora se ve menos enfadado conmigo, más empático.

–Yo… –Me pellizco la piel del entrecejo, lucho por respirar–. Yo no…

–La única manera en la que puedes contribuir, y en la que *contribuirás*, para deshacer este caos es *estando aquí* para ofrecer tu apoyo. Jamás en la historia de nuestra familia un príncipe de Navidad ha hecho mal uso de nuestra magia de un modo tan grave. Jamás…

–Yo no le di un uso *tan grave*. Estaba…

–Accediste a la base de datos de las cartas de Navidad sin cumplir y le diste a cada niño de la capital de Nueva Koah todos sus deseos pendientes. Puede que los hayas hecho felices *en el momento*, pero no pensaste más allá de eso. Jamás piensas en las consecuencias a largo plazo de tus acciones.

Veo el brillo de la pantalla de la computadora frente a la que me había sentado después de todo un día de aquí para allá con varios jefes de departamento, de que me siguieran los periodistas de Festividades, de enmascarar cada acción y limitar las emociones, y de que todo fuera tan *falso*.

Regresé a "Cartas" porque eso era real. Esa era la única conexión con niños *reales*, con el mundo exterior que cree en nuestra magia.

No había tenido la intención de hacer nada. Solo había querido… *algo*. Lo había querido, y todavía lo quiero, y eso se siente como un doloroso agujero en el pecho.

"Querido Santa", decía una carta. "Este año mi mamá perdió el empleo…".

"Querido Santa: la abuela dice que no podemos comprar zapatos nuevos, así que tal vez tú podrías ayudarnos…".

"Querido Santa: papá se fue y no creo que esta vez vaya a regresar...".

El jefe de departamento había hablado con la prensa frente a mí, acerca de cómo archivan las cartas para comparar la evolución de lo que piden los niños, cómo extrapolan el mejor regalo único que se les envía cada año, etcétera. Yo había dejado de poner atención porque, ¿honestamente? Todas esas historias que te parten el corazón y la mayoría de los niños termina pidiendo una PlayStation o un peluche. Eso no les traerá de regreso a su padre, pero al diablo, nosotros podemos darles todas las cosas materiales que piden, ¿no es así?

Al parecer, no. No podemos.

Al parecer, cuando se accede a la base de datos del Polo Norte y se elige un país al azar (por suerte lo había limitado a una ciudad en un país pequeño y no a nivel global) y se canaliza la magia de la Navidad para otorgar cada regalo pendiente a cada niño en dicho lugar, eso causa… problemas.

–*Millones* de obsequios –grita papá–. Muchos de los cuales *aparecieron* en las casas con la etiqueta de parte de Santa *en junio*. Y además de los obsequios en sí, miles de personas recibieron cantidades exorbitantes de dinero directamente en sus cuentas. Inundaste su economía, instigaste una hiperinflación y…

–Papá…

–… *disturbios*, Nicholas. El príncipe de Navidad causó *disturbios*.

La mirada me queda fija sobre la superficie de la barra y me obligo a no pensar en las ramificaciones de lo que he hecho. El dolor que he causado. *Disturbios*.

La noticia del desastre se dio a conocer justo en medio de la fiesta de cumpleaños de Lily, así que mi auténtica reacción de horror quedó inmortalizada por parte de la prensa cuando logré aclarar que, de algún modo, yo lo había causado. Entonces, Lily había comenzado a gritarme, también fue inmortalizado, junto con mi maldita huida pública porque *llevé a todo un país a la ruina*.

Vuelvo a concentrarme en el televisor. Uno de los titulares que ahora pasa por debajo de la pantalla dice:

PRESUNTOS ERRORES BANCARIOS Y DE ENVÍOS CAUSAN DISTURBIOS. LOS CIUDADANOS SALEN A SAQUEAR TIENDAS Y LOS ROBOS SE INCREMENTAN.

Cualquiera que sea la noticia que esté dando la prensa de Festividades, esta se mantendrá en nuestro círculo protegido por magia. El mundo real continuará creyendo que esta es una afluencia de capital y que los obsequios se debieron a una falla técnica de varias empresas de envíos y de bancos.

"Querido Santa:
Papá se fue.
No creo que esta vez regrese.
En realidad, quiero que mamá tenga algo de dinero para Navidad, así no tendrá que preocuparse por que él nos ayude, ¿sí?".

Había estado intentando ayudar a las personas. Yo *sabía* que las estaba ayudando.

Pero les empeoré la vida mucho, mucho más.

–¿Cómo…? –Carraspeo, con la intención de que el mareo del vodka se evapore, pero solo parece duplicarse–. ¿Cómo vas a arreglar…?

Papá me ignora, sigue despotricando sin detenerse y yo solo me enfado por un segundo. En este momento no tengo argumentos para defenderme, ni siquiera uno.

–Tal vez no has puesto atención a nuestra realidad –dice él–, y al hecho de que nuestra Festividad esté posicionada para ganar más renombre a nivel mundial que en ningún otro momento de la historia. Extender nuestros alcances requerirá de cosas como magia y *reputación*.

–¿Acaso eso es lo más importante en este…?

–La Navidad domina las noticias que publica la prensa. Es una responsabilidad y un *regalo* que tú has despreciado por mucho tiempo. ¿No has visto cómo se habla de las otras Festividades? El día

de San Valentín, San Patricio, incluso Pascua: apenas las toman en serio. Nosotros somos la personificación de la integridad y la alegría…

–Papá…

–… y eso significa que i*no somos* quienes inician el colapso económico de una pequeña nación en las islas del Pacífico!

–*¡DETENTE!*

No era mi intención gritarle. Pero un poco sí y Kris me mira frunciendo el ceño, es pura comprensión, y al diablo si me la merezco. Las personas que están cerca de mí también me miran y yo me encorvo, me llevo el teléfono al pecho para hacer una mueca de dolor antes de devolverlo a la otra oreja.

Cierro los ojos con fuerza.

–Volveré a casa. Lo juro. Solo… deja… que se me pase la borrachera.

–¿Estás *ebrio*? –chilla mi padre en mi oído–. ¿Dejaste el caos que generaste para ir a *embriagarte*?

–Yo estoy aquí –dice Kris, inclinado por encima de mi hombro–. No dejaré que Coal haga…

–*Nicholas* –responde papá y Kris se echa hacia atrás.

Kris ha escogido las prendas navideñas irreverentes y un sinfín de tatuajes que esconde debajo de dichas prendas como su acto hípster de rebeldía. Yo, entre otras cosas, elegí ese sobrenombre. Fue demasiado perfecto como para resistirme, justo en medio del nombre que heredé de papá. *Nick-coal-as*. Mi padre jamás apreció la deliciosa ironía de que "coal" sea "carbón" en inglés.

Aunque en este momento no me parece para nada osado.

El silencio de papá es mordaz. Tanto que puedo imaginar el modo exacto en que me miraría con furia si estuviera aquí: ojos oscuros, con algún tipo de magia como táctica de intimidación (ensombrecer las luces, bajar de golpe la temperatura). Kris y yo puede que tengamos la capacidad de conectarnos con la magia de la Navidad de formas pequeñas, como trucos de salón. Pero la conexión de papá es algo que está más allá.

–Las cosas que haces importan, Nicholas –dice–. La imagen que presentas a nuestro pueblo y ante las otras Festividades es

importante. Todos los involucrados en llevar la Navidad al mundo normal recurren a nuestra familia. Esas son *miles* de personas en la Ciudad del Polo Norte, ¿te das cuenta? ¿Qué pasaría si dejaran de tomar sus tareas en serio debido al ejemplo que tú das? Solo en las últimas décadas, la Navidad se ha extendido hasta países a los que antes jamás hubiera podido acceder. Cada Festividad recurre a *nosotros*.

–¿Recurre a nosotros para *qué*? –Siento que esta noche me han golpeado las entrañas desde todas partes y que, lo que suele ser un dolor de fondo, ha pasado con furia a la primera plana, donde yo mismo lo estampé al pensar inocentemente que podría lograr algún cambio real–. Damos la imagen perfecta a la prensa de Festividades, el apellido Claus es impoluto, nos la pasamos acumulando alegría para un solo maldito día, que se olvida tan pronto como pasa, y *¿qué?* ¿Eso es todo?

–¿Eso es todo lo que crees que hacemos?

Sí. No. Mierda, no debería haber atendido la llamada en este estado.

Otro suspiro bien ganado zumba en mi oído.

–Ahora ves con tus propios ojos por qué no utilizamos nuestra magia de un modo más extensivo. Claro que contagiamos alegría. Incluso si todo es tan frívolo como lo haces parecer, ¿qué más quieres? ¿Acaso no es suficiente?

Estoy tan ebrio. Tal malditamente ebrio. Y esa es la razón por la que mi respuesta es:

–No fue suficiente para que mamá no se marchara.

Todos mis músculos se tensan.

La llamada se queda tan en silencio que creo que él colgó.

Cuando comienza a hablar otra vez, su voz suena sin ningún tipo de emoción.

–Esta es la última advertencia que te doy. No más calamidades, no más vergüenzas. Tú serás la encarnación del heredero de Navidad. Con suerte, esta vez podré arreglar tu desastre. *Ven a casa*. No es solo tu futuro el que está en riesgo, Nicholas. Es el futuro de la Navidad. Incluso el futuro de tu hermano. Ya es hora de que comiences a pensar más que en ti mismo.

Se oye un *clic* y termina la llamada.

Suelto un jadeo en el vacío del silencio.

Rígido, bajo el teléfono y giro sobre el taburete, luchando por poner una expresión que le reste importancia a todo. Es lo que hago. Esta fue otra diablura de Coal, ja, ja, más recuerdos a la larga lista de mis habituales travesuras imprudentes.

Kris está… ¿sonrojado? Eso me dice que Iris está aquí. Entonces, la visión estrecha que me provoca el vodka hace que mi reacción procese, segundo a segundo, que es ella quien está detrás de él. Debería advertirle sobre las mujeres Pascual. *No te involucres, hermano.* Ellas harán… ¿qué? *Yo* estropeé mi relación con Lily. Ella debería advertirle a Iris sobre los hombres Claus.

Iris está de brazos cruzados, se ve como si quisiera estar enfadada, pero titubea con lástima.

Fue espléndida al cumpleaños de su hermana y todavía luce arreglada, no tiene un solo cabello fuera de lugar. Peinó sus trenzas en lo que ella llamó "moños locos" y les puso amatistas que combinan con su vestido violeta brillante. No creo haberla visto jamás con otro color, lo cual es parte de su propia imagen esculpida de princesa perfecta de las Pascuas, incluso en este bar mugriento de universidad.

Siento la garganta áspera cuando me obligo a tragar. Debería explicarles a Kris y a Iris por qué hice lo que hice. Debería suplicarles que me perdonen. Debería hacer *algo* para compensar ser quien *soy*, pero el teléfono me pesa en la mano y en el maldito bar de pronto hace tanto calor que no puedo respirar.

–¿Qué dijo? –pregunta Kris como si estuviera intentando calmar a un animal asustado.

–¿Te encuentras bien? –agrega Iris.

Grandioso. Lástima y precaución.

–Nada. Está bien –miento y meto el teléfono en el bolsillo–. Me iré a casa tan pronto como se me vaya la borrachera. Necesito un poco de aire.

–Coal. –Kris intenta ponerse de pie cuando yo lo hago, pero sacudo una mano y no hago el mínimo intento por ocultar mi pánico.

–Solo denme un segundo, ¿de acuerdo? Ya regreso.

–*Vas* a regresar –me dice Kris–. No me hagas perseguirte otra vez. Nos iremos a casa juntos.

–Sí…, claro. Lo prometo. –Y me dirijo a la puerta frontal del bar.

Pero echo un vistazo por la ventana que da a la acera y me quedo helado.

El mundo normal no ha averiguado cómo es que mi papá logra visitar "cada hogar" en una noche. No es tan excitante, solo magia. Y cientos de empleados, por supuesto, pero mayormente magia. Una de las formas de hacerlo es tomar una hoja de muérdago, colgarla del marco de una puerta y *ita-da!* Un portal instantáneo hacia cualquier sitio que visualicemos.

Así es como la prensa de Festividades ha llegado hasta aquí tan rápido como yo, una vez que descubrieron a dónde me fui. La mayoría de las Festividades tienen algún tipo de magia para transportarse. Y me doy cuenta de que yo soy bastante predecible, como dijo Kris, porque aquí hay al menos tres reporteros. Cuando me ven acercarme a la salida, se voltean para poner atención, listos para fotografiar lo que sea que yo vaya a hacer o no y difundirlo en nuestras noticias. Los reconozco por sus insignias y *odio* que los vea tan seguido como para reconocerlos a simple vista a través de una ventana mugrienta: uno es de *Navidad Investiga*, una plataforma que solo se dedica a Navidad, mientras que los otros dos son del *Heraldo Festivo* y del *Semanario de Fiestas*, dos publicaciones más extensivas que acosan, digo, se *enfocan* en las travesuras de las familias reales de las Festividades.

Una gran cantidad de nuestra magia se destina a mantenernos separados del mundo normal y eso se extiende al internet: la gente común puede ver nuestras fotografías, pero todo lo que podrá averiguar es que somos miembros de la realeza extranjera. No puede ver las descripciones, ni nuestros nombres ni quiénes somos.

Eso no evita que todo esto me consuma por completo.

Titular:

EL PRÍNCIPE NICHOLAS AHOGA LAS PENAS EN LUGAR DE HACER ALGO PRODUCTIVO, PERO ¿QUÉ ESPERÁBAMOS?

Paso junto a Iris y Kris.

–Saldré por atrás –digo y me retiro antes de que respondan.

Me escabullo por un corredor que lleva a los tocadores, paso por una puerta que dice DEPÓSITO y empujo otra que dice SOLO EMPLEADOS. ¿Cómo sé cuál es la puerta que da al callejón trasero? Gracias a mi primera semana del primer año, una identificación falsa y demasiados tequilas.

El callejón está vacío, gracias al cielo. A mi izquierda se termina y, lejos, a mi derecha se abre hacia la calle. El aire de la noche no está menos caluroso que dentro; el calor del verano está atrapado en la humedad de una lluvia reciente, pero me dejo caer de espaldas sobre la pared de ladrillos y respiro como si eso fuera a ayudarme a equilibrar la balanza inestable que se inclina entre "está todo bien" y "ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, mierda".

Por lo general, mi único impulso es "ay, esto será divertido" y entonces me pongo en marcha sin que ningún otro razonamiento sea capaz de abrirse paso a través de la coraza de hormigón que rodea mi cerebro.

Pero ¿esta vez?

Había querido hacer algo real. Y había sido fácil. Fue fácil acceder a la base de datos, preparar el envío de obsequios fuera de la temporada. Fue fácil continuar como si todo fuera normal e ir a la fiesta de Lily. Y yo estaba *feliz* porque había hecho algo bueno por primera vez y vaya que eso te hace pensar.

Fui tan arrogante. Estaba tan *seguro* de que por fin había hecho algo para compartir alegría.

Y entonces comenzaron a circular las noticias del colapso de Nueva Koah en perfecta sincronización.

No puedo creer que haya mencionado a mi madre.

La puerta que está a mi lado se abre de golpe y doy un salto como de treinta centímetros en el aire.

Todavía tengo suficiente vodka dando vueltas por el cuerpo, así que es difícil descubrir quién es. Hay una luz que parpadea a unos metros de distancia en el callejón e ilumina desde atrás al hombre de contextura delgada y liviana.

Lo primero en que pienso es en los paparazis, pero el tipo no tiene cámara ni insignia, sino una camiseta negra y unos jeans negros agobiantemente ajustados. Mi confusión se aclara porque ¿acaso eso no es lo que llevaba puesto el cantinero? Entonces recuerdo el letrero de SOLO EMPLEADOS por el que pasé a toda prisa y mis ojos ruedan dentro de mi cráneo.

–Carajo. Lo siento.

El chico hace un sonido de sorpresa, casi como una risa.

–¿Qué sientes…?

Para ser más bajo y pequeño que yo, su voz suena profunda y cavernosa, y oírlo decir esas dos palabras dispara una ola de repercusión que me hace vibrar hasta el fondo de mis entrañas. Una reverberación que podría ganar una fortuna haciendo ASMR.

Rompo la hipnosis que me causa y dejo reposar un hombro contra la pared del callejón.

–Lo siento. Es algo que debería acostumbrarme a decir porque le debo disculpas a muchas personas. En realidad, si no te importa ponerte en la fila, sería grandioso.

Él parpadea hacia mí, todavía un poco alarmado.

–Yo…

–No es una fila muy larga. –Presiono mi palma sobre la sien. Eso no evita que el callejón siga dando vueltas como un zoótropo–. Eso es mentira. Es una fila larga. Te meterán detrás de mi padre eternamente decepcionado, mi novia… *ex*novia, cuya fiesta de cumpleaños arruiné, y de las personas que…, eh…

Me interrumpo a mí mismo.

Este parece ser un tipo normal y no puedo admitir ante él lo que hice. Ya fue lo suficientemente imprudente soltar todo en la fiesta de Lily, y de un modo que me plantó como problemático e irresponsable. Además, papá dejó en claro que cualquiera que sea la historia que está circulando ahora, es más para guardar las apariencias que para reconocer lo que hice.

Lo cual es una mierda. Debería asumir la culpa.

Aunque eso haré cuando regrese a casa y me quede por allí mientras otras personas mejores lo arreglan.

Dios, qué patético.

Cierro los ojos, me balanceo un poco, descoordinado. Suelto una carcajada. Siento los labios dormidos.

–¿Alguna vez tuviste uno de esos momentos… en que crees estar haciendo algo bueno, digo, que estás bien seguro de estar haciendo algo *de verdad muy bueno*, solo que todo vuela por los aires de un modo tan extraordinario que deberías ofrecerles tus servicios de destrucción a…? A los… Carajo. Los imbéciles. Las personas que acompañan las guerras y desvían fondos vendiendo armas y esas cosas.

El chico no responde.

Bajo la mirada. Él debería, como mínimo, volver corriendo adentro o, en primer lugar, reprenderme por salir sin permiso por la entrada de los empleados. Pero se queda allí de pie bajo la sombra. Su brillante cabello lacio es más corto a los costados, pero arriba es más largo y algunos mechones le caen sobre la frente. Y me está mirando con las cejas levantadas y con los ojos más redondos y enfocados que jamás he visto. De pronto siento que ser el objeto de su atención es un golpe de suerte.

Hace que mis músculos flojos se tensen. Mi mente ebria, que sigue girando, se aferra como un ancla y yo frunzo el ceño ante él por no tener la capacidad de hacer cualquier otra expresión facial en este momento.

–Estás ebrio –señala y me mira de arriba hacia abajo.

–Astuto.

Vuelve a mirarme a los ojos.

–Por favor, no te vendas a los traficantes de armas.

–¡Eso era! Traficantes de armas. Ay… Mierda. –Chasqueo los dedos. O eso intento. La mano no me funciona bien y termino acariciando un dedo con el pulgar.

¿Acaso eso es…?

Sí, lo es. Hay un ápice de sonrisa en sus labios. Esos labios arrastran –exigen–, *jalan* de mi atención. Y son de pronto *esos labios*, de *esa forma*; y en algún lugar de mi mente pienso que no debería estar mirando de este modo a este empleado errante de bar, pero no recuerdo por qué.

Ah. Porque acaban de romper conmigo. ¿Hay algún tipo de moratoria de coqueteo después de una separación? *Definitivamente* debería haber una moratoria de coqueteo después de colapsar la economía entera de un país.

Así que le digo a esos labios:

–No es gracioso. –Y frunzo el ceño con más fuerza, como si fuera culpa de ellos.

Su sonrisa fantasmal no se echa atrás.

–Desde luego que no.

–No…, no lo es. Yo sé qué es gracioso. Yo *soy* gracioso. ¿Esto? Esto no fue gracioso.

Él enarca una ceja. Esperando. ¿A que siga hablando?

Claro. ¿Por qué no? De pronto necesito hablar de esto, desahogarme y aquí está él. Y tal vez *sea él* el loco, porque podría irse pero no lo hace.

Mierda. ¿Será de la prensa? No. Es demasiado atractivo para ser paparazi.

Y me atraganto con la maldita triste historia, como si me hubieran apartado de mi cuerpo y me estuviera observando a mí mismo contándole todo a un perfecto desconocido.

Oficialmente, este es el gran adorno rojo del árbol de Navidad que representa mi vida.

–De todos modos, esta era una velada destinada al fracaso desde el inicio, porque Lily y yo íbamos a separarnos después de la fiesta sin importar qué sucediera. Tan solo teníamos que mostrarnos una noche más para las fotografías de la prensa, ¿verdad? Pero la semana pasada, lo intenté… Lo intenté, eso es lo más estúpido. Ese fui yo *intentándolo*. Y mi… mi familia tiene recursos, ¿verdad? –¿Por qué continúo preguntándole eso? Creo que también estoy caminando como león enjaulado–. Y jamás los usamos para nada que en realidad ayude a las personas. Así que lo hice. Pero no solo logré que las cosas empeoraran de manera *exponencial*, sino que, por supuesto, se supo durante la fiesta. Así que agrégale una separación pública al enterarme de lo mucho que les arruiné la vida a esas personas. Y no, no es nada gracioso. Para nada. Mierda.

Colapso sobre la pared del callejón y me froto el rostro, tratando de volver a sentir las mejillas.

Y ahora vengo a darme cuenta de que todavía traigo puesta esta *maldita camisa color salmón*.

Las cejas del chico están fruncidas de un modo analítico, como si no lograra entender cómo llegó hasta aquí, a ponerse a escuchar a un extraño divulgar su noche desastrosa, pero no está tomando notas, así que es probable que no sea de la prensa después de todo. Y parece… ¿triste, casi? Apenado. Como si comprendiera.

Lo cual es una locura. Estoy ebrio.

Sacudo los brazos, patético.

–No debería estar contándote esto.

–No, lo entiendo.

Arrugo el rostro a modo de pregunta.

Él aparta los ojos. La ausencia de su mirada es un tirón visceral y doy una zancada para acercarme. Con una mano me aferro a la pared porque el callejón todavía está ondeando en los costados de mi visión. Él no reacciona a mi movimiento. Parece perdido en sus pensamientos.

Entonces, levanta el mentón y me mira.

–Podemos creer que tenemos la mejor de las intenciones y aun así provocar un desastre –susurra.

Su crudeza me atrae, como si fuera una carnada. Antes de poder detenerme digo:

–Solo quiero sentirme bien. Sentirme *real*. –Sueno tan frágil como su voz, vacío de mis autocríticas previas, despojado de mi centro y me quedo inmóvil.

Su mirada me sostiene firme, evita que vuelva adentro para no sentir el ardor de la realidad.

–No sé si sentirse bien deba ser el objetivo –dice aún con ese tono quebradizo y doloroso–. Es más realista centrarse en cosas pequeñas. Una por día, que no esté empañada por el dolor. Día a día. Uno a uno, uno tras otro, hasta que hayas comenzado a reconstruir los cimientos que derrumbaste. Porque eso es la felicidad en la raíz: un cimiento. Y los cimientos jamás son una sola cosa, son varias cosas pequeñas entrelazadas entre sí.

Es un bonito concepto. Pero…

–Esa jamás ha sido mi experiencia, que las cosas pequeñas tengan un impacto a largo plazo. Se hacen añicos en el momento en que se les pone un peso encima.

–Tal vez has estado poniendo peso en las cosas incorrectas.

–¿Cuáles son las cosas correctas?

Su sonrisa cambia. Es como contenida, del tipo que no llega a ninguna otra parte de su rostro. Una reacción enérgica más que una emoción.

–Ay, no –dice–. Esto es demasiado filosófico para una conversación en el callejón de un bar.

–Espera. –Levanto una mano. Él solo se voltea hacia la puerta, se acerca a mí y mis dedos se curvan por propia voluntad alrededor de su brazo.

Él se detiene. A medio girar, con mi brazo cruzando su pecho.

–¿Cuáles son las cosas correctas? –vuelvo a preguntar.

Él me mira fijo, sus pupilas saltan entre las mías. Entonces, se lame los labios y el lustre de la humedad en el inferior, junto al rápido movimiento de su lengua rosada, me provoca un mareo.

Debería soltarle el brazo. Estoy hechizado por las palabras que salieron de su boca. *Felicidad*, *cimientos*. Y eso es todo lo que veo. Mi desastre se repliega a los confines de mi mente, así que todo queda reducido a este momento. No, a *él*. Y no puedo darme cuenta de si acaso él está sintiendo esto también o si yo lo estoy exagerando desmedidamente en una combinación de culpa y ebriedad.

El aire está cargado, adormece, y por un momento creo que no lo hago yo. Pero de repente hay una boca, una boca y una lengua. Y aquellos labios contra los míos. Y sí, tuve que haber sido yo. Y colapso. Mis dedos se hunden en sus cabellos y esa es mi ancla ahora, su rostro debajo del mío, el sabor a refresco en su boca y algo más, algo cegadoramente *masculino.* Mi pulso late fuerte en cada vena de mi cuello y en las puntas de mis dedos.

Su mano se convierte en un puño contra mi cadera y su lengua sale como un dardo para lamer la mía. Yo la atrapo, la succiono, me recompensan las palpitaciones que resuenan en su garganta: está

gimiendo. *Gimiendo* y, ay, Dios mío, siento esas vibraciones en los arcos de los pies.

Se oye un chillido metálico junto a nosotros y la realidad golpea con amabilidad contra la pared de mi ebriedad y murmura "la puerta del bar se está abriendo", entonces me empuja de vuelta al mundo como si me hubieran arrojado a una tina con hielo.

El bar. Los paparazis. La separación. El desastre que provoqué. Y aquí estoy besándome con un extraño en vez de hacer lo mínimo e indispensable.

Me aparto con fuerza del chico, pero él también ya lo está haciendo y yo me volteo, con las manos en alto. Allí está Iris, empujando la puerta.

–Mierda –digo, porque fue su hermana quien me acaba de dejar y ¿*ella* es quien me atrapa haciendo *esto*?

Iris parpadea para adaptarse a la oscuridad y, cuando frunce el entrecejo, es de preocupación, no para acusarme.

–Has estado aquí afuera un largo rato. ¿Estás bien?

–Estoy…

Me volteo. El callejón está vacío y vuelvo a girar, lo cual reactiva el torbellino agitado de ladrillos. Me tomo de los lados de la cabeza. La jaqueca baja hasta mi nuca y mis labios están suaves y cálidos y…

¿Qué carajos acaba de ocurrir?

Me volteo otra vez. No hay modo de que se haya ido tan rápido del callejón, a menos que haya salido corriendo hacia el extremo abierto. Dios, ¿acaso lo espanté tanto?

–Un chico –digo–. Estaba… estaba *aquí*.

–Un chico. –Iris me mira fijo sin sorprenderse.

–¡Lo juro! Iris…, estaba aquí. ¿A dónde habrá ido?

–Y tú quieres salir a buscar al joven misterioso en lugar de enfrentar la situación, ¿es eso?

–¡No! No. No es así…

¿Acaso lo aluciné? Mierda, no. *Todavía siento su sabor en mi boca*.

¿Acaso esta interacción fue algo más que arruiné esta noche? Ni siquiera le pregunté *el nombre*.

Dondequiera que esté, *quienquiera* que sea, ahora es solo Iris quien está en este callejón, pero alguien de la prensa podría haber

abierto esa puerta y yo tengo que ser más listo, tengo que *cambiar*. Mejorar. Comportarme como un maldito adulto.

–Lo siento –murmuro a Iris.

Justo antes de doblarme en dos y vomitarle los zapatos.

Iris y los chicos Claus

IRIS
encontraste a tu chico misterioso coal?

COAL
no. el cantinero dijo que no hay nadie con esa descripción que trabaje allí y que no vio llegar a nadie así

IRIS
bueno eso no sorprende. la mayoría de la gente no puede ver fantasmas

COAL
ERA UNA PERSONA REAL IRIS

KRIS
Honestamente, mejor para ti que fuera un fantasma, porque hay una gran probabilidad de que te hayas desahogado y besuqueado con alguien de la prensa.

COAL
gracias por decirlo con esa elocuencia
nos enteraremos si se dan a conocer los detalles de la historia verdad?
mieeeeeeerda

IRIS
permítanme distraerlos

COAL
por favor

IRIS
he decidido que con kris pensaremos en un castigo adecuado para coal

KRIS
Siempre estoy de humor para torturar a mi hermano.
¿Qué tienes en mente?

COAL
el personal tomó el control del problema con los obsequios antes de que causara cualquier daño real nadie salió herido en los disturbios y se resolvieron los robos asusté a la gente, pero dios, sin peros
no hay modo en que puedan castigarme más de lo que me estoy castigando a mí mismo

IRIS
no estoy hablando de un castigo por eso vomitaste sobre mis louboutin preferidos, hijo de perra

COAL
okey
literalmente ACABO de enviarte el número de orden de los nuevos que me hiciste comprar

IRIS
sí… decidí que eso no es suficiente

COAL
ah, entonces ahora eres una extorsionadora debajo de ese exterior violeta primaveral deslumbrante late el corazón de una jefa despiadada de la mafia

KRIS
Absolutamente.

COAL
bien, como sea, asumiré con honor cualquier castigo que estos idiotas arrojen en mi camino porque yo soy la persona más grande de este trío de hijos de puta

IRIS
ahora dices eso
pero sostendrás tu palabra cuando le pida a kris que escoja un suéter feo de navidad para que uses todos los días durante el primer mes del tercer año en yale?
ni siquiera será un suéter distinto por día, sino el mismo inmundo una y otra vez

KRIS
OH, YO ME ENCARGO.

COAL
Aguarden

KRIS
Okey, tengo uno que se ilumina, uno que tiene cosidas medio kilo de guirnaldas brillantes y uno amarillo fluorescente con dos renos apareándose.
Pero de un modo elegante.

IRIS
ay, el amarillo elegante con los renos apareándose, obviamente

COAL
tengo que reconocer lo hilarante de la humillación navideña en pleno agosto, pero por qué el motivo navideño precisamente

IRIS
porq sabemos que te irrita y que los castigos deben doler

COAL
okey, la navidad no me irrita tanto
pero esperen, ustedes dos también estarán de regreso en la universidad para ese entonces, lo cual me da mucho tiempo para urdir mi venganza

IRIS
vengarte por las consecuencias de tus propios actos?

COAL
ustedes son quienes escogieron desatar la fuerza imparable de las bromas contra el objeto inflexible de mi personalidad
yo responderé del mismo modo en especial porque gasté casi mil dólares en esos zapatos para ti

KRIS
¿¿¿MIL???

COAL
sí… y solo fue UN PAR
en realidad pon en perspectiva que normalmente te habría enviado un par nuevo con magia navideña sin pensarlo dos veces, así que gracias por la segunda ración de autoconciencia cargada de culpa iris una vez más, no entiendo por qué estás repartiendo incluso MÁS castigos

IRIS
porque me compré ese primer par gracias a mi empleo universitario de mierda sabes las horas que tuve que pasar preparando emparedados para ahorrar y comprarme esos zapatos?

KRIS
Sí… Maldición, tienes razón, este castigo no es suficiente todavía.

COAL
… eso no es lo que estaba intentando explicar MI IDEA ORIGINAL era que más les vale a ustedes dos pensar largo y tendido sobre qué demonios van a hacerme porque les volverá diez veces peor

IRIS
eso, mi querido, se conoce como amenaza vacía dado que tú prometiste ser un niño bueno y deja de decir idioteces
KRIS
Iris, se oyó ese *mic drop*.
JA. Coal quedó en silencio.

IRIS
de verdad logramos silenciarlo??

KRIS
Coal, no hagas escenas.
Aguarda, espera, quiero decir:
Más te vale que no hagas escenas.

IRIS
más te vale que no llores

KRIS
No es así la letra.
Mierda, ¿cómo sigue?
Sabes… algo, pórtate bien.

IRIS
ah estamos haciendo eso
yo solo le estaba diciendo que no se portara como un bebé

COAL
acepto las condiciones de su castigo y juro solemnemente no continuar con ningún tipo de venganza, sin importar lo mucho

que la merezcan

KRIS
Esta cadena de mensajes es jurídicamente vinculante.

COAL
váyanse al infierno chicos
de aquí en más solo seremos mi horrendo suéter de navidad y
yo contra el mundo




CAPÍTULO DOS

Un año y medio después.
Receso de Navidad, tercer año de universidad.

Soy la única persona que queda en el dormitorio de la universidad. Ninguno de mis tres compañeros se queda todo el año, así que no hay nadie que me vea desparramado en el sofá de la sala de estar que compartimos, mientras intento transportarme mentalmente a una playa del Caribe, en donde sí estará uno de los chicos durante el receso.

Podría transportarme de verdad si hiciera aparecer un poco de muérdago sobre la entrada. Pero todo lo referido al Caribe me hace pensar en el mensaje de texto deprimente, deseándonos feliz Navidad, que mamá nos envió la semana pasada a Kris y a mí (durante el Día de Acción de Gracias, gran *timing*), con una fotografía de ella sumergida en el mar hasta la cintura, sin siquiera *sonreír*. Una de esas fotos falsas de influencer en bikini. ¿Qué le hizo creer que sus hijos querrían tener *esa* fotografía de ella?

El recuerdo arruina por completo cualquier fantasía relajante de playa.

Aunque siempre podría aparecerme por allí. Todas sus invitaciones han venido cargadas de tanta culpa pasivo-agresiva que sé que le encantaría echarnos en cara cualquier visita durante el resto de nuestras vidas, tanto a mí como a Kris.

"Tu hermano vino por fin a verme. ¿Por qué no has venido tú, Kristopher? Y Nicholas, tú solo te quedaste durante una semana. Los hijos que quieren a sus madres las visitan por mucho más tiempo".

Podría quedarme en la universidad. Fingir que el centro de recreaciones donde trabajo recibió una gran cantidad de estudiantes que no se marcharon durante el receso de invierno y que me necesitaban para cubrir turnos extra.

Mi teléfono vibra sobre la mesa de sala. Me froto los ojos.

Sí. Definitivamente podría optar por priorizar mi salario mínimo en el centro de recreación estudiantil antes que cumplir con mis tareas de heredero de Santa.

Papá dijo que este año tiene un *anuncio*.

Algo *grande*.

En el mejor de los casos, quizás haya decidido cuál será el rol que cumpliré bajo sus órdenes después de que me gradúe esta primavera. Pero una decisión como esa no requeriría el irritante secretismo de un *gran anuncio*, ¿verdad? Él simplemente haría que su asistente me enviara los detalles, en especial con mis antecedentes en arruinar cualquier intervención en las operaciones de Navidad. Papá evitaría darle de comer a la prensa y hacerle saber que he regresado bajo su ala instructora hasta que yo hubiera demostrado lo que valgo.

¿Cuál sería el peor de los casos? He estado pensando en las posibilidades durante semanas, y no me agrada ninguna de las cosas que se me han ocurrido. Esa es la razón por la que estoy aquí, en este sofá rancio que huele a cerveza (mentira, no, por supuesto que no derramamos cerveza en él, el alcohol está estrictamente prohibido en los dormitorios del campus), restregándome los ojos hasta que comienzo a ver lucecitas danzantes.

–NO GRITES.

Lanzo un chillido de sorpresa, me caigo del sofá y me golpeo la rodilla contra la mesita de la sala. El dolor se dispara a lo largo de mi pierna y el teléfono al otro lado de la sala. Mi maleta abierta sobre la mesa se balancea y las cosas que están dentro de ella quedan desparramadas por el suelo.

Y mi hermano se echa a reír con un *aullido*.

–Eres un idiota –me quejo desde el suelo.

Él ignora que me esté retorciendo y va hacia la cocina.

–Me cansé de esperar que regresaras por tu cuenta a casa, a este ritmo vamos a llegar tarde. –Abre el refrigerador y agrega–: Está vacío.

–Por supuesto que está vacío. No habrá nadie aquí durante un mes y medio. Y yo me estaba preparando para marcharme.

–Claramente. Empacando en posición horizontal, muy productivo. ¿Acaso *quieres* volver a casa?

Me pongo de pie, guardo el teléfono que rodó por la alfombra en el bolsillo, y comienzo a hacer bolas con los suéteres y a meterlos en la maleta.

–Esa es una pregunta compleja y juré no responder preguntas complejas después de casi reprobar Análisis Cuantitativo Aplicado este semestre.

–¿Esa es la asignatura para la que me hiciste escribir aquel artículo? –me pregunta con el rostro sumergido en la alacena donde todavía quedan bolsas de patatas fritas a medio comer. Se echa hacia atrás, rebusca entre ellas, hace una mueca de asco y cierra la puerta.

Yo lo fulmino con la mirada.

–Te pedí que *editaras* el artículo, *tú* escogiste reescribir las últimas dos páginas porque "mi conclusión era incorrecta". En un texto de *opinión*.

–¿Y qué calificación obtuviste? –Enarca las cejas esperando la respuesta.

La calificación fue excelente, pero me importa un bledo.

–¿No tienes suficiente con tus clases aburridas en Cambridge? ¿Tienes que atravesar el océano para robarme las mías?

Kris abre otra alacena.

Se queda en silencio.

Jamás logro hacer que me cuente cómo le va en la universidad más allá del hecho de que su carrera de tres años para él se extenderá a cuatro. Puede que papá haya manejado los hilos para obligarme a estudiar en Yale y *mantener el legado Claus*, pero dejó

que Kris se postulara por su cuenta a una lista predeterminada de universidades.

No logró entrar en Yale.

–Si ya dejaste de actuar como un cobarde. –Kris cierra la otra alacena–. De verdad llegaremos tarde.

Le arrojo una bola de calcetines. Él se voltea desde la cocina y la bola lo golpea justo en la nariz.

Pero tiene razón.

Ahora soy un cobarde a tiempo completo. A pesar de mi convicción de hacer borrón y cuenta nueva después del incidente de Nueva Koah, he evitado todas las responsabilidades posibles en casa. Aquí, la universidad y mis empleos mediocres tienen toda mi atención. Lo que haría pensar que mis calificaciones están mejorando, pero no es así. Y que estaría especializándome en mi trabajo y que, al menos, sería el jefe en alguno de mis empleos. Pero tampoco.

Aunque papá no ha intervenido ni me ha obligado a recuperar mi rol en Navidad.

Hasta este año. Con la graduación el próximo semestre, todas las responsabilidades inminentes de mi derecho natural ya no podrán ser algo que pueda esquivar o por lo que papá pueda excusarme.

Me lanzo con todo mi peso sobre la maleta y logro cerrarla.

–¿Eliminaste aquel mensaje de mamá? –pregunto.

Kris vuelve a arrojarme los calcetines y yo los meto en el bolsillo delantero.

–Sí…, lo juro. La verdad es que me da igual que salga con un buscador de tesoros en la playa.

–No, el de feliz Navidad. –Frunzo el ceño–. Kris.

Él aparta la mirada.

Yo me enderezo vértebra por vértebra.

–¿Has estado hablando con ella? Prometimos que ya ninguno de los dos respondería a sus manipulaciones. Fue casi como un pacto de sangre.

Él se cruza de brazos y se mece sobre los talones. De pronto, el techo parece interesarle mucho.

–No le hablé tanto. Le devolví el saludo de Navidad. Ella me dijo algunas cosas sobre su vida amorosa. Estuvo bien.

–Hablar con nuestra madre jamás está *bien*, Kris. ¿Qué te dijo exactamente?

Él me mira, ofendido. Se sonroja de a poco.

–Nada. En realidad, no fue malo. No te preocupes por eso.

–No me digas que no me preocupe. –Eso suena más duro de lo que quería.

Kris baja la mirada, derrotado y arrepentido porque sabe muy bien lo que estoy recordando: cómo la última vez ella descargó toda la culpa en él. No pude contactarlo durante dos días y, cuando me aparecí en Cambridge, descubrí que en todo ese tiempo no había salido de su habitación ni había comido.

Kris hace un gesto de dolor como si hubiera proyectado el recuerdo sobre la pared.

–Tenía gripe. Eso no cuenta.

–Gripe, sí, claro. Jugó contigo porque no pudiste convencerme de que respondiera sus llamados y tú te estresaste tanto que *dejaste de comer*. Así que por supuesto que me voy a preocupar. –El proteccionismo escala por mi nuca, pero mantengo la voz algo firme y vuelvo a preguntar–: ¿Qué te dijo?

Mi hermano pone los ojos en blanco.

–*Nada*. Lo juro. No volveré a hablarle otra vez sin preguntarle primero a mi verdadera madre. –Hace un gesto hacia mí para señalar que esa sería yo.

Extiendo una mano.

–Dame tu teléfono.

–¿Qué? ¿Por qué´?

–Voy a bloquear su número.

–Vete al diablo. No necesito que bloquees su número por mí.

–Entonces, ¿lo harás tú mismo?

Se pasa la lengua por los dientes.

–Dame tu teléfono –repito, tomándolo del brazo.

Él se echa atrás y se golpea la cadera con la encimera de la cocina.

–Mierda, ¡ay…, no! Suéltame.

–Dámelo. –Lo acorralo. Sé que lo tiene guardado en el bolsillo de atrás–. Te patearé el trasero, Kris. Lo juro por Dios.

–No te daré mi teléfono, idiota.

–Sí, lo harás. Suéltalo. Siéntate. Quieto. Voltéate.

–¡No! Por Dios: *no te voy a dar mi teléfono*. Está lleno de pornografía…

Puede que él tenga más músculos que yo, pero yo soy más pesado e intento usar eso a mi favor. Lo envuelvo como una araña. Lo tengo atrapado entre mis extremidades. Le clavo un codo cerca de un riñón (sin querer, digamos) y él se desploma sobre una rodilla. Yo lo imito.

–Ay…, *carajo*. Esta táctica para perder tiempo es patética, incluso para ti –gruñe debajo de mi peso.

Me despego de él y cuando levanta la mirada, lo señalo.

–No le hables. Lo digo en serio. Si necesitas decirle algo, dímelo a mí y yo lo haré.

–¿Cuándo fue la última vez que hablaste con ella?

–Yo… le respondí el mensaje de texto.

–Poner me gusta en su fotografía no es responder.

–Es suficiente. Hablo en serio, Kris. Si necesitas hablar con ella, yo lo haré por ti. A mí me importa una mierda.

Kris se pone de pie y me mira con cautela.

–Si acepto, ¿puedo quedarme con mi teléfono?

–Eso depende de qué tipo de pornografía tengas.

–Qué buen gusto.

Vuelvo a buscar mi maleta, pero me detengo. Me quedo mirando fijo la pared. Todavía siento aquella ira protectora en la nuca.

Kris se queda en silencio durante tanto tiempo que me volteo a verlo. Lo encuentro moviendo la punta del pie sobre la alfombra.

–Ay, está bien. Acabemos con esto –exclamo, mientras pongo de pie la maleta.

Él relaja las cejas en señal de alivio porque dejamos de hablar sobre ella. Por ahora.

–Trata de sonar más miserable, Iris ya está allí.

–Me envió mensajes. La mayoría fueron para decirme que Lily no estaría.

–Así es –asegura Kris–. Solo están Iris y su papá.

–Y yo te diré lo mismo que le dije a Iris: no me importa dónde Lily esté. Ahora está comprometida, ¿sí? –Recientemente rematada, quiero decir, prometida en matrimonio con un príncipe de San Valentín.

Kris me mira del mismo modo que Iris, sin importar cuántas veces jure que estoy bien: con lástima.

–¡Han pasado casi dos años! –Echo la cabeza hacia atrás–. La separación fue *mutua*.

–Tuviste una relación seria, te abandonaron en público y, luego, jamás volviste a tener una cita. No es sano. Además… –Inhala rápido–, sabemos que Lily te recuerda a… aquella noche.

Suelto un chillido, mitad risa, mitad pantera salvaje trastornada.

–Un momento: ¿tú me hablas a mí de *relaciones sanas*? ¿*Tú* con cuántas personas has salido *en tu vida*?

Kris se concentra en extraer el muérdago del bolsillo, fascinado con el follaje del ramito.

–Yo tengo citas. Tengo muchas citas.

–Sentarte al lado de alguien en la biblioteca de la universidad no cuenta.

–No me senté *al lado de alguien*…, fue una cita planificada.

–Llevaste a tu cita a una biblioteca, Kris. Una biblioteca de la universidad a la que también va esa persona.

–Fuimos allí para ver una exhibición de…

–Entre tú y tu eterna devoción por andar detrás de Iris, y papá, con lo que sea que haya estado haciendo desde que mamá se marchó, yo soy el único de esta familia que se atreve a arriesgarse con relaciones sanas.

Kris ríe por la nariz.

–Acostarte con tu compañero de cuarto no es una relación sana.

–¡Dijiste que te agradaba Steven!

–Así es. Pero no estabas *saliendo* con él. "Oye, desaprobé mis exámenes, dame una mamada" no es una relación. Estás atascado. *Otra vez*.

Claro que *estoy* atascado, así que gruño y pateo al suelo.

–Es raro que ella ya esté allí, ¿verdad?

El primer evento de la temporada por lo general es solo para la crema y nata de Navidad.

Kris cuelga el muérdago de la puerta de entrada de la habitación.

–Tal vez necesita un cambio de ritmo. Nuestras clases se están haciendo más intensas.

Iris jura que está feliz en Reino Unido junto con Kris, hasta en la misma carrera que él, pero yo sé que fue la influencia de su padre lo que la empujó a ir a Cambridge en lugar de elegir la elegante facultad de arte que la emocionaba. Al menos va a graduarse a tiempo, justo como yo lo haré de Yale. Y no me hagan *hablar* sobre el hecho de que yo me atrasé en una carrera de cuatro años mientras que ella terminará solo después de tres. Lo regañaría a Kris por atrasarse un año también, pero sé que no lo está haciendo a propósito.

–Sí… Tal vez. –Una sensación extraña me da escozor, algo fuera de lugar que no logro descifrar.

Kris termina de acomodar el muérdago. Da un paso hacia atrás y yo lo miro dubitativo.

–¿Qué demonios es un buscador de tesoros?

Él se encoge de hombros.

–Una de esas personas que exploran playas con detectores de metales –responde.

–¿Eso…? *¿Eso es todo lo que sabemos del tipo?* O sea, ¿eso es todo lo que hace? Solo… No. Olvídalo.

El pulso de magia del muérdago nos cubre a ambos y, cuando Kris abre la puerta de mi habitación, en lugar del corredor universitario aparece el Palacio Claus en el extremo norte de la tundra helada de Groenlandia.

Si el estado habitual del palacio es festivo, a esta altura del año es el sueño húmedo del Hada de Azúcar.

El recibidor es una explosión de guirnaldas verdes con racimos de vibrantes bayas rojas. Hay adornos brillantes de todos los colores del arcoíris colgando de cada superficie libre, incluyendo un candelabro gigante que asemeja ser un trineo en pleno vuelo, con un reno de diamante al frente. Unas velas encendidas parpadean al lado de los pasamanos marrones que envuelven las dos escaleras idénticas, y

las mesas tienen escenas decorativas de Santas y renos y muñecos de nieve. Un tren en miniatura escupe humo mientras pasa por unos rieles serpenteantes en el techo y hasta sus *resoplidos* suenan joviales.

La gente va y viene; los empleados pasan apresurados con alguna u otra preparación. No son elfos, para la desazón del mito popular, pero están todos ataviados de gala. Y los *aromas*: me detengo detrás de Kris en el umbral e inhalo por un segundo. Me lleno de aquel aroma que, por Dios, quisiera poder embotellar. De pronto, regresar a casa no parece tan malo, no cuando el ambiente está inundado de azúcar que emana de las cocinas, y hay ese cristalino olor punzante a frío que cala los huesos: nieve.

Kris me golpea con su codo.

–Ten cuidado, Coal. Alguien podría pensar que te agradan estas cosas.

El pecho me da un vuelco.

No me *desagrada*. Más bien al contrario, para ser honesto. Y podría decir que ese es mi problema.

–Ay, qué horror. –Arrastro la maleta y cierro la puerta detrás de nosotros.

Nos abalanzamos sobre la asistente principal de papá, Wren, con su tableta en la mano. Lleva el cabello blanco en un apretado moño, con un bastón de caramelo que lo atraviesa. No me doy cuenta de si es una elección de moda o si lo metió allí y se olvidó de él.

–La decoración comenzó hace diez minutos. –Revisa su reloj, frunce el ceño y luego chasquea los dedos a alguien más del personal–. Llevaremos tu maleta a tu habitación. Cámbiate, por favor, y que sea *rápido*. Todos los demás están esperando.

–Ah, de lleno a la decoración del árbol –digo con mi sonrisa más encantadora–. ¿Por qué el apuro? Pongámonos al día, Wren. ¿Cómo estás? ¿Cómo van las cosas en la Ciudad del Polo Norte?

Desde luego, ella no se inmuta. Ha sido una de las manos derechas de papá durante años, Wren es un elemento fijo imperturbable que se ha transformado en una extensión de la seriedad de él.

–Ve, por favor. Tu ropa está preparada para ti.

Siento un amargor en la boca y no es culpa de nadie más que mía que Wren no se tome mi pregunta en serio. Las personas que viven en la ciudad, alrededor de nuestro palacio, podrían estar urdiendo un golpe de Estado violento y yo ni me enteraría. Papá probablemente sepa cómo están, ¿verdad? ¿Él se mantendrá al tanto de esas cosas?

–Los estilistas están esperando en el salón –continúa Wren–. Tú también, Kristopher: alístate en cinco minutos. *Cinco*, por favor.

–¿Sabes? Decir "por favor" no suaviza nada la… ¡Oye!

Kris me arrastra hacia las escaleras.

–No la hagas enfadar. Ella es la que supervisa a nuestros estilistas.

–Muy sabio, Kristopher –exclama Wren–. Háganme enfadar y los haré usar corderoy fluorescente por el resto de sus vidas.

–¿*Ese* es el motivo por el que en ocasiones me haces usar salmón…? *¡Mierda!* –De algún modo mi cabeza termina atrapada en un brazo doblado–. Dios, Kris, ya voy. Me rindo.

Pronto llegamos al piso de arriba, atravesamos el corredor y él me mete en mi suite mientras continúa hacia la suya.

Esta tiene tantas decoraciones como el resto del palacio. Hay un árbol de Navidad un poco más alto que yo, con sus adornos y luces, montando guardia por sobre un escritorio, de pie al lado de la chimenea que está encendida. Y en la habitación contigua veo una cama con doseles, cubierta con un edredón de terciopelo color escarlata y unas almohadas perfectamente mullidas.

Por un segundo, considero la idea de perder tiempo solo para ser un idiota. Pero he intentado hacer borrón y cuenta nueva en estos años, o al menos elegir mis batallas. Y pelear en esta, la primera de muchas sesiones fotográficas de la familia Claus participando de las juergas navideñas, no tiene otro beneficio más que enfadar a mi padre.

Así que me cambio rápidamente y me pongo un traje holgado color azul, con una camisa blanca abotonada y zapatos negros lustrados. Tendré que agradecerle a Wren, Kris tenía razón. Mantener a la mujer a cargo de hacernos ver bien de nuestro lado. Entendido.

Abro la puerta e ingresa una oleada de estilistas. En un santiamén me arreglan el cabello: mis rizos castaños todavía están cortos y los transforman de rebeldes y apenas encrespados a controlados y acicalados. Jamás me ha agradado mucho usar maquillaje y ellos lo respetan con apenas unos leves retoques "para las fotografías".

Entonces, me lanzan al otro lado de la puerta al mismo tiempo que también empujan a Kris al corredor. Él lleva puesto un traje complementario en un tono azul más claro y rayas finas.

Levanto la barbilla hacia su rodete mientras caminamos –a paso ligero– por los corredores. La magia late y aparece un bastón de caramelo que le atraviesa el cabello.

–Muy gracioso –dice luego de tocarlo.

–Son el último grito de la moda de este año.

Una procesión de empleados nos lleva por el palacio, atravesamos el recibidor y continuamos por otro corredor hasta llegar a nuestro destino. El epicentro, no solo de la alegría y las decoraciones, sino del Polo Norte.

El Medidor de Alegría.

El suelo de marfil tiene unas anchas rayas doradas que van hasta un gigante de latón dorado que parece un artilugio navideño *steampunk* diseñado por H. G. Wells. Tiene unos tubos que entran y salen de la sala y están conectados a un conmutador con calibradores que controlan las cantidades.

Otro de los únicos medidores de felicidad que he visto es el de Pascuas, pero sé que cada Festividad tiene algo parecido para recolectar la alegría que genera, registrar las cantidades y distribuirla a las otras ciudades. Cada tubo que sale de nuestro medidor tiene un letrero gigante de oro que dice: SALA DE JUGUETES, ESTABLOS, COCINAS, CARTAS, SALA DE LISTAS, entre otros. Parte de la magia se canaliza hacia papá, Kris y a mí de forma directa. Es un sustento al que podemos recurrir para llevar alegría al mundo (o más a menudo, para gastarnos bromas tontas entre nosotros). No es el mejor uso que le damos a la magia, pero tampoco es que se necesite tanto para hacer aparecer un bastón de caramelo. Papá puede extraer magia para otras personas también, miembros de las

familias nobles o cualquiera en el Polo Norte que requiera de ella para realizar sus trabajos. Pero él es como la represa, el cuello de botella de poder que decide quién obtiene qué y a dónde va qué cosa.

Por lo general, el Medidor de Alegría se mantiene bajo llave y estricta vigilancia, pero para la primera noche oficial de la temporada, papá lo abre ante la corte (y para las abundantes cámaras de la prensa). Para esta época del año, nuestro medidor supera todas las marcas, el contador baila al borde del *máximo*. Así que se lo coloca sutilmente en el fondo de cualquier fotografía, una de las tantas (y no precisamente sutiles) exhibiciones intencionales.

Entre la puerta y aquella máquina imponente hay como treinta personas, todas vestidas con espíritu navideño al igual que nosotros, además de media docena de empleados que circulan ofreciendo refrigerios. Los fotógrafos de la prensa de Navidad rodean la multitud. Vinieron de *Navidad Investiga*, *Sol Matutino de Yule* y varios otros medios. Suena música, una versión instrumental de *It's Beginning to Look a Lot Like Christmas*, mientras todos se pasean alrededor del árbol ridículamente grande que está en el centro del salón. En sus ramas tiene hilos de cuentas y palomitas de maíz, en el tronco esperan las cajas de adornos.

Cuando Kris y yo nos detenemos justo debajo del umbral, la multitud advierte nuestra presencia y la energía cambia de charlas despreocupadas a miradas penetrantes, como si varias decenas de halcones contemplaran a dos ratones en un campo.

Kris me da un golpecito con el codo y susurra:

–Una vez más…

–Avanzamos hacia el peligro –agrego y damos un paso dentro del salón.

Diviso a papá al otro lado. Está más cerca del Medidor de Alegría, junto a Iris y su padre. Ella sonríe y saluda con una mano, pero llegar hasta allí implica navegar por un campo minado de aristócratas, así que pongo mi mejor sonrisa, al igual que Kris, y me *congracio*.

Vinieron personas de todas las casas principales que supervisan varias partes de Navidad. Los Jacobs, quienes se encargan de los

juguetes e ingeniería; los Villancico, de presentes y canciones; los Luminaria, de criaturas y decoraciones, y los Nieves, del invierno y todas las cosas heladas. Puede que también nos celebren en el hemisferio sur, pero al estar en un sitio donde la Navidad equivale al invierno, la mayoría de las veces recurrimos a esa asociación. Los Nieves, además, son la casa original de mamá y esa conversación casual es la peor de todas: hablar superficialmente con algún primo sobre lo emocionado que estoy de regresar a casa y sobre que no, no hay ningún evento en concreto que me haga especial ilusión, todo sin mencionar en absoluto a mamá.

Aparto a Kris después de pasar dos minutos con los Nieves.

–Seguiremos poniéndonos al día en el próximo evento, ¿sí? De acuerdo. De acuerdo, sí… Hablaremos… Sí, hablaremos luego… Okey.

Volteo a Kris y suelto una exhalación larga. Él está un poco pálido, entonces le paso un brazo por el cuello mientras los fotógrafos disparan sus cámaras en los bordes del salón.

–Mátenme –murmuro entre mis dientes sonrientes.

Kris no se ríe. Toma una copa de champaña de un mesero que pasa caminando y la bebe de un solo trago mientras por fin, *por fin*, logramos atravesar el salón.

–¿Desde cuándo bebes champa…? –comienzo a decir, pero obtengo la respuesta cuando Kris se da cuenta de que no puede beber toda una copa de *champaña* de un solo trago y suelta una tos al sentir las burbujas que le pasan a la nariz. Las mejillas se le hinchan para evitar escupir y ensuciar su traje.

Yo me paro delante de él para bloquear cualquier fotografía.

–Eso fue muy refinado.

–Cállate. –Se pasa el dorso de la mano por los labios. Pero eso rompe la tensión y sacude la cabeza, poniendo una sonrisa autocrítica.

–¡Coal!

Me volteo mientras Iris se acerca a nosotros a toda prisa, de un modo muy elegante con aquellos tacones. Su vestido violeta de brillantes capta la luz del gigantesco candelabro.

Se lanza encima de mí y yo la atrapo, sonriendo tanto como ella. No la he visto desde octubre, cuando ella y Kris me visitaron por última vez en New Haven. Le doy un fuerte abrazo antes de soltarla.

Luego se dirige a Kris, quien se ha recuperado, y también lo abraza. Estoy más que consciente de que nuestros padres nos están observando y de las fotografías que nos están tomando, así que me comporto y no lanzo ninguna mirada arrasadora a papá por sobre el hombro de ella.

Kris, en cambio, debe darse cuenta de que al menos estoy *considerando* hacerlo, porque en el momento en que Iris se aparta, él se acerca a mí y me da un golpe en la pierna. Luego viene un ataque de frío.

Me ha congelado los pantalones.

Le doy unos golpecitos al hielo, este se hace añicos y el frío me recorre la pierna.

–Imbécil.

–Idiota.

–¡Chicos! –Papá extiende los brazos como si nosotros fuéramos a correr hasta él. Está haciendo su rol de Santa con su barba blanca peinada y el traje color escarlata.

Logro mostrar la que espero se vea como una sonrisa cordial y, con Kris e Iris a ambos lados, nos acercamos al grupo frente al Medidor de Alegría.

Papá nos abraza a mí y a Kris para posar frente a los fotógrafos.

–Pórtate bien –me dice entre dientes sonrientes.

–No podría no hacerlo –respondo–. El pueblo de Navidad de seguro nos cortará las cabezas si no les damos sus fotografías anuales de nosotros colgando adornos.

Aprieta su mano sobre mi hombro. Vuelvo a sentir aquel escozor como si estuviera fuera de lugar y mis labios se ponen tiesos. Pero la fotografía ya está lista y papá me voltea en dirección al padre de Iris, a quien jamás le agradé, y todo eso de "salir con su hija y luego arruinarle el cumpleaños cuando casi destruí un país pequeño" no ayudó.

Así que, cuando veo que su saludo es una breve mirada fulminante que me dice que todavía sueña despierto con volarme la

cabeza como si fuera un diente de león, me mantengo derecho y no hago nada que empeore la situación.

–Nicholas –dice el rey Neo–. ¿Estás disfrutando de la universidad?

Ah, cortesías.

–Mucho. –Era más agradable el año pasado cuando uno de mis compañeros de cuarto solía acostarse conmigo, pero Steven se cambió este semestre. En cierto modo, no creo que al papá de Iris le interese conocer ese chisme.

–Tu padre me contó que aún no decides cuáles serán tus planes para después de graduarte.

¿Aún no lo hice? Habría creído que mis planes para después de la graduación estaban destinados desde el nacimiento.

–Yo…

Papá interrumpe.

–Finalmente, Nicholas estudiará un posgrado en Asuntos Internacionales, como lo hice yo.

–Ah, *¿sí?* –Me atraganto.

Él no me mira, pero me aprieta el hombro con la mano.

–Ya lo han aceptado en el programa de Yale. Estoy muy orgulloso.

Maldita sea.

Me quedo mirándolo fijo de lado.

¿*Así* es como me dice que ha tomado esa decisión por mí? ¿*Así* es como me dice que me *matriculó a un posgrado*? Mierda, las puertas que puede abrir el dinero en verdad son monstruosas, porque, seamos honestos, con mis calificaciones no hay una maldita forma en que pueda ni acercarme a un posgrado, y mucho menos en Yale, donde *ni yo mismo me postulé*.

Ni falta hace mencionar que *no quiero estudiar un posgrado, maldita sea*. Me ha llevado un gran esfuerzo no ser una decepción para mi padre ni para Navidad y creo que he hecho un muy buen trabajo: casi no ha habido titulares provocados por mí desde el fiasco de los obsequios. Así que ¿qué hice para merecer esta manipulación?

Él sabe que esto es retorcido. Pero le sonríe a Neo y le pregunta sobre los planes de Lily, a mí se me hace un nudo con espinas en el estómago.

El personal comienza a abrir las cajas de adornos y nuestra corte se dispersa para levantarlos, colgarlos y posar al lado de ellos. Pero yo no puedo moverme, porque mi padre me da una palmada en el hombro como gesto de falsa camaradería y siento como su plan se revela.

Esto no tiene nada que ver con mi comportamiento, tampoco es un castigo. Está tratando de convertirme en él. Y puedo imaginarme cómo será mientras observo a mi padre con su amplia sonrisa, su risa demasiado fuerte, cada movimiento afilado para lograr el retrato impoluto de nuestra familia gobernante que verá nuestro pueblo y las otras Festividades. Miren lo poderosa que es Navidad, miren qué *dichosa* y *alegre*.

¿Cuándo fue la última vez que alguien de esta familia sintió alegría real?

El eco de una conversación corre por mi mente.

"Tal vez has estado poniendo peso en las cosas incorrectas.

Porque eso es la felicidad en la raíz. Un cimiento".

Me deshago de ella como suelo hacer. Una noche de borrachera, demasiado confusa para recordar en serio. *En realidad*, no sé qué sucedió, pero solo me estoy mintiendo a mí mismo y me sale pésimo, considerando que pienso mucho en aquella conversación. Y en aquel chico. Y en aquel beso.

Cómo se sintió. Cómo sabía. La forma en que él había gemido.

Pero no puedo admitirme todo eso a mí mismo, así que voy a continuar viviendo en mis delirios de no recordar en verdad de dónde salieron esas perlas de sabiduría.

De todos modos, no importa. Porque voy a estudiar un posgrado y, entonces, eventualmente tomaré las riendas del negocio familiar para llevar, abro comillas, alegría al mundo, cierro comillas. Contemplen mi futuro.

De pronto, hace mucho, mucho calor aquí adentro. Este traje está demasiado ajustado. El cuello está muy alto…

Alguien me entrega un adorno. Me pongo en movimiento, doy un paso para colgarlo del árbol. Se oye un obturador.

Okey, tarea cumplida, ¿verdad? Puedo retirarme…

Iris se acerca a mí.

–¿Te encuentras bien?

–Sí… –miento–. Grandioso. Al parecer estudiaré un posgrado.

–¿Con tus calificaciones? –se burla ella.

–Gracias. Lo sé, ¿verdad?

Ella voltea a mirar a nuestros padres que conversan y beben.

–¿Qué estudiarás?

–Asuntos Internacionales, porque no es suficiente con tener un título de grado que no comprendo, así que agreguemos una maestría. –Echo la cabeza hacia atrás para levantar la mirada y contemplar el árbol gigante–. Maldita sea. *Un posgrado*. ¿Por qué no lo vi venir? Siempre lo subestimo.

–He dejado de intentar entender a mi padre –dice Iris. Luego cuelga un adorno rojo de una rama que se dobla. Es demasiado delgada–. Así es mucho más fácil.

–¿Más fácil? –Frunzo el ceño–. ¿Acaso ocurrió algo?

–He cambiado a modalidad virtual para la mayoría de mis clases. ¿No te lo conté?

–Desde luego que *no*. ¿Por qué? Todavía vives en el campus, ¿verdad?

Ella niega con la cabeza.

–Papá me asignó tareas diarias desde que Lily… –Se interrumpe.

–Fue hace años. Estoy bien. Tu hermana está comprometida. Continúa.

Iris mira a Kris, quien se acerca a nosotros y cuelga una figura de galleta de jengibre de una rama.

–Veo que Coal todavía domina el arte de estar *superbién, nada malo sucede* –comenta Iris.

–No sé a qué te refieres –dice él–. Nada malo sucede. Coal lo dijo.

–De cualquier modo. –Iris tamborilea los dedos sobre un adorno. Es un trineo repleto de obsequios–. Mi padre me ha estado manteniendo ocupada involucrándome más en la coordinación de tareas de Pascuas dado que Lily estará dividida entre nosotros y San Valentín. Y yo me encargaré de algunas de sus ocupaciones después de que me gradúe.

Yo me quedo boquiabierto frente a ella. Luego frente a Kris, que se encoge de hombros. Pero ellos están en la misma carrera, toman

casi todas las mismas clases, así que él tenía que saberlo, ¿verdad?

–No me habías contado nada de esto –digo a Iris entre dientes–. ¿Desde cuándo me ocultas cosas?

Iris muestra una sonrisa bastante falsa pero aun así iluminada, más para las cámaras que para mi beneficio.

–Yo no te cuento todo –dice.

–Yo te cuento todo *a ti*.

–Sobre lo que debo recordarte que *no necesitas contarme todo*. Me importan un bledo las cosas asquerosas que haces con tus compañeros de cuarto. Deja de enviarme sus fotografías.

–Me refiero a todo lo *importante*, Iris. Deberías contarme estas cosas. –Mi rostro queda tiesto, pero cuando abro la boca para insistirle, ella suspira.

–No necesito que me rescates, príncipe azul.

Rompe el contacto visual y yo entrecierro los ojos, pero entonces, recuerda las cámaras y la multitud y luce una sonrisa vacía.

–Mentirosa –siseo.

–No es tan malo, ¿sabes? Nuestros trabajos. Nuestras… –Da una bocanada de aire–. *Tareas*. Nosotros ayudamos a hacer que el mundo sea *feliz*.

No, nosotros creamos un solo día único de sonrisas que no hace nada para evitar que las cosas malas sucedan.

–Claro –digo–. Pero ¿acaso no nos merecemos ser felices también?

–Yo estoy feliz de verte a ti y a Kris –dice ella. Toma otra figura, un osito de felpa, y me lo arroja–. Estoy feliz de pasar este mes con ustedes dos.

Kris se inclina para pasarme por encima.

–Y yo estaré *feliz* de derrotarte en la carrera de trineos de este año –le dice.

Iris se queda pálida.

–Ah, no. Nop. No lo haré. Iré como espectadora.

Mi sonrisa se vuelve demoníaca.

–Oh…, ¿por qué? –Miro a Kris con ojos grandes e inocentes–. ¿Acaso ocurrió algo?

Él se lleva un dedo a la barbilla como gesto exagerado de estar pensando.

–Ja. Recuerdo algo… ¿sobre savia, tal vez?

Iris había volcado su trineo y cayó, sin lesiones, en un pino.

Ella le golpea el brazo. Se le ponen rojas las mejillas, pero sonríe como una lunática.

–No tienen idea de lo que me costó quitarme la savia –dice.

–No, lo sabemos. –Extraigo una aguja de pino del árbol–. Nos contaste. Varias veces. "Ay, Coal, la Navidad apesta…".

–Eres un idiota. –Iris cuelga otro adorno y pone una sonrisa melosa para las cámaras.

–¡Yo no iba contigo en el trineo!

–Pero te estás burlando de mí, así que eres un *idiota*. –Se aparta las trenzas sobre el hombro con un estilo excesivamente elegante y yo suelto una carcajada. Kris sonríe.

Se oyen obturadores; las cámaras capturan nuestra legítima felicidad. Quiero pedirles copias de las fotografías. Aunque juré no volver a leer basura paparazi desde el incidente de Nueva Koah, podría encontrarlas en línea con facilidad. Tal vez no siempre es tan malo tener reporteros por todas partes.

Una presencia se alza imponente detrás de nosotros y la felicidad que logramos conjurar se evapora. La alegría que sentimos sigue estando ligada a la magia de la Navidad, igual que la de la gente normal, pero nunca la hemos percibido como algo especialmente mágico o duradero, ni como si tuviera algún *propósito* real.

Mi padre examina la parte del árbol que Iris ha decorado.

–Encantador, querida.

Ella le sonríe, tan amigable como siempre. Pero yo no lo he perdonado por soltarme eso del posgrado hace cinco minutos, así que me mantengo distante.

–Nicholas, Iris, acompáñennos al Medidor de Alegría –dice y comienza a voltearme.

Yo le echo una mirada a ella. Iris está tan confundida como yo. Todavía no hemos terminado de decorar el árbol y ese es el sentido de esta velada, ¿no es así?

Kris se queda detrás. Enarca las cejas mientras nos contempla a los tres acercarnos a donde está el papá de Iris. La música se detiene y, con ello, la multitud guarda silencio y todos se voltean a vernos.

Iris me da un empujoncito.

–¿De qué se trata todo esto?

–No tengo idea. Probablemente sea otro momento para foto…

Mis palabras se acallan cuando el parloteo de voces irrumpe en el salón y los empleados acomodan a toda una manada de reporteros, que son muchos más de lo habitual. Y eso que solemos tener *muchos* reporteros presentes. Estos vienen de otros medios, además de los nuestros internos de Navidad: *Comunicador Festival, Semanario de Fiestas, El Tradicional*. También hay algunos específicos de Pascuas. Se meten en el salón y se ubican en los costados para acercarse tanto como sea posible a nosotros, hasta que quedamos al frente y en el centro de una conferencia de prensa espontánea.

Yo frunzo el ceño junto a mi padre.

Lo que sea que vaya a anunciar, quiere que las otras Festividades se enteren.

Los empleados nos ubican rápidamente. Iris delante de su padre. Yo al lado de él y del mío.

Esos sentimientos inquietantes de que algo *no* anda bien toman forma.

El salón queda en silencio, las cámaras están encendidas, las grabadoras están extendidas, nuestra corte susurra suavemente entre ellos y yo odio que los reporteros sepan más acerca de qué está a punto de suceder que yo. Los convocaron aquí con la promesa de *algo*, mientras que Iris y yo estamos a ciegas.

–La familia Claus está muy emocionada de recibir a la familia Pascual para participar del cronograma habitual de actividades festivas que destaca lo mejor de la Navidad, con nuestro baile anual de víspera de Navidad –comienza a decir papá, con una mano sobre mi hombro. Su peso me aplasta para que no me mueva–. Con el espíritu de unidad, no solo nos hemos reunido para celebrar, sino también para hacer un anuncio.

Iris me mira de manera inquisidora. Yo solo puedo fruncir el ceño.

–Las Pascuas han comenzado a buscar un esposo para la princesa Iris –dice mi padre con tanta facilidad que su tono adormece su significado hasta que veo el horror en el rostro de Iris y, antes de que pueda gesticular una reacción, papá continúa–: Estoy feliz de anunciar que el príncipe Nicholas ha comenzado a cortejar a la princesa Iris y esperamos que sellen su compromiso hacia el final de la temporada.




CAPÍTULO TRES

Las palabras de papá me tiran hacia atrás, como si me hubiera golpeado.

Su mano impide que me mueva, pero me tambaleo porque él se aferra a mí con tanta fuerza que sus dedos me aplastan los huesos. Una vez más, *sabe lo retorcido que es esto*, pero no hace absolutamente nada para *no* hacerlo. Y entonces yo me quedo allí de pie, afligido, mientras los periodistas gritan preguntas y se disparan las cámaras y los miembros de la corte dan gritos de asombro y murmuran y luego *aplauden* y yo puedo sentir cómo cada gota de sangre abandona mi cuerpo.

Iris está tan horrorizada como yo, con los ojos bien abiertos y los labios cerrados en una línea delgada. Su padre tiene una mano en su espalda, sosteniéndola del mismo modo.

Papá continúa dirigiéndose a los reporteros:

–La unión entre Navidad y Pascuas fortalecerá lo que siempre ha sido el punto crucial de ambas empresas: la alegría. Por parte de Navidad seguiremos entregando juguetes a los niños del mundo… –Hace una pausa con un destello de sonrisa mientras espera que la multitud lance murmullos de admiración y ternura–. Pero asegurándonos de que la felicidad que contagiamos llegue a cada rincón del mundo. Nuestro alcance solo crecerá gracias a la magia y a los recursos que ahora aportará Pascuas. Esta unión ha sido esperada durante un largo tiempo y será una bendición para ambos pueblos y para el mundo.

Veo de reojo que Iris comienza a temblar. Se abraza a sí misma con fuerza. Su padre le susurra algo al oído y ella se endereza, volviendo a mostrar su perfecta fachada, pero es tan frágil como un pañuelo desechable.

La conozco de toda la vida. Pero no la conocí de verdad hasta el funeral de su madre, cuando yo tenía once y ella diez. Cuando Kris, papá y yo fuimos a honrar el fallecimiento de la reina de Pascuas. Ella no había sido la reina oficial, porque la mamá de Iris no provenía de la realeza. No era miembro de Festividades: era de Francia y se conocieron con el padre de Iris durante sus viajes en temporada de Pascuas. Había sido bastante escandaloso cuando publicaron la unión, tanto que papá nos contó la historia años después solo para advertirnos a Kris y a mí que *jamás intentáramos llevar a una persona normal a casa*. Luego, yo me propuse salir con tantas *personas normales* como fuera posible.

El funeral había sido espantoso. Neo estuvo sentado al lado del ataúd, con expresión de piedra, los ojos irritados y una postura encorvada y afligida, como si hubiera estado llorando pero aún no hubiese terminado, y estuviera conteniendo el llanto por la *multitud* y las *cámaras* y el *deber*. Recuerdo pensar en que habían pasado tres años desde que mi propia madre se había marchado –no había muerto, se había *marchado*, por voluntad propia– y sabía cómo se sentía el contenerse, el no poder desmoronarte. Aunque era mentira: igual te desmoronabas por dentro, causando estragos en órganos, músculos y nervios, porque es más apropiado tragarse el nudo de angustia antes que incomodar a alguien más con tu dolor.

Entonces Iris se había acercado a su padre. Él la había tomado de la mano, luego a Lily, y caminaron hasta el ataúd. Tras reclinarse para ver a su madre allí dentro, Iris había gritado.

Un miembro del personal se abalanzó sobre ella y se la llevó. Su padre no hizo nada para impedirlo, simplemente había tomado a Lily y se sentó como si no se hubiera dado cuenta de que Iris se había ido o de lo que ella *sentía*. La ceremonia continuó, pero yo solo podía oír los sollozos amortiguados de Iris desde el corredor de la enorme catedral en la que estábamos. El sonido rebotaba contra las piedras sin alma.

Entonces se quedó en silencio.

Así que yo me levanté del banco de iglesia, me escabullí por el pasillo y la vi sentada en una banca debajo de una ventana amplia y brillante, sorbiéndose la nariz en silencio, encorvada sobre el regazo. El empleado tenía un teléfono en la mano a unos pasos de distancia.

Extendí mi mano.

–Ven conmigo.

Iris levantó la mirada.

–Ven conmigo –susurré otra vez.

Ella tomó mi mano y yo jalé de ella a toda prisa para salir de la catedral hacia el cementerio. No había nadie más allí excepto las lápidas redondas de personas por quienes ya se había llorado, y la fosa vacía que esperaba en la tierra, lista para consumir a la madre de Iris.

Ella colapsó de rodillas al lado de la fosa. Pero no había llorado.

Yo también. Me arrodillé a su lado, dejé caer la cabeza entre mis manos y liberé aquel decoro estricto, porque mi mamá me había abandonado. Se había ido hacía *tres años*. Solo supimos de ella unas semanas después de que se fuera, cuando le envió un mensaje a mi padre para decirnos que deberíamos ir a visitarla en la playa. Y yo no había *llorado* y, tal vez si lo hubiera hecho, dejaría de dolerme y podría, no lo sé, tal vez no superarlo, pero sí dejar de pensar en ello durante una hora entera.

Iris me había observado sollozar y luego me dijo que no tenía idea de por qué estaba tan dolido con la pérdida de *su* madre. Pero ese fue el permiso que ella necesitaba: se desmoronó sobre la tumba vacía. Y nos sentamos allí en la tierra revuelta, haciendo ruidos que no teníamos permitido hacer frente a las cámaras, sintiendo todas las cosas que existían más allá de las estructuras y las fotografías y las poses.

Ahora, de pie frente a los miembros de mi corte y mi padre que manipula nuestras vidas, hago lo que hice en aquel entonces. Puede que ella me haya dicho que no necesita que la rescaten, pero yo no voy a permitir que ellos traten a mi amiga de esta manera.

Tomo a Iris del brazo y lo entrelazo con el mío.

–Ven conmigo.

Damos dos pasos hacia un costado.

Papá no me suelta el hombro.

–Nicholas –dice con los dientes apretados.

Yo le lanzo una mirada furiosa y me pongo de espaldas al salón. Podría arruinarle todo esto con tanta facilidad.

El titular:

ARREBATO NAVIDEÑO: AL PRÍNCIPE NICHOLAS LE DA UN ATAQUE DURANTE LA DECORACIÓN DEL ÁRBOL

Pero eso no me ayudaría a mí ni a la situación. E Iris está temblando contra mi cuerpo. Sin embargo, le hago un gesto a papá que muestra cada gota de mi ira.

–Deja. Que. Me. Vaya.

Él duda. La decepción se ve en su rostro, pero se suaviza y se voltea para sonreír frente a la multitud.

–El rey Neo y yo responderemos cualquier pregunta que tengan –dice. Y no perdemos el tiempo en largarnos de aquí.

Pasamos junto a Kris, quien se une a nosotros. No puedo mirarlo. Salimos del salón. Eso es todo lo que puedo hacer. *Salir de allí.*

Los miembros de la corte nos dejan pasar y yo me pregunto si luzco aterrado, me pregunto si se dan cuenta de que Iris está temblando. Me pregunto si Kris está echando chispas. Los tres huimos despavoridos por el pasillo y nos metemos en una sala de estar que está colmada de sillones iluminados por la suave luz anaranjada de la chimenea encendida.

Cierro la puerta de una patada y me volteo hacia Iris, que se ha vuelto gris.

–Toma asiento. Aquí…, siéntate.

La guio hasta uno de los sillones y ella se hunde en él. No busco uno para mí, me dejo caer de rodillas delante de ella. Me paso las manos por los muslos, balanceándome en el lugar.

Kris da un paso frente a nosotros. Mantiene la distancia. Puedo sentir la mezcla de emociones que emana de él: terror, sorpresa y, Dios…, hace que el corazón me duela más.

–¿Por qué nos harían eso? –suelta Iris, en parte como pregunta y otra como ráfaga de aire.

–Para que no pudiéramos montar una escena –respondo.

–Yo no hubiera…

–Para que *yo* no pudiera montar una escena –corrijo.

Los ojos oscuros de Iris se llenan de lágrimas, pero lucha por forzar una suave sonrisa.

–¿Acaso es tan terrible estar comprometido conmigo?

Yo replico su sonrisa. Es doloroso.

–¿Acaso quieres estar comprometida *conmigo*?

Otra de las cosas que nos unieron durante años: la absoluta confusión bi causada por películas como *Piratas del Caribe* o *La momia*. Kris también se encontró en aquella confusión, pero lo único que me impidió llamarnos "NSYNC" (ya saben, "Bi, Bi, Bi") fue que a él le da vergüenza ajena cualquier etiqueta. Y cuando le dije a Iris: "Supongo que eso nos obliga a que tú y yo seamos 'bi bi *besties*", me dio un coscorrón en la nuca. Lo cual probó que soy un idiota demasiado bocón para ser su tipo y que ella es demasiado seria para ser el mío. Qué puedo decir, me excitan los problemas. Los parecidos se atraen.

Ella se recuesta sobre el sillón y arruga la nariz de manera involuntaria.

–Bueno, sí… –comento mientras Iris queda en silencio–. Es terrible, porque no estamos en la maldita Edad Media.

–Pero esto está ocurriendo.

–Su puta madre va a permitirlo.

Ella se desploma hacia adelante y hunde la cabeza entre las manos.

–¿Qué propones que hagamos?

–*Puf*, no uses la palabra "proponer".

–Ya basta, Coal. ¿Qué opciones tenemos en verdad? ¿Luchamos contra esto, nos rehusamos y nuestros padres se retractan del anuncio en conjunto que acaban de hacer? Puede que a ti no te importe que te etiqueten de poco fiable, pero yo me esfuerzo mucho por ser confiable.

Lo dice con tanta rapidez que me contengo de preguntarle si *ella* cree que yo soy poco fiable. Pero me siento anormalmente ruin cuando respondo:

–Entonces, podría aprovecharme de mi reputación. Rechazar el plan de compromiso. De esa forma no te culparán a ti.

Iris se endereza para mirarme.

–Pero ¿cómo afectaría eso a cual sea la alianza que existe entre Navidad y Pascuas?

–¿Crees que dejaríamos de ser amigos si no podemos casarnos?

–No estoy hablando de *nosotros*. Creo que nuestras *Festividades* tendrían problemas.

–Bueno, yo *sí estoy* hablando de nosotros. Porque eso es lo que importa. *Nosotros*. Lily y yo rompimos y eso no destruyó ninguna alianza política o lo que sea que te preocupa. Así que rechazaremos esto y también estará bien.

Su expresión de pronto se vuelve compasiva.

–No tienes idea de si tu rompimiento con Lily destruyó algo o no.

Mi mente queda dando vueltas y sé que se nota por el modo en que permanezco mirándola boquiabierto. Le echo un vistazo a Kris, pero él se encoge de hombros.

–¿Qué estás…?

Iris me interrumpe con un gesto de muñeca y vuelve a hundirse en el sillón. Queda con la cabeza colgando hacia atrás, mirando fijo el techo.

–No quise decirlo de ese modo. Solo… –Suspira y sus músculos se aflojan–. No *ocurrió* nada. En realidad, no. Solo hizo que algunos miembros de nuestra corte comenzaran a hablar otra vez sobre la capacidad de nuestra familia para llevar adelante las Pascuas, eso fue todo.

Su madre había fallecido hacía más de diez años y todavía había personas en Pascuas a quienes les agradaba señalar el hecho de que Neo *desestabilizó* nuestro mundo de Festividades al casarse con una persona normal. Lo cual es pura mentira y es solo una excusa para que los imbéciles le arrebaten el poder al padre de Iris. Sé de otras facciones dentro de Pascuas que han estado rondando a su familia

toda la vida, pero no tenía idea de que habían utilizado mi corta relación con Lily para alimentarse de eso.

Se me revuelve el estómago.

–Jamás me contaste eso. Iris…

Ella se encoge de hombros.

–Como dije, no ocurrió nada en verdad. Solo provocó unas pocas discusiones en algunas reuniones. Lo habría contado si hubiera causado problemas reales.

Por lo general, no dudaría en creerle, pero frunzo el ceño.

¿Qué más no me está contando?

Todavía está mirando al techo y las emociones que veo pasar por su rostro están tan saturadas de cansancio que mi corazón se rompe un poco más.

–Tu relación con Lily nunca fue anunciada de esta forma. Jamás se presentó como una clara señal de unir nuestras Festividades, pero aun así se interpretó de ese modo. Esto es diferente. Nuestros padres ponen cosas más grandes en juego con este anuncio y si nosotros nos echamos para atrás…

Su voz se apaga y vuelve a encogerse de hombros. Algunas lágrimas se le acumulan en los bordes de los ojos, formando pequeños charcos.

Primero mi relación con Lily se acaba, ahora Iris y yo nos separamos antes de que esta sea siquiera una relación. Las personas de Pascuas que están en contra de la familia de Iris se harían un festín.

–¿Obligarían a tu papá a abdicar? –espeto.

Iris por fin me mira, con las cejas levantadas por la sorpresa.

–No. No por este motivo. Pero harían que se reasignen las responsabilidades a otras casas con la excusa de que él está *claramente saturado de trabajo*. Ya han hecho cosas así.

Me pongo de pie enseguida y me paso una mano por la mandíbula. Lanzo una mirada rápida a Kris que está en silencio y luce serio, de espaldas al fuego.

¿Por qué no pudo haber escogido a Kris para Iris? Habría sido como un romántico cuento de hadas si hubieran arreglado un matrimonio para ellos dos. No es que quiera que usen a mi hermano

como un peón, como tampoco quiero que comprometan a Iris ni a mí.

Pero, para ser honesto, no es difícil de adivinar por qué papá me eligió. Kris no es el que necesita que lo aten de manos por miedo a la vergüenza pública. Él ha sido siempre el apacible. Yo soy el riesgo, incluso después de años de hacer mis mejores esfuerzos por enmendar mi comportamiento. Además, la mitad de las veces creo que papá se olvida de que Kris es una opción. Estoy bastante seguro de que ese es en parte el motivo por el cual Kris es como es, constante, conservador y bien portado. Esa es su forma de intentar atraer la atención de nuestro padre. Yo soy quien se encarga de las acciones maníacas de negligencia.

Y miren cómo ha resultado todo.

–Entonces, ¿estás de acuerdo con esto? –Mi voz se quiebra. Lo odio.

Iris asiente.

–Podría ser peor. –Se encoge de hombros.

–Bueno, gracias.

–Coal…

–Bien.

Su entrecejo se repliega de manera inquisitiva.

–Bien –vuelvo a decir–. Lo haremos. Pero yo no te quiero.

Iris se estremece.

–Yo tampoco te quiero, imbécil.

–No. No de ese modo. Quiero decir, no estoy *enamorado* de…

Pero ella se pone de pie, sonriendo con aquella sonrisa quebradiza otra vez.

–Estoy bromeando contigo –dice.

–Es difícil saberlo en este momento.

–Lo sé.

–Nada de esto es gracioso –confieso.

–Debes sentirte en el infierno.

Dios, me conoce.

Tiene razón: podría ser peor. Pero podría ser mejor. Mucho mejor.

Kris se voltea, con una mano en la nuca. No tengo idea de qué decirle.

La puerta se abre.

Papá ingresa, seguido por Neo, y todos nos quedamos allí de pie por un segundo, haciendo contacto visual pasivo-agresivo.

Aún no puedo ocuparme de hablar con mi padre, así que giro en dirección a Neo.

–Tú estás permitiendo que vendan a tu hija como si fuera un… un… Maldita sea, estoy tan alterado que ni siquiera puedo pensar en algo que se venda. Pero ¿cómo puedes permitir que suceda esto?

Neo no me mira, se pasa una mano por su rubio cabello corto y dice como un maldito autómata:

–Mis sentimientos con respecto a ti no tienen nada que ver con esta transacción.

–No me refería a eso, sino a cómo estás de acuerdo con obligar a tu hija a tener un matrimonio arreglado con, bueno, sí…, con un tipo al que odias, cuando tu propio matrimonio fue por amor. Qué mentira más hipóc…

–Coal. Detente. –Iris me toma de la mano.

Neo voltea, con la piel pálida enrojecida, y su expresión se parece tanto a la de aquel dolor reprimido que mostró en el funeral de su mujer que no puedo evitar retroceder.

–Esta decisión es para el beneficio de Pascuas –dice mirando al suelo–. Mi esposa lo comprendería. Iris también lo comprende. ¿Verdad?

Él la mira y se ve tan… *frágil*. Maldición.

Y es peor porque Iris sí lo comprende. Comprendió de inmediato la gravedad de lo que hicieron e, incluso en este momento, está aquí firme aunque abatida por el peso de sus obligaciones, en lugar de estar furiosa como yo.

–Sabes que lo que hiciste está mal –le digo a Neo al ver que Iris queda en silencio–. Nosotros no somos peones.

–No, no lo son –dice papá.

Por fin lo miro. Lo *conozco*, sé lo que prioriza y cómo se maneja ahora, pero una pequeña parte de mí vibra con la esperanza de que tal vez vuelva a ser el hombre que recuerdo de mi niñez. El que me mostraba los distintos departamentos él mismo en lugar de endilgarles la tarea a otros, mientras los periodistas lo grababan. El

que se paraba frente al globo terráqueo conmigo y me hacía creer que llevar felicidad al mundo era nuestro propósito.

No sé qué será necesario para que esta chispa de esperanza se extinga.

A veces me pregunto si mamá se dará cuenta de lo mucho que arruinó todo al marcharse, porque el rey de Navidad que es ahora papá ni siquiera parece él mismo.

–Ustedes son servidores de Pascuas y Navidad –continúa–, y esta es la forma en que pueden cumplir con su obligación. Es una transacción comercial, nada más. Les concedimos espacio con la esperanza de que la relación con Lily se reavivara, pero ya ha pasado tiempo suficiente para que avancemos por otros medios.

Yo me echo a reír tan fuerte que me da una arcada.

–Mi relación con Lily fue un desastre incluso sin que ustedes la *manipularan*. ¿Cómo carajos esperan que esto resulte mejor?

–Mmm. Tiene sentido. –Papá mira a Neo y yo me quedo pasmado al pensar que tal vez me *oyó*, pero dice–: Deberíamos sopesar los pros y los contras de la presencia de Lily en la boda. Puede que ella despierte demasiadas asociaciones negativas al pasado.

Me sobresalto.

–¿La boda? –Hago una pausa; se me hace un nudo en las tripas–. ¿Ya comenzaron a planearla?

Papá me mira como si le hubiera preguntado por qué las puertas tienen picaportes.

–Por supuesto. Cortejarás a Iris durante las actividades navideñas de las próximas semanas, luego le propondrás matrimonio antes de fin de mes. Se casarán en el Baile de Víspera de Navidad.

Qué gran mierda.

¿*Casados* en vísperas de Navidad? No solo estaremos *comprometidos* para ese entonces, sino que en verdad *casados*…

–Tú… –No puedo lograr completar la oración–. Yo…

Neo se rasca la barbilla y continúa como si yo ni siquiera hubiera hablado:

–Lily está ocupada planeando su propia boda. Estoy seguro de que aceptará cualquier cosa que decidamos.

–¿Qué les parece si le preguntamos *a Iris* si desea que su hermana esté en *su* boda? –interrumpo y luego me regaño a mí mismo–. Aunque no debería ni siquiera *haber* una boda en menos de *un mes*… Esto es…

–Tú no entiendes lo que implica llevar una Festividad a un área nueva –dice mi padre volteándose hacia mí–. O reforzarla en sitios en donde se haya debilitado. Hay una cantidad limitada de alegría en este mundo. Pascuas contribuirá con una parte de su alegría al trabajo que hace Navidad para extender nuestro alcance alrededor del globo y, en consecuencia, el alcance de Pascuas también. Se requiere de magia para llevar juguetes a los niños y, como bien sabes, hay muchos, *muchos* niños necesitados allí afuera.

Hago un gesto de dolor. Papá se detiene en él un momento y, en parte, espero que saque un recibo por toda la magia que desperdicié en Nueva Koah y por toda la que se necesitó para *arreglar* lo que yo desperdicié.

–Pero ¿acaso reciben lo que necesitan? –pregunto–. Toda esta magia que se usa, ¿está *haciendo* algo? ¿De verdad está ayudando a alguien?

–Es una de nuestras más grandes esperanzas que *cada* niño reciba un poco de la magia de la Navidad –continúa él.

–Baratijas de plástico, quieres decir. Hay que asegurarse de que el mundo tenga acceso a *eso*, en ambas, Navidad y Pascuas. –Siento calor en el cuello. Miro a Neo y a Iris–. Eso es todo lo que obtienes por vender a tu hija. Eso es todo de lo que somos capaces de llevar al mundo. Porquerías baratas de plástico…

–Por favor –me susurra Iris. Su mano se aferra a la mía como un hierro y oigo en el nudo en su garganta que apenas puede mantener la compostura.

Cierro la boca de golpe. Estoy empeorando las cosas.

Deslizo el brazo alrededor de su cintura y comenzamos a retirarnos.

–Iris –exclama su padre.

Ella se detiene y yo también.

–¿Estás segura? –le pregunto.

Pasa un segundo. Luego asiente.

–Quiero oír lo que tiene para decir.

–Sabes dónde encontrarme –digo luego de darle un beso en la cabeza.

Ella se marcha con los brazos a los costados, hombros a la altura de aquella postura perfecta, aquel comportamiento aprendido. Me alimenta la ira otra vez que tenga que fingir ante su padre.

El mío sacude la cabeza y dice:

–Debo regresar a la decoración del árbol. Les sugiero que ustedes hagan lo mismo, la velada está lejos de terminar.

Antes de que pueda rehusarme, él se marcha con un resoplido como si tuviera motivos para estar molesto.

Yo doy una zancada en dirección a Kris.

–A mi suite. Ahora.

Él aprieta la mandíbula. Pero asiente y me sigue fuera de la sala.

Hay empleados yendo de un lado a otro por los corredores mientras atravesamos el palacio. En todas partes hay personas dedicadas a asegurarse de que Navidad funcione a la perfección: se fabrican juguetes, se organizan los recorridos, se preparan los regalos, se revisan las listas, se cuelgan las decoraciones. Mientras tanto, papá, Kris y yo lideramos los eventos de la crema y nata para celebrar nuestra temporada, demostrar sus mejores cualidades, montar el show. E inventarnos un compromiso y una boda con mi mejor amiga.

Parecía tan mágico cuando era más joven. Antes de que mi abuelo falleciera y papá se convirtiera en Santa; antes de que mamá decidiera que no podía ser la señora Claus y se largara; antes de que yo me despertara a la realidad de que esto no se *trata* de hacer feliz al mundo, que es un *trabajo*, un *negocio*. La alegría es un ingreso y los ingresos no hacen nada para ayudar de verdad a nadie.

Ni los juguetes debajo de los árboles ni las tazas de chocolate caliente ni las peleas de bolas de nieve…, *nada* de eso. No importa cuánta alegría den en ese momento, cada una de las cosas que salen de nuestra Festividad solo es importante siempre y cuando nos *devuelva* más alegría. No está hecha para que perdure, sino para generar ganancia.

Entro a mi habitación y Kris cierra la puerta detrás de sí con cuidado.

–Grítame –le digo mientras me arranco la chaqueta.

–¿Qué?

–Grítame.

–Esto no es tu culpa.

–Pero estás enfadado conmigo.

Lo piensa. Luce exhausto, todavía tiene el bastón de caramelo en el cabello.

–¿Por qué estaría enfadado contigo? –pregunta.

–Porque ahora estoy cortejando… Mierda, sueno como si hubiera salido de *Bridgerton*. Porque estoy obligado a fingir que salgo con la chica de la que has estado enamorado por más de la mitad de tu vida.

–A decir verdad, pensaba que estaba enamorada de *ti* hasta hace diez minutos –dice tras desplomarse contra la puerta.

–Me alegra que al menos eso haya quedado claro. *Grítame*.

–No voy a ayudarte con tus tendencias extrañas a la flagelación. Grítate a ti mismo.

Me dejo caer sobre la cama para sentarme.

–Dios, Iris y tú me conocen demasiado bien. Necesito amigos nuevos.

Kris se echa a reír, pero de un modo vacío. Nos quedamos en silencio.

–Odio que él les haya hecho esto –susurro–. A Iris. A ti.

–¿Y *a ti* no?

–Yo estoy acostumbrado a que me manipule la vida. No tiene idea de que te lastimó a ti.

Y yo no puedo hacer nada para ayudarte, maldita sea.

Ni con papá. Ni con mamá.

Kris se endereza con una determinación similar a la de Iris.

–Bueno, pero lo hizo. Y nosotros tenemos que vivir con eso como con toda su mierda.

–Kris… –Me pongo de pie.

–Me voy a la cama.

Él se marcha antes de que pueda encontrar algo que decir. No hay nada *que* decir. Como siempre. Somos solo él y yo, los trozos de esta familia desmoronada y el deber que compartimos.

Me quedo despierto durante un rato con la puerta entreabierta, esperando que Iris venga y hablemos. Sobre qué, no lo sé.

La pantalla blanca de mi teléfono es la única fuente de luz en mi habitación cuando abro nuestro chat:

COAL
estás bien?
por supuesto que no estás bien.
iris.
iris ven a hablarme.

IRIS
acabo de terminar con papá.
estoy exhausta
no quiero hablar más, duerme un poco.

COAL
sí…
no voy a poder dormir esta noche.
qué dijo tu padre? algo que de algún modo te haya hecho
sentir mejor?

Unos puntos suspensivos aparecen en su cuadro de texto, luego desaparecen. No responde.

Mierda.

COAL
lo siento. dulces sueños conejita

No la he llamado así en años. Desde la vez que tomó la brillante, o tal vez terrible, decisión de usar una corona de flores que tenía un par de orejas de conejo falsas y fue uno de los mejores regalos que mi sentido del humor jamás ha recibido. Ahora solo lo menciono como último recurso.

Veo los puntos suspensivos aparecer otra vez. Entonces escribe:

IRIS
vete a dormir, grinch.
yo también lo siento.

La habitación queda a oscuras cuando apago la pantalla. Es un pequeño consuelo que al menos me haya respondido con ese apodo tonto que me puso, algo de alivio cómico.

No es que sienta que eso ayudará en algo. Jamás lo hace.

Arrojo el teléfono sobre la mesa y me quedo mirando el cielo raso en la oscuridad. Eventualmente, me quedo dormido con la camisa y los pantalones puestos. Me hundo en un vacío sin sueños que no me da ninguna respuesta ni me permite descansar.

•••

–¡Coal! *¡Coal!* ¡Despierta, mierda!

Me enderezo con toda rapidez y por poco le aplasto la nariz a mi hermano con mi frente.

Un dolor tensional me recorre enseguida la cabeza y me doblo en dos. Me llevo los dedos a las sienes.

–¿Qué hora es?

–Casi las ocho. Levántate. Ahora.

Kris está a mitad de camino hacia la puerta. Al igual que yo, todavía lleva puesta la ropa de anoche y, por Dios, nos vemos como si nos hubiéramos colado en una boda y nos hubiéramos desmayado con los trajes de padrinos puestos.

Boda.

Matrimonio.

Dios mío.

–¿Qué? –gruño. La cabeza me estalla.

Kris se acerca a mí, me toma del brazo y me *jala* de la cama.

–Levántate –dice, lanzándome un zapato.

Por fin comprendo la seriedad que tiene en la voz.

–¿Qué sucedió? ¿Algo malo? –Me empiezo a calzar.

–Halloween está aquí.

Me quedo tieso, con una pierna levantada y solo un zapato puesto.

–Repite eso.

–Llegó un enviado de Halloween. Se enteraron de Iris y tú. Y están *furiosos*.

Salimos de mi habitación tambaleándonos, yo recostado sobre Kris, o él sobre mí. Juntos logramos hacer una persona funcional, con las pocas horas de sueño que pudimos conciliar.

–¿Cómo…? ¿Q*ué*? ¿Enviaron a alguien aquí? ¿Qué carajo?

–Exacto.

–¿Qué *carajo*? ¿Cuándo fue la última vez que Halloween estuvo en el Polo Norte?

La mirada de Kris dice: "nunca, dah".

Se sabe que Navidad interactúa con ciertas Festividades. Las más alegres, brillantes. Todo por la reputación.

Halloween, ¡qué sorpresa!, no es ni la más alegre ni brillante.

Son un gran jugador en nuestro mundo por derecho propio, pero son retraídos. Nosotros apoyamos a Pascuas, San Valentín y algunas otras, y todo va bien, nadie invade a nadie ni nada. Todos ganan.

Hasta donde sé, Halloween está radicada en Nueva Inglaterra, creo. Diablos, debo estar equivocado. No sé casi nada sobre ellos. Jamás tuve que hacerlo.

Kris y yo llegamos al rellano que da al recibidor y, allí abajo, en medio de una sala rebosada de decoraciones navideñas, hay dos personas paradas que claramente no encajan aquí.

Están vestidas por completo de negro, con trajes elegantes con un toque de naranja en los pañuelos de bolsillo. A pesar de la razón de su visita, están extrañamente apacibles, con expresiones relajadas mientras se enfrentan a Wren.

–¿Dónde está papá? –susurro a Kris.

Él se encoge de hombros.

Nos quedamos arriba de las escaleras. Nadie ha notado nuestra presencia todavía.

–… la alianza continúa –está diciendo uno de los delegados–. El Santa reinante debe comprender cómo recibimos la noticia.

–Les aseguramos que esto no debe interpretarse como una amenaza –dice Wren–. Apenas entendemos cómo el asunto les concierne a ustedes.

–Diferimos –dice el hombre. Toda esta conversación *mayestática* y de cortesía forzada genera una tensión eléctrica en el ambiente–. Claro que nos concierne la sindicalización de dos de las Festividades más poderosas. Navidad ha jugado por demasiado tiempo con la idea de estas uniones: el hecho de pasar de las meras amenazas a la acción ha llevado su estrategia de control demasiado lejos.

–No hay maniobras en el trabajo.

La voz resuena por todo el vestíbulo. Las velas se vuelven más brillantes, se intensifica el aroma dulce del ambiente y caen copos de nieve bajo techo, desde nubes invisibles, formando un salpicado blanco.

Debajo de nosotros, papá entra con paso relajado al recibidor.

Él al menos se cambió la ropa de anoche. Lleva puesto un jersey rojo, un guiño alusivo a su famoso uniforme. Le da una presencia inmediata y no puedo evitar preguntarme si se tomó el tiempo para ponerse eso una vez que supo que habían enviado personal de Halloween. De seguro está usando la magia suficiente para darse influencia.

El delegado de Halloween mueve una mano en el aire para quitar los copos de nieve del medio.

–Ah, rey Claus. Un placer tenerlo con nosotros.

–Es una pena que Halloween no pudiera coordinar una reunión más oficial –dice papá inmediatamente–. Pero dado que están aquí, me gustaría asegurarles yo mismo que el acuerdo entre mi hijo y la princesa Iris no es tan serio como ustedes afirman. Nada se ha concretado aún.

Ah, esa es una *mentira descarada*. Ya están planeando nuestra boda, maldita sea.

El delegado resopla.

–¿En serio? Interpretamos que su anuncio fue bastante definitivo.

–En todo caso, me alegra que nos haya traído su visita.

Mi padre hace una pausa y noto que unos reporteros se apiñan en los bordes del vestíbulo. No son solo de Navidad, hay de otros

medios de Festividades en general y me sorprende que papá haya permitido que lo siguieran hasta aquí adentro…

La inquietud me carcome.

Él *quiere* que estén aquí adentro.

El delegado también nota su presencia, o tal vez ya lo había hecho. Ahora los mira de lleno y luego a mi padre.

–¿De verdad? –pregunta.

–Sí. –Papá da un paso adelante–. Soy el primero en admitir que Navidad ha sido por mucho tiempo una fuente de disputa para Halloween.

¿En serio? ¿Cuándo hemos interactuado con ellos? Los enviados intercambian miradas que confirman lo que sea que papá haya querido decir, y mi confusión se convierte en un ceño fruncido.

–Tenemos más cosas en común que las diferencias que nos dividen –continúa papá–. Pero sé muy bien cuán desconfiada es Halloween con nosotros y no espero que dicha desconfianza se supere con facilidad. Todos tenemos el mismo objetivo: ser la fuente más poderosa de alegría posible. No me equivoco al suponer que ambas, Pascuas y Halloween, dos Festividades en igualdad de importancia, se beneficiarían de una unión.

Los delegados parecen quedar desconcertados.

–¿Qué está sugiriendo? –pregunta uno.

–Regresen a Halloween con este mensaje de Navidad: lo sentimos por las amenazas percibidas y no deseamos incitar más discordia entre las Festividades de otoño. –Hace una pausa para sonreír–. Les ofrezco oficiar de intermediario, si sus superiores están de acuerdo, para supervisar una unión entre Pascuas y Halloween.

–*¿Qué está haciendo?* –digo a Kris entre dientes, pero mi hermano está inmóvil, mudo de la conmoción.

El delegado abre bien los ojos, el primer signo de sorpresa verdadera, y ladea la cabeza:

–¿En verdad está proponiendo un matrimonio entre la princesa de Pascuas, la prometida de su hijo, y…

–El compromiso no está cerrado, como dije. Mi anuncio fue que Pascuas había comenzado a buscar una pareja para la princesa Iris, y el príncipe Nicholas ha sido por mucho tiempo uno de sus amigos

más cercanos. Pero he hablado con el rey Neo en detalle y su objetivo para Pascuas es lo que resulte más conveniente. Lo cual, si ustedes aceptan, sería Halloween. Su rechazo hacia el arreglo entre Navidad y Pascuas se está tomando muy en serio. –Vuelve a hacer una pausa. Hay algo que les está diciendo en esas pausas, porque los enviados intercambian otra mirada.

Noto también que papá sigue sin poner a Kris a la venta en este maldito acuerdo, en lugar de romper el compromiso de Pascua… ¿Por qué no lo hace? Así se quedaría con todo y dejaría a todos involucrados. ¿Por qué está sacrificando a Iris?

–Si en Halloween están tan preocupados por el poder que Navidad acumularía al unirse a Pascuas, entonces son bienvenidos a venir y disputarse la mano de la princesa Iris. Mi palacio está abierto a recibir a Halloween –agrega papá.

Un delegado se voltea para susurrar algo a su compañero. Con una sonrisa tensa, vuelve a mirar a papá y dice:

–Llevaremos esta propuesta a nuestros monarcas. –Luego hace una reverencia, pero se ve como una burla–. Santa.

Mi padre no reacciona. No mientras los delegados se voltean y se dirigen hacia el portal por el que vinieron, el cual todavía está abierto. Hay unas sombras palpitantes a su alrededor y al otro lado se ve un corredor envuelto en penumbras.

Uno de los delegados de Halloween mira rápidamente hacia el final de las escaleras y exclama con una reverencia más breve:

–Príncipes.

Se marchan, la puerta se cierra y yo bajo las escaleras como un rayo.

–Nicholas… –Papá intenta interceptar mi arrebato, pero estoy *harto*.

–¿Ahora vas a entregar a Iris a Halloween? –exijo saber–. Ni siquiera es *tuya*…

Él me sujeta el brazo de un modo muy agresivo.

–Serénate. Ven.

Los reporteros todavía están allí. Observando. Con las grabadoras listas.

Papá me aparta del vestíbulo a rastras y me lleva a una sala contigua. Las cortinas están abiertas. A través de ellas se ve el frente del palacio, un paisaje nevado que se extiende hacia las colinas ondulantes que a la distancia rodean la mayor parte de la Ciudad del Polo Norte.

Kris se cuela por la puerta cuando papá gira para cerrarla. Por lo general, mi hermano me deja ser quien le grita a nuestro padre, pero ahora está hecho una furia, con los puños apretados.

–No puedes hacer esto –exclama–. ¡No puedes tratarla así!

Por un momento, papá parece aturdido de que sea Kris quien le hable con insolencia. Nos estudia rápidamente con la mirada y suelta un suspiro pesado al notar nuestra ropa arrugada de anoche.

–Son negocios, hijos –nos dice–. Es una estrategia para apaciguarlos hasta que podamos cerrar el matrimonio entre Nicholas e Iris.

–Espera…, ¿qué? –exclamo con un paso hacia atrás.

–¿Por qué creen que estamos presionando para acelerar el matrimonio y que mantuvimos los planes en secreto hasta anoche? Porque sospechábamos que generaría esta reacción. Halloween fue apenas el primero en expresar su oposición. Esto es para ablandarlos hasta que podamos proceder. En realidad, nada de lo que hagan podría detenernos, pero las molestias de sufrir retrasos por cualquier numerito que monten se pueden evitar fácilmente con unas semanas de verdades a medias. Les permitimos pensar que están jugando su propio juego y, mientras tanto, nuestros planes siguen adelante sin que nos molesten.

Kris niega con la cabeza y veo que su arrebato de lucha se evapora.

Mi turno.

–Esto está mal –exclamo–. Toda esta manipulación… está *mal*. Y lo sabes.

La expresión de papá decae y muestra un ápice de tristeza, pero desaparece en un instante.

–Lo que sé es que el tipo de alegría que lleva Navidad (tradición, camaradería y familia) es capaz de lograr una transformación global.

Cuanto más podamos reforzar nuestros territorios, más capacidad tendremos de darle ese tipo de felicidad al mundo.

–¿Es en serio? –pregunto–. ¿Darle ese tipo de felicidad? Porque, desde donde yo lo veo, Navidad no es más que… Bueno, lo que estuve criticando antes: baratijas de plástico y regalos, y nada *significativo*…

–Por ahora –dice papá con gesto serio–. Debemos hacer concesiones para lo que puede producirse con la mínima cantidad de magia, a favor de extender el alcance de la Navidad.

–Entonces, admites que Navidad se ha convertido en algo barato y mercantilizado –digo, negando con la cabeza.

–Temporalmente. Para lograr este objetivo inicial, extender nuestra influencia más allá de cualquier otra Festividad, debemos hacer ajustes.

En parte, había estado bromeando cuando me molesté con Neo por intercambiar a Iris por baratijas, pero… no estaba equivocado. Papá está dejando que la Navidad se asocie con *objetos* y estupideces inútiles para que él logre expandir nuestro control, sacrificando cualquier verdad o bien duradero que podríamos crear.

¿*Alguna vez* Navidad ha sido capaz de brindar algún bien verdadero y duradero? Si así fuera, ¿las cosas no serían… *distintas*?

Él solía creer que éramos capaces de llevar felicidad al mundo. La mirada en su rostro que vi cuando era niño y me habló sobre *nuestros* deberes (suyos y míos). Él había *creído* en la Navidad, más que en *esto*.

¿O no?

–Entonces, Iris y yo nos casamos después de que tú le mientes a Halloween –digo–. Lo cual les da a ellos un doble incentivo de tomar cualquier represalia después. Podrían poner la opinión en nuestra contra, como mínimo. Sé que odias eso.

–Navidad y Pascuas estarán unidas. Halloween se dará cuenta de que no ganará.

Me tomo de la cabeza. La jaqueca se duplica, se triplica, hasta que me hace ver destellos de luz que me atraviesan los párpados.

–¿Y qué hay si no quiero casarme con ella? –pregunto, porque es todo lo que me queda–. ¿Qué pasa si odio ver el modo en que tratas

a mi mejor amiga?

Siento que su presencia se mueve.

Lo siento pararse frente a mí.

–Confiarás, entonces, en que las decisiones que tomo son lo mejor para ti y para nuestra Festividad –me dice.

No hace falta ninguna amenaza mágica, su tono es suficiente. Seguro, calmo. Genuinamente cree que tiene razón.

Quiero gritarle que está equivocado, pero no *siempre* estuvo equivocado y no sé cómo volver al modo que solían ser las cosas, porque no *recuerdo* en verdad cómo solían ser. Solo me estoy aferrando a estos rescoldos de esperanza sobre la base de algunos recuerdos esporádicos de mi infancia.

Tal vez este es quien papá siempre ha sido. Yo solo era muy joven e idealista para darme cuenta.

Él se aparta.

–No es necesario aclarar que esta conversación queda entre estas paredes –dice–. Ahora vístanse, espero lo mejor de ambos.

Se marcha.

Kris niega con la cabeza durante el silencio que sigue.

–Deberíamos, em…, deberíamos ir a ver a Iris.

–Su padre probablemente se lo contará.

–Tal vez. –Oigo el desánimo en su voz. Sí…, *tal vez*. O se enterará cuando Halloween regrese, acepte y estalle la bomba.

La peor parte es ver a mi hermano intentando mantener la compostura. E imaginar el rostro de Iris cuando se entere de que la están usando, *otra vez*.

Una de las primeras formas en las que traté de emplear la magia fue para garantizar que mi hermano tuviera una Navidad feliz, pero fue un encantamiento autoinducido, porque me aseguré de que tuviera sus comidas preferidas (wafles, pavo rostizado y galletas de jengibre) y los mejores presentes (muchos videojuegos y algunos lindos cuadernos con cubierta de cuero, porque ya desde niño se la pasaba escribiendo todo el tiempo). E hicimos todas las actividades que más le gustaban: carreras de trineos, luchas de bolas de nieve y patinaje sobre hielo. Así que sí tuvo una Navidad feliz, pero no fue gracias al uso de la magia. No es tan sencillo.

Ahora casi lo hago. Casi vuelvo a ser mi yo de doce años, que quiere asegurarse de que mi hermano sea *feliz*.

Envuelvo a Kris con un brazo y lo dirijo hacia la puerta.

–Así que esta es la mejor época del año, ¿eh?

Iris y los chicos Claus

IRIS
tal vez podemos intoxicarnos con comida para evitar la fiesta de bienvenida de halloween.
o cómo es eso de que la flor de pascua es venenosa?
están por todas partes, así que podemos decir que nos envenenaron
KRIS
Creo que eso solo les sucede a los gatos si se las comen.

COAL
pero me agrada que pienses así.
Si haces un boicot, entonces yo también

IRIS
Aaaaah. no.
iré a la fiesta.
solo quería ponerme dramática primero.

Coal cambió el nombre del grupo a "Dos hermanos y una jo, jo, jo".

IRIS
nicholas claus si valoras nuestra amistad borrarás el nombre del grupo ahora mismo

Coal cambió el nombre del grupo a "50 sombras de Santa".

IRIS
de verdad? yo estoy aquí en medio de una crisis y tú estás googleando juegos de palabras de navidad

COAL
discúlpate.
los tengo guardados y preparados todo el tiempo, cariño pero qué quieres que haga en serio, dímelo. Porque todo lo que busco es intentar hacerte reír oye, mira esto no ahí nada malo con intentar hacer reír a alguien

KRIS
Te odio, Coal.

Bórralo ya. Maldita sea.
Me sangran los ojos.

IRIS
qué? acaso es otra broma privada que no entiendo
KRIS
¿En verdad no te das cuenta?
¿Por qué les hablo a ustedes dos?
Escribió "ahí" para hacerme enfadar.
Y está funcionando.

COAL
No sé de qué están ablando
ablando
ablando ablando ablando

KRIS
COAL. NO. ES. GRACIOSO.

IRIS
un poco sí

COAL
aaaaablando

KRIS
Ay, Dios mío. Me están dando náuseas.
Por cada vez que te burles del idioma, voy a esconder un elfo en algún lugar de tu habitación.

COAL
TE ESTÁS PASANDO DE LA RAYA KRIS

KRIS
Ya van dos. Dos elfos. Con esos ojos pequeños y brillantes sin alma. Solo te observarán desde las sombras. No sabrás dónde están.
Pero podrás sentirlos.
Observando.
Investigando.
Esperando.

COAL
no es grasioso
eres un imbésil
puedo continuar todo el día

KRIS
Cuatro.
¿De verdad vas a seguir poniéndome a prueba, Nicholas?
No te burles de la ortografía.

COAL
iris te estas riendo?
estoy haciendo esto por ti
más te vale que te estes riendo porque estoy poniendo mi vida en riesgo sabes que esos elfos han asesinado y volverán a hacerlo

IRIS
sí… me estoy riendo
en contra de mi voluntad nerd patético.
nerds.
los dos. grandísimos nerds patéticos.

COAL
pero nos amas

IRIS
también en contra de mi voluntad.

Iris cambió el nombre del grupo a "Iris y los nerds patéticos Claus".




CAPÍTULO CUATRO

–Lo odio.

–Estoy muy seguro de que yo te uní a ese club hace años.

Iris se apoya en mí para ajustarse el zapato.

–Esa no fue mi intención. Kris y tú se quejan... Bueno, *tú* te quejas, pero yo siempre traté de darle el beneficio de la duda. Jamás quise odiar *a Santa*.

Echo un vistazo a la multitud. Esta parte del Palacio Claus está atestada con el mismo grupo que asistió a la decoración del árbol del Medidor de Alegría, todos engalanados con prendas navideñas para, bueno, *Navidad*, solo que ahora nos encontramos en el gigantesco salón de baile. Las paredes están revestidas con pesadas maderas color marrón oscuro que generan una sensación de centro de esquí. Hay plantas colgadas de las vigas y dos chimeneas enormes a cada punta del salón, que bañan todo de dorado y hacen que el ambiente tenga un aroma silvestre y acogedor.

La única imperfección en la escena son los reporteros que todavía merodean en los bordes del salón de baile.

Les doy la espalda deliberadamente. Iris y yo estamos a un costado apartado del escenario, donde suele sentarse la orquesta. Y es bastante fácil lograr verla solo a ella y a la pared trasera de ventanas que dan fin al salón.

–Él no es Santa –digo.

Su mirada de desconfianza se arruga, como a la espera de que yo diga algo importante.

–Así que tiene barba blanca y se viste de rojo porque…

–Es mi papá. Es un truco publicitario. Pero *no* es Santa. Él es el rey de Navidad. El ideal de *Santa* existe más allá de todos nosotros. –Mi tono se vuelve profundo, eso la confunde un poco y frunce el ceño. Sé que no suelo ponerme serio, pero no debería ser *tan* sorprendente–. Él es Santa del modo que tú eres el conejo de Pascuas.

Iris sonríe de repente.

–No me desenmascares, Claus. Trabajo duro para ocultarte mis transformaciones de mujer conejo.

Pone los dedos en forma de garras y me gruñe.

–No necesito recordarte –digo con una sonrisa–, que estamos en una fiesta para dar la bienvenida a un pretendiente *tuyo*, disfrazados de adultos funcionales. No *nos* desenmascares, Pascual.

–Solías ser divertido. –Deja caer las manos y pone los ojos en blanco.

–¿Estás molesta porque no te gruñí en público?

–Sí.

–Lo siento, estaba demasiado distraído imaginándome a un conejo salvaje con colmillos irrumpiendo en los dormitorios de los niños y robándose sus canastitas color pastel.

Ella se endereza, fingiendo dignidad, pero su mirada se enciende.

–Bueno, tal vez la próxima vez que intentes comenzar algo tonto y divertido, yo estaré demasiado distraída imaginándote vestido de Santa, lo que es, para ser honesta, una imagen mental mucho más horrorosa.

Echo la cabeza hacia atrás como gesto de repudio instantáneo.

Jamás me he imaginado en verdad como Santa, ni siquiera a pesar de saber que nací para cumplir ese rol. Pero, por algún motivo, el rechazo inmediato de Iris al pensarme en ese lugar… duele. Más de lo que debería. Estoy muy seguro de que no sería para nada como mi padre, pero tampoco soy como aquel rostro alegre, amoroso y felicidad infinita de la mítica figura de Santa.

Así que su frivolidad no es inadecuada.

Y no debería perturbarme.

Iris cierra los ojos y arruga la cara.

–Como en este momento. Estoy intentando imaginarlo y… Ay, Dios mío. Luces terrible de rojo.

–Muy graciosa. –Y honestamente, bien fundamentada. Hemos dejado en claro que los tonos rojizos no son mi color.

–No, de verdad. –Se lleva una mano a la boca–. Es *monstruoso*…

Kris se une a nosotros sobre el escenario.

–¿Qué es monstruoso?

Iris abre los ojos y sacude una mano en dirección a mí.

–Tu hermano como Santa.

–Bueno, sí… –Me observa de arriba abajo–. Es demasiado delgado.

Ahora *sí* dejo ver mi enfado.

–¡He estado levantando peso con los videos que me enviaste!

Él entrecierra los ojos y me vuelve a examinar.

–¿Sí?

–Vete al diablo.

Kris sonríe y vuelve a mirar a Iris.

–Estarán aquí en diez minutos.

–¿Cómo me veo? –me pregunta ella después de voltearse.

Lleva puesto un vestido color lavanda del que caen capas de tul con flores cosidas en puntos aleatorios. Tiene la mitad de sus trenzas africanas enhebradas a una corona de tulipanes y margaritas y, justo en esta sala navideña llena de personas de Navidad, ella es la rebeldía de la primavera, la renovación y la frescura.

Pero no le digo nada de aquello y solo respondo con los ojos entrecerrados: –¿Te importa?

–Por supuesto que me importa. *Siempre* me importa. Cuando esto estalle, *no* será por algo que yo haya hecho. Yo seré *perfecta*. Ahora, *Kris*… ¿Cómo me veo? –Se voltea para preguntarle a él, probablemente luego de darse cuenta de que yo no le daré una respuesta directa y correcta, porque es muy retorcido que ella equipare su apariencia física a ser perfecta.

Kris se pone rojo como los cobertores a cuadros de las sillas del salón. Pero antes de poder decidir si intervenir o no, él le mira el cuerpo de arriba hacia abajo.

–Perfecta –responde con suavidad.

Iris no debe notar el tono en su voz, porque solo exclama: "Gracias", de manera intencional. Luego me mira.

–*Así* es como le respondes a una mujer cuando te pregunta cómo luce.

Kris pone una expresión rara, con los ojos todavía sobre el perfil de ella, que aún me está mirando a mí. Pero no parece herido o rechazado, es más como un "bueno, je. Eso no funcionó". Siempre ha lidiado con la indiferencia inconsciente de Iris con bastante gallardía para alguien que afirma estar enamorado de ella.

–La próxima vez, publicaré un soneto en honor a tu belleza –le digo a Iris.

–Ya sería hora, Claus. –Asiente, satisfecha.

–Con toda la pompa y extravagancia de una canción lanzada a medianoche, como Taylor Swift.

–¿Sabes? Cuando dices cosas así es difícil tomar en serio tu adoración.

Papá sube al escenario, seguido por Neo, vestido con los mismos tonos pasteles y flores de Pascuas, quien aleja a Iris de nosotros, dado que el anuncio que hizo hace tres días fue seguido rápidamente por otro de "Oh, y ahora Halloween también está compitiendo por la mano de Iris, acaso no es curioso". Papá y él han estado evitando que se tomen fotografías de nosotros dos juntos para que no crean que, abro comillas, hay favoritismo, cierro comillas. Aunque uno de los contendientes también sea el anfitrión de esta pequeña competencia y ya haya ganado. Sí…, desde luego que va a ser justa.

A Iris no le preocupaba cómo aquel cambio de planes hizo quedar a Pascuas, dijo que su padre estaba seguro de que solo haría ver *deseable* a su familia. A lo cual solo respondí frunciendo la nariz, pero Iris se encogió de hombros y cambió de tema. Y no puedo quitarme el escozor persistente de que hay algo que no me está diciendo. Algo importante, importante para *ella*.

Echo un vistazo al salón otra vez, hacia los grupos individuales que conversan mientras mastican aperitivos. Vuelvo a pensar en aquello que dijo Iris, sobre perder la confianza de nuestro pueblo si nos retractamos de nuestra relación anunciada. Pero a ninguna de

estas personas le preocuparía cambiar de alianzas, ¿verdad? No afectaría sus vidas de forma negativa. Continuarían siendo las casas nobles de Navidad sin importar qué suceda.

¿Qué piensan los miles de personas de la Ciudad del Polo Norte? ¿Qué historia les está contando papá? Debería averiguarlo por mí mismo y comenzar a leer otra vez a la prensa amarillista.

Bueno, *esa* es una imagen horrorosa.

Tironeo de las mangas de mi chaqueta. Le envié una nota de agradecimiento a Wren por el bonito traje azul del día de la decoración del árbol. Y ella me respondió con este ejemplar: un blazer azul celeste cargado de filigranas doradas y verdes. Me veo espectacular: ¿príncipe de Navidad? Yo no veo ningún príncipe de Navidad, solo a un modelo de pasarela.

Iris está en el centro del escenario con nuestros padres. Papá lleva un traje rojo vibrante de Santa, pero al estilo Versace. Los tres dan un paso hacia adelante.

Un empleado da un golpe en el suelo en la parte trasera del salón y atrae toda la atención a las puertas que se abren.

La energía del salón cambia. La intensidad a nivel depredador, que suelo sentir sobre mí y Kris, ahora está clavada en el trío de personas, seguidas por la media docena de sus empleados.

Una nube enorme de humo cae detrás de ellos y se torna en una espiral gris oscuro que los disuelve en nada más que siluetas. No hay gritos de alarma, así que supongo que todo es parte de la entrada y lo único que puedo esperar son represalias pasivo-agresivas por el modo en que mi padre desplegó nuestra magia cuando estuvieron aquí los enviados de Halloween. Lanzo una mirada al perfil de papá y lo veo fruncir el ceño sin disimulo. Ni siquiera me molesto en ocultar mi sonrisa.

El humo se mueve como ondas, las sombras sin forma comienzan a rodear las siluetas y crean una mínima sugerencia de que hay algo *más* merodeando en esa bruma. Con eso ya sería suficiente para anunciar "¡Aquí está Halloween!", pero entonces, una descarga atraviesa el humo y una pálida luz amarilla se ilumina sobre un rostro por aquí y una sonrisa sin cuerpo por allá.

La multitud de Navidad da un salto. Algunos sueltan risas alarmadas.

Kris es uno de quienes saltan, pero no se ríe.

–Maldita sea –murmura.

Mis dedos caminan como una araña por la parte trasera de su brazo. Él vuelve a dar un salto antes de maldecir nuevamente y apartarme con un manotazo.

El humo se desvanece en forma de tirabuzones para revelar a las personas detrás de las siluetas, que ahora están a mitad del salón.

Si nosotros exageramos con toda la temática navideña, entonces ellos lo hacen con las vibras góticas del Halloween. Nadie de ese grupo tiene un solo atisbo de color entre el vestido negro ajustado y los elegantes trajes de ónix. A excepción de…

Había pensado en investigar a la familia real de Halloween por mórbida curiosidad para ver con quién está intentando mi padre emparejar de manera falsa a Iris. Ella dijo que sabían quién era el príncipe, o que al menos había visto fotos de él, y se rehusó a profundizar mucho más, pero yo jamás tuve que preocuparme por nadie fuera de Navidad y las Festividades con las que más interactúa papá, como Pascuas y San Valentín. Halloween no admite paparazi del modo que nosotros lo hacemos, bastardos con suerte. Así que cualquier investigación hubiera requerido ahondar en los sitios especializados de Festividades, pero cada vez que me disponía a hacerlo, me volvía superparanoico de que papá registrara mi historial de búsqueda. Y luego me di cuenta de que sí…, definitivamente tiene personas que revisan nuestros historiales de búsqueda cuando nos hospedamos en el palacio. Y esa idea me dio tanto asco que me aturdió porque soy un chico de veintidós años con pasatiempos de un chico de veintidós años.

Pero en realidad, sí tendría que haberme arriesgado y haberlo hecho, aunque sea por un maldito minuto, una maldita búsqueda. Porque ahora estoy aquí de pie sobre este escenario y la mitad de mi cabeza me está gritando que inhale, pero legítimamente no logro recordar qué músculos debo usar para hacer eso, y la otra mitad está consumida de forma voraz, contemplando al príncipe de Halloween.

La última vez que lo vi, su lengua estaba adentro de mi boca fuera de un bar en New Haven.

Había simplificado una de mis más grandes preguntas imposibles de responder y luego lo besé y él desapareció y yo había comenzado a creer que lo había inventado, el producto de un sueño febril generado por vodka y remordimiento.

Pero aquí está y es *real* y se ve terriblemente atractivo con su maldito *chaleco de corsé*.

El chaleco satinado negro tiene costuras verticales que le ajustan el pecho hacia la cadera formando una V perfecta. No hay otra cosa que desee más que dejarme caer de rodillas y *llorar*, por todos los cielos, jamás había visto un chaleco de corsé. Es decir, sí los he visto, pero nunca uno *así*, al menos no en alguien cuyo cuerpo pareciera esculpido expresamente para lucir esta pieza cumbre de la moda humana.

Él es el único que tiene un destello de color en el grupo entero. Debajo del chaleco lleva una camisa abotonada de seda color escarlata. Es un rojo tan profundo que no deja lugar a dudas de que simboliza la sangre y la oscuridad más que las cerezas brillantes típicas de la Navidad. Lleva unos pantalones negros ajustados que culminan en botas de combate de media pierna. Las puntas de su cabello negro ahora le rozan los hombros, con la mitad de los mechones echados hacia atrás se muestra (*resalta*) la forma filosa de su mandíbula y pómulos y el despliegue de aretes que tiene en la oreja izquierda. Con sus observadores ojos grandes, oscuros, delineados de negro, mira desde el suelo hasta papá e Iris, sin mostrar emoción alguna en su rostro. Pero la falta de emoción es reacción suficiente: tengo la clara sensación de que está enfadado de estar aquí. Sus manos cuelgan a los costados y terminan en puños levemente apretados. Lleva gruesos anillos de plata en casi todos los dedos.

–La casa real de Halloween –anuncian–. El rey Ichabod Hallow. La reina Carina Hallow. Y su hijo, el príncipe Hex Hallow.

Su nombre rebota en mi cabeza, formando grietas en las partes de mi cuerpo que quedaron inmóviles y, a pesar de cada

pensamiento racional (no tengo ningún pensamiento racional, no en este momento) recuerdo cómo respirar y jadeo.

Con fuerza.

La atención se vuelve hacia mí. Papá me fulmina con la mirada. Iris me mira confundida. Kris, como si yo hubiera perdido la cabeza, y así es, porque Hex ahora me está mirando. Y no parece estar del todo sorprendido de verme aquí, aunque hay un instante de reconocimiento. Solo emite la misma furia contenida.

Ha venido aquí para fingir que compite conmigo por Iris. Y se estará quedando en el Palacio Claus hasta la víspera de Navidad para mantener a Halloween apaciguado hasta que Iris y yo podamos casarnos. Y en este momento está levantando una delgada ceja y el solo contacto visual de sus ojos con los míos revive el recuerdo de sus labios contra mis labios y un fuego repta por todo mi cuerpo.

Ay, no.

Ay, no, no, *noooo*…

Papá se dirige al contingente de Halloween.

–Bienvenidos a Navidad –exclama.




CAPÍTULO CINCO

Titular:

EL PRÍNCIPE DE NAVIDAD CAE EN COMA LUEGO DE VER AL CHICO QUE BESÓ HACE UN AÑO Y MEDIO, QUIEN TUVO LA AUDACIA DE VOLVERSE MÁS ATRACTIVO AÚN EN EL INTERÍN

Demasiado largo. No me importa. En mi cabeza solo suena una sirena de bombardeo mientras que mi padre continúa con toda la pompa de tener a una familia real de visita. "Encantados de tenerlos aquí, bla, bla, bla". La familia Halloween sube al escenario y posa junto a papá, Iris y Neo, y yo pienso que Kris y yo deberíamos unirnos, pero nadie nos presiona para hacerlo. Así que bajamos a las sombras a un costado de la tarima y a mí me da un ataque de pánico silencioso.

Kris ríe entre dientes.

–Estás pálido. Y estás sudando. Te sientes un idiota por burlarte de que me asusté con esas estupideces tenebrosas de Halloween, ¿no es así?

–Yo… ¿qué? No, no es eso… Es él.

Kris me mira desconcertado.

–¿Él? ¿El príncipe de Halloween? Tú…

–No. No. –Me pellizco el puente de la nariz–. Ese es *él*. El chico que besé en el callejón. En el bar. Después del desastre de Nueva

Koah. *Ese* chico.

Kris se mueve frente a mí, intentando impedir que me tomen alguna foto sin querer.

–Espera un momento… Espera, ¿hablas en serio?

–Sí. *Sí*. Maldita sea…

–Mira, te quiero, Coal, no me malinterpretes, pero… Yo estaba del lado de Iris con todo ese asunto de si el chico era real. Estaba oscuro, tú estabas muy ebrio y estresado. Tal vez el príncipe de Halloween se *parece* en algo a ese que tu creíste…

–¡Es el chico! –exclamo entre dientes, gracias al cielo, pero quiero gritar–. El chico a quien creí alguien normal es… Es *el maldito príncipe de Halloween*.

Kris levanta las manos como si pudiera contener mis nervios.

–Respira. Estás hiperventilando.

–¿Cómo es posible? ¿Por qué estaba en *ese* bar para empezar? Navidad y Halloween no interactúan.

–Eso es claro.

–Cállate. Esto es grave. ¿Me estaba siguiendo? No. No, eso es una locura, ¿verdad?

¿Acaso Hex sabía quién era yo? Yo no hubiera podido reconocerlo a él o a su familia ni en una rueda de identificación, así que ¿por qué él me habría reconocido a mí? ¿Cuál hubiese sido el *punto*? No salió nada negativo, no se filtró ninguna noticia a la prensa ni hubo repercusiones de ningún tipo, tanto que Iris y Kris ni siquiera creen que haya sucedido.

Pero así fue. Maldita sea, claro que sucedió, porque he pensado en ese chico y en aquel beso mucho más de lo que admitiría frente a nadie. Ni siquiera a mí mismo.

"Los cimientos jamás son una sola cosa. Son varias cosas pequeñas entrelazadas entre sí".

Desde aquel entonces, cada vez que me he preguntado qué debería hacer en lugar de actuar por impulso, esa conversación ha pasado por mi mente. El extraño, Hex, supo con facilidad eso que yo no me permito admitir que deseo. Cimientos, solidez, felicidad. Y él *era* un desconocido, cuanto más tiempo pasaba sin que nada sucediera y, considerando que ya no pude encontrarlo, dejé que la

fantasía sobre él se intensificara hasta alcanzar proporciones vergonzosas, porque, al fin y al cabo, ¿qué importaba? Nunca volvería a verlo.

Hasta ahora, al parecer, porque *mi vida es una mierda*.

–Eso fue hace años –dice Kris–. No tuvo consecuencias negativas, al menos no de parte de Halloween. Admito que es extraño, pero creo que puede que estés exagerando. Solo un poquito.

Ah, grandioso.

–Cúbreme –le pido.

Me alejo disimuladamente y me apresuro al tocador, donde considero meter la cabeza bajo el grifo, pero decido que mejor no y solo me doy unas palmaditas en las mejillas con agua fría. El frío me inunda de una oleada de calma, y me inclino hacia adelante hasta golpear la frente contra el espejo.

Kris tiene razón. Estoy exagerando. Fue una extraña coincidencia hace casi dos años que no tuvo ninguna consecuencia, así que no tengo motivos para estar *perdiendo mi adorada cabeza*.

No lo estropearé. Mi padre ya hizo un buen trabajo por sí solo y yo estoy firmemente del lado de Iris: *cuando* esto estalle, no será por nada que yo haga. No otra vez. Soy una persona diferente, maldita sea, independientemente de las fantasías descabelladas que haya estado reviviendo como un niño enamorado.

Fantasías que, al parecer, han sido con el heredero de Halloween.

Me enderezo y miro con furia mi reflejo. Me digo entre dientes: –Volverás a salir y serás un perfecto príncipe de Navidad. *Recobrarás la compostura, idiota patético.* Es solo un chico. –Mi intensidad mengua–. Solo es un chico con un corsé. ¿Por qué tuvo que ponerse un *corsé*?

Y me desinflo un poco más.

Cuando regreso al salón de baile, todos están socializando. Diviso a Iris y a Hex al otro lado del salón. Ella está hablando amablemente con alguien de la Casa Villancico, mientras que él mira fijo una taza como si estuviera intentando transformarla en algo menos navideño. Tal vez esté usando la magia de Halloween para hacer eso, transformar chocolate caliente en… ¿Qué se bebe en Halloween? ¿Sidra de manzana? ¿Sangre de cabra?

Kris aparece con sigilo a mi lado.

–¿Ya estás bien? ¿Desaparecieron los nervios?

Tomo una copa de ponche de huevo de un camarero que pasa por allí.

–Por supuesto. ¿Por qué motivo podría ponerme nervioso?

–Ah, permíteme contarlos. –La mirada de Kris viaja hasta Iris y su gallardía se apaga.

–¿Y *tú* estás bien? –le devuelvo la pregunta.

Por un segundo, me demuestra lo mucho que no lo está, pero luego una cámara se dispara y lo obliga a sonreír.

–Mierda. –Doy un sorbo al ponche. No tiene alcohol, todo sale mal esta noche.

Kris y yo damos una vuelta por el salón, esquivando con destreza cualquier intento de charla trivial hasta que nos sentamos en una mesa alta que nos ofrece una vista perfecta de donde Iris y Hex son el centro de atención entre nobles de Navidad que se van rotando. Papá, Neo y el rey y la reina de Halloween se quedan con ellos por un momento, aunque eventualmente se separan en otros grupos y otras conversaciones. Eso me da la oportunidad de analizar a los padres de Hex. Está claro que se parece a su papá, una versión más alta, mayor y en cierto modo más pálida y esbelta que el príncipe, con menos adornos y una expresión taciturna adecuada para alguien que bien pudo haber levitado fuera de un ataúd. Su madre es un poco más alta que Hex. Tiene intensos ojos oscuros con la misma ira contenida que su hijo sintió al inicio. Tiene un collar ancho con pequeñas perlas en forma de calaveras sobre las clavículas, que captan la luz con intensos destellos.

Kris toma un puñado de aperitivos de un camarero que pasa y los deja sobre la mesa, entre él y yo. Dátiles envueltos en tocino. Muy bien.

Me llevo uno a la boca y desde luego que no miro el perfil de Hex. El modo en que su mandíbula es una bola de tensión.

No es la gran cosa que esté aquí. Que sea *aquel* chico. Es totalmente normal conocer a qué sabe el potencial prometido falso de tu mejor amiga.

¿Lo ven? Estoy bien.

–Algún día, nosotros haremos todo esto –digo. Tengo la necesidad desesperada de hablar sobre cualquier otra maldita cosa.

–¿Hacer qué? –pregunta Kris.

–Esto. –Sacudo una mano en dirección al salón–. Las fiestas. La comida. *Navidad*. Será nuestro.

–Tuyo, querrás decir.

–Como si fuera a dejarte de lado.

Lo que quiero decir es: "no me dejes hacer esto solo, por todos los cielos".

Kris toma una pila de galletas navideñas.

–¿Quieres ser Santa?

–¿Qué clase de pregunta es esa?

Hay algo en su rostro que no estoy interpretando bien. Algo que esconde detrás de sus hombros fruncidos con desdén.

–Exactamente lo que pregunté. ¿Qué deseas hacer?

–¿Qué deseas hacer *tú*? –replico.

–Relaciones internacionales. Es obvio. El sueño de mi infancia, lo juro.

–Ah, sí…, claro. Pero eso no es lo que *deseas* hacer. Tú quieres ser escritor, ¿verdad? Dios, no seas periodista, te lo ruego.

Sus labios esbozan una sonrisa divertida.

–No. Periodista no. Pero yo pregunté primero.

Dejo caer la barbilla sobre mis manos y pestañeo hacia él como si estuviera escuchando con atención. Exasperado, él niega con la cabeza, pero sigue sonriendo.

–Eres un idiota.

Continúo escuchando. Con mucha mucha atención.

Kris suspira.

–No lo sé. Trato de no pensar en eso. Todavía tengo un año y medio… –Hace un gesto de dolor, pero se recupera sacudiendo la cabeza y agrega–: Y soy el suplente.

Mi instinto es golpear a cualquiera que llame así a mi hermano, incluso si *él es* quien lo dice. Así que le golpeo el hombro de todos modos.

–No, no lo eres.

–Sí, lo soy. Papá jamás me ha involucrado en ningún tipo de entrenamiento. Espero que, una vez que me gradúe, me encuentre un espacio en algún lugar para mantenerme en la reserva.

–¿Encontrarte un espacio? ¿Mantenerte en la reserva? Esa no debería ser la actitud hacia no solo lo que harás el resto de tu vida, sino hacia algo que se supone que lleva alegría al mundo.

Enarca una ceja mientras da un sorbo de chocolate caliente.

–¿Y tu actitud es diferente?

–Yo… –Bueno, mierda–. Tú puedes escoger.

Resopla.

–Sí… Claro. Podría elegir huir para convertirme en un autor ermitaño en una cabaña en algún sitio y papá no tendría ningún problema con ello.

–¿Un autor? –Dirijo la atención a esa palabra–. ¿En verdad eso es lo que escogerías hacer?

Kris se tensa, me observa. Luego sacude la cabeza como descartando hacer algo.

–Cómete las malditas galletas, creo que tienen trozos de damascos secos.

De pronto, siento que los aperitivos me caen como rocas en el estómago. No porque Kris tenga esa opción, la de marcharse, sino porque podría tomarla. Tenía muy pensado lo de ser un autor ermitaño. Y eso no solo significaría que estaría en *otro sitio*, sino que también me dejaría solo con todo esto. A la cabeza de un imperio que se aferra con fuerza a ser una de las mejores Festividades del mundo, sin ninguna habilidad real de hacer otra cosa que continuar produciendo baratijas de plástico.

Por supuesto, si eso es lo que quiere hacer, yo lo ayudaría a conseguirlo.

Pero que se marchara me rompería el maldito corazón.

Así que hago lo que suelo hacer cuando mis emociones se tornan demasiado oscuras: atormento a mi hermano.

–Dime qué quieres hacer cuando crezcas. Kris. Kris. –Le pincho la mejilla con un dedo–. *Kriiiiiis*. Kristopher *Kringleeeee*.

Detesta que use su segundo nombre.

–Cállate, *Niiiiick*, Nicholas *Noëëëëël* –espeta, molesto.

Yo me echo a reír y me como las estúpidas galletas mientras Kris me sonríe.

–Tú no eres un suplente para mí –digo. Mi sonrisa se tensa–. Lo sabes, ¿verdad?

–Sí…, Coal. Lo sé –responde.

–Y cuando nosotros… *nosotros*… heredemos este gran reino –exclamo, agitando una mano en el aire otra vez a modo de burla, pero para ser honesto, sí *es* bastante grande–, todavía querré que tú hagas lo que quieras hacer. Aunque eso no implique ser parte de esto.

Kris me mira fijo por un largo rato. Sus labios apenas se curvan.

–Me quedaré por aquí si tú también.

La tensión en mi pecho se alivia. Un poco.

–La unión hace la fuerza, ¿cierto? –Me llevo otra galleta y continúo–: Trabajo en equipo.

Solo que al tener la boca llena se oye como "trafajo en equipo" y escupo migas para todas partes.

Kris me mira de forma inexpresiva mientras se quita a manotazos las migas de su manga.

–¿Puedo escoger otro equipo?

–Nop. Estás pegado a mí.

–Carajo.

–Culpa a los genes, perra.

Papá hace contacto visual conmigo mientras camina hacia nosotros. Antes de llegar a la mesa, levanta las cejas con intención.

Yo le muestro una sonrisa agradable cuando se acerca.

–Padre.

–¿Por qué no estás allí? –Mueve la cabeza hacia donde están Iris y Hex contra un desfile eterno de miembros de la nobleza de Navidad.

–¿Allí…?

–El príncipe de Halloween ha tenido de sobra tiempo a solas con ella –dice papá entre dientes, inclinándose sobre mí–. Debes entrar en la competencia. Ve allí. Reclama tu derecho.

–¿Reclamar mi derecho? ¿Qué debería hacer? ¿Clavarle una bandera?

Kris ríe por la nariz.

–Nicholas. –La mirada de papá se transforma de furia a una sonrisa actuada mientras alguien pasar cerca de nuestra mesa. La persona se aleja y entonces él vuelve a inclinarse–. Haz que parezca como si estuvieras intentando ganártela. Después de todo, esa es la historia que estamos fomentando. *Ve*.

Una pelea se desata dentro de mí. Jamás accedí a nada de esto…

Pero, detrás de papá, diviso el reloj que está al otro lado del salón. Es pasada la una de la mañana.

Mierda. Dejé que todo este asunto se prolongara lo suficiente sin hacer nada imperdonablemente incómodo, pero he estado demasiado ocupado obsesionándome.

–Bien –digo con los dientes apretados y una dulce sonrisa–. Considera mi derecho reclamado.

Tomo a Kris de la mano y lo arrastro conmigo antes de que papá pueda protestar.

Kris frunce el ceño.

–¿De verdad vas a…?

–Dios, no. Es hora de salvar a Iris.

–Ah. ¿Tú te la llevas y yo los cubro?

Es nuestra maniobra habitual. Pero…

–No… –Me oigo decir–. Tú llévatela. Dile lo *perfecta* que se ve.

–No voy a morder el anzuelo.

–Creo que te refieres a morderla a *ella*.

–Yo… ¿qué?

Me froto la piel de la nariz.

–Halloween. Vampiros. Mujeres conejo. Esa fue mi línea de pensamiento. Vamos.

Kris se echa a reír, confundido, mientras lo arrastro al otro lado del salón.

Un miembro de la casa Luminaria está adulando a Iris mientras lanza miradas furtivas y desconfiadas al príncipe de Halloween.

Yo me quedo merodeando entre el duque Luminaria y Hex.

–Tenemos dátiles envueltos en tocino –digo al duque y *oigo* la dureza en mi voz, pero no sé cómo detenerla y suena un poco gracioso decir “dátiles envueltos en tocino” con la misma entonación con la que alguien puede decir “vete al diablo”.

Señalo al otro lado del salón.

El duque me mira de un modo extraño con el ceño fruncido.

–Ah…, gracias, príncipe Nicholas. Princesa. –Inclina la cabeza en dirección a Iris. Hace una pausa. Luego mira a Hex y dice–: Príncipe Hex. –Pero no hace la reverencia y afortunadamente se marcha. Tengo la mano hecha un puño.

En Navidad hay una sensación generalizada de desconfianza con respecto a las Festividades con las que no solemos interactuar: toda la filosofía de papá de que Navidad es *mejor* significa que la mayoría de las otras Festividades son *menos*. Y ponerme en competencia directa con el príncipe de Halloween solo refuerza todo eso. Así que la reacción del duque no es inusual. Pero ¿por qué me está haciendo enfadar tanto? No tengo motivos para sentir un instinto protector hacia Hex.

Ay, mierda. ¿Eso es? ¿Siento instinto *protector* hacia Hex?

Kris pasa por mi lado.

–Princesa…, la necesitan en este momento.

El cuerpo de ella se afloja, pero se voltea hacia Hex y le sonríe de un modo que, para mi sorpresa, no es falso.

–Príncipe Hex –le dice con una reverencia.

Él se inclina hasta la cintura –qué cintura, por Dios, *deja de mirarle la cintura*– y se endereza.

–Princesa.

Ay, líbrenme de su voz. ¿Por qué habría cambiado? No lo ha hecho, sigue siendo rica y espesa, y le está haciendo sentir cosas furiosas a mi estómago.

Iris deja que Kris la guie, pero no antes de que la oiga decirle entre dientes: –Te tomaste demasiado tiempo.

–Lo siento… ¡Ay! –Kris se frota el costado–. ¿Acabas de pellizcarme?

Hex y yo nos quedamos a un lado del salón. Debo emanar energías de "apártense, maldita sea", porque no hay nadie de la aristocracia navideña que se acerque a ofrecer cortesías. Así que, en efecto, estamos solos.

Me quedo petrificado. Hex también se queda allí, desplegando su increíble atractivo mezcla de pirata y vampiro y Loki en aquella

escena de *Thor: Ragnarok,* cuando está en Nueva York, que me hizo descubrir que, de hecho, me sentía profundamente atraído hacia los chicos, además de las chicas. Iris y Kris creyeron que estaba loco porque, según ellos, "Chris Hemsworth está allí", pero enmendamos la ruptura de nuestra amistad al ponernos de acuerdo con el gran empate sexual: Cate Blanchett usando cuero.

Que jamás se diga que no tengo autocontrol porque, aunque el silencio entre Hex y yo se extiende, *no* menciono ninguno de mis pensamientos internos sobre piratas/vampiros/Loki/cuero.

Es Hex quien rompe con aquella nada eterna cuando su expresión cambia de analizarme con paciencia a una de exasperación tensa.

–Al parecer somos rivales –dice poniendo las manos en los bolsillos.

La palabra me hace reír. *Rivales*. Así es como papá quiere que reaccione a Hex. Pero no puedo evocar ningún atisbo de ofensa fingida, no puedo evitar observar el borde del delineado que lleva alrededor de aquellos ojos aún atractivos.

Ojos que se fruncen, molestos.

No sorprendidos.

–No te sorprende verme –digo sin querer antes de poder detenerme.

–¿El príncipe de Navidad en el palacio de Navidad? –Su voz es férrea–. Imposible.

–No, quiero decir, a *mí*.

Unas copas chocan cerca de nosotros. Alguien ríe desde el otro lado. Y Hex continúa mirándome fijo de aquel modo impasible.

Es probable que él no haya sido un completo idiota y haya investigado a Navidad antes de venir aquí, así que sabía que volveríamos a vernos…

Pero entonces dice:

–Me estaba preguntando si el tristemente célebre príncipe Nicholas lo recordaría.

Y algo en su tono hace que mi cabeza dé vueltas.

–Tú… tú sabías en ese momento quién era yo –digo cada palabra con lentitud, para asegurarme de que estoy comprendiendo esto porque *qué carajos*–. Tú *sabías*.

–Por supuesto. –Hace una pausa y luego entrecierra los ojos–: ¿Estás diciendo que tú no sabías quién era *yo*?

–¡No! Quiero decir, sí. No sabía quién eras. ¿Cómo… cómo fue que estabas *allí*? –Me aproximo y susurro entre dientes mi conmoción hacia él–: Tú solo… *de casualidad* estabas en *mi bar* y *de casualidad* saliste a aquel callejón y…

Su rostro se contorsiona como si estuviera viendo aquella noche a través de mis ojos, pero con lentes nubladas, unas que no aclaran nada.

–¿Esperas que te crea que no tenías la mínima idea de quién era? –Parpadea y luego señala al escenario–: ¿Y que no te diste cuenta hasta *ese momento*?

Me merezco ese tono de "¿eres idiota?", pero aun así me duele.

–Creí que eras un cantinero o algo así. –Un calor se acumula en mi pecho y hace que sienta las costillas frágiles, incapaces de expandirse lo suficiente–. He pasado un año y medio creyendo que eras algún chico corriente que jamás podría volver a encontrar o un producto muy vívido de mi imaginación.

–¿Has pasado un año y medio pensando en mí? –Enarca una ceja.

Bueno, carajo.

–Yo… –No, terminemos con esto–. ¿Creíste que te olvidaría?

–Pensé que el príncipe Nicholas tenía tantas aventuras que un simple beso pasaría rápidamente al olvido.

No fue solo un beso. Quiero decir, el beso fue grandioso, pero también fue todo lo demás, cómo había dejado que le contara todos mis problemas y me había escuchado y dicho exactamente lo que necesitaba oír.

Casi le respondo todo eso. Cuánto significó para mí aquella única interacción. Pero ya estoy demasiado cerca de humillarme a mí mismo.

–No tengo *aventuras* –respondo en cambio.

La línea entre ser un bromista irresponsable y alguien que se acuesta con cualquiera es muy fina, y la prensa ha inventado historias sobre cada persona con quien salí durante los últimos años para convertirlas en relaciones escandalosas o de una sola noche. Y algunas lo fueron. Pero, aun así. Soy un revoltoso, no un insensible.

La mirada fija de Hex está llena de incredulidad.

–Ah. Mis disculpas. Desde luego, estás perdidamente enamorado de la princesa Iris.

Hay algo provocador en su tono, pero no quiero hablar de Iris. No puedo. No con todas las preguntas sin responder acumulándose en mí y con el hecho todavía imponente de que él está *aquí*. Que es *ese* chico y que está aquí, frente a mí. Y en lugar de estar coqueteando de la mejor manera que pueda para compensar haber sido un idiota ebrio la última vez, me estoy desesperando por encontrar sentido a algo que no lo tiene.

–Espera. –Abro las manos de repente–. ¿Tú pensaste que yo sabía quién eras en el bar y que estaba tratando de, qué, convertirte en uno más en mi lista?

Lo cual es probable que haya quedado confirmado cuando después jamás lo contacté o localicé.

Él se encoge de hombros y yo me quedo desconcertado ante lo que debería ser un movimiento pequeño y corriente. Sus hombros son delgados, tan filosos como sus cejas y esa mirada cortante. Cada cosa en él está afilada como un cuchillo y, de pronto, solo quiero que me haga sangrar.

Sacudo la cabeza. Cierro los parpados con fuerza. Tal vez si le hablo con los ojos cerrados, sea más sencillo. Será más extraño también, pero más sencillo.

–¿De qué otra forma se suponía que interpretara tus intenciones? –pregunta.

Abro los ojos sin ganas y gruño.

–¿Qué maldita parte de nuestra conversación te hizo pensar que yo te estaba *seduciendo a ti*? ¿Acaso así suelen ser los rituales de conquista en Halloween? ¿Una persona se embriaga hasta el desmayo y suelta su verborragia absurda a la otra?

La mirada seria de Hex se altera muy ligeramente, creo que se reiría si no estuviera tan empeñado en sentirse ofendido por el hecho de que yo aún exista.

De todos modos, continúo:

–Y eso no explica la razón por la que estabas en aquel bar o qué obtuviste de aquella interacción, porque… –Todos mis pensamientos

acelerados se detienen abruptamente y casi me pongo a saltar cuando me doy cuenta–: Porque *tú* me seguiste a *mí* hasta aquel callejón. *Yo* no te busqué a *ti*.

Por un segundo, la fachada de Hex se quiebra y veo todas las emociones que ha estado reprimiendo esta noche: inseguridad, desconfianza, una lista de cosas que ponen un alto a cualquier deseo mío de salir de esta conversación con algún tipo de victoria moral. Esto no es un juego y lo que fuera que hayamos tenido no fue un coqueteo frívolo de bar, porque ninguna de nuestras posiciones permite que nada de esto sea simple.

Su atención se desvía detrás de mí y hace contacto visual con sus padres, que están al otro lado del salón. Ellos le devuelven una mirada obvia de "¿necesitas que intervengamos?".

No me relajo hasta que él les responde negando con la cabeza.

Okey. No está intentando escapar. Eso es bueno, ¿verdad?

–Sí te seguí hasta aquel callejón. –Se encoge de hombros otra vez y dobla los brazos por encima del pecho–. Los periódicos dejaban bien clara tu preferencia por aquel bar y yo estaba por allí cerca. Tuve…, digamos, *curiosidad* de saber qué tipo de persona eras.

–¿Qué? –Sacudo la cabeza otra vez, con la esperanza de que eso le diera sentido a todo–. ¿Por qué?

El rostro de Hex se ensombrece en un destello minúsculo, casi imperceptible, de algo que parece venir de su interior, ¿vergüenza, tal vez? Se pasa el pulgar por el labio inferior, borrando la expresión.

Mi concentración se reduce a ese contacto. El pulgar sobre el labio. Tiene un anillo en ese dedo, una calavera de plata y, antes de poder notar lo inadecuado que es eso de mi parte, mi mirada queda fija en su boca.

Es absolutamente egoísta el alivio que siento de saber que no me imaginé lo llenos que son sus labios, pero la luz oscura del callejón ocultó el color. Un rubor rosado que ahora veo con claridad y me abruma el recuerdo de su sabor, la sensación de esos labios suaves moviéndose debajo de los míos.

Se me hace agua la boca, se me tensa el estómago.

Qué estoy haciendo.

Levanto la mirada de golpe, preparado para ver su furia agraviada.

Pero los ojos de Hex se clavan en los míos, se agrandan un poco y no me pone en evidencia por estar mirándolo con lujuria de manera evidente. No se mofa ni pone distancia entre los dos ni hace nada que implique que mi atención no fue deseada.

Una lívida tonalidad rosada brota en sus mejillas, dos círculos perfectos contra la piel pálida.

Podría ser por el calor que hace aquí adentro, de la actividad de la noche.

Tragar me corroe la garganta, como si tuviera arena y piedras molidas.

–¿Por qué qué? –pregunta y un breve suspiro me acaricia el rostro.

–¿Por qué tuviste curiosidad de saber qué tipo de persona era? –repito la pregunta.

Una que él había olvidado.

Mientras se sonrojaba.

Aprieto los puños con tanta fuerza que uno de los pulgares truena.

Hex aparta la mirada, se recompone y cuando vuelve a cruzar la mirada con la mía, la sostiene, a la espera. Cuando yo asiento, para alentarlo a que prosiga, echa la cabeza a un lado.

Pensó que yo diría algo. Algo que *no dije* y ahora me está mirando sorprendido.

–¿Por qué no estaría interesado en saber cómo es el príncipe de Navidad? –Es todo lo que dice, por fin, con un tono un poco de burla.

–¿Qué está sucediendo? –Mi voz solo suena baja porque no logro respirar por completo–. ¿Cómo es que estás tan relajado con respecto a esto?

La respuesta sale como un destello de claridad: porque esa noche a él no le importó tanto. Porque él sabía quién era yo antes de que nos besáramos y el hecho de que yo esté aquí no es sorprendente para él. Y es probable que no haya pensado en aquella noche hasta ahora y que tenga cosas mucho más importantes por las que preocuparse más que en un solo beso de callejón.

Ignoro con vehemencia el dolor que siento en el pecho. Todo lo que he estado sintiendo acerca de esa noche fue una fantasía. Lo

sé. Es estúpido que me sienta rechazado por algo que inventé en mi cabeza. Sus mejillas sonrojadas pudieron haber sido porque vino aquí para conquistar a *alguien más*, alguien a quien se supone que yo también esté conquistando.

–Fue hace mucho tiempo –responde con rigidez. Como si estuviera molesto, tal vez asqueado. Yo me echo atrás y me paso una mano por la boca, jamás me he sentido tan pegajoso en toda mi vida.

–Entonces, esto es en vano –digo.

–¿Qué es en vano? –Hex frunce el ceño.

–Ofrecer una disculpa. Te dije que te debía una esa noche, pero jamás lo hice en realidad. Siento… haber hecho que te sintieras como si fueras una aventura. No debería haberte besado sin al menos preguntarte cómo te llamabas primero. Puedo asegurarte de que nada así volverá a suceder.

Hex me observa tartamudear al disculparme. Puedo sentir cada roce de sus ojos sobre mi rostro, como si estuviera leyendo mis pensamientos más allá de mis palabras.

No hay nada que cambie en su postura, pero me sobreviene la sensación de que tengo que quedarme en silencio, permitirle elaborar lo que sea que él quiera decir.

–No necesitas… –Toquetea la manga de su camisa escarlata, la única pista que exterioriza su incomodidad. Y, al ver que no levanta los ojos para mirarme, siento que toda la sangre de mis extremidades desaparece–. No tienes que disculparte por ese beso. Tú no fuiste quien lo inició.

Si el salón entero comenzara a temblar, yo no sería capaz de moverme.

–¿Disculpa?

Pero él se aleja.

Se aleja y me deja aquí, repasando esas palabras en la cabeza hasta que los bordes se suavizan y se doblan.

"Tú no fuiste quien lo inició".

PERO

QUÉ

CARAJO.

Baby It’s Coal-d Outside

IRIS
coal, kris me dijo que nuestro príncipe de Halloween era el chico del bar??
ES REAL?? qué carajo!!
de qué hablaron? te veías petrificado cuando te fuiste del salón.
además deja de cambiar el nombre del grupo

Iris cambió el nombre del grupo a
“Iris y los chicos Claus”

COAL
de nada
no es NUESTRO príncipe de halloween. es solo TUYO
y no estaba petrificado

Coal cambió el nombre del grupo a “Como un elfo atrapado espero, liberarme con tu amor sincero”

IRIS
de nada? mentiroso.
Y usé el plural mayestático, como de todos nosotros, no solo tuyo y mío, así que eso habla de qué fue lo primero que pensaste.
ay dios coal

Iris cambió el nombre del grupo a
“Iris y los chicos Claus, Coal no lo cambies”

KRIS
¿De todos nosotros? No recuerdo haber ordenado un príncipe gótico.
Pero, Coal, desde luego que estabas petrificado.
¿Qué te dijo?
¿Intentaste besarlo otra vez?

COAL
sip justo en medio del salón de baile
xq ya me conocen, soy pervertido intenso que no puede guardárselo en los pantalones
digo, la boca. la lengua en la boca nada salió de mis pantalones o de mi boca
me voy a dormir

KRIS
Hermano, eres un desastre.

Coal cambió el nombre del grupo a
"No solo el árbol de Navidad está erguido"

IRIS
coal!! qué asco

Iris cambió el nombre del grupo a
"Coal está compensando por su bastoncito de caramelo"

COAL
disculpa conejita
acabas de hacerme un chiste de penes
iris
iris acaba de hacerme un chiste de penes kris

IRIS
tú empezaste

KRIS
Es verdad, yo fui testigo de todo.
Y como un simple testigo inocente, la declaro a ella como la ganadora.

Kris cambió el nombre del grupo a
"Conejita, minibastón de caramelo y el mejor de los Claus"

Nombre del grupo bloqueado

COAL
PUEDES BLOQUEARLO??

KRIS
VUELVE A DESBLOQUEARLO

KRIS
Cuéntanos de qué hablaron con Hex.

IRIS
uuuuu kris, bravo, bravo, él solo responde al chantaje

COAL
apestan
yo y mi perfectamente apropiado bastón de caramelo nos vamos a dormir




CAPÍTULO SEIS

"Tú no fuiste quien lo inició".

A la mañana siguiente, me levanto de golpe de la cama después de apenas haber dormido. Me echo encima una sudadera con capucha que me regaló Kris el año pasado, que tiene dos esferas de Navidad y dice "Tengo pelotas", pero es cómoda y en este momento tengo la necesidad imperiosa de estar lo más confortable posible.

"Tú no fuiste quien lo inició".

Salgo de mi dormitorio con la capucha puesta, las manos en los bolsillos, descalzo y todavía con el pantalón del pijama de franela rojo.

Él me había besado.

Él me había besado a *mí*. En un estado desastroso de ebriedad.

"Tú no fuiste quien lo inició".

Entro tambaleándome en la cocina. Tomo una bandeja, la colmo con dos pilas gigantes de crepes de canela (nada supera a nuestra gastronomía en esta época del año, *nada*), una jarra gigante de café recién filtrado y otra de leche de avena.

–Renee –exclamo a la chef principal, que ya está supervisando la preparación del almuerzo al otro lado de la cocina–. Los quiero a ti y a tu personal más de lo que quiero a Kris.

Ella levanta la cabeza enseguida con una sonrisa brillante. Las personas a su alrededor también me miran, dejan de picar y tomar notas, algunas saludan con la mano. Todas sonríen del mismo modo divertido que ella.

–Gracias, príncipe Nicholas –dice Renee. Le echa un vistazo a mi bandeja y agrega–: ¿Por qué no me sorprende ver que tienes dos raciones de carbohidratos y azúcar, pero no hay frutas ni vegetales?

–Esto no es todo para mí…

Ella señala a la mesa de desayuno servida a mis espaldas.

–Al menos toma una fruta. O me veré obligada a volver a incluir espinaca en las crepes.

Giro sobre mis talones y tomo un cuenco de rebanadas de melón, pero mis hombros se tensan.

–Disculpa. –Vuelvo a girar hacia ella–. ¿Acaso dijiste que *volverás* a incluir espinaca?

Renee niega con la cabeza hacia uno de los empleados que está rebanando zanahorias. Solo me pone atención a medias.

–Sí, por supuesto.

–¿Por supuesto?

–Era el único modo de que alguno de ustedes dos comieran vegetales cuando eran más jóvenes. –Me mira otra vez y ladea la cabeza–. ¿Jamás se preguntaron por qué las crepes eran verdes?

–Eran… eran… ¡eran *navideñas*!

–Sí. Gracias a la espinaca.

–¡Tú tienes *hijos*! ¿Los engañas tanto como a Kris y a mí?

–Sin el menor remordimiento.

La *sous chef* no logra disimular una sonrisa mientras lee una hoja de producción.

–¡Lacie! ¿Tú sabías de esto? –exijo saber.

Las cejas de Lacie se levantan y niega con la cabeza.

–No me voy a involucrar.

–Ah, el silencio es incriminador. –Mi atención salta hacia el resto del personal, media docena de personas que se echan a reír mientras preparan las comidas–. De corazón, ¿cómo se atreven? Todos ustedes. Han destrozado mi confianza. Debería comenzar una huelga de hambre para fastidiarlos.

–Ajá. –Renee vuelve a sonreírme mientras me retiro.

–Diles a tus hijos que les envío saludos y que lo siento por ellos, traidora.

–Lo haré. Que disfrute su desayuno, príncipe Nicholas.

Las risas del personal de cocina me siguen mientras me voy balanceando la bandeja y subo las escaleras. La burbuja segura de buen humor se desinfla mientras me escabullo para evitar las áreas principales, por si acaso. Sé dónde están alojando a Hex, en una de las alas del lado opuesto del palacio. Pero, aun así.

"Tú no fuiste quien lo inició".

Maldita sea.

Mientras me acerco a los tumbos hacia la habitación de Iris, en mi mente rueda sin cesar un mantra de maldiciones. Pateo la puerta y apoyo la frente contra el marco.

Del otro lado, oigo movimiento de sus pasos descalzos. Luego destraba la puerta y la abre.

–Siento que anoche no te hayamos rescatado antes –gimo de forma patética.

–Te dije que no necesito ser salvada. –Hace una pausa–. Pero la próxima vez, hazlo antes de medianoche.

–Lo prometo, Cenicienta –afirmo con una sonrisa y la bandeja en alto.

Ella examina lo que le ofrezco y lo considera aceptable con un gesto de aprobación.

–Uh, canela. Pero no haré que Kris desbloquee el nombre del grupo.

Mi grito ahogado sale con un toque más que sobreactuado.

–Me duele, me *duele* que pienses que el desayuno viene con condiciones.

–Ah, entonces, ¿esta es la forma en que intentas *seducirme* como uno de mis adorables pretendientes?

Está bromeando, lo sé, está agitando las malditas pestañas. Pero me deja atónito, porque eso ni siquiera se me ocurrió. Yo hago este tipo de cosas todo el tiempo. Pero ahora es *diferente*, ¿no es así? Si alguien ve…

Iris pone los ojos en blanco y sonríe.

–Entra, tonto.

Yo dudo. Luego me odio a mí mismo por dudar, porque todo esto es falso, las mentiras de papá me envuelven, así que me deshago

del pensamiento y entro a la habitación mientras ella cierra la puerta detrás de mí.

Ya está vestida, gracias a que la carrera de renos comienza temprano. Tiene un vestido cálido de lana, violeta, desde luego, y lleva las trenzas hechas atadas a un costado.

–¿Pudiste dormir anoche? –Dejo la bandeja sobre la mesa de la suite de entrada. Es una habitación de huéspedes del palacio de Navidad, pero hay toques de Pascuas por todas partes: tulipanes en ciernes logrados con magia y canastas de huevos en tonos pasteles. La habitación de su padre, que está a dos corredores de aquí, está decorada con el mismo estilo.

–Algunas horas. –Mientras nos sentamos, se dirige directo hacia el café–. ¿Y tú?

Yo suelto una carcajada, que se convierte en otro gemido patético.

Ella deja su taza con un suspiro y rebusca dentro de una bolsa que hay al lado de la mesa. (Algunos objetos de arte se vuelcan, una descuidada bola de estambre y un pincel. Iris ha intentado que yo "canalice el estrés con manualidades" como hace ella, pero el resultado siempre es mediocre). Rebusca hasta encontrar un esmalte para uñas. No le pregunto qué color es, solo extiendo una mano sobre la mesa delante de ella y, con la otra, como.

–Tienes las uñas a la miseria –dice.

–Así es, *Wren*. Soy un chico.

–Machista.

–Me refiero a…

–Ya sé a qué te refieres. Quédate quieto.

Ella comienza a trabajar, yo sigo comiendo. Mientras tanto, mi mirada vuela hasta donde está su corona de flores, colocada sobre un pedestal debajo de una lámpara de cultivo. Puede mantenerlas vivas con magia de Pascuas, pero siempre ha hecho eso: ir más allá con las plantas y las criaturas de Pascuas para asegurarse de que no *tengan* que depender de su magia. Porque *no es* una princesa frívola.

–Bueno –dice con suavidad después de un instante y pasa el pincel por mi pulgar–. ¿Quieres hablar de Hex?

–Nop. Siento haber usado a tu mamá para discutir con tu padre sobre nuestra farsa de compromiso. Debí disculparme antes, estuvo fuera de lugar.

Ella levanta la mirada y parpadea. Su sorpresa se transforma en hombros encogidos y continúa pintando.

–No dijiste nada que no fuera cierto.

–Aun así, fue irrespetuoso.

–No, lo que dijo *él* fue irrespetuoso, que ella habría apoyado este arreglo. Sabe muy bien que ella se hubiera enfurecido con él.

–¿Las cosas están tan precarias en Pascuas? Quiero decir, Lily se va a casar con San Valentín, eso tiene que fomentar cierta seguridad. ¿Por qué necesitan también a Navidad?

Iris hunde el pincel en la botellita de esmalte, luego lo levanta y lo vuelve a hundir otra vez. Lo hace varias veces antes de negar con la cabeza.

–Papá ha estado así desde que mamá murió. No es que esté hambriento de poder, sino que está más… susceptible a las sugerencias. Por parte de nuestra corte, que le dice que tiene que hacer más. Por parte de tu padre. Está dolido. La echa de menos. Lo entiendo. Pero…, no lo sé. He intentado ayudarlo desde que ella murió. Jamás me pareció que fuera suficiente y, en el último tiempo, *en verdad* siento que no lo es. Que no importa qué haga, él tendrá esa mirada vacía y me dirá algo acerca de que Pascuas me necesita. Como si no lo supiera. *Sé* que Pascuas me necesita. Sé que *él* me necesita. Soy muy consciente de ello.

Frunzo el ceño y la observo revolver en la bolsa con demasiada energía para buscar otro esmalte.

–¿Qué quieres hacer después de graduarte? –le pregunto–. Pero de verdad. ¿Lo sabes?

–Estoy bastante segura de que lo estoy haciendo, Coal –responde con los ojos entrecerrados.

–No me refiero a tus obligaciones, sino a qué quieres hacer *en verdad*. Tiene que haber algo. Hace tiempo querías estudiar Arte.

Me molesta que Kris no haya respondido a esa pregunta.

Me molesta más que *yo* no tenga una respuesta para esa pregunta.

Iris deja el esmalte sobre la mesa y toma un bocado de sus crepes. Sus ojos sobrevuelan y aparece un destello de sonrisa.

–¿Qué? –Imito el gesto.

–Okey. –Se limpia las manos y abre las palmas una contra la otra. Al separarlas, hay un huevo. No es solo un huevo: es un adorno de Pascuas, una delicada escultura con la superficie cubierta de perfectos y meticulosos diseños geométricos, con colores vibrantes e intensos como joyas.

–Es bonito –digo, observándola.

Une el pulgar con el dedo índice.

–Se llama "pisanka". Es una técnica de huevos pintados que hacen en Europa del Este. Se pone una capa de cera y pintura y, luego, al pelarla, queda a este nivel de detalle. ¿Ves las tonalidades? ¿El azul debajo del verde? Lleva *horas*. Implica *habilidad*.

–Así que… ¿quieres hacer huevos pintados?

Iris voltea una mano y el huevo desaparece.

–Sí. No. Quiero… –Suspira y se lleva otro bocado a la boca. Mientras mastica, niega con la cabeza y se reclina hacia atrás en su silla–. Todas las cosas que hacemos en Pascuas se están volviendo más y más… baratas. Se prioriza lo fácil y rápido por sobre objetos como huevos pintados. Hacemos algunas cosas que son hermosas y es importante que lo que ofrezcamos sea accesible. Pero…, no lo sé. Desearía que pudiéramos priorizar más cosas como esas. Más cercanas a la tradición, no por cuestión de conveniencia.

–Lo entiendo. –Pero me mira incrédula–. ¿Qué? Hablo en serio.

–Oh, ¿en verdad? ¿A *Coal* le importan las tradiciones navideñas?

–Sí que lo hacen. –Dejo mi tenedor sobre la mesa–. Es solo que no veo cómo el hecho de que me importe cambiará las cosas. Y solía no tener problemas con eso, porque tal vez no comprendía toda la amplitud de responsabilidades que conlleva Navidad. Tal vez había más de lo que yo veía… Pero, Dios, ya no. Ya no es así.

–¿Cómo es eso? –Iris me observa con prudencia.

–Okey. –Supongo que lo diré–. Tú mencionaste tradiciones antiguas, ¿verdad? Recuerdo que de niños, Kris y yo estudiábamos la historia de Navidad, lo que no hemos hecho en años y es bastante decepcionante, porque en verdad solía agradarme…

–¿En serio?

–Sí… Eso fue antes de ti.

Antes de que mamá se fuera. Antes de que todo cambiara.

Dios, no he pensado en aquella antigua versión de mí mismo en… años. El mero hecho de empezar a hacerlo ahora hace que una parte de mí se ilumine sin poder evitarlo, con una alegre ligereza en el pecho.

–Aprendíamos cosas como las casas de la nobleza. Los Luminaria y los Jacobs, los Nieves y los Villancico: cómo se desarrollaron a partir de distintos focos de alegría creada por la Navidad, en diferentes comunidades alrededor del mundo. Hay cientos de detalles culturales más que se combinan, o que pueden combinarse, para crear una celebración que sea inclusiva, no solo *sencilla*. Pero ¿por qué nadie habla nunca de ello? Todo lo que sacamos al mercado es lo mismo de siempre, cosas recicladas que solo encajan con el mismo tipo de personas.

–Sí…, exacto. –Iris vuelve a enroscar la tapa de uno de los esmaltes–. Podríamos estar haciendo mucho más. Pero *no lo hacemos*. Nuestros padres se la pasan diciendo que la unión de nuestras Festividades cambiará las cosas, pero mi papá jamás ha tomado otras decisiones para mejorar nada, más allá de un ardid genérico para *expandirse*. Su autocomplacencia se acrecienta cada año y yo no sé cómo salirme de eso.

–No es solo tu padre.

–Habla por tu Festividad. –Iris arruga el rostro.

–Quiero decir, no es solo cosa de los de arriba. ¿Sabes cómo ven la Navidad la mayoría de mis amigos en la universidad? Del mismo modo que yo: no quieren regresar a casa, no quieren lidiar con sus familias, esperan tal vez recibir un buen obsequio para suavizar el estrés de las discusiones. Y ahora me doy cuenta de que esa actitud es precisamente lo que mi padre ha estado dejando que se agrave, porque prefiere centrarse en la mercantilización de la Navidad para poder estirar nuestros recursos, en lugar de esforzarse por hacer que las festividades tengan algún significado. Pero ¿podrían tenerlo? ¿Algo de lo que les demos les llegaría de verdad al corazón, sería realmente capaz de mejorar algo en este mundo?

Iris frunce el ceño.

–Lo hacemos. Hacemos que la gente esté…

–Feliz. Lo sé. Pero ¿qué bien hace un día de felicidad cuando se ha probado una y otra vez que eso no hace nada para evitar que las cosas malas sucedan? ¿Acaso no sería mejor desviar todo el dinero y los activos que tenemos hacia las organizaciones de beneficencia? ¿Acaso *eso* no haría *más*?

–Navidad está involucrada con organizaciones benéficas, lo sé.

–Sí…, así es. Pero es una ayuda insignificante en el gran esquema de las cosas. Y lo triste es que, el pequeño porcentaje que destinamos a beneficencia, probablemente hace más bien que toda la otra mierda que brindamos. En definitiva, ¿qué preferirán las personas? ¿Tener un solo día de blanca Navidad y sentimientos mágicos, o un techo sobre sus cabezas?

–Jamás te he oído hablar así –admite ella, moviéndose a un costado.

Yo me reclino hacia atrás en la silla (me había inclinado hacia adelante, con los hombros colapsados) y tengo que inhalar para liberar la tensión que se me ha acumulado en los pulmones.

–Sí… Bueno. Supongo que yo tampoco te cuento todo.

Iris exhala.

–Siento no haberte dicho sobre el cambio de mis clases. No es la gran cosa.

Eso no es exactamente a lo que me refería, pero lo aceptaré.

–¿Podrías dejar de decir eso? Sí, lo es. Está permitido. Tienes derecho a estar enfadada con tu padre por cambiar el rumbo de tu vida.

–Pero no. –Sacude la botellita de esmalte en el aire para abarcar algo intangible–. No odio mis asignaturas, algunas son interesantes. Y *aplicables*. ¿Te conté que obtuve el mejor promedio en mi clase de Estadística?

Echo la cabeza hacia atrás, con una expresión de absoluta repulsión.

–Ay, Dios, Iris, esto es mucho peor de lo que creí. Puede que organice una intervención para ti.

–Y… –Se inclina hacia adelante como conspirando–. Me *agradó*.

–A nadie le *agrada* estadística. Es filosofía, pero con números.

Ella arruga la cara.

–¿Qué? No, no lo es.

–Sí… Es toda una mierda teórica. Si puedes debatir bien, puedes obtener cualquier respuesta que quieras.

Su mirada confusa acaba en una carcajada.

–Si eso crees que es la estadística, no me extraña que hayas reprobado.

–Eventualmente aprobé. –Apenas–. Mi punto es que, que te agrade Estadística es un pedido de ayuda.

–Bueno, debo estar gritando más que pidiendo, porque también me gustaron las clases de Filosofía.

Hago la mímica de vomitar. De forma violenta.

–Te he fallado por completo, he dejado que tu mente se corrompa con la seducción educativa de… –Mi vista aterriza por fin sobre mi mano derecha–. Me pintaste las uñas de negro y naranja.

–Imaginé que querrías rendirle un homenaje a cierto invitado de Halloween –admite con una sonrisa.

Intento decidir si debería horrorizarme, pero cierro mi mano (el esmalte está seco) y la meto en el bolsillo de la sudadera.

Iris suelta un chillido agudo.

–¡Ay, por Dios! Él te *gusta*.

Me echo encima la capucha, pero no me esconde lo suficiente.

–No me…

–Coal, no te opusiste a los colores de las uñas. Te gusta. ¡Ay, Dios mío! –Dobla las piernas arriba de la silla, con un ataque de risa maniática–. Kris me dijo que anoche estabas inestable por Hex, pero pensé que era por todo lo otro, no…

–Okey, okey, *detente*, porque sí, *es* por todo lo demás. Por todas estas patrañas de competir por tu mano. ¿Acaso no es suficiente? No agreguemos más factores de estrés.

Pero su sonrisa es absolutamente *salvaje*.

–Ajá, seguro. Te creo por completo.

–¿Del mismo modo que creíste que él existía?

–Exacto.

–No. Iris. –Ella y Kris son las únicas dos personas que alguna vez ven este costado mío. Y, aun así, rara vez lo hacen, así que a Iris le toma un instante darse cuenta de que no estoy jugando, que la seriedad de mi rostro es real. Real y suplicante.

Deja caer las piernas al suelo e imita mi postura, arqueada hacia adelante.

–¿Coal?

–No me gusta –digo, pronunciando cada palabra en un mismo tono, con claridad, con la esperanza de que suene convincente–. No puede gustarme. Tienes que ayudarme a que no me guste.

Ella sacude la cabeza. Luego hace un gesto de dolor.

–¿Por qué? Sé que tú y yo estaremos… juntos, pero no estaremos *juntos de verdad*, así que somos libres de estar con otras personas. En secreto, supongo. –Frunce el ceño–. Carajo. Eso es patético, ¿no es así?

–No. Bueno, sí, pero no necesitamos hablar ahora del cronograma secreto de alcoba. –*Porque parte de mí todavía guarda la esperanza de que pueda librarme de esto de algún modo*, pero no lo agrego–. Pero ¿por qué estás *tú* de acuerdo con esta farsa de mierda? ¿Por qué no estás luchando más contra tu padre? Porque yo no seré quien lo arruine. Porque estaré harto de en lo que se ha convertido Navidad, pero… pero aun así me *importa*, carajo. Y no pondré en riesgo mi Festividad por un chico. Además, conozco las repercusiones que esto podría tener en ti y en Pascuas si yo lo arruino. Y ya no te causaré más problemas.

Iris me mira boquiabierta y yo me pregunto por un segundo si es que tengo trozos de crepe en el rostro.

Pero me toma de la mano.

–De acuerdo. De acuerdo, Coal. Te entiendo.

Me relajo al ver nuestras manos enlazadas.

–Algo ha cambiado en ti –dice con suavidad.

Suelto un gemido.

–No digas eso. Me provoca la necesidad de correr desnudo por la Fábrica de Juguetes para demostrarte lo contrario.

–Oh, esa época ya pasó para ti, Nicholas Claus –dice con una sonrisa–. Casi que estás actuando de manera *responsable*.

–Puf, y pensar que tú eres alguien quien dice quererme. –Suelto sus manos y me encorvo en la silla–. ¿Y por qué estamos hablando de mí otra vez? Cuando aún no he oído tu opinión sobre esa fabulosa fiesta de pretendientes en la que no hubo ni un ápice de drama. ¿Hex te pareció lo suficientemente impresionante? ¿Tengo competencia?

Las preguntas hacen que se me retuerza el estómago y ya me estoy arrepintiendo de los pocos bocados que he dado. Ese es un desenlace que no había tenido en cuenta: no sé cuál es el plan de Hex, pero ¿y si él e Iris se enamoran de verdad?

Me froto el pecho sin pensarlo. Estoy muy seguro de que las crepes me están provocando acidez.

Iris clava un trozo de melón con el tenedor. Tiene la mirada fija en la mesa. Su humor decae de forma abrupta y hace que todos mis sentidos se pongan en alerta.

–¿Podemos no hablar de eso? –me pide.

–Okeeeey. ¿Por qué? Vine completamente preparado para burlarme de todos y cada uno de los aspectos de ese evento falso.

–Esa es la razón. –Iris usa el tenedor para cortar la rebanada de melón en trozos más y más pequeños–. De seguro algún día querré burlarme de esto, pero ahora mismo no estoy de humor. Es una mierda y… y en realidad aún no quiero hablar contigo de esto.

Yo la observo, frunciendo el ceño, mientras ella corta el melón. No, lo *pulveriza*.

–No tenemos que hacer bromas al respecto –respondo.

Iris me lanza lo que es una auténtica mirada de descreimiento.

–Ah, ¿en serio? Entonces, ¿no *sacaste* a colación la fiesta de anoche para empezar a hacer bromas y *desviar* la conversación de todos los temas serios que habíamos estado tratando?

Me quedo boquiabierto.

Una parte de mí quiere ofenderse, el resto siente que Iris acaba de darle una palmada en la frente a mi psiquis.

–¿Estás segura de que además no has estado tomando clases de Psicología? –murmuro.

Ella resopla.

–No eres tan difícil de leer, Coal. No digo que no podamos hacer bromas. Sé lo incómodo que te hace sentir hablar de cualquier cosa real y creo que jamás hemos tenido una conversación que se haya mantenido seria por tanto tiempo como la que acabamos de tener. Estoy diciendo que no quiero hacer bromas sobre esta mierda de la relación falsa. Todavía no. Hablemos de otra cosa… Luces como si fueras a vomitar.

¿*Esa* es la razón por la que me ha estado ocultando cosas?

Levanto una pierna y me siento sobre ella. No puedo dejar de moverme como un torpe.

–Si necesitas hablar de eso o de otra cosa, te escucharé. No me burlaré. Lo juro. Y si piensas que no puedo hacer eso por ti, entonces he sido un amigo de mierda y lo siento.

Iris come un poco del puré de melón y sonríe.

–Sé que lo harías si realmente necesitara que me escucharas. Pero no necesito eso. –Hace una pausa–. Todavía no.

–Okey.

Pero algo aún se siente extraño. Desequilibrado. Como si Iris *en verdad* necesitara hablar de cómo la está afectando toda esta estupidez de competir por su mano, pero lo callara, no porque no esté lista, sino porque, en cierto punto, cree que no la ayudaré o que no podré escucharla.

Carajo. ¿Siempre he sido un amigo de mierda?

Sé que no quiere casarse conmigo, aunque haya sido ella quien me convenció de continuar con esto por el *deber* y por lo *que causará a nuestro pueblo*. Pero ¿se estará volviendo demasiado para ella? ¿Acaso está dudando?

Si lo intentara, ¿habría algo que yo pudiera hacer para librarnos de esto o solo empeoraría las cosas?

Inhalo y exhalo, pero Iris hace un gesto en dirección a mi plato antes de que pueda comenzar a hilvanar una disculpa o un plan de escape o algo que nos beneficie.

–*Come*. Solo tienes una hora aproximadamente antes de la carrera de renos.

Yo sonrío sin entusiasmo.

–Creo que te refieres a que *tenemos* solo una hora antes de la carrera de renos.

Ella da un sorbo de café sin inmutarse.

–Yo estaré contenta de alentarlos a ti a Kris desde la tienda de espectadores climatizada.

–Cobarde.

–¿Qué es eso? –Se lleva una mano ahuecada a la oreja–. Solo es el sonido de alguien que ha tenido una conversación medianamente seria y ahora se siente tan abrumado por la responsabilidad que conducirá su trineo con *cuidado* en lugar de avanzar como loco por la pista, lo que significa que, ¡oh!, perderá contra su hermano.

–No apuestes por Kris. Ya sabes que su espíritu competitivo alimenta al mío hasta que nos convertimos en una máquina de movimiento continuo en la que nos animamos mutuamente, y dudo mucho que un momento de seriedad rompa con esa gran tradición.

Iris se echa a reír, pero el sonido, la sensación, suena vacío, rebota sobre la inseguridad que siempre he tenido alojada dentro de mí: que nada de lo que hago tiene un impacto real. Que todo de lo que soy capaz está tan lejos de ser *suficiente* que jamás podré ayudar cuando sea necesario, jamás podré apoyar a mis seres queridos de ninguna forma que importe.

Pero Iris continúa hablando sobre la carrera del año pasado y cómo Kris y yo perdimos. Así que dejo que me hable de ese tema, que bromee, tratando de fingir que este no es el pináculo de lo que tengo para ofrecerle a ella o alguien más.

•••

La carrera de renos es una antigua tradición de Navidad con la que no tengo problemas.

El circuito comienza en los establos y serpentea por el bosque de pinos que rodea los terrenos del palacio. Sube y baja por las colinas y cruza puentes naturales de hielo antes de terminar de regreso en los establos.

Cada tantos años, alguien tiene la brillante idea de que sea una carrera en el aire, pero papá suele decidir que es un desperdicio de

magia, así que se hace en tierra. Lo que es mucho mejor, porque pocas personas tienen la habilidad suficiente para guiar un trineo volador.

El ganador obtiene el derecho a alardear. Y un trofeo, pero más que nada el derecho a alardear.

El año pasado ganó uno de nuestros primos Nieves. Por eso, Kris y yo nos dirigimos hacia el inicio del evento con la mente en el juego.

Aunque esto se trata más de fotografías y prensa que cualquier competencia real, así que Wren y sus estilistas nos ponen unos trajes de nieve muy a la moda, pero sorprendentemente funcionales. No es como si fuéramos a esquiar, sino más bien como si fuéramos a hacer una sesión de fotos para una publicidad de revista de esquí: chaqueta elegante y ropa térmica. Mi chaqueta azul tiene la ligereza suficiente para permitirme moverme, pero al mismo tiempo es muy cálida. Y me pongo un gorro tejido blanco y azul que me aplasta los rizos de la frente.

Salimos por una puerta lateral del palacio para encontrarnos con Wren, que nos está esperando con su ropa de abrigo funcional y tableta en la mano. Además de los calefactores, se han colocado sistemas de iluminación de ahorro de energía por todas partes, unos artilugios gigantes que resplandecen para combatir el hecho de que estamos en la parte más alta del hemisferio norte y que la luz del día es escasa en esta época del año. Pero hemos logrado imitar el sol con bastante perfección y las luces hacen que parezca media mañana.

–Todos los demás están listos –dice ella–. ¿Por qué ustedes dos son siempre los últimos?

–Kris está enamorado de ti. Tú lo pones inquieto –digo, y Wren suspira con fuerza; la incomodidad de mi sarcasmo la agobia demasiado.

Kris se pone los guantes mientras rodeamos el costado del palacio. La nieve cruje debajo de nuestras botas. El aire es tan frío que *sabe* a invierno, con su helado rastro amargo que se asienta con cada respiración. Pero el cielo se ve claro por encima de las luces, hoy no hay nieve fresca. Y en los alrededores se siente el mismo ajetreo y energía cargada de las preparaciones navideñas junto con

el caos de este evento. Hay toda una capa de Polo Norte que corre en paralelo: nosotros estamos inmersos en nuestros eventos falsos mientras que todos los demás están trabajando para llevar la Navidad al mundo.

Observo a un grupo de personas que supervisa un envío mientras Kris se acerca a mí.

–Una vez más… –comienza a decir.

–Avanzamos hacia el peligro. –Giro hacia el espacio junto a los establos.

Hay una amplia tienda festiva que ocupa la mitad del jardín del establo. Tiene tres lados cerrados para mantener el calor que emanan los calefactores colocados alrededor de las lujosas áreas para sentarse. Los miembros de la corte ya están allí, acurrucados debajo de unas gruesas mantas. El personal supervisa el bufet preparado por Renee y su equipo.

Mi atención se mueve para todas partes. No puedo evitarlo.

Iris está en un costado con papá, su padre y Hex. Todos están hablando con reporteros.

Esta vez, Hex no lleva puesto el chaleco de corsé. Puedo notarlo porque tiene un ajustado chaquetón negro, con una camisa abotonada blanca por debajo que le da un toque de contraste. En las solapas tiene unos broches destellantes, unidos con cadenas de distintos largos que caen sobre el nudo de su corbata negra.

Si por mi mente se cruza la imagen de tirar de esas cadenas de plata y levantar su rostro hasta el mío, la ignoro deliberadamente.

No me voy a poner en ridículo. Dije lo que necesitaba decirle a Hex. No hay más motivos para interactuar con él. Nunca jamás.

Aunque él haya sido quien me besó.

Dios, cállate, Coal.

Todo mi aturullado caos interno se queda helado cuando Hex extiende algo que había tenido a un costado: un ramo de flores. Son negro azabache y bien podrían estar muertas, porque un pétalo se deshoja y cae con suavidad sobre la nieve a sus pies. Le entrega el ramo a Iris con una sonrisa incómoda, forzada y contraída. Sus movimientos son tensos.

Los reporteros *lo devoran*. Son de *Navidad Investiga* y *Gaceta Alegre* y hay otros que toman fotografías y murmuran, lo cual solo intensifica la mirada de incomodidad extrema de Hex.

Cuando Iris acepta las flores con su gracia natural, yo doy un paso hacia adelante, sin saber qué hacer. Su sonrisa es genuina y amable y parece relajar a Hex. Pero, de pronto, me doy cuenta de que no sé si eso es algo bueno.

Ella bromeó con que a mí me gustaba él, así que dudo que intente seducirlo, pero… pero a mí *no* me gusta, porque eso sería ridículo. Así que si juntos son felices, entonces…

Entonces, grandioso.

Fantástico.

Definitivamente, está muy bien.

El ramo se transforma en las manos de Iris. Lo que de seguro habían sido flores muertas florecen, desplegando unos tonos amarillos como la mantequilla y anaranjados como el atardecer, junto con sus saludables tallos verdes vibrantes. La magia de Pascuas cobra vida dentro de la oscuridad.

Eso hace que los reporteros se pongan a murmurar otra vez. Iris le sonríe a Hex con más ganas.

–La Pascua es un poco la antítesis de Halloween, ¿no lo crees? –dice.

Él sonríe; es la emoción más real que ha mostrado hasta ahora y el hecho de que esté dirigida a Iris me envuelve en un aluvión descontrolado de sentimientos conflictivos. El más agresivo, que detesto admitir, son los celos. Lo cual es *estúpido*, porque se supone que yo esté interesado en *Iris*, o debería estar fingiendo estarlo, pero lo único que quiero hacer es darle una patada voladora a mi mejor amiga para alejarla de Hex, aunque ella esté tan atrapada como nosotros.

Voy a necesitar mucha terapia después de esto.

Le lanzo una mirada a Kris, que está observando todo este despliegue con la misma expresión enrevesada que puedo sentir en mi rostro.

Por fin, papá nota nuestra presencia y nos saluda con la mano.

–¡Chicos! Vengan para una fotografía.

Sin pronunciar una palabra, Kris me dice que mantenga la calma ("estoy contigo, hermano") y nos acercamos con paso pesado.

Papá me rodea con el brazo y nos coloca en una postura impostada.

Titular:

LA FAMILIA CLAUS ES TODA SONRISAS CON EL PRÍNCIPE DE HALLOWEEN, QUIEN CLARAMENTE NO ESTÁ AQUÍ EN CONTRA DE SU VOLUNTAD

Los reporteros disparan sus cámaras y nuestro grupo comienza a dispersarse. Iris y Kris caminan hacia la tienda. El hecho de que ella se retire rápidamente hace que me relaje: no le gusta Hex. Es todo actuación.

Carajo, entonces *sí* está reconsiderando continuar con esto, ¿verdad?

–¿Qué opina de su estadía hasta ahora en Navidad, príncipe Hex? –pregunta un reportero. Corroboro su identificación: *Sol Matutino de Yule*, un periódico solo abocado a Navidad. La prensa de los otros periódicos generales escucha, lista para asegurarse de que cada Festividad se mantenga actualizada sobre la *importancia* de todo esto del compromiso.

Papá se queda cerca, como si quisiera saber qué es lo que Hex tiene para decirle al reportero, así que yo también. Desde este ángulo, puedo ver alrededor de la carpa, hacia donde están alineados los trineos. Los empleados del establo ponen a los renos en sus lugares y corroboran que los arneses estén bien colocados.

Hex mueve la mandíbula. Lleva todo el cabello echado hacia atrás, lo cual deja ver que sus orejas ya están rojas por el frío y sus mejillas tienen un rosado similar allí debajo del aire gélido.

Así que, cuando el responde sin expresión: "Hace frío", yo resoplo.

Él me lanza una mirada.

Yo me volteo, fascinado por el borde de mi guante.

–Halloween también puede ser frío en esta época del año –insiste el reportero.

Siento la mirada de Hex sobre mí por más de un segundo antes de que vuelva al reportero.

–Paso la mayor parte del tiempo en México –responde.

–¿México? –Se oye el roce de papeles mientras el reportero corrobora algo–. Pensé que la presencia de Halloween era más fuerte en Estados Unidos.

–Mi madre ayuda a su hermano mayor a supervisar el Día de Muertos –explica Hex–. Así que yo me quedo allí a veces para equilibrar sus responsabilidades. Y yo…

Papá se precipita. Le pone una mano a Hex en el hombro y lo aparta, yo aprieto los dientes con fuerza como instinto protector.

Doy un paso hacia adelante. Iris, que está con Kris al lado de un calefactor en la tienda, me observa, pero me empeño en evitar cruzar la mirada con ella y me enfoco con atención en Hex y mi papá.

–Estamos ansiosos de mostrarle al príncipe de Halloween todo lo que Navidad tiene para ofrecer –dice–. Como esta tradición. ¡Veremos cómo le va a Halloween contra Navidad!

Doy otro paso.

El rostro de Hex se ve tranquilo, a excepción del latido agudo en sus cejas.

–No estoy hecho para el frío.

–Entonces, ¿no correrás la carrera? –Hay todo tipo de intenciones en el tono del reportero.

Hex comienza a decir que *no* y veo cómo la mano de papá se aferra con más fuerza a su hombro.

En un santiamén estoy junto a ellos.

–Papá. Wren te necesita. –Lo cual probablemente no sea mentira, pero es la primera cosa en la que puedo pensar y, a decir verdad, no me importa.

Él me mira desde arriba. Estoy tan consciente de que los dedos de papá están apretando tanto el hombro de Hex que mi visión comienza a volverse roja.

Papá le da un golpecito amistoso y asiente hacia el reportero.

–Desde luego. Discúlpenme.

Se aleja; la nieve cruje tras sus pasos y mi mirada cae sobre el abrigo de Hex, la parte que ahora quedó arrugada gracias a mi padre.

Mis ojos buscan entre la multitud y encuentran a Iris; intercambiamos miradas y ella inmediatamente regresa hacia nosotros. Ese segundo en el que, sin decir nada, le indico que la necesito y ella acude al instante me resulta familiar, pero la culpa me corroe el estómago. En una situación de la que, puede decirse, ella es más víctima que yo, ¿aun así necesito que intervenga? Dios, soy patético.

–Entonces, ¿no va a participar de la carrera, príncipe Hex? –El reportero está junto a nosotros con la cámara lista.

Hex me mira fijo. Curioso. Probablemente se esté preguntando por qué estoy jadeando, por qué tengo los ojos clavados en su hombro, por qué no le he dicho nada.

–No estaba al tanto de que esperaran eso de mí –responde por fin.

Iris se desliza entre nosotros y exclama:

–Participar en la carrera no es *obligatorio*, pero piensen en el escándalo que sería si Halloween ganara. –Enreda un brazo con el de Hex, alisa la parte arrugada de su abrigo y yo tiemblo al exhalar de alivio.

Hex piensa. Sus ojos no dejan de mirarme. Es extraño que el reportero esté aquí, que Iris esté aquí, ¿y nosotros solo nos miramos el uno al otro? Dios, yo todavía no he *dicho nada*.

–¿Tú vas a correr, princesa? –le pregunta Hex. Otra vez, observándome–. Yo correré contigo.

Ella se echa a reír, ese trino perfecto.

–Desafortunadamente, este año no.

El aire cambia un poco antes de que yo pueda encontrar la fuerza para mirarla a ella. Veo que sonríe de forma amplia, pero no del todo cordial. Es una absoluta sonrisita demente de *superioridad*.

–Pero puedes correr con el príncipe Nicholas –anuncia.

En algún sitio, muy en el fondo de mi autocompasión, sé que me lo merecía.

–¡Brillante! –chilla el reportero–. ¡Los dos herederos corriendo juntos!

Veo el destello de una fotografía. No hay forma de ocultar la sorpresa estupefacta en mi rostro, así que *eso* hará que la foto sea interesante.

Encuentro mi voz y gimo lo que podría ser una negación mientras que Hex responde:

–De acuerdo.

De…

¿… acuerdo?

Iris estalla en una sonrisa.

–Vamos. Bebamos un poco de chocolate caliente antes de la carrera.

Hex empalidece.

–Si tú insistes.

El contraste entre su repugnancia y su expresión dócil e inmutable hace que una pequeña risa imperceptible broté en mi interior. Lo suficiente para regresar las emociones a mi cuerpo, para liberarme de ese foco único de atención que me trajo hasta aquí.

Mientras Iris lo lleva hasta la tienda, se voltea para lanzarme una mirada maliciosa para mostrar estar muy complacida consigo misma.

Ah, la princesa de Pascuas es *malvada*.




CAPÍTULO SIETE

Unos minutos más tarde, se anuncia que todos los participantes monten sus trineos y hay un breve momento de caos en la tienda mientras unas diez personas salen con lentitud al frío.

Kris se lleva el resto de una galleta de azúcar a la boca y se endereza el sombrero.

–Te veo en la línea de llegada.

–Me aseguraré de que la guarden para ti –digo.

Él se toma de la barriga y finge echarse a reír.

–Este chico es *tan gracioso*. Trata de no caerte del trineo por reírte –le dice a Hex, quien ha estado con nosotros mientras comimos en el bufet. Aquellos ojos intensos registraban todo a nuestro alrededor, en silencio, con una precaución paciente.

Al oír las palabras de Kris, Hex baja su plato de comida que no ha tocado.

–¿Caerse del trineo? ¿Acaso es posible?

–Coal no permitirá que te caigas –dice Iris, enfatizando las palabras para mí y yo pongo las manos en alto.

–Yo no prometo nada.

–Esta carrera… ¿es segura? –Es una pregunta muy simple, pero la hace con cautela y resuena con la preocupación que de seguro no quiso dejar entrever. Rápidamente carraspea.

No quiero mentirle, pero Iris responde que sí, al mismo tiempo que Kris exclama: "Bah".

Ella lo fulmina con la mirada.

–Es *segura*. Todo el circuito está bien iluminado y, aunque te caigas, es sobre la nieve.

–O un árbol –murmura Kris.

Iris lo espanta con el brazo.

–Ya veo –dice Hex en voz baja.

–Corredores, ¡a sus marcas! –grita el anunciador por última vez.

Reúno cada gramo de mi aparentemente ilimitada seguridad altanera para mirar a Hex.

–¿Vamos? –Le ofrezco mi brazo.

Él analiza a Iris. A la multitud dentro de la tienda. A los reporteros posicionados en el jardín del establo.

–No tienes que hacerlo –agrego enseguida con voz tensa y bajo el brazo–. Soy bueno para librarme de las responsabilidades. Mis servicios están a tu disposición.

–No. No me echaré atrás –dice Hex, negando con la cabeza.

Es un comentario… cargado de sentido. Casi lo dejo pasar, pero él hace un gesto para que yo indique el camino.

Lo sigo a Kris fuera de la tienda, detrás de mí está Hex y nos separamos al llegar a los trineos.

–Recuerda –le digo a mi hermano–, no hay necesidad de hacer berrinches cuando pierdes. Todos obtienen un trofeo por participar.

Kris me sonríe con dulzura, lo que es más perturbador que si me hubiera respondido con algo hiriente.

–¿Qué mierda es eso? –Frunzo el ceño hacia él.

–Ay, es que no necesito gastar mi energía en provocaciones. Mis habilidades hablarán por sí solas.

–Sí… Bueno…, al diablo. Le quitaste la diversión.

Él se echa a reír y da un salto sobre el trineo mientras me muestra su dedo del medio.

Me tomo un momento para acariciar al reno amarrado a mi trineo. Al pasar tanto tiempo lejos en la universidad, el cuidado y entrenamiento de nuestros renos queda a cargo del personal, pero cuando estamos aquí, Kris y yo intentamos involucrarnos. Aunque ni el año pasado ni el anterior este muchacho me haya llevado a la victoria. Cuando golpea el suelo con la pata y me empuja el hombro con el hocico al reconocerme, yo lo rasco detrás de las orejas.

–No trates de adularme –murmuro, pero él me empuja otra vez y yo sonrío.

–¿Cuál es este? –Hex está a mi lado, a una distancia respetuosa.

–¿Cuál qué?

–La canción. *Brioso, Danzarín…*

Me echo a reír. Una niebla de vapor choca contra el aire frío.

–No todos tienen esos nombres, sino tendríamos más de diez renos llamados Relámpago.

–Ah. –El rubor en las mejillas de Hex se hace más fuerte. ¿Acaso está… avergonzado?

Qué diablos. Es lindo.

Dios, estoy en problemas.

Doy un salto sobre el trineo y enciendo el calefactor que hará que estar afuera en el frío polar sea soportable.

Hex se queda abajo un instante.

–Estos no… Esta es una carrera *terrestre*, ¿verdad?

–Ah…, cielos, ¿pensaste que íbamos a volar? –Sus dudas ahora tienen más sentido–. No, lo juro. Está prohibido usar magia durante la carrera, pregúntame cómo lo sé.

Mi sonrisa cursi no hace nada para calmarlo. Su expresión neutra ahora se convierte en una mueca poco divertida.

–Las cuatro pezuñas quedan en el suelo. Lo juro –digo con seriedad.

Él lo piensa. Sus labios se tensan y pierden un poco de color por el modo en que se los muerde.

–¿Qué? –pregunto, haciendo un esfuerzo coordinado para no dejar que mi mirada se quede otra vez clavada en sus labios.

–Estoy intentando decidir si un juramento tuyo tiene validez.

–¿Crees que te mentiría con respecto a volar el trineo?

–Sí –dice sin pausa–. ¿O no estamos compitiendo por la alianza con Pascuas?

Bajo el mentón.

–¿Y eso significa que me desquitaré contigo durante una carrera de trineos?

Hex se encoge de hombros con firmeza y algo se hunde en mi pecho.

–Tú no me tienes mucha estima, ¿verdad? ¿O es a mi Festividad en general?

Por favor, que sea a la Festividad en general, no a mí.

Eso explicaría por qué está actuando como si estar cerca de mí fuera moralmente ofensivo. Aunque quizás es que él me besó, se dio cuenta del desastre de ser humano que soy y se arrepiente con pasión. Estupendo. Pero entonces, ¿por qué admitió que fue él quien inició el beso? No tenía que decir nada al respecto.

¿Cuál es el sentido de estudiar en Yale si no puedo resolver estupideces como estas?

Hex deja caer los hombros. Lanza una mirada otra vez a su alrededor, a los otros corredores que están montados y listos, a los fotógrafos que están a un costado.

–Tus padres regresaron a… ¿México? –pregunto.

Él asiente.

–¿Y te dejaron aquí?

–Puedo encargarme de Navidad. A ellos los necesitaban en casa.

–¿Está todo bien?

Levanta la mirada hacia mí durante uno de esos largos momentos, como buscando algo. Frunce el rostro, ¿por desagrado, tal vez? Pero al ver que yo no cambio de expresión, él arruga el ceño.

Es como si me cayera un rayo. *Claro* que *no* está todo bien: lo obligaron a venir aquí por la posibilidad de un matrimonio arreglado. Pero… ¿Halloween debería estar feliz por esto? Cielo, no sé cómo papá mantiene todas estas mentiras en marcha, yo solo puedo quedarme tieso sin saber qué hacer con mi cuerpo.

–Es nuestra cumbre anual –dice, como si estuviera tanteando el terreno para ver mi reacción–. Son más útiles allí que posando para las cámaras o participando en… carreras mortales.

–Esta no es una carrera mortal. Pero… ¿cumbre? ¿No deberías estar tú para eso?

–No necesariamente. Habrá decenas de personas que asistan desde Halloween y todas las Festividades de otoño, como la de mi madre… Pero la mirada en tu rostro me dice que no tienes idea de qué estoy hablando. ¿Acaso Navidad nunca elabora estrategias con las otras Festividades de invierno?

–Tenemos nuestras casas nobles. Y supongo que Pascuas. Pero, en realidad, jamás hemos tenido otras Festividades que consideráramos como iguales.

–¿Y la igualdad solo se mide en alegría y activos? –Hex luce un poco molesto.

–Eso no fue lo que dije.

–Pero es lo que quisiste decir. Navidad jamás ha visto a nadie más como un igual, porque cualquiera que esté cerca de serlo, primero se considera como una amenaza.

–No… Eso no… Quiero decir, esa es la razón por la que estás aquí, ¿verdad? Para *colaborar*. –Pero tan pronto como lo digo, se me retuercen las tripas. No, *no* está aquí porque Navidad vea cierto espíritu alegre en su Festividad: es exactamente lo que dijo Hex. Papá los ve como una amenaza, así que nosotros les mentimos hasta que podamos aventajarlos.

Él inhala con fuerza.

–Bueno, el punto es que estoy aquí porque puedo manejar este mes por mi cuenta.

Me afianzo al borde del trineo y me inclino hacia abajo. Hex se encoge de miedo ante la repentina proximidad.

Pero no se aparta.

–No estás aquí solo. O al menos, no tienes que estarlo –digo, extendiendo una mano.

–¿Me estás ofreciendo ayuda? –Su tono suena llano por el escepticismo.

Yo me encojo de hombros, con la mano aún extendida hacia él.

–¿Por qué no?

–Estamos enfrentados de forma directa. A la primera señal de que se dividan las lealtades, tú te pondrías de inmediato del lado de Navidad y yo lo haría del de Halloween.

Podría estar imaginando cosas, pero estoy comenzando a darme cuenta de que jamás ha dicho que *quiera* ganarse a Iris. Lo plantea puramente desde el ángulo de la competencia misma, con un tono de irritación. Y no sé por qué eso me parece importante, pero me aferro a ello.

–¿Esa es tu forma de decir que *no viniste aquí para hacer amigos*? –pregunto, poniendo énfasis en el sarcasmo.

Esa ceja que tiene podría cortar una roca sólida.

–Tú bromeas, pero esta situación es complicada. Y no, no vine aquí para hacer amigos. Gracias, príncipe Nicholas, pero ambos sabemos bien dónde están nuestras lealtades.

–Me parece justo. No confías en mí y no tienes que hacerlo. Entiendo que estás aquí por motivos indeseables y toda esta situación es una mierda. –Intento sonreír otra vez–. No te estoy pidiendo que juremos lealtad el uno al otro por sobre el rey y la nación, príncipe Hex.

Hay un destello en su mirada, un rescoldo ardiente de diversión que no puede ahogar por completo debajo de su fastidio.

Mi sonrisa se amplía.

–Estoy diciendo que podemos ir un paso a la vez. –*Uno a uno, uno tras otro*, casi agrego, casi repito lo que él me dijo todos aquellos meses atrás, pero no puedo, *no puedo* hacerle saber lo mucho que pienso en esa conversación–. Comienza por dejarme ayudarte a subir al trineo.

–¿Y luego? –Los ojos de Hex van hasta mi mano enguantada.

Yo espero hasta que vuelve a levantar la mirada. El impacto de sus ojos se está convirtiendo rápidamente en una necesidad, una conexión tangible, violenta, que se siente depredadora, incontenible y me hace sentir un escalofrío que trepa confundido por mi espalda. ¿Mira a todos con este nivel de intensidad? ¿Cómo es que no tiene adoradores prendidos a su paso, echando espuma por la boca, a la espera de que él se voltee a mirarlos?

Hay un momento en el que creo que tal vez él se da cuenta del efecto que su atención tiene en mí. El poder que ejerce, de modo intencional o no.

Me observa y un músculo le palpita sobre el pómulo.

–Y luego –repito–, nos lanzamos a una alegre carrera mortal.

Pone los ojos en blanco.

–Estoy bromeando. *Y luego*, damos un adorable paseo ligero en trineo que podría volverse rápido en algunas partes. No tenemos que pensar mucho más allá de eso ahora mismo.

Mi voz se apaga. La presión de su mirada ahoga mi volumen hasta que me veo atrapado bajo esa intensidad destructiva. Hex se inclina hacia mí para escucharme, así que yo oigo cuando traga saliva, un chasquido seco en la garganta.

–Bien –dice luego de enderezarse.

Acepta mi oferta. Tiene guantes negros sin dedos, completamente inapropiados para estar en la nieve. Lo tomo de la mano y lo levanto a mi lado. Aterriza sobre el trineo, que se balancea, y yo me quedo inmóvil, temeroso de que él se caiga. Así que quedamos cerca. Tan cerca como en el callejón del bar.

Todo su cuerpo hace presión contra el mío y se siente cálido y sólido en el aire fresco. Es más bajo que yo; mi mentón queda a la altura de su sien y me da el ángulo perfecto para ver el latido de la vena que le recorre el costado del cuello.

Permanezco allí el tiempo suficiente para *percatarme* de lo que hago. Y cuando tomo conciencia de ello, me atraviesa como un torrente afilado.

Mi mano convulsiona alrededor de sus dedos y lo suelto con una sacudida hacia atrás. El espacio que queda entre los dos es tan abrupto que los ojos de Hex se sobresaltan, alarmados. Pero no dice nada, solo mueve la mano a un lado.

Lo ha dejado en claro: no confía en mí. Ni siquiera *le agrado*.

No haré que su estadía aquí sea más difícil de lo que tiene que ser. Eso incluye, pero no se limita, a *babearme por él*. Claramente.

Los otros trineos se están acercando a la línea de partida y yo tomo las riendas y las sacudo para seguirlos.

Y, por supuesto, Hex viene conmigo. Hay una banca para sentarse, pero él se queda de pie como yo, apoyándose en la curva frontal de nuestro trineo a unos cuantos centímetros de distancia de mí.

Maldita sea, creo que jamás en mi vida he estado más consciente del espacio entre otra persona y yo. Para ser algo que en definitiva no es *nada*, ocupa mucho espacio en mis pensamientos.

Hex es el primero en romper el silencio:

–Y entonces, ¿cómo se llama el reno?

–Ah. Sí… Sven –respondo.

Hay una pausa.

Y él se echa a *reír*.

Siempre me ha hipnotizado ver la alegría en las personas y pensé que era por quien soy, un príncipe de Festividades y todo eso. Y no suelo cuestionarlo, solo lo disfruto. Cuando Kris ríe. Cuando Iris ríe. Cuando digo una broma y ellos ponen los ojos en blanco, pero sé que están sonriendo.

Pero la descarga aplastante de la risa de Hex exige cada gramo de mi atención con tanta urgencia, tanta *agresividad*, que me provoca una crisis total. Es tan profunda como su voz, rasposa y cálida, pero hay una capa agregada de rudeza en ella, como si él no riera lo suficiente y su garganta no estuviera familiarizada con los movimientos.

En cada una de esas ocasiones en las que creí estar hipnotizado ante la alegría de otras personas, en realidad estaba *buscando*, y más concretamente, buscando *su risa*. Porque ahora que la he experimentado, hace que toda la alegría del pasado quede obsoleta. Hex se pasa una mano por el rostro y se compone, pero queda una sonrisa en sus labios, apenas una ondulación.

–¿Qué es tan gracioso? –pregunto sin aire.

–¿En serio? ¿Sven? –Apunta hacia el otro lado, donde está mi hermano en su trineo–. ¿Kristoff?

–Kristopher.

–No. Eso es lo gracioso. Sven. Kristoff. ¿*Frozen*?

–¿En serio? ¿*Ese* es tu sentido del humor? ¿Bromas de Disney? –exclamo con una sonrisa.

–No puedes negar que la coincidencia es divertida.

–Sí… puedo, porque no tengo once años.

Hex me sonríe con aquellos labios llenos un poco torcidos.

–Entonces, ¿el príncipe de Navidad no sabe quién sería, si Elsa o Anna?

¿Acaso se está burlando de mí? Dios mío, creo que este chico se está *burlando de mí.*

–En sus marcas… –comienza a decir el anunciador–. Preparados…

Me quito uno de los guantes con fuerza y dejo que un pulso de magia me llene la mano de nieve.

–*Libre soy, cariño* –digo. Y porque puedo hacerlo, guiño un ojo, carajo.

Su sonrisa se amplía.

Entonces, ve algo en mi mano y la sonrisa se congela.

Mis uñas. Mis uñas naranjas y negras, gentileza de Iris.

–Listos… –grita el anunciador.

Los renos pisotean el suelo, suben y bajan sobre la línea y el aire se humedece con el vapor de sus respiraciones ansiosas. Algunos de los otros corredores gritan para darse ánimo, pero la mayoría están concentrados en la carrera.

Yo estoy concentrado en Hex.

En la forma en que sus ojos chocan contra mí cuando levanta la mirada.

–No son justamente los colores de Navidad –señala. Y ahora él también parece estar sin aire, del mismo modo que yo cuando él se echó a reír.

Pero no puedo leer ninguna emoción en él. No puedo discernir ninguna provocación o coqueteo o arrogancia. Tiene un control magnánimo de sí mismo y es absolutamente *exasperante*.

–¡FUERA! –Se dispara la pistola de salida y más de diez trineos salen como relámpagos.

–Mierda. –Me quito la nieve de la mano y vuelvo a ponerme el guante para tomar los renos y poner a Sven en movimiento. Él sale a toda velocidad al circuito, segundo después del último: si pierdo, Kris me lo va a echar en cara.

Hex se aferra al borde del trineo con ambas manos, pero ahora hay tensión en el ambiente. Otra vez. ¿Acaso nunca se fue? ¿*Estábamos* coqueteando o no soy para nada capaz de leerlo?

Pero hubo un momento.

Un instante en el que me sonrió.

–¡Cuidado! –Hex se echa hacia atrás cuando el trineo que va por delante de nosotros vira hacia un camino de hielo y yo logro esquivarlo por poco, llevando a Sven hacia la izquierda.

–¡Vamos bien! –exclamo. El viento nos arroja un frío glacial.

–¿Estás seguro?

–He estado conduciendo trineos desde que aprendí a caminar.

Doblamos dando tumbos y tomamos la curva tal vez un *poco* demasiado rápido.

–¿Desde que aprendiste a caminar? –insiste Hex.

–No te preocupes. Solo he volteado el trineo una vez…

–¿Una vez? –chilla. Su atención va hacia mí, luego al circuito y señala con terror–: ¡Rama! *¡Rama!*

–¡La veo!

–Ah, ¿sí? *Gira*…

Yo obedezco, pero habría girado de todos modos y nos conduzco a toda velocidad por el siguiente arco del circuito. Pasamos como un rayo dos trineos más y por fin ganamos terreno. Ya puedo ver a mi hermano, que lleva la delantera.

Insto a Sven para que se apresure y él se lanza por el camino abarrotado, el trineo pasa zumbando por los árboles perennes que se alzan imponentes contra los reflectores que iluminan el circuito. *Esto* es correr; es el alivio temporal, el verdadero premio, este momento de pausa. Y lanzo una mirada a Hex.

Se está aferrando al borde, con un codo levantado para cubrirse del azote del viento, pero está… está sonriendo.

Ah, ahora sí.

Agito las riendas. Sven baja la cabeza, corre con más rapidez y a su paso deja a Kris cubierto de polvo de nieve. Mi hermano grita algo que queda perdido en la velocidad y yo suelto una carcajada cuando lo pasamos.

Más adelante, el camino gira hacia la izquierda y sé que viene un puente. Pero he tomado esa curva a velocidades mayores que esta.

–¡Nicholas! –grita Hex y es la primera vez que dice mi nombre sin un título malintencionado adosado a él.

Algo así no debería agitarme, pero me toma del brazo. Me toma del brazo y me aprieta con fuerza y yo me olvido de dónde estamos, qué estamos haciendo, porque me está tocando con vigor. A través de las capas de mi jersey y de mi abrigo, pero es intencional y se me nubla la vista por un momento.

Sven gira, nuestro trineo se inclina en la curva y toda la maniobra vira demasiado a la izquierda para mi gusto. Jalo de las riendas y en el último segundo, se endereza y regresa al camino resbaladizo.

El peso abandona mi brazo.

Hex.

Me volteo hacia él…

Pero no está.

Se cayó del trineo.

Freno con *fuerza*. Sven se encabrita antes de reducir el trote hasta lograr un galope poco natural. Pero yo salto del trineo y este derrapa. El horror me recorre las extremidades con más velocidad de la que mi cerebro puede generar un plan, mientras me deslizo por el camino resbaloso, con el corazón golpeando contra mis costillas como si estuviera intentando romperlas.

–¡Hex!

Me remonto de vuelta por el camino. Tenemos unos segundos, medio minuto como máximo, hasta que mi hermano nos alcance. Si Hex aterrizó sobre el sendero, no hay forma en que Kris pueda detenerse a tiempo sin pasarlo por encima.

Mierda, mierda, *mierda*…

–¡HEX!

Estoy corriendo, revisando el camino con la mirada, pero no veo nada, no hay un cuerpo boca abajo, nada envuelto en lana negra.

Giro sobre los talones y… allí. En un banco, salido del camino que va hacia una de las luces gigantescas, veo una sombra hundida en la nieve.

–¡Hex!

Me lanzo colina arriba, avanzando rápidamente sobre la nieve como un loco. El pecho se me contrae más a cada segundo de aquel silencio vacío que hace eco.

Me dejo caer de rodillas en la nieve y meto la mano en el hueco. Un brazo…, es un brazo. Jalo de él con todas las fuerzas que hay en mí.

Y Hex emerge de golpe y me lanza un puñado de nieve en el rostro.

Mi cuerpo queda inmóvil, atascado en la transición de estar completamente aterrado a ser aporreado por una bola de nieve.

Me sacudo y veo a Hex, rojo y azotado por el viento y *cubierto* de nieve, mirándome con furia. Pero es una mirada furiosa leve,

risueña.

–Me mentiste –dice sin más, con los dientes castañeteando del frío.

–Yo… –Mi cerebro tartamudea–. Dije que no *volaría*…

–Me tiraste del trineo.

–¡Claro que no! ¡Ese es el riesgo de correr carreras de trineo!

–Prometiste que no harías eso.

–Claramente yo *no* prometí eso. ¡*Iris* fue quien lo prometió! ¡Kris y yo coincidimos en que había una posibilidad de que ocurriera! –Toda la adrenalina me aplasta, me quiebra como una ola de alivio. No puedo detenerme y le toco el brazo–. ¿Te encuentras bien?

Hex suelta un suspiro jadeante.

–Orgullo herido. *Helado*. Pero bien. –Se quita la nieve de la manga–. Si esta es la forma en que tratan a las personas a quienes les ofrecen ayuda, recuérdame no convertirme en su enemigo.

Mi mano llega a su hombro.

–Pero… ¿estás bien?

Hex ladea la cabeza. Su cabello se soltó y cae a su alrededor como marañas de tinta negra.

–Ya te lo dije.

–Dilo. –No es mi intención sonar exigente, claro que no. No quiero sentirme así, como este pozo infinito de protección, al darme cuenta de lo solo que está en el Polo Norte, cómo la presión y el estrés que hay en su vida en este momento son completamente imposibles de enmendar para mí. Toda esta magia y no puedo evitar lo que le está sucediendo.

Hex se inclina hacia adelante y ese ángulo lo deja tan cerca de mí que puedo sentir el calor de su respiración sobre mis labios en un contraste violento frente al aire frío. Se ondula por encima de mi lengua como una nube diáfana e incluso el sutil chisporroteo de su sabor que aparece y luego se va me hace parpadear.

–Estoy bien –susurra. Su mirada se posa en la mía, con movimientos rápidos y agitados de aquellas profundidades delineadas de negro, como si estuviera intentando leerme, pero no puede. No puede encontrarle el sentido.

Sus ojos. Esos ojos. Caen a mis labios.

Es un rebote veloz como un relámpago y luego vuelven a subir. Y yo no había conocido los límites de mi propio control hasta este momento.

El repiqueteo de unos cascos nos separa. Lo separa a *él*… Hex se aleja y lanza una mirada nerviosa hacia el camino.

Yo estoy en una nube. Con mi mano sobre su hombro. Estamos en un banco de nieve, pero mi cuerpo es un fuego líquido. Y Kris se está aproximando (solo Kris, solo mi hermano), pero si hubiera sido alguien más, esta posición, esta energía que emana de nosotros dos como olas, habría sido difícil de ignorar.

Me pongo de pie tambaleando y tropezando en la nieve. Dejo un metro entero de distancia entre Hex y yo.

Kris jala de golpe de las riendas de su trineo y se desliza por la curva antes de mirar hacia atrás.

–¿Están bien? –grita.

–Sí… Nos caímos. Estamos bien. –Hago un gesto con la mano.

Hex se levanta por sí solo del banco de nieve. Debería ayudarlo. No puedo obligarme a tocarlo. Aprieto y extiendo las manos inútilmente, pero Hex no hace contacto visual conmigo y esa gota de conciencia se siente como un regaño.

No debería haber dejado que fuera tan lejos. *Yo* lo hice, lo toqué, me quedé muy cerca, respirando de él…

Pero él me miró los labios.

"Tú no fuiste quien lo inició".

Hex y yo descendemos del banco de nieve clavando cada paso mientras que Kris golpea las riendas y sale disparado, esquivando nuestro trineo abandonado. Otros dos corredores nos sobrepasan antes de que Hex y yo regresemos. Zapateamos para quitarnos la nieve de las botas, pero siento que el frío ahora me cala los huesos.

Ninguno de los dos dice nada durante el resto del camino. Iris tenía razón, en verdad conduzco con calma.

Kris es el ganador. Yo quedo penúltimo. Todos aplaudimos a Kris y yo sonrío mientras a él le toman fotografías. Luego papá también se une a las fotos y yo no puedo ser el único que nota que todo el semblante de mi hermano cambia.

Las cámaras se disparan.

Iris y Hex son los siguientes. Un reportero me llama a mí también.

–¡Los dos herederos! ¡Una fotografía!

Mi cuerpo se mueve de forma automática desde aquel momento en el montículo de nieve.

Es todo tan falso. Todo esto, cada segundo, me duele lo mucho que finge ser algo real. Pero me encuentro de pie frente a la espalda de Hex. Él está junto a Iris, así que lo veo de perfil. El ángulo marcado de su mandíbula, el ligero polvo de nieve que aún tiene en el cuello del abrigo.

Todo a mi alrededor apesta a falsedad. Excepto él. Y eso me destruye, porque él tampoco es real, ¿o sí?

Se merece algo real. Se merece más de lo que le estamos haciendo.




CAPÍTULO OCHO

La biblioteca del Palacio Claus es una obra de arte. Las estanterías de caoba se alzan imponentes con libros de relucientes lomos dorados. A estos se accede por escaleras deslizables que le dan un marco a las paredes oscuras y acogedoras. También hay otras estanterías de alturas más razonables que sirven de separadores para toda la sala. A un lado hay una chimenea gigantesca hecha de piedra gris, con su repisa adornada con pequeñas figuras de porcelana de motivos navideños. Frente a ella hay sillas acolchonadas y una mesa cargada con todas las guarniciones navideñas desplegadas a modo de cena informal.

Carne asada y jamón jugoso y batatas acarameladas y arándanos asados sobre brie de triple crema, todo se combina para asaltarme con una descarga dulce y sabrosa de cenas navideñas del pasado. Como si solo ese aroma pudiera envolverme por completo y transportarme a aquella cena de cuando era niño, cuando todavía no había visto más allá de la magia y esta aún podía consumirme.

Tuvimos un receso entre el final de la carrera y la cena. Yo me duché y me cambié. Me puse un suéter de Navidad que parece que tuviera rayas de acebo y bastones de caramelo. Pero si se mira bien de cerca, son hileras de robots rojos y verdes dándose una paliza destructora entre sí (no sé dónde Kris encuentra estas cosas). Había tenido la esperanza de que refrescarme fuera a limpiarme de lo que sucedió, pero estoy atascado en una especie de *Día de la marmota*, lo cual es casi traicionero, dado que ni siquiera es una Festividad

sobre la que tenga algún dominio. Pero aquí estoy otra vez, sintiendo que arruiné las cosas con Hex; aquí estoy otra vez, sin saber cómo pedirle disculpas, a sabiendas de que necesito hacerlo.

Kris se deja caer sobre una silla a mi lado y le da un gran sorbo a su bebida. Cerveza en una copa de vino. Tenemos clase.

–Bueno, esa carrera de trineos fue… memorable.

Levanto el plato de comida que había tomado antes de rendirme y dejarlo sobre una mesa auxiliar. Mierda, en verdad debo estar malhumorado si la comida de Renee está perdiendo su encanto.

Esta no es una cena formal. Papá ni siquiera vino; está supervisando un nuevo tanque de reserva para el Medidor de Alegría, que está *rebalsando* de felicidad. Papá se aseguró de afirmarlo en voz alta mientras dejábamos el jardín del establo. Así que las personas apiñadas aquí (algunas son miembros de la corte, no todas, es más bien íntimo) comen a su antojo y conversan distendidas.

Puede que Hex no venga.

Iris se une a nosotros, lamiendo salsa de azúcar morena de una cuchara.

–Un día de estos les voy a quitar a Renee.

No reacciono ante el comentario. Tampoco a lo que dijo Kris. Él e Iris intercambian una mirada y se voltean hacia mí de manera intencionada y, carajo, en verdad necesito amigos nuevos.

–¿Qué hiciste? –pregunta Iris.

–Nada. –Giro hacia ella–. Pensé que tú estabas de mi lado, Iris. *Te dije* lo que necesitaba de ti.

Oigo mis palabras a medida que las digo y cierro los ojos con un gesto de dolor. No debería estar pidiéndole nada. Debería estar intentando ganarme su confianza (¿acaso alguna vez la tuve?) para lograr que me cuente lo que está pensando y si quiere terminar con todo este arreglo. Porque si quiere terminar, yo…

… no sé qué haría en realidad. ¿Mostrar alguna especie de ataque masivo de rabia en el próximo evento? ¿Montar alguna broma estúpida cuando encuentre un modo de derretir el hielo en la pista de patinaje o poner colorante permanente en el glaseado para

galletas para que todos queden con la boca verde durante un mes? Sí…, eso ayudará.

–Cambié de opinión cuando vi la forma en que te miraba –dice meneando la cuchara en dirección a mí.

Eso es más molesto que si me hubiera dado un puñetazo en la garganta.

–¿Él me miraba? ¿Cómo me miraba? Espera, ay, no… *Iris*.

Me dejo caer en uno de los sillones bien acolchonados y sacudo la cabeza. Tengo tantas ganas de hacer una broma respecto a esto. Pero no es gracioso. Para nada.

–De verdad estás molesto –dice negando con la cabeza.

Yo me inclino hacia adelante, muy consciente de las personas que están por aquí (solo hay un reportero; es de *Navidad Investiga*). Toma algunas fotografías, que no son exactamente para una portada, de Iris y yo, y aunque la conversación es solo una discusión, los titulares dirán estupideces como EL PRÍNCIPE NICHOLAS Y LA PRINCESA IRIS ACURRUCADOS DESPUÉS DE UNA SILENCIOSA CENA JUNTO A LA CHIMENEA; ¿SERÁ QUE ELLA LO ELEGIRÁ EN LUGAR DEL PRÍNCIPE HEX?

Miro con furia al reportero durante el tiempo suficiente para hacerlo moverse con incomodidad y virar su atención hacia un miembro de la corte de Navidad.

–Sí, estoy furioso… –le digo a Iris–. Esta ya es una situación de mierda para todos nosotros y no puedo arruinarla más. Él no se lo merece, *tú* no te lo mereces y no haré…

Los ojos de Iris se levantan por sobre mi hombro.

–El príncipe Hex.

Me pongo de pie con torpeza; ella se sobresalta y se echa hacia atrás. Yo me volteo para ver a Hex, quien está a la distancia justa como para asegurarme de que no escuchó nada, pero lo suficientemente cerca para hacer que mi cuerpo tiemble por estar en la misma habitación que él.

La luz dorada de la chimenea late sobre él. Tiene una camisa negra con botones y pantalones negros con sus botas negras. Una corbata corta del mismo color le cuelga del cuello, una muestra

simple pero efectiva de su Festividad en un color. Lleva el cabello amarrado hacia atrás otra vez, lo que deja ver la tensión de su mandíbula cuando sus ojos encuentran los míos.

Pero baja la mirada hacia Iris.

–Princesa.

–Sírvete. –Ella señala la mesa junto al fuego.

Él cruza la habitación hacia la comida. Toma el camino más largo y da una vuelta alrededor para evitar acercarse demasiado a mí. Se mueve con una decisión tan elegante que el aire a su alrededor apenas se agita.

Iris me tironea de la mano.

–¿Qué *hiciste*?

–Uno de ellos se cayó del trineo –le susurra Kris.

–¿*Qué*? –Jala de mi brazo y yo vuelvo a caer en el asiento–. ¡Coal! ¿Dejaste que se cayera?

–Yo no… No, así fue. Claro que lo hice.

–¿Eso es todo? Parece más molesto que eso.

Lanzo una mirada a Kris antes de que él pueda decir nada. Mi hermano levanta las manos.

–Yo no vi nada.

–¿Qué-*hiciste?* –Iris me empuja el pecho con un dedo.

–*Nada*. –La tomo de la muñeca y le respondo en voz tan baja que no sé si podrá oírme–. No hice *absolutamente nada* y eso se siente como si fuera *todo* y no sé qué *hacer*, Iris. Necesitaba que me mantuvieras alejado de él, maldita sea…

Sus cejas se doblan.

–Ay, Dios mío, Coal. Te *gusta* de verdad.

–Necesitas hablar con él –señala Kris–. Aclarar eso.

–Hablar con él no tiende a salir bien.

–Resuélvelo. –Kris me da un golpecito en el hombro–. Será un mes largo. No puedes esquivarlo. El palacio no es *tan* grande y esta tensión será un fastidio más pronto que tarde.

La expresión de mi rostro es una conversación completa sin que se pronuncie ninguna palabra.

Ah, ¿ESTA tensión será un fastidio? ¿Qué hay de la tensión entre Iris y tú? ¿EH? ¿Qué hay de ESA tensión, la que hemos estado

viendo por AÑOS, hermano mío?

Kris agacha la cabeza y mueve la cerveza en la copa de vino, rendido en silencio.

Pero, a decir verdad, tiene razón. Este mes ya será lo suficientemente duro para todos nosotros sin que yo empeore cada interacción.

Dejo caer la cabeza entre mis manos. Luego me doy cuenta de repente cómo se ve eso frente a todos los demás que están aquí y me enderezo, pero también detesto eso. No puedo enloquecer como corresponde en mi propia *casa* porque el cielo no permita que alguien lo vaya a *ver*.

Hex está a la mesa, observando la comida con un plato vacío en las manos.

Yo me pongo de pie.

Pausa.

Luego me inclino sobre Kris como si fuera a susurrarle algo y, en el último segundo, digo:

–¿Qué tienes allí? –Y lo golpeo en la ingle.

–*Hijo de*… –Se inclina hacia adelante reprimiendo un quejido.

Me alejo a paso un poco más liviano, mientras que Iris suspira derrotada y murmura algo sobre no saber por qué siquiera es amiga de dos idiotas.

Yo vuelvo a enfocarme en Hex y sé que puede sentir mi mirada sobre él porque se voltea unos segundos antes de que me detenga a su lado.

–Príncipe Nicholas –dice.

–Coal –corrijo.

Sus labios se contraen.

–Coal.

–¿Podemos hablar?

–¿Acaso no lo estamos haciendo? –pregunta.

–Aquí no.

–En… ¿privado? –Hex señala con la barbilla sobre mi hombro, donde está el tipo de *Navidad Investiga*.

Ah. Sí… ¿Los dos supuestos pretendientes de Iris escabulléndose para hablar? Ya fue bastante acaparador para los titulares que

estuviéramos juntos en un trineo; esto sería absolutamente *escandaloso*.

Miro a mi alrededor.

–Cuatro hileras atrás. Junto a la ventana. ¿En cinco minutos? Vayamos por separado.

Tan pronto como digo eso, oigo lo *intenso* que suena. Como si estuviera planeando algún encuentro amoroso secreto. *Lo cual es claro que no*. Pero hablar con franqueza en el Palacio Claus requiere hazañas de demencia.

Y este chico hace que quiera volverme demente.

Pero Hex deja el plato sobre la mesa.

–Cinco minutos –dice.

Mis entrañas se revuelven, un latido se detona como fuegos artificiales, *este no es un encuentro amoroso.*

–Bien.

Giro sobre mis talones y me escabullo al otro lado de la sala antes de poder pensar mejor en todo esto.

Podría intentar evitarlo durante las próximas semanas. Ese había sido mi plan original: no acercarme a él para no hacer el ridículo. Pero, al parecer, estoy destinado a esa suerte sin importar qué haga, así que bien podría sincerarme al respecto.

La mayor parte de la biblioteca está en silencio y en penumbras; la luz que emana de la chimenea en la zona para sentarse crea un ambiente acogedor. Zigzagueo entre los libreros, adentrándome en el abrazo apretado de libros sobre Navidades pasadas y tradiciones y acervo popular, y me doy cuenta del gran error que es todo. Porque la luz de la chimenea que parpadea a la distancia es romántica. Cuando llego a la pared lejana y me encuentro con los cristales amenazantes que muestran el paisaje ártico envuelto en un cielo azul y negro estrellado, me arrepiento de la decisión.

Volveré a mi cuarto. Sabrá que me acobardé, pero nos evitaré a ambos la vergüenza de la próxima tontería que haga.

Pero no me voy.

Me quedo, porque los libros de esta hilera me están juzgando.

Kris y yo tuvimos profesores particulares hasta convertirnos en adolescentes. Y estos libros están gastados por nuestras huellas

digitales. La historia de Navidad. Nuestra familia. Los Santas del pasado, decenas de ellos, todos se remontan muy, muy atrás hacia el origen de los Claus. Cómo comenzó todo esto porque un tipo quiso compartir alegría con su pueblo durante la parte más profunda y oscura del invierno. Así que se volvió famoso por dejar obsequios en secreto y hacer actos misteriosos de caridad para esparcir felicidad en un momento del año que solía ser mortal y deprimente.

Me *encantaba* esa historia.

Otro recuerdo me asalta de repente a todo color: poco tiempo después de que papá me llevara a aquella breve introducción de entrenamiento donde me mostró el globo terráqueo, me había preguntado qué habíamos estado aprendiendo en nuestros estudios.

Él estalló de emoción cuando hablamos de nuestros orígenes.

"¿No es grandioso? ¡Nosotros también estamos destinados a hacer eso! ¡Llevamos felicidad al MUNDO entero!".

Yo tenía ¿siete, tal vez? Tenía siete, la ilusión en la mirada y mamá todavía no se había ido, así que papá también tenía ilusión en la mirada. Lo recuerdo inclinado sobre mí y *sonriendo*. Desde ese entonces, no he vuelto a ver aquella sonrisa.

"Estoy orgulloso de ti. Te estás tomando todo esto muy en serio", había dicho con una mano sobre mi cabeza.

La garganta se me estruja y me quito la sensación con un resuello.

Mierda, esta noche me siento melancólico. Son los malditos aromas de la cena: déjalo al sentido del olfato para evocar la peor nostalgia. Esa parte de mi cerebro duele por todos estos recuerdos disparados (cenas de la infancia, emoción pura, aprendizajes de Navidad), son la edad de oro perdida. Jamás lo recuperaré. Pero el resto de mí sabe, *sabe*, maldita sea, que lo estoy romantizando. Estos recuerdos solo se sienten idílicos porque no había tenido la capacidad de comprender la realidad en ese entonces.

Esa es la edad de oro verdadera, ¿no es así? Eso es lo que mi cerebro anhela, una época en la que solo veía las chispas. Una época en la que adoraba esto sin avergonzarme porque no me había dado cuenta de que las chispas eran la distracción que cubría un concepto complejo lleno de grietas y moho. Y, el día en que ves más

allá del brillo por primera vez, es el día en que oficialmente maduras, sin vuelta atrás.

Siento una presencia a mi derecha, al final del corredor y me volteo hacia Hex.

Estamos iluminados por la luz débil de la chimenea que se cuela por los estantes y el tono marfil difuso de las estrellas que se ven por la ventana detrás de mí. Los ruidos de fondo de la multitud llegan apagados, dándole más peso a lo solos que estamos ahora. Y yo suelto un gemido.

–Continúo haciendo esto –admito.

Él echa un vistazo por encima del hombro y, con un movimiento de la mano llena de anillos resplandecientes, hace que vuele un estallido de magia. La magia de las Festividades toma características asociadas con la alegría que la produce. Parte de la magia de Navidad se manifiesta en forma de nieve, luces y con la creación de objetos tontos como obsequios o dulces. Así que tiene sentido que la de Halloween sea *así,* pero intensificada. Sombras y misterio con un toque de miedo. Hex la usa para cubrir el final de esta hilera con un manto más pesado de oscuridad, lo que nos da privacidad en caso de que alguien se acerque hasta donde estamos.

–¿Haciendo qué exactamente? –pregunta.

¿Va a obligarme a decirlo? Bueno, esa es la razón por la que le pedí que habláramos, ¿verdad? Para *decirle* todo esto, para ponernos en sintonía de una vez por todas y para *quedarnos en esa misma sintonía, aunque eso me mate*.

Dejo caer la cabeza entre mis manos y paso los dedos entre los rizos. Estos caen de a poco por mi rostro.

–Okey. Mira. Lo siento. De nuevo. Tengo un problema, al parecer, y aunque haya prometido que no te pondría en esa situación otra vez, lo hice.

Hex suspira, es tan suave que apenas escucho el roce en su garganta.

–No quiero hacer que las cosas sean desagradables para ti –agrego–. Sigo… *Uf*, Dios, ni siquiera puedo *decir* lo que sigo haciendo porque siento que eso hará que todo sea más incómodo para ti, y yo ya estoy malinterpretando todo de tu parte y dándole

un significado que *no tiene* en mi cabeza. De por sí es difícil para ti que te… te usen como peón de matrimonio. No quiero que sea aún peor.

Apenas digo las últimas palabras, mis pulmones se contraen hasta cerrarse. Se cierran y se cierran, porque *no es un peón de matrimonio*, es un simple *peón*. Y Hex está allí parado, con los pulgares en los bolsillos, los ojos entrecerrados, pensando en silencio, ignorando por completo lo mucho que lo estamos jodiendo a él y a su Festividad.

Apenas sube las cejas. El único cambio en su semblante perfectamente controlado.

–No me lo estás haciendo más difícil –replica.

Yo me inclino hacia adelante.

–Ja. Claro. Te tiré de un trineo. Casi hago que mi hermano nos vea… cerca. ¡Y ahora! Todo lo que quería era hablar contigo y *mira a dónde nos traje*.

Señalo al cielo estrellado, las colinas de marfil onduladas, a las repisas acogedoras y la luz que parpadea en el fuego chispeante, como si su solo propósito fuera ser tan pintoresco que bien podríamos estar en una novela romántica.

El borde de uno de los labios de Hex se levanta. ¿Está sonriendo?

No sobreviré a tus sonrisas, así que ayúdame…

–Tu palacio se presta por sí solo a cierta atmósfera –comenta–. Difícilmente es tu culpa.

Yo lo apunto con un dedo.

–No. No. No le restes importancia… Deberías estar furioso conmigo.

–¿Debería?

–¡Sí!

–¿Por qué?

–¿Por qué?

–Ese tono *sí hará* que me enfade contigo. No soy un idiota. No me hables como si lo fuera –exclama frunciendo el ceño.

Habla como un poeta, con una cadencia en las palabras que es casi como una canción. Me destroza el pecho. Decide por mí algo que yo no sabía que era una opción.

–Es una mentira –digo.

El ceño fruncido de Hex se profundiza.

–¿Que no soy un idiota? ¿Disculpa?

–¡No! No. –Doy un paso más cerca. Demasiado cerca como para saber que tengo que limitarme, pero me tiemblan las manos y si no digo esto ahora, explotaré–. Tu presencia aquí, esta competencia por Iris. Es una mentira. Está arreglado que ella y yo nos casemos sin importar qué suceda, lo cual es toda otra historia, porque ninguno de los dos quiere eso, *para nada*. No importa. Lo que importa es que estamos avanzando con esa alianza. Tú solo estás aquí para apaciguar a Halloween…

–Lo sé.

Yo me quedo helado. Me inclino hacia él.

–¿Lo… sabes? ¿Qué sabes exactamente?

Hex camina a mi alrededor y se acerca a la ventana, tan lejos como puede del fuego y de los otros invitados. Se detiene frente al cristal frío y se cruza de brazos, contemplando la tundra.

Luego voltea a verme.

Yo me aproximo con torpeza hasta él y me afianzo contra la ventana. Lo miro de frente, pero él mira fijo el hielo y la nieve y las estrellas.

–Sé que esta competencia es falsa –dice en dirección al cristal. Este se empaña con su respiración–. Como dije, no soy un idiota.

–¿Có-cómo? ¿Cuándo?

–Toda mi vida. Mis padres supieron desde temprana edad que no sería un idiota…

–No me refiero a eso... –Bajo la voz. Por lo general, estaría volviéndome loco ante el hecho de que se está burlando de mí, pero necesito que me explique, ahora. Estoy al borde una de las colinas de allí afuera, a unos segundos de venirme abajo por el precipicio hacia el vacío oscuro y helado.

Su mandíbula se abulta por debajo de la oreja y a mí se me forma un nudo de tensión mientras él continúa mirando por la ventana a propósito.

–Después de que regresaran los enviados de Halloween –responde.

–*¿Todo el tiempo?* ¿Lo supiste todo el tiempo y aun así viniste aquí? ¿Por qué?

–Unas horas después de la conversación que mantuvieron con tu padre, él envió otro mensaje: un *ultimátum más contundente*, como lo llamó. Impondría el matrimonio entre su hijo y la princesa de Pascua –no me mira, cada palabra sale con cuidado, cada movimiento es sereno– y Halloween se mantendría a raya mientras eso ocurriera.

–¿Qué? –Una corriente eléctrica me ataca todo el cuerpo–. ¿Él… él los amenazó?

Hex vuelve a encogerse de hombros, pero estoy comenzando a ver que estos actos de supuesto rechazo son profundamente significativos para él. Mientras que yo me sacudo para todos lados ante la mínima emoción, él mantiene sus reacciones tan tensas que hasta un movimiento de cabeza o un frunce de cejas es una señal de que se está conteniendo con todas sus fuerzas.

–No de forma directa –responde.

–¿Cómo? ¿Por qué? Él no… Nosotros no… –Me interrumpo a mí mismo. Hay demasiadas palabras que quieren salir. Me llevo una palma al rostro y respiro antes de mirar el perfil de Hex–. Cuéntame. Por favor.

Pero él responde con una pregunta:

–¿Cuánta de la alegría del mundo monopoliza Navidad?

El giro me hace sacudir la cabeza.

–Em… Cincuenta y siete por ciento, según lo último que revisé.

Y con "revisé" me refiero a que oí a papá presumir al respecto.

Por fin la mirada de Hex se posa en la mía.

–Más de la mitad. En una sola Festividad. Y ahora con Pascuas también, ya no se limita a un solo periodo del año. Navidad tiene recursos casi ilimitados. Un dominio implacable sobre el mundo. Y hay cosas, incluso en nuestra sociedad de alegría y bondad, que pueden convertirse en amenazas. Esta competencia es un pretexto para hacer aceptable mi presencia aquí.

No hay aire en esta sala, en el espacio entre nuestros cuerpos. Me sujeto del alféizar de la ventana, me aferro a él como si mi vida dependiera de ello.

–Eres nuestro prisionero –declaro.

–Eso es exagerar un poco las cosas… –Hex niega.

Sus ojos se desvían hacia un costado y la sorpresa corrompe su seriedad.

Yo le sigo la mirada… Para descubrir que he esparcido una ráfaga de hielo por todo el cristal y la pared. Es una capa de escarcha geométrica brillante, que se extiende desde mis dedos tensos con uñas negras y naranjas.

Retiro la mano enseguida y la miro sin poder creerlo.

Hex me está observando. Otra vez. Aunque tal vez siempre me esté estudiando, siempre atento a mi reacción, evaluando opciones, planificando y analizando. Tiene que ser así, ¿verdad? Si todo esto forma parte de un plan más grande de lo que yo creía.

Debe de estar exhausto.

–¿Con qué te está amenazando si Halloween no colabora con esto? –pregunto.

La sorpresa de Hex se convierte en… asombro.

–De verdad no lo sabes.

Debería estar furioso, herido, enfurecido conmigo, pero me está mirando con un desconcierto que no puedo encajar con nada de lo que hemos dicho. No tiene motivos para mirarme así.

–Por supuesto que no lo sé. –Me enfado, pero no con él, no con *él*, y parece que lo comprende, porque me permite desmoronarme sin inmutarse–. Al parecer, no sé nada. No sabía que Navidad se dedicara a lanzar amenazas tan contundentes que el resto de las Festividades accedieran a cualquier exigencia e incluso nos enviaran un *prisionero* como *garantía*…

–Yo no soy un prisionero, Coal. No es tan…

–¿Puedes regresar a casa por propia voluntad sin que nada horrendo suceda?

Sus labios se tensionan.

–Entonces, lo eres. –Estoy temblando–. Un prisionero. Tenemos *un prisionero*. Y eres *tú*… Y yo estaba… *Ay, Dios mío*…

Alimentar la tensión entre nosotros dos ya estaba bastante mal cuando pensaba que solo le estábamos mintiendo acerca de competir por Iris.

Pero ahora que sé que está atrapado aquí… Y yo *estaba coqueteándole*…

–Ay, Dios mío. –No puedo decir otra cosa. Me paso las manos por el cabello–. Ay, Dios mío, lo siento tanto… Yo…

Me dejo caer de rodillas.

Ya no puedo mantenerme en pie.

Y no me lo merezco, no me merezco estar aquí y tenerlo a él observándome con *empatía*, como si debiera de alguna forma sentirse mal por mí. No después de lo que le hemos hecho pasar a él y a su Festividad.

–Merecen mucho más que *esto* –le digo a sus piernas–. Tú y Halloween. E Iris también. Qué *diablos*. No deberíamos estar tratando a ninguno de ustedes de este modo. Mi padre se ha vuelto… Está loco. Yo arreglaré esto. Haré…

–No te lo conté para que lo arreglaras –dice Hex. ¿Es un susurro? Apenas lo oigo hablar, así que me siento sobre los talones para levantar la mirada.

Su perfil está bañado con la luz blanca grisácea de las estrellas; el otro lado está enfundado en la oscuridad y sus labios están suavemente entreabiertos. Todavía está de brazos cruzados, pero sus dedos están arqueados y tensos contra los codos. El contorno de su cuerpo pasó de mostrar su resignación relajada a tener una postura filosa y alerta. Me hace tomar tanta consciencia del hecho de que yo estoy de rodillas frente a él que un rayo efervescente recorre mi cuerpo desde la cabeza hasta el centro de mi ser, y me deja clavado en el sitio.

–El acuerdo que Halloween tiene con tu padre está bajo control –dice, su tono habitual de indiferencia arruinado por la duda–. Si no conoces los detalles, mejor, para ser honesto. No necesitas involucrarte. Como tampoco necesitas solucionar nada.

–Pero somos mejores que esto –replico–. Navidad es mejor que esto. Y no dejaré que mi padre arruine Halloween. No permitiré jamás que vuelva a *tocarte*. Lo prometo.

Yo hago bromas. Soy arrogante. No hablo de este modo, con seriedad, pero cada segundo de esta vida de payaso he estado guardando mi sinceridad para él.

Los brazos de Hex caen desde su pecho de golpe, como si una fuerza invisible hubiera jalado de ellos para descruzarlos.

Nos quedamos en silencio durante un momento largo y agonizante. Su rostro es imposible de leer.

–¿Estás tratando de decidir si una promesa hecha por el poco fiable príncipe de Navidad tiene validez? –pregunto y sonrío, pero esto ha sofocado cualquier alegría a la que pudiera aferrarme…

Hex cae al suelo delante de mí.

Algo muy debajo de mi ombligo se retuerce con fuerza.

Me enderezo para quedar a su altura, balanceándome sobre las rodillas. Tal vez haya cinco centímetros de distancia entre los dos y mi respiración se vuelve un jadeo rígido. Desconfianza, disculpas, falta de merecimiento, todo eso me sujeta del cuello, así que me quedo inmóvil.

Él huele a naranjas dulces con una pizca de algo especiado. Como la versión en carne y hueso de un cóctel que Renee preparó alguna vez. Un *old-fashioned* de borbón con canela y naranjas *brûléed*. El azúcar quemada, el calor del picante y el brillo cálido en los cítricos me hacen aguar la boca, pero yo soy irrelevante. Existo en este momento para estar a su disposición; su aliento es como chispa sobre mi lengua.

–No espero que tú arregles esto –vuelve a decirme.

Casi le prometo que lo haré. Casi le prometo todo. Me debato entre la realidad y el deseo, intoxicado por el aire que huele a él.

–*Mi* trabajo es proteger a mi Festividad y a las personas que dependen de ella –dice con rapidez. Se está desquiciando y yo siento que soy testigo de algo sagrado al observar cómo pierde el control–. Y *tu* trabajo es proteger a los tuyos. Yo puedo cuidarme a mí mismo. No pongas en riesgo tus responsabilidades por mí.

No puedo prometer eso.

Pero él no me obliga a hacerlo.

–Yo puedo cuidarme a mí mismo –repite y, por fin, logro descifrar qué es aquella suavidad en su tono: está nervioso.

La reverberación de un gemido repiquetea en mi pecho unos instantes antes de que se astille en el aire. Eso deja a Hex en silencio.

Un movimiento hacia adelante, una inclinación y me besa (otra vez).

Basta con que él acorte esa distancia y sentir el más leve roce de sus labios contra los míos para que yo lo tome de la nuca y lo devore. He estado muriendo de hambre durante un año y medio. He estado viviendo en un estado de hambruna permanente, con el apetito normal destrozado por un solo beso de ebrio. Y era tan *tonto*, ¿verdad? Obsesionarme con un *solo beso*. Así que lo había ignorado y había seguido adelante, porque él ya no estaba, era básicamente producto de un sueño etílico, y jamás volvería a tener ese beso. Había tenido que aprender a vivir sin él. Sin Hex. A conformarme con regresar al gris y el beige cuando ahora sabía que el mundo podía existir en magenta y aguamarina y caoba furioso.

Pero él está *aquí*. Sus labios están sobre los míos otra vez, sin la confusión del alcohol, sin la inseguridad de quién lo inició o quién lo quiere. Estoy famélico y solo él es mi satisfacción. Sus labios se separan para darle paso a mi lengua. Me envuelve su sabor a menta y naranja picante, y es vital, *vital*, que vuelva a memorizar cada hendidura de sus labios. Estoy dividido en dos: una mitad se retuerce de deseo y la otra sabe que estoy absolutamente jodido.

Un beso suyo por poco me destroza y eso fue cuando aún podía fingir que lo había soñado. Pero ¿ahora que sé que sus labios se sienten tan perfectos como los había estado imaginando y que todo esto es la catástrofe inevitable que había esperado y temido?

Escaldado. Arruinado. Devastado.

Suelto un gemido de gula de forma completamente involuntaria y con él casi sale una oleada de cosas que son poéticas a nivel teatral, pero irracionales para decirle a alguien que apenas conozco. Cosas como "te he echado de menos, sé que es una locura, a duras penas somos amigos" y "dime que has pensado en mí un poco de lo mucho que yo he pensado en ti, aunque sea una vez" y "por favor, por favor" rogándole por más de lo que tengo derecho a pedir.

Me calmo un poco y me aparto apenas para pronunciar contra su boca:

–Sabes tan bien como lo recordaba.

Un pequeño jadeo sale de él, pero en el segundo en que su sorpresa podría darle paso a la incomodidad (*¿Fui demasiado directo? Probablemente, maldita sea*), replica aquel gemido de gula, suena como un *eco*, un trino resonante en la parte superior de su garganta.

Se lanza hacia mí y me muerde la lengua, y yo gimoteo en su boca, con una mano aferrada al nacimiento de su cabello, siguiendo el movimiento de su pecho contra el mío. Sigo las crestas de su columna y me arqueo sobre él mientras lo inclino hacia atrás, siento la curvatura de sus costillas y considero recostarnos en el suelo, creo que él me lo permitiría. Pero la mera idea de eso me hace ser tan dolorosamente consciente de cómo se alinean nuestras caderas, de la dureza donde cada milímetro de nuestros cuerpos se toca, que tengo que interrumpir el beso y jadear en busca de aire.

Apoyo la frente contra la suya. Noto que tiene los dedos enredados en mi suéter, con los nudillos blancos bajo la luz tenue, piel muy, muy pálida contra la plata oscura de sus anillos.

No me ha dicho qué es lo que mi padre tiene en su contra y en la de su Festividad. Comienzo a preguntarle otra vez, pero no quiero hacerlo aquí, en este ambiente, los dos arrodillados. Así que le mordisqueo los labios y siento, veo, saboreo, la forma en que sonríe. Me acaricia un brazo, sube por el hombro y me toca el cuello. Ese milímetro de piel sobre piel hace que me olvide de mi maldito nombre.

–¡Coal!

Me tensiono. Hex se echa hacia atrás, pero mis brazos quedan a su alrededor; una de sus manos se queda anudada a mi suéter.

–*Coaaaal* –canturrea Iris. Se oyen sus tacones repiquetear sobre el suelo de madera pulida–. Quieren tomar fotos antes de que termine la velada. ¿Estás aquí atrás… leyendo? Deberías *leer* más tarde.

Está caminando con lentitud, hablando *fuerte*. Nos está advirtiendo.

Hex se pone de pie y se toma del alféizar. Deja la huella de su mano sobre la escarcha derritiéndose que yo creé. Mi propia mano

cae inerte sobre mi regazo y me quedo allí quieto con la respiración entrecortada antes de poder pararme.

Él hace aletear los dedos y la pared de sombras cae. Sin decir una palabra, se aleja doblando en otro corredor de estantes.

–Aguarda –exclamo, pero él me lanza una mirada sobre su hombro que me detiene.

Tiene las mejillas sonrojadas y el cabello desalineado (yo hice eso, yo *hice eso*), me está *sonriendo* y quiero devolverle la sonrisa. El deseo se incrementa, pero de repente tan solo puedo ver los grilletes que le hemos puesto. Aquellas palabras que lo desaniman, "amenaza" y "mantener en raya".

–Buenas noches, Coal –dice y desaparece rápidamente en las sombras mientras Iris entra con cautela por este corredor.

Me paso la mano por la boca abierta, pero no hay forma de recomponer mi expresión, de contener el modo en que los últimos minutos me han deshecho.

Cuando le muestro el rostro a Iris, ella pasa de tímida a sorprendida en dos segundos.

–¿Qué sucedió? –pregunta. Sus ojos buscan alrededor, pero él se ha ido y yo estoy que echo chispas.

–Dile al reportero que se meta la cámara en el culo –exclamo al pasar junto a ella–. Necesito hablar con mi padre.




CAPÍTULO NUEVE

Regreso atravesando la biblioteca. Kris me ve y salta de su asiento, pero yo niego firmemente con la cabeza una sola vez.

Esto es entre papá y yo.

Camino apresurado por el palacio hacia su oficina porque sé que estará allí. Espero que esté allí. No sé por cuánto tiempo se apoderará de mí esta furia de huracán antes de que choque contra un muro de cansancio.

Ya estuvo bastante mal que no supiera quién era Hex cuando estuvimos en el bar. Que no lo reconociera. ¿Por qué el salvaje e irresponsable príncipe Coal tendría que preocuparse por nimiedades como los monarcas de una Festividad con la que jamás interactuaría? Dejé que papá se encargara de todas esas cosas.

Porque la única vez que intenté hacer algo real, la cagué a niveles épicos.

Pero ahora, no saber el motivo real por el que Hex está aquí es consecuencia de que dejé que papá se encargara de todas esas cosas, *otra vez*…

Cuando sí me involucro, todo se va al carajo. Cuando no me involucro, todo se *va al carajo*. Así que ¿cuál es la maldita solución? No lo sé. No lo sé, pero voy a buscarla y esa es la única opción que puedo ver en este momento.

Tengo el corazón machucado de tanto chocar contra mis costillas. Cada respiración se siente como cuchillas en mi pecho. Llego a la oficina, que está a unas puertas del Medidor de Alegría, que se

encuentra bajo pesadas llaves y detrás de una pared de magia protectora.

La oficina de papá tiene la puerta entreabierta, la luz se cuela por allí. Yo la empujo sin excusarme.

Es una bonita habitación. Hogareña y acogedora, silvestre y cálida, hay acebo y hiedras colgantes, y tiene la misma fachada de alegría navideña que ahora me marea. En especial cuando lo veo sentado en su enorme escritorio de caoba, doblado sobre una pila de papeles, con los lentes apoyados en la punta de la nariz, como la encarnación del ideal al que ambos se supone que debemos aspirar.

–¿Es nuestro *prisionero*? –Mi voz irrumpe por sobre el fuego que crepita a lo lejos en la pared.

Papá levanta la cabeza y me mira por encima del marco de sus gafas.

–¿Nicholas?

Cierro la puerta de un golpe y camino a paso pesado hasta el medio de la sala. Los latidos me corren como oleadas por las muñecas y el cuello.

Todavía siento el sabor de Hex.

Todavía siento el tacto de su columna debajo de mis dedos.

–Nuestro invitado de Halloween –digo–. No lo tienes aquí con la promesa de una alianza con Pascuas; lo tienes aquí bajo la amenaza de arruinar su Festividad. Nosotros…

–¿Quién te contó eso? –Papá entrecierra los ojos.

Ah.

Ah, eso fue *estúpido*.

Hex me lo dijo como confidencia, ¿y yo qué hago? Voy corriendo de inmediato a buscar a mi padre y destruyo la confidencia con un mazo.

–Yo… –*Miente, maldición, miéntele en la cara, con malicia, con maldito descaro*–. Lo oí por accidente en el teléfono. Con sus padres, creo. ¿Acaso oí mal? Porque te aseguro que sonaba como que tenemos un prisionero.

No solo mientas, desvía el asunto. Échale toda la culpa a papá, es lo que corresponde.

–¿Cuántos otros prisioneros tenemos? ¿Hay un calabozo en alguna parte del que deba saber?

Papá pone los ojos en blanco, como si *esa idea* cruzara el límite, pero se cree mi explicación y yo contengo el alivio mientras él arroja las gafas sobre el escritorio.

–El príncipe de Halloween será enviado de regreso a casa después de que tú e Iris se casen. Me sorprende tu reacción. Conoces la historia detrás de su presencia aquí. Esta es la realidad de nuestra posición. De *tu* posición, algún día. Tenemos que mantener a ciertas personas a raya.

Estoy comenzando a odiar bastante, mucho, esa frase.

Pero entonces, siento un nudo en el estómago.

–¿A ciertas personas? ¿A quiénes más?

La pregunta se siente como si estuviera abriendo una puerta. Toda esta noche ha sido así, para ser honesto: una puerta abierta que traspasé y ya no hay modo de regresar.

Papá piensa por un momento. Luego se pone de pie.

–¿Estás listo para hacer esa pregunta? No estoy seguro de que lo estés.

Una fuente de determinación brota por todo mi cuerpo y me valgo de los recuerdos que aún me pasan por la mente de lo que sucedió en la biblioteca.

He elegido la inacción por demasiado tiempo. Aunque mi forma de intervenir es desastrosa, *esto* también lo es. Así que quizá sea precisamente eso lo que necesitamos: mi versión desastre para romper con lo que sea que esté pasando.

Miro el suelo. La alfombra roja estampada.

Cuando enfrento otra vez a mi padre, mi mirada está al nivel de la suya, replicando su calma.

–Lo arruiné todo –comienzo a decir–. Con Nueva Koah. Con tantas otras cosas. Sé que lo arruiné, pero si voy a hacer esto algún día, entonces debería saber *cómo* hacerlo y no solo fingir el entrenamiento para que la prensa tome fotografías. Debería saber qué estás haciendo aquí. –Señalo los papeles que está revisando–. Debería saber cómo funcionan los mecanismos internos de Navidad

y qué estás planeando para poder ayudar a que avance, en lugar de entorpecer. Quiero ser parte de esto.

No es mentira. Es *tan cierto* que tengo que apretar los dientes con fuerza para no flaquear y que las palabras se escapen como el tapón que se dispara de una botella, antes de que todos los deseos que he estado reprimiendo se desborden. Cómo me gustaría estar a la altura de este legado, el legado *original*, el de un niño de siete años rebosante de ilusión que pensaba que su padre quería que él ayudara a llevar alegría al mundo. Y cómo me gustaría *mejorar* este legado, para que lo que hacemos *signifique algo* más que pequeños momentos fugaces, algo duradero, verdadero y…

Papá me mira con una sorpresa honesta. Por una vez, no intento ocultar la verdad, no bromeo antes de que alguien más pueda hacerlo.

Contenerme hace que me duela el pecho; estoy al desnudo por completo.

En silencio, papá se acerca a un archivero que está al lado de su escritorio. Busca allí dentro por un segundo, extrae una carpeta de papel manila y voltea hacia mí con una última mirada extraña.

–Esto es una prueba.

–Lo sé.

–Has fallado en demasiadas cosas. En los entrenamientos que he preparado para ti. Cada oportunidad de intervenir durante los eventos. Todo lo que te he dado.

–Lo sé.

–No abuses de la información que te comparto. Espero que al ver esto logres comprender el alcance completo que puede tener Navidad.

Una pequeña parte de mí brota con esperanza otra vez. Esa estúpida e infantil esperanza de que él demuestre ser mejor. De que revelará algún plan maestro que corrija todo lo que ha hecho, y que sea *Santa*, como debería serlo, como una vez creí que era.

Extiende la carpeta hacia mí. Yo la tomo, la abro y comienzo a leer por encima el manojo de páginas que contiene. Hay entradas con fechas de la década pasada y alrededores, porcentajes y la palabra "diezmo", que aparece una y otra vez junto a nombres que se

repiten. La lista de aquellos nombres crece hasta que llego a las entradas más recientes.

YULE.

ACCIÓN DE GRACIAS.

AÑO NUEVO.

Y más, más Festividades que reconozco por ser próximas a, o que suceden durante Navidad. Todas junto a la palabra "diezmo" y porcentajes, porcentajes que a veces fluctúan, algunos años mucho, van creciendo de diez por ciento a quince, a treinta y a cuarenta.

–¿Qué es esto? –pregunto con la boca seca.

–Diezmos de alegría. Estas Festividades nos envían un porcentaje de su alegría acumulada a cambio de estar bajo el amparo de Navidad.

¿Nuestro amparo? Pero…

–Estos son porcentajes enormes. ¿Qué tipo de *amparo* valdría esto? ¿Por qué accederían a enviar estas cantidades?

Papá me muestra una sonrisa que no le llega a los ojos.

–Es una triste realidad que cualquier empresa exitosa tenga que, como dije, mantener ciertas personas a raya para que los eventos se desarrollen en beneficio de todos. A estas Festividades se las… persuadió para que firmaran contratos con nosotros para su propio beneficio.

Si a todas estas Festividades (y hay más de doce) las convencieron bajo lo que demonios signifique esa *persuasión*, entonces…

Mi mente se acelera, luchando contra los cálculos.

Navidad obtiene más de *dos tercios* de nuestra alegría de *otras Festividades*.

Toda la alegría que nos jactamos tener, toda la felicidad que decimos esparcir por el mundo, la estamos robando de otras Festividades de invierno. Y luego la usamos para extender aún más la influencia de Navidad, para que llegue a más áreas del mundo que *ninguna otra Festividad*.

Por supuesto que podemos llegar más lejos que ninguna otra Festividad, ni que decirlo.

–Y después de que te cases con Iris…

Desliza un papel sobre la carpeta que tengo en las manos. Es una tabla que muestra la alegría de Pascuas, cómo encajará con la de Navidad.

Subo lentamente la mirada hacia la suya.

Está sonriendo.

–¿Por qué? –me oigo preguntar.

–¿Por qué? Por qué. –Él se echa a reír, pero no hay humor en su risa–. Tú mismo señalaste el modo en que se ve actualmente a la Navidad. ¿"Baratijas" fue la palabra que empleaste? Ese es un desafortunado efecto secundario de la necesidad de racionar nuestra magia para expandirnos, pero tiempo atrás era toda nuestra reputación. Obsequios, nada más. Avaricia. *Somos* capaces de más que eso. Cada Festividad lo es. Las celebraciones del mundo se han mercantilizado tanto que se han vuelto degradantes, y la alegría que llevamos es *la* alegría que el mundo necesita. La Navidad es, en su esencia, una Festividad de familia y pertenencia, y esa es la magia que promoveremos una vez que hayamos consolidado nuestro control global.

Yo me quedo mirándolo fijo, intentando comprender. Porque *estoy de acuerdo* con él, ¿no es así? Queremos lo mismo.

Pero esto no me agrada.

El silencio que me causa la sorpresa debe interpretarse como apoyo, porque papá continúa hablando.

–Todas las Festividades que nos otorgan un diezmo están desapareciendo –dice, asintiendo en dirección a la carpeta–. Su alegría está disminuyendo de manera constante, lo que ofrecen se ha desvalorizado y ha caído producto del capitalismo. Están entrando en el olvido en el que han sucumbido demasiadas Festividades en el pasado. Percibí que lo mismo le estaba sucediendo a Navidad, y en lugar de dejar que nos fuéramos reduciendo, tomé acción. Estas otras Festividades ahora contribuyen con su alegría decadente a que Navidad no se detenga, en lugar de permitir que su desaparición suceda en vano. Y nosotros usaremos la alegría de sus diezmos para darle al mundo un tipo de Festividad que le ha estado faltando por demasiado tiempo.

Las Festividades van y vienen. Esa es una realidad de nuestro mundo. Las tradiciones cambian y lo que alguna vez fue la celebración de un dios se convierte en la celebración de una cosecha, que evoluciona junto con el modo en que lo hacen las personas. O por la fuerza, con las colonizaciones. Y mientras que las Festividades de la lista en el archivo de papá *han* perdido importancia, no están *sucumbiendo en el olvido*, así como tampoco lo está haciendo Navidad, ni por casualidad.

Pero *ahora* están decayendo por los diezmos que les exige papá.

Las Festividades se van perdiendo con el correr del tiempo.

Pero es a causa de los cambios naturales propios del ser humano, no porque *otra Festividad se apodere de ellas*.

Una vez me pregunté qué haría falta para que esa pequeña esperanza infantil dentro de mí, la creencia de que a mi padre alguna vez le importó que Navidad provoque felicidad verdadera, por fin muriera.

Ahora lo sé.

Todos mis músculos se traban; las ideas me revolotean en la mente y se escapan.

–¿Por qué…? –Mi voz suena como un graznido–. ¿Por qué estas Festividades estarían de acuerdo con eso?

–Puede que tengamos nuestra base en la alegría, pero en esencia, cada Festividad es un negocio. Y esos negocios, a veces, funcionan con cosas como información. Sabes muy bien lo importante que es la reputación de Navidad. No somos la única Festividad con causas de sobra para hacer todo lo posible para mantener el equilibrio.

–Las has estado extorsionando –digo. Suena como un puñetazo en el vientre, un estallido de aire que sale entre mis labios–. Conoces sus más sucios secretos y les estás exigiendo alegría a cambio de mantenerlos ocultos.

–Casi. Estos son arreglos de negocios. Contratos. Un intercambio para el beneficio de todos.

Excepto para las Festividades que eventualmente quedarán consumidas por el *beneficio* de papá.

Pero hay algo que no estoy viendo. Una pieza que no conecta. Y frunzo el ceño sin querer, porque la preocupación se abre paso por

mi intranquilidad.

–¿Qué tiene que ver Halloween con todo esto?

Ay, no. Quiere ramificar la manipulación más allá de las Festividades de invierno. También quiere Halloween.

–Tuvieron su oportunidad de ser parte de nuestra progresión –dice papá–. Ellos optaron por mantenerse al margen. Pero ya verán que escogieron el camino incorrecto.

–Aguarda. ¿*Has considerado* fusionarte…, absorber… o como sea con *Halloween*? ¿Cuándo?

Papá me echa una mirada pareja, analítica y serena y, después de considerarlo por un minuto, inhala y asiente con decisión.

–Años atrás. No se hizo público porque apenas pasó la investigación preliminar por parte de ellos, pero también fueron ellos quienes rápidamente se retractaron al enterarse de que sus aliados de otoño se oponían de forma vehemente a su unión con Navidad. Los hemos mantenido dóciles con la mera amenaza de dar a conocer aquel acuerdo clandestino entre sus aliados. Y en ese entonces teníamos otros arreglos con Festividades que concretar. –Hace un gesto con la mano hacia la lista–. Así que no los presionamos por su indecisión; además, ellos no se encuentran en el panorama de alegría decadente en el que están estas otras Festividades.

En otras palabras, eran demasiado grandes para enfrentarlos, así que papá los dejó continuar sin hostigarlos.

–Pero nosotros ahora hemos consolidado nuestra posición entre las Festividades de invierno –continúa–, y es hora de comenzar a ramificarnos. Elegimos enfocarnos en Pascuas, como…

–Ay, Dios mío. –Un escalofrío me recorre el cuerpo. Logro evitar explotar a último momento; trago en seco, con la garganta apretada, con dolor. Hasta que todo lo que puedo decir es–: ¿*Persuadiste* también a Pascuas?

Él entiende a qué me refiero y me mira con dureza ante el desliz de emoción.

–No, Nicholas. Pascuas no requirió que los *persuadiera*; siempre han sido parte de nuestras amistades. El arreglo con ellos es de mutuo acuerdo. Accedieron a él por voluntad propia. Fue la objeción

abierta por parte de Halloween a esa unión por la que tuvieron que tomarse medidas.

–Medidas. *Amenazas*, querrás decir.

–Halloween hizo el primer movimiento. Sus aliados de otoño verían como un enorme abuso de confianza que alguna vez hubieran considerado unirse a nosotros, y les retirarían su apoyo. Tú actúas como si este arreglo que tengo con las Festividades de invierno fuera raro y despiadado. Las Festividades han comerciado alegría durante siglos. Halloween no es diferente con sus propios aliados.

Me quedo mirándolo fijo, recordando la conversación que tuve con Hex antes de la carrera de trineos, cuando me habló de que Halloween se encontraba con otras Festividades de otoño. Nada de lo que dijo se parecía en absoluto al desbordante entusiasmo de mi padre. Y no puedo hacer encajar lo que he visto de Hex hasta ahora con alguien que no tendría problemas en tomar la magia de una manera tan retorcida.

–No podía dejar pasar que Halloween sintiera que podía opinar sobre los asuntos de Navidad sin tener consecuencias –dice papá–. Esta situación es para recordarle a Halloween que ellos escogieron alterar el equilibrio. Podría haber dado a conocer con facilidad entre sus aliados la noticia de nuestras negociaciones pasadas. Pero, en cambio, me aseguré de que las historias publicadas mostraran que Navidad concedía las objeciones de Halloween, y fingir que tenemos como huésped a su príncipe mientras corteja a la princesa Iris es una muestra de disculpas públicas. Incluso cuando todo termine, cuando aún ganemos la alianza con Pascuas, ellos podrán recurrir a sus aliados como las víctimas, consolidará la desconfianza hacia nosotros, pero quedarán como los héroes por intentar arrebatarnos a Pascuas delante de nuestras propias narices. Tendremos la unión de Navidad-Pascuas sin oposiciones. Todos obtendrán lo que quieren.

Me late la cabeza de tanto esforzarme por ver más allá del doble sentido político de papá y llegar a la raíz de lo que en verdad *hizo*.

Por eso se comportó tan extraño cuando los enviados de Halloween visitaron el palacio un tiempo atrás. Él se humilló (o lo que podría asemejarse a una humillación de su parte) ante ellos de

manera intencional frente a la prensa con el objeto de preparar el terreno para esta mentira.

Cuando más tarde envió la amenaza real, con la que *mantendría a raya* a Halloween, ellos no tuvieron opción, ¿o sí? Podrían haberse negado, pero entonces ellos habrían quedado como unos cretinos cuando Navidad había, más o menos, accedido a lo que Halloween quería. Además, que se negaran también le habría dado a papá el permiso de exponer sus secretos.

No fue suficiente amenazarlos otra vez con sus chantajes de mierda para silenciarlos, sino que quería *castigarlos*. Asegurarse de que supieran que no deben meterse con Navidad.

Mi mandíbula hace un chasquido cuando la abro de golpe.

–¿Y el único modo de lograr todo esto es tener a *un ser humano* atrapado en nuestro palacio?

–No está atrapado, Nicholas. Es libre de ir y venir como le plazca. Pero vino aquí por voluntad propia y su corte accedió a esto a sabiendas de que era un compromiso falso desde el inicio.

–Porque la alternativa era que tú dieras a conocer a sus aliados las negociaciones previas entre Navidad y Halloween. Eso es *chantaje*.

Pronuncio la palabra como si fuera una súplica. *No seas así. Por favor.*

Papá me arranca la carpeta de las manos. Su rostro se oscurece y la temperatura de la habitación se vuelve helada. Mi respiración de pronto se ve como una nube en el aire. Lucho por evitar dar un paso atrás.

–Esta es la realidad de dirigir la Festividad más grande del mundo. No comprendes aún las cosas que deben hacerse, las decisiones que deben tomarse. Esto puede parecer cruel, pero la alternativa es dejarnos caer, y no lo permitiré –dice señalándome y no puedo evitar encogerme de miedo–. No reacciones ante esta información. No *hables* de esta información. Te mantendrás en silencio, la asimilarás y procesarás lo que significa antes de que te entregue cualquier rol en esto. Estoy confiando en ti, Nicholas, estoy confiando en ti cuando tú solo has probado ser indigno de esa confianza. Lo que hagas con las cosas que te he contado determinará el tipo de Santa que serás.

Jamás ha dicho nada más cierto.

En el sitio donde una vez vivió aquella esperanza infantil ahora hay solo un vacío. Vacío y hueco, pero doloroso. Y no creí que esta conversación terminara haciéndome sentir tan solo.

Papá vuelve a tomar asiento en su escritorio.

–Y quítate esa pintura de las uñas antes del próximo evento.

Las uñas negras y naranjas. Me había olvidado de ellas. No había intentado ocultarlas.

Las náuseas me retuercen el estómago. Hex y yo… ¿somos algo que papá también usaría en contra de Halloween? Aunque eso contradiría el argumento de que Navidad cede ante Halloween. Aun así, el hecho de que tengo que hacerme esa pregunta *(¿Mi propio padre recurriría a extorsionar al chico con el que me besé?)* me nubla la visión.

–Sí quiero ser bueno en esto –me oigo decir. Es la primera vez que lo admito en voz tan alta, a mí mismo, a *cualquiera*. He desnudado el alma más veces que nunca en estos diez minutos, y con mi padre, de todas las personas.

Y el hecho de que él parece *comprenderlo* me pone nervioso. No me está poniendo los ojos en blanco, no está restando importancia a mis intentos como si fueran inútiles. Como si creyera que de verdad podría hacerlo.

Pero su versión de *hacerlo* es… intolerable.

–Yo también quiero que seas bueno en esto –dice–. Y quiero que sea bueno *para* ti. Para ti y para Kristopher. Para los miles de empleados que dependen del éxito de Navidad. Para las personas que se beneficiarán con la alegría que les brindamos. Tenemos tanto potencial para hacer el bien en este mundo.

Sí que tenemos potencial. Así es. Eso es lo que me está *asfixiando*. No sé cómo aprovecharlo y papá también lo ve. Pero este tampoco es el modo correcto, así que ¿en qué posición nos deja?

–Consúltalo con la almohada, Nicholas. –Hace un gesto en dirección a la puerta–. Podemos conversar más después de que hayas tenido tiempo para procesar lo que te he contado. En los próximos eventos, sé atento con Iris y cumple con tu rol.

Levanta una vez más la vista hacia mí. Una última mirada intensa.

–No decepciones a nuestra familia –afirma.

Las palabras se hunden en el dolor de mi pecho. Ellas son la fuente de aquel dolor, el nudo constante que ha alimentado mi rigor todos estos años. *No seas una decepción. No lastimes a nadie.*

Asiento, tieso, y me marcho de la oficina.

Luego salgo corriendo por el palacio.

Regreso a mi suite, cierro la puerta y colapso contra ella, deslizándome hasta el suelo como una masa inerte.

Y yo que me preocupaba porque no brindamos alegría real al mundo, mientras mi padre conspiraba para que Navidad conquiste y extorsione a las otras Festividades del mundo.

La habitación está oscura y fría, pero de pronto comienza a cerrarse sobre mí y a aplastarme. Estoy sudando y temblando y no puedo respirar.

¿Cómo se supone que arregle esto?




CAPÍTULO DIEZ

El próximo evento navideño de relaciones públicas está programado en un día, así que aprovecho para quedarme en la cama.

Necesito asimilar... todo. Necesito tumbarme en silencio y repasar cada recuerdo de mi padre y cada fragmento de información que me han dado sobre la Navidad y nuestra alegría, e intentar, *intentar*, dilucidar cómo se me pasó esto por alto... y qué voy a hacer al respecto. Pero cada vez que mi cerebro se choca con esa pregunta, solo puedo ver pasar titulares.

Disturbios. Robos.

Querido Santa: mamá se fue y no creo que vaya…

No, mierda, así no era. La niña perdió a su *papá*, no a la *mamá*.

Me volteo y entierro el rostro entre las almohadas con la intención de que la cama me coma entero.

Me estoy pidiendo a mí mismo desmontar los cimientos de la alegría fingida y los gestos teatrales sobre los que mi padre ha construido Navidad. No solo librarnos a Iris y a mí de este matrimonio, y tal vez no ser un imbécil con Halloween, sino dejar de manipular personas a quienes no sabía que estábamos oprimiendo. Y cada vez que comienzo a pensar que *tal vez pueda intentarlo*, todo mi cuerpo se congela de miedo, porque la última vez que intenté arreglar algo, quebré un país entero. ¿Qué ocurrirá si hago colapsar Navidad *y* estas otras Festividades?

Sin mencionar el hecho de que actuar contra mi padre no es solo una disputa familiar: sería *traición*. Había bromeado con que

teníamos un calabozo, pero ¿cuál sería la consecuencia de que me atrapen haciendo algo así?

Hex no espera que solucione nada. Tal vez tiene razón: tal vez *no puedo* arreglar esto. Pero ¿qué se supone que haga? ¿Aparecerme en el próximo evento de Navidad sonriendo y posando con Hex para más fotografías como si todo estuviera bien, como si Navidad no estuviera arruinando vidas activamente? ¿Casarme con Iris en la víspera de Navidad, luego graduarme el próximo semestre y comenzar enseguida con el posgrado como si alguna de esas cosas fuera a ayudar a mi Festividad?

La puerta de mi cuarto se abre y yo me quejo contra la almohada.

–Wren, te dije, me estoy tomando el…

–No soy Wren –dice Kris. Oigo el *clic* cuando cierra la puerta detrás de él.

Yo suspiro; mi cuerpo languidece entre las sábanas.

Él deja algo sobre mi mesa de noche. Me volteo y veo una bandeja con comida. Hay un emparedado, una taza humeante y una ensalada.

–¿Qué ocurrió con Hex? –Se deja caer sobre la cama a mi lado con un rebote–. Iris y yo necesitamos saber si deberíamos darle la espalda y tú no estás respondiendo los mensajes.

Me levanto sobre los codos. Ese es el único buen recuerdo de anoche. El único en el que me he estado refugiando cuando pensar en papá se vuelve abrumador.

Me enderezo y miro de frente a Kris. Los pantalones del pijama enredados en las sábanas.

–No lo hagan. En realidad… fue grandioso. –Una sonrisa por completo involuntaria se trepa por mi rostro–. Muy grandioso.

Y luego desaparecí todo el día siguiente. Por razones justificadas… Bueno, *de enojo*. No exactamente justificadas.

No suelo ser así de malo en las relaciones. Aunque Lily podría no estar de acuerdo. Y tal vez tampoco mi compañero de cuarto. Y como uno o dos breves encuentros románticos que no duraron más de uno o dos meses.

Carajo. Tal vez sí soy malo en las relaciones.

Kris trae la bandeja sobre la cama y la pone frente a mí.

–Bien. Porque nos agrada. Estuvimos con él en el almuerzo y es un extraño hijo de perra, pero es mucho, mucho más gracioso que tú.

Levanto la taza: chocolate caliente.

–No caeré en provocaciones tan básicas –digo. Él sonríe–. Pero me alegra que les agrade. –Doy un sorbo y dejo que el calor me abrace–. A mí también me agrada.

–Te quedas corto. Muchísimo. Colosalmente. Pero ¿por qué estás en la cama? –Me inspecciona con más escrutinio–. ¿Estás enfermo?

–No. Estoy bien.

–Entonces, ¿qué sucedió? Iris dijo que anoche fuiste a ver a papá. –La voz de Kris se distorsiona. Se prepara–. ¿Acaso hizo algo?

El chocolate caliente me deja una película demasiado dulce sobre la lengua.

Sé que Kris se enfadaría tanto como yo respecto a todo esto. ¿Qué me detiene de contarle?

Hex estaba tan seguro de nuestros roles. Él protege Halloween. Yo, Navidad.

He hecho un trabajo terrible como protector de lo que sea.

Ese conocimiento es como un reflector amarillo que se mueve rápida e inevitablemente sobre la postura de los hombros de Kris, como si estuviera listo para entrar en acción si yo se lo pido. Mi mirada vuelve hacia la bandeja de comida, la forma implícita en que supo traerla y, sí…, yo haría lo mismo por él, pero… por lo general no tengo que hacerlo.

–Tú me cuidas. Mucho –murmuro.

Pasa un instante antes de que Kris se encoja de hombros con desdén, uno tan largo que deja ver que él es consciente de ello desde mucho antes que yo.

–Es lo que hacemos –dice.

Todas las veces en que él me ha cuidado se agolpan en mi mente al mismo tiempo. Él es quien me rescata de la universidad o de los viajes o de mis diabluras más alocadas. Siempre viene a ver cómo estoy, como ahora, y se anima a hacer lo que sea que pueda para ayudar.

–No –replico–. Es lo que *tú* haces.

Aparta la mirada.

Toqué una fibra sensible.

Se le tensiona el cuello y comienza a pellizcar el dobladillo de sus jeans. Y yo siento como si hubiera rasgado una herida que no sabía que tenía.

–¿Qué ocurrió con papá? –vuelve a preguntar.

Bajo la taza.

–Nada. ¿Qué pasa? ¿Qué…?

–No es *nada*, Coal. Nunca es *nada*. –Sus ojos se clavan en los míos, como una muestra abrupta de desesperación que me hace echarme hacia atrás–. Si no fue nada, no estarías aquí escondiéndote. Hizo algo, *otra vez*, como siempre lo hace. Y se está acercando más y más a que ese *algo* sea lo que…

Sus labios se cierran de golpe.

Gira para apartarse, inhala con los dientes entrecerrados y las mejillas sonrojadas, reprochándose a sí mismo.

El ambiente en la habitación es demasiado pesado.

–¿Se está acercando a qué?

–No me importa si lo haces –susurra en dirección a la cama. Gira la bandeja–. Pero no podré evitarlo, ¿verdad?

–¿Evitar…?

–Que te vayas.

Ladeo la cabeza, devanándome los sesos para interpretar lo que dijo, como si me hubiera hablado en un idioma completamente distinto. Pero hasta *eso* sería menos difícil de descifrar, dado que nuestra magia nos permite entender *cada* idioma. No ayuda en nada a darle sentido a lo que quiere decir.

–¿Que me vaya? ¿Por qué me iría? ¿Te refieres a la universidad?

–No a la universidad –aclara–. Ve a la universidad, ve a cientos de universidades. Me refiero a que te *marches*. Porque no quieres nada de esto. Porque papá te está obligando a hacer algo de mierda, y te está controlando, y tú nunca has estado de acuerdo con eso. Y estás llegando al punto en el que te vas a dar cuenta de que el único modo de *detenerlo* es marchándote.

Me quedo mirando fijo a mi hermano durante un tiempo que se siente como horas. Días. Tanto que me arden los ojos de tenerlos

abiertos. Con un horror desgarrador que me deja el alma hecha jirones.

–Piensas… –comienzo a susurrar–. Que te dejaría como lo hizo ella.

Kris no me mira.

Mis pies descalzos tocan el suelo y me estremezco, pero no tengo nada de frío. Mi propia piel me aprieta demasiado, me ahoga, y voy de un lado a otro junto a la cama antes de dar media vuelta y quedarme de pie junto a él.

–¿De verdad piensas que haría lo que hizo ella? –La pregunta sale en un jadeo. Creo que podría hacerme añicos ante él.

Kris le da un puñetazo a la cama.

–Peleas con él en cada oportunidad que tienes. Y deberías hacerlo, no te culpo por eso. Él se equivoca en muchas cosas, pero te he estado observando toda la vida. –Por fin voltea a verme y desearía que no lo hubiera hecho: tiene los ojos vidriosos y me mata–. Has intentado resistirte a esas cadenas desde siempre, Coal. Dime que jamás has soñado con renunciar a todo esto.

–Jamás he soñado con renunciar a todo esto –respondo de inmediato. *Se lo juro.*

Kris frunce el entrecejo.

–*Jamás* he considerado marcharme. –Hasta decir esas palabras me resulta inimaginable. Jamás, ni una vez, he pensado en huir. La idea no había estado en mi cabeza hasta este momento–. No solo porque toda esta mierda recaería sobre ti, y *no dejaré* que eso ocurra, sino porque ella también me abandonó a mí. Y lo que es peor, lo que hace que nunca la perdone, es que tuve que presenciar cómo te abandonó a *ti*. A papá, incluso. Y tengo que verla hundir ese puñal más profundo cada vez que nos envía un mensaje, cada vez que se le mete en la cabeza atormentarnos. Atormentarte a *ti*. Te he fallado, de manera imperdonable, si por un segundo me crees capaz de lastimarte del modo en que ella lo hizo.

Todo mi rostro se enciende al ver lo mucho que me estoy esforzando por convencerlo de todo esto. La desesperación crece en mi cuerpo y creo que me partirá a la mitad, pero si es necesario, dejaré que suceda.

La conversación que tuve con Iris regresa a mi memoria como rugidos. Cuando no había querido hablar de la competencia por el matrimonio, porque sabía que yo bromearía al respecto. Esto es lo que hago. Convierto cada conversación en bromas o en algo trivial. Pero, como sea, termina siendo acerca de *mí*, acerca de lo que me hace sentir cómodo a *mí*, acerca de lo que *yo* puedo ofrecer, en lugar de lo que mis amigos necesitan.

Kris jamás me ha hablado sobre cómo lo afectó el abandono de mamá. Sé que siente cosas más profundas que yo, porque yo siempre estoy furioso con ella. Pero él todavía guarda *esperanza*. Todavía reacciona a los intentos de ella por contactarse, como si su narcisismo pasivo-agresivo pudiera de algún modo convertirse en amor maternal. *Sé* eso de él, pero siempre he respondido a sus sentimientos desde mi propia ira, enfadado porque ella lo está lastimando. Jamás me he detenido a *ver* su dolor.

Mi hermano se lleva la palma a la frente y toma una respiración que lo hace temblar.

–¿Cómo te sentiste? Cuando ella se fue –pregunto. Es poco natural.

Kris levanta la mirada. La acuosidad en sus ojos se ha intensificado.

–Tú estabas allí. Lo sabes.

–Así es. Y te recuerdo llorando. Mucho. Durante semanas. Recuerdo que papá se aisló. Y nadie pudo decirnos en realidad *por qué* ella se había ido. –Sacudo la cabeza y vuelvo a comenzar–. No estoy hablando de cómo lo viví *yo*. Te pregunté cómo fue para *ti*.

Él baja la mirada hacia las manos, que están en su regazo.

–No necesitamos hablar de esto ahora. Papá dijo algo para meterse en tu cabeza y yo vine aquí para ayudarte con…

–Kris –lo interrumpo de manera tan forzada que me mira de golpe–. Por favor.

–No creo que jamás haya estado enfadado con ella –exclama con un impulso errático.

Parpadea, sorprendido por la propia confesión.

Se mira las manos otra vez.

Un fruto de mi propio enojo se enciende en llamas, pero lo ignoro.

–¿Por qué?

Él se encoge de hombros y se pellizca el pulgar.

Yo me siento a su lado, sobre la cama, y clavo la mirada en la pared que está lejos. Sus hombros se relajan un poco ahora que mi atención no está dirigida a él.

–Recuerdo… –se detiene, agarrándose de las manos con fuerza.

Yo lo empujo con mi hombro, pero no digo nada.

Después de un momento, suelta un sonido acongojado.

–¿Por qué me estás preguntando esto en este momento? Carajo.

Me quedo en silencio, tan solo sentado a su lado.

–A veces te detesto –murmura. Entonces, por fin continúa–: Ella me estaba leyendo un libro todas las noches antes de acostarme –dice con voz dolorosamente delicada–. Solo habíamos avanzado unos pocos capítulos. Recuerdo que pensé: "Tiene que regresar para terminarlo. No podría tan solo marcharse, no terminamos el libro".

Sus palabras se desploman, como si estuviera intentando decirlas antes de poder sentir su impacto.

–¿Cuál era el libro? –susurro.

Se echa a reír y se restriega la mano por el muslo.

–*Un puente hacia Terabithia.* –Cualquier rastro de humor queda sofocado–. Terminé de leerlo unos meses después de que ella se fuera. Cuando me lo estaba leyendo, pensé que era un libro mágico de fantasía. Jamás se me ocurrió que no tendría un final *feliz*. Yo…

Inhala con fuerza y mí me toma un segundo darme cuenta de que es una bocanada de sorpresa. Luego continúa:

–Creo que no sabía que los libros podían *ser* tristes hasta que terminé ese. Daba por sentado que todas las historias acababan con un felices por siempre hasta que… Mierda. –Kris deja caer la cabeza entre sus manos y se encorva hacia abajo–. ¿Por qué me estás haciendo hablar de todo esto? Eres un idiota.

Ignoro el comentario. Ignoro su intento de desviar la conversación hacia a mí porque, por primera vez en un largo, largo tiempo, quizá por primera vez en la vida, siento que estoy viendo a mi hermano más allá de su fachada de cuidador. Siento que lo estoy viendo a él.

–*Un puente hacia Terabithia* es muy triste –concuerdo.

–¿Lo leíste? –pregunta mirándome de costado.

–Película.

–Ah. Eso tiene más sentido.

Así que mamá no solo le rompió la inocencia de la niñez a Kris cuando se fue, sino que redobló la apuesta mostrándole el que posiblemente sea el libro infantil más triste que se haya escrito.

Cuando nos envía mensajes, me enfurezco de inmediato. Jamás le respondo y lo persigo a Kris para que él tampoco lo haga. Toda esa ira se siente productiva, como si yo fuera capaz de *hacer* algo contra lo indefenso que ella me hace sentir.

Pero Kris *quiere* que ella sea la que haga algo, que regrese, que pida disculpas y que sea mejor. Él quiere esos finales felices que ella le robó.

Las lágrimas me hacen picar los ojos. Rebusco entre mi ira habitual contra ella, ese escudo protector de defensa, pero no encuentro nada, solo angustia, angustia por lo mucho que esto lastima a mi hermano.

Él todavía se está pellizcando el pulgar. Le pongo mi mano encima y la aprieto con fuerza, hasta que él levanta la mirada hacia mí otra vez, pensativa y frágil.

–No voy a marcharme. No te abandonaré. Tampoco a Navidad. Odio lo que está haciendo papá, pero no voy a rendirme, porque *yo no soy nuestra madre*. Este es mi hogar. *Tú* eres mi hogar, Kris. –Mis propias palabras me dejan casi sin aliento–. No sé qué hacer, pero voy a *intentarlo*, estaré *aquí*, *intentando*. Aunque lo arruine todo. Porque antes te hablé en serio: algún día voy a convertirme en Santa y vas a estar aquí conmigo, y todo esto será *nuestro*. Nuestro, Kris. *Ese* es tu felices por siempre.

Él suspira, luego voltea hacia a mí y yo lo rodeo con mis brazos. Nos convertimos en un nudo caótico de dolor que ya casi tiene catorce años (Dios, ¿han pasado catorce años desde que se fue? Al diablo con ella), pero ciertos dolores no envejecen, solo se congelan, quedan dormidos como un volcán, jamás pierden la habilidad de volverse apocalípticamente devastadores.

Lidiar con ese dolor es parte de la razón por la que siempre fui tan… *yo*. Pero también es otro modo en que el dolor sobrevivió, porque mi irresponsabilidad estuvo hiriendo a Kris todo este tiempo.

Nunca nos libraremos de él por completo. No nos libraremos de lo que ella hizo, ni de nuestros deberes para con Navidad ni de la manipulación de papá y de toda la mierda por la que nos está haciendo pasar.

Pero estoy harto de permitir que mi cuerpo juegue al anfitrión con él. Estoy harto de dejar que sus decisiones sean parásitos de mi futuro. Me aferro a mi hermano y me prometo a mí mismo, a él, que este es el comienzo de algo nuevo.

No tengo idea de qué es lo *nuevo*.

Mis ojos descubren un bulto metido detrás del cabezal de la cama y mi humor gira ciento ochenta grados.

–Tú… –comienzo a decir–. Completo idiota.

Kris se aparta de golpe.

Me separo de él, salto sobre la cama y tomo el maldito objeto que está detrás del cabezal.

–¿Qué demonios es esto?

Kris está todo rojo por contener las lágrimas, pero se ríe con tanta fuerza que se ahoga.

–¿Todavía no habías encontrado ninguno?

El maldito elfo travieso cae flácido en mis manos.

–¿De verdad escondiste uno en mi habitación?

–Cuatro. Cuatro de esos.

–*Kristopher.*

–Te dije que no jodieras con la ortografía.

Se lo arrojo. El muñeco golpea contra su pecho, pero se está riendo otra vez. Sus ojos ahora lagrimean por un motivo mejor y no puedo evitarlo, yo también me echo a reír.

Incluso con ese maldito muñeco navideño poseído que nos mira fijo.

•••

Las resacas emocionales son definitivamente peores que las de alcohol.

Dolor de cabeza. Boca seca. Náuseas leves. Cansancio intenso. Al día siguiente, dejo que Wren y sus estilistas me arreglen para el

evento de Navidad, mientras yo me hundo en el estupor con la mente en blanco, como si estuviera en un estado de preparación meditativa.

Para ser franco, no sé qué versión de mí aparecerá en este evento. No recuerdo qué *es*. Algo a la intemperie, porque llevo capas de ropa y, para completar el conjunto, el personal preparó un abrigo rojo cruzado de lana y unos elegantes guantes de cuero negro.

En efecto, me llevan hacia afuera, donde me uno a Kris e Iris que ya están esperando en el jardín delantero del palacio junto con algunos trineos grandes. La mayoría están cargados con varios miembros de la corte, tapados con mantas gruesas y calentitas. Papá está en el trineo líder con el padre de Iris.

Es otro día perfecto en el Ártico, el cielo oscuro está despejado, pero las luces son tan brillantes que agacho la cabeza y hago un gesto de dolor.

–Eso te pasa por esconderte en tu habitación –dice Iris.

La empujo con el hombro. Ella tiene un leotardo negro y un holgado jersey largo color violeta. Entonces reconozco el propósito de su conjunto.

–Patinaje sobre hielo –exclamo.

–Y esperarán que yo participe otra vez, supongo.

Me doy la vuelta.

Hex está saliendo del palacio; las puertas se cierran detrás de él.

Tengo que preguntarle a Wren si Hex tiene un estilista o si es él quien toma sus propias decisiones de moda, porque necesito saber a quién culpar por lo llamativa que es cada maldita prenda que usa. Tiene una chaqueta larga de cuero, otra vez, negra. Es ajustada, elegante y lleva el cuello levantado, lo cual lo hace lucir mucho más como un vampiro gótico sexy y me hace pensar en fantasías perversas de él mordiéndome el cuello.

Desliza las manos en los bolsillos y tironea de la chaqueta hacia abajo. El movimiento deja ver la corbata que lleva sobre la camisa negra de botones. El accesorio tiene pequeñas lámparas de calabazas. Con sombreros de Santa.

Mis labios se elevan con una sonrisa.

–¿Qué…?

–Ah, ¡luce grandiosa! –Kris me sonríe–. Apropiada, ¿verdad? No me pude resistir.

Comienzo a reír y luego me doy cuenta con una súbita preocupación de que, aunque ahora *yo* sé la verdad, estamos jugando el juego de papá con la prensa y, en todo caso, Hex debería estar usando algo que simbolice a Halloween y *Pascuas*. ¿Qué ocurriría si a las fotografías de él con esa corbata las llegaran a ver sus aliados de otoño? Seguramente él habrá tenido en cuenta ese riesgo. Entonces ¿la corbata es una elección deliberada?

Pero no puedo preocuparme demasiado, porque me agrada verlo usando algo navideño.

Sonrío.

–Mi hermano te dio ropa extravagante de Navidad. Has sido oficialmente iniciado. Felicitaciones.

Hex sopesa mis palabras. ¿Acaso piensa en nuestro beso? No puedo saber qué está ocurriendo en su cabeza, pero al fin deja que la comisura de sus labios se levante.

–He sido marcado por ti, al parecer –dice y con eso me quita el aire del cuerpo con tanta rapidez que mis oídos estallan. Luego se corrige–: Por tu Festividad.

La cadencia lenta de la aclaración me hace saber que fue una insinuación intencionada.

Maldita sea. ¿Será esa la razón por la que se arriesgó a usar esta corbata? ¿Para coquetear conmigo? ¿El señor "No pongas en riesgo tus responsabilidades por mí"?

Podría ser una forma de rebelarse a todo este arreglo. Un sutil modo de decir: "sé lo que está haciendo Navidad con esa mierda de chantaje".

Tiene que ser eso.

Hex debe ser la última persona a la que estamos esperando, porque desde mi trance inesperado, oigo que el trineo principal comienza la marcha. Los otros lo siguen hasta que queda uno solo, vacío, y yo les agradezco a cuales sean mis estrellas de la suerte de que no nos obliguen a ir en el de mi padre.

Iris y Kris se acercan al trineo y yo me quedo atrás, hasta que Hex baja los escalones. El calor de su cuerpo me atrae hacia él mientras

camino a su lado.

–Estás equivocado. Yo no te marqué –hago eco de sus injustas palabras llenas de insinuación atrevida, que no puedo dejar pasar. Me acerco más a él, revoloteo la mano para tocar el nudo de su corbata y, con un golpecito ligero, digo–: *Eso* es de parte de mi hermano y es completamente inocente. Sabrás muy bien cuando yo te marque. –Una pequeña pausa expectante–. Si tú me lo permites.

La respiración de Hex forma una nube temblorosa en el aire. Extrae la lengua para lamerse el labio inferior antes de mordérselo. Todo es tan veloz que parece inocuo, excepto por la reacción no inocua que está teniendo mi cuerpo.

Ah. Así es como será en cada evento desde ahora hasta… mi boda.

Y de repente, la niebla se hace añicos.

Hex observa cómo cambia mi expresión y ladea la cabeza, pero ya llegamos hasta el trineo. Iris y Kris están sentados una en frente del otro. Doy un paso atrás para dejar que Hex se suba primero y se acomode junto a Iris.

Lo cual me hace enfadar.

Conque *así* es como va a ser cada evento. Desde un ping-pong de coqueteo tan candente que necesitaré una oleada constante de escarcha para que me enfríe el cuerpo, hasta una furia enturbiada por este juego de mierda a cuyo compás nos movemos.

Nuestro conductor me echa un vistazo, ahora que somos los únicos que quedamos en el jardín.

–¿Príncipe Nicholas?

Me arranca de mis pensamientos.

–Sí…, estoy listo –respondo por reflejo, luego levanto la mirada hacia él–: Oye, Bart, ¿tu hija estaba intentando entrar a Yale? ¿Podría preguntarte si mi carta de recomendación sirvió para algo?

Por qué *demonios* me pidió a *mí* que escribiera esa carta en lugar de pedirle una a papá, jamás lo sabré.

Bart me sonríe.

–Fue de mucha ayuda. Comienza el próximo otoño. Gracias otra vez, príncipe Nicholas.

Me trepo al trineo y sacudo la cabeza.

–Yo no tuve nada que ver con su éxito. Dale mis felicitaciones. –Y que tenga suerte. Pero la chica parecía legítimamente emocionada con la idea de ir a Yale, a diferencia de mí, que no tuve opción. Así que tal vez en verdad le agrade.

El balbuceo de felicidad de Bart se interrumpe cuando chasquea las riendas y con una sacudida emprendemos el camino.

Hex está justo frente a mí, que estoy sentado al lado de Kris. Percibo su atención sobre mí, la sostiene y, cuando cruzamos miradas, mueve la cabeza como si hiciera una pregunta sin palabras que no puedo interpretar.

Le sonrío, porque no hay fotógrafos por aquí (todavía).

Pero en el momento en que lleguemos a la pista de hielo, en el centro de la Ciudad del Polo Norte, no solo estaremos rodeados de reporteros y periodistas, sino de nuestro pueblo. Este es uno de los pocos eventos que acontece fuera del territorio del palacio. Razón por la cual papá nos ha taladrado las cabezas con que eso significa que es más importante mantener impoluta nuestra imagen pública. Las fotografías de estilo académico que toman en el palacio son fáciles de controlar. Pero en los eventos públicos las personas que papá espera manipular están observando cada movimiento que hacemos.

Sería el sitio perfecto para hacer… algo. Si tan solo tuviera alguna idea de qué ayudaría a comenzar a arreglar las cosas. Pero dudo mucho que mis habituales actos de negligencia descontrolada sirvan de algo a partir de ahora. De todos modos, nunca fueron de beneficio.

–¿Tú patinas? –Iris le pregunta a Hex mientras nuestro trineo se aleja de los terrenos del palacio dando tumbos y se balancea hacia un camino amplio, donde la nieve está pareja. Los pinos se erigen como centinelas; cada uno está decorado con focos y trozos de guirnaldas de cinta roja. El camino está iluminado por hilos de luces en vez de reflectores gigantescos.

Hex hace un gesto. Enseguida se pone serio.

–No. Pero supongo que tu padre insistirá en que participe.

–No tienes que hacerlo –digo–. No se lo permitiré.

"No permitiré jamás que vuelva a *tocarte!*".

Hex me muestra una sonrisa pequeña y agradecida.

–Gracias. Pero al menos puedo intentarlo. –Hace una pausa con un gesto de dolor–. ¿Cuán difícil es realmente?

Iris suelta una sonrisa temblorosa.

–Bueno…

Yo la empujo con un pie al ver la preocupación en el rostro de Hex.

–¡Ustedes dos crecieron patinando! –dice ella–. No es tan fácil…

–Como caminar. Es caminar. Pero sobre hielo –irrumpe Kris con una gran sonrisa, porque sabe que eso la hace enfadar.

–*No es como caminar* –replica ella, molesta.

–No te preocupes. Te ayudaremos –le aseguro a Hex.

–O podemos conseguirle uno de esos soportes de patinaje. –Kris sonríe–. Esos aparatos de entrenamiento que se deslizan. Aunque tendrá que agacharse para usarlo, dado que solo vienen para niños…

Las palabras de Kris terminan con una tos confusa cuando le acerco una mano a la boca y se la lleno de acebo.

Él tose y escupe sobre el regazo.

–¡Esa cosa es venenosa!

–Bueno, no te la comas.

Me la arroja y yo la lanzo por un costado del trineo.

Hex sonríe, un poco divertido, como si le sorprendiera ver que somos *esto*, unos tarados irreverentes que se molestan.

–Me encantaría poder decir que con el tiempo te acostumbrarás a sus payasadas –le dice Iris–. Pero yo los conozco desde hace más de una década y todavía me parecen dos odiosos.

–Oye. –La miro con los ojos entrecerrados, fingiendo amenazarla–. Te llenaré de acebo a ti también, ponme a prueba.

–¿Se conocen desde hace tanto tiempo? –pregunta Hex.

–Tanto que *también* me encantaría decir que esta es solo una fase, pero ambos han tenido el nivel madurativo combinado de una persona de trece desde hace once años.

–Entonces, tenemos, al menos, veinticuatro –dice Kris.

–¿Qué? –Iris entrecierra los ojos.

–Trece y once. Veinticuatro. Somos *más viejos* que cualquiera de nosotros…

–Eso no fue lo que dije.

–Claro que sí. Un nivel madurativo combinado de trece durante once años. Matemáticas.

Iris gira la cabeza hacia Hex y dice, exasperada:

–Este tipo entró a Cambridge.

–¿Cambridge? –exclama Hex con las cejas levantadas–. ¿En serio?

–¿Acaso te sorprende? –dice Kris más serio.

Bart lleva el trineo por un puente cubierto, el *cloc* de los cascos de los renos hace eco contra la madera antigua. Si puede oír nuestra conversación por encima del ruido del trineo, no reacciona.

–Para nada –responde Hex–. Me había preguntado qué universidades suelen preferir sus Festividades. ¿También mencionaron Yale?

–Yo voy a Cambridge con Kris –dice Iris. Luego me señala–: Coal es el único que ha seguido el camino predestinado.

Hex frunce el ceño.

Yo abro las manos.

–Mi padre me envió al extranjero para que estudiara en su alma máter para *reformar mi imagen* después de las varias humillaciones a las que ahora me refiero como "mi juventud errante".

–¿Eso no implicaría que esa época de tu vida ha terminado? –Kris ríe por la nariz.

–He estado libre de escándalos por un buen tiempo, gracias. Pero ese no es el punto, sino que me merecía que papá rechazara mis planes académicos originales. ¿Y tú a dónde vas?

Los ojos de Hex caen sobre mí. No veo lástima, sino más bien una leve preocupación considerada, como si supiera que estoy minimizando esto para su beneficio.

Pero entonces su rostro se relaja.

–Hay un reformatorio al norte de Ohio donde se filmó *Sueño de fuga*.

Iris, Kris y yo intercambiamos miradas. Luego las dirigimos a Hex.

Al ver nuestra confusión, él responde, como si debiera ser obvio:

–Es uno de los edificios más embrujados de Estados Unidos.

–Y tú… –Carraspeo–. ¿Estudias allí? Digo, ¿tomas clases? ¿En un… reformatorio embrujado?

Hex me sostiene la mirada durante un momento demasiado largo y, justo antes de que yo comprenda, muestra una sonrisa.

–No. Estoy bromeando. Voy a la UNAM en Ciudad de México.

Iris es la primera en chillar.

–Maldita sea, fuiste tan convincente que me dio miedo. Jamás voy a jugar al póquer contigo.

–Probablemente sea lo mejor para ti. –Hex asiente con gesto de sabiduría.

–No deberías bromear acerca de fantasmas. –Kris tiembla a mi lado–. No atraigas la atención de ese tipo de cosas.

La sonrisa de Hex colapsa.

–Pero es la naturaleza misma de ser un príncipe de Halloween. Atraigo la atención de *ese tipo de cosas*, sin importar que sea en broma o no. Por ejemplo: ¿están conscientes de los fantasmas que acechan su palacio?

La mirada de Kris se achica con sospecha. Luego se agranda con preocupación.

Se achica. Se ensancha.

¿Está bromeando con él? No parece poder decidirse.

En un parpadeo, los ojos de Hex, que ya son oscuros, se vuelven completamente negros. Es un cambio tan sorprendente de normal a algo demoníaco que hasta yo doy un salto.

Kris en verdad suelta un *gritito*.

Iris parece más divertida por la reacción de mi hermano que por lo que sea que está haciendo Hex.

–Yo todavía puedo oírlos, incluso aquí afuera –dice él con una voz que hace un poco de eco, un poco etérea, con aquellos ojos negros ausentes–. Claman por ti, Kristopher. Los fantasmas… de las Navidades pasadas, presentes y futuras.

Otro pestañeo y los ojos de Hex vuelven a la normalidad, junto con una sonrisa juguetona.

La incomodidad de Kris se disuelve en el momento en que una oleada roja le sube a las mejillas.

–Ah, vete al diablo.

Yo suelto una carcajada y llevo una mano al pecho de Kris.

–Mierda, hermano, tienes el corazón acelerado.

–Sus ojos se pusieron *negros*. –Me quita la mano de una bofetada y lo mira a Hex con el ceño fruncido antes de señalarlo a los ojos–. ¿Es magia de Halloween?

–¿Y qué otra explicación habría…? –replico con las cejas disparadas hacia arriba.

–No lo sé… Podría ser… Ay, tú también vete al demonio.

Hex me mira como si estuviera considerando prolongar la tortura sobre Kris. Al final, se suaviza con una sonrisa y asiente:

–Sí, fue magia. Pensé en la idea de crear una aparición que volara junto con nuestro trineo, pero…

–No –responde Kris de inmediato. Luego carraspea y corrige–: Quiero decir, no, no necesitamos más demostraciones de la magia de Halloween. Gracias. Considéranos lo suficientemente *asustados y sorprendidos*.

–Sí de verdad creas una aparición… –Iris se inclina sobre Hex y finge susurrar algo detrás de su mano–: Haz que parezca un payaso.

Hex enarca una ceja, mide a Kris y con gesto pensativo hace un sonido apenas diabólico con la garganta.

Carajo, por qué es tan sexy.

Kris inhala entre dientes.

–Odio a todos lo que están en este trineo.

Compadeciéndome de mi hermano, y sintiendo de repente una necesidad imperiosa de cambiar de tema para evitar cualquier cosa que me obligue a cambiar de postura, le dedico una sonrisa a Hex.

–¿Y qué estudias en UNAM? Además de Ocultismo. O… no, no, aguarda. –Me enderezo y extiendo las manos como si intentara evitar que todos se lancen del trineo–. Todos digan que estudian a la cuenta de tres.

Iris pone los ojos en blanco.

–Uno, dos, tres…

Ella y Kris dicen en simultáneo:

–Relaciones Internacionales.

–Asuntos Internacionales –digo yo y hago la mímica de arcadas.

Hex hace una pausa, así que cuando él responde, nosotros estamos en silencio.

–Desarrollo y Administración Internacional.

–Guau. –Me reclino hacia atrás–. Qué grupo divertido. Mírennos. Tan diversos. Nadie podría adivinar de qué obligaciones familiares venimos.

–No es sorprendente que todos estudiemos carreras similares –señala Hex–. ¿Qué más haríamos?

–Al principio intenté estudiar teatro.

El rostro de Hex se transforma en una mirada de tan grata sorpresa que yo quiero continuar hablando, aunque he descubierto que es un estado increíblemente peligroso para mí.

–¿Teatro? –repite–. ¿En Yale? ¿Quieres ser actor?

–Ay, no. Lo hice porque eso provocó que mi padre me amenazara con desheredarme. –Entre otras cosas–. Pero, por suerte para él, en el Departamento de Teatro de Yale al parecer son bastante *elitistas* y nada proclives a dejar que miembros de la realeza, rebeldes y desconocidos, hagan tonterías para molestar a sus padres.

–Entonces, se cambió a Civilizaciones Clásicas –cuenta Kris con una sonrisita embustera.

La sorpresa de Hex cambia a una expresión de puro deleite y yo la persigo como un perro de caza. Pero como perro de caza novato, sin entrenar, que no tiene idea de qué va a hacer una vez que atrape la presa.

–¿Estudiaste Civilizaciones Clásicas? –pregunta.

–Y Humanidades. Después, birmano con una asignatura secundaria de neerlandés, y eso me metió de lleno en una etapa de aprendizaje de idiomas: punjabi, ruso. Más o menos cuando pasé del latín al checo, mi padre me privó de todo. El teléfono, el dinero, la magia. Cedí después de dos días, me dijo que estudiara Asuntos Internacionales, y aquí estoy.

–¿Por qué hiciste eso? –se ríe Hex, con una carcajada demasiado rápida y ligera.

–Todo por la misma razón: *velocirraptear* las cercas de mi padre.

–¿Qué? –Hex se inclina hacia adelante, su mirada dice que cree no haberme oído bien.

–Ay, no lo hagas empezar –protesta Iris–. Está demasiado orgulloso de sí mismo y de esa analogía.

La ignoro porque, sí, estoy demasiado orgulloso de mí mismo y de esa analogía.

–*Jurassic Park*. Los velocirraptores se arrojaban a sí mismos contra las cercas eléctricas para probar los puntos débiles. Por consiguiente, velocirraptear las cercas de mi padre es probar sus puntos débiles. Dónde cederá, qué dejará pasar. La meta de mi vida, en realidad.

–Imagina si te volcaras a hacer algo útil –murmura Kris, pero está sonriendo, y es la misma broma que todos me han hecho la vida entera.

Solo que ahora, me arranca la sonrisa del rostro y levanto la mirada para ver la de Hex apagándose también.

–Así que, bueno. –Me obligo a sonreír otra vez–. He registrado esa frase y con gusto te cobraré una tasa insignificante si deseas usarla.

Él ladea los labios. Sin esa diversión temblorosa otra vez, sin la alegría que casi le despierto, el sol que había comenzado a asomarse sobre el horizonte.

–Me abstendré de usar el término sin un previo arreglo contigo –dice. Sus ojos quedan posados en los míos, estudiándome a fondo. Iris y Kris no han notado mi cambio, pero él lo ve y no estoy seguro de qué hacer con esa conciencia.

El trineo toma una curva y la Ciudad del Polo Norte aparece ante nosotros. Nos estamos acercando a los reporteros.

Los ojos de Hex se quedan sobre mí.

Y yo debería apartar la mirada.

Pero no lo hago.




CAPÍTULO ONCE

La pista de hielo del Polo Norte se asienta en el centro de un perfecto complejo turístico pueblerino, iluminado por más de esas luces colosales junto con los que deben ser *kilómetros* de lucecitas navideñas parpadeantes. Todas las edificaciones son de libro de cuentos, con un estilo Tudor y construcción de madera y yeso. Entre ellas se intercalan puestos de mercado cubiertos de guirlandas, que venden aromáticas nueces asadas y obsequios hechos a mano y, desde luego, chocolate caliente. Decenas de personas se apiñan por allí, ríen y conversan y toman fotografías del área calefaccionada, donde se depositaron los trineos y el grupo que llegó del palacio. Un puñado de miembros de la realeza está desperdigado en bancas, todos poniéndose patines.

Puedo sentir la agudeza de la atención sobre Hex. Es la primera vez que sale del palacio y muchos tienen los teléfonos apuntados a él. Lo señalan y murmuran, es como la invasión en cada interacción con periodistas, pero llevada al máximo. Todas las imágenes que se toman y se comparten alimentan la historia que creen los aliados de Halloween, que Navidad se doblegó ante ellos como un cachorro pateado y que ahora tienen una oportunidad de unirse a Pascuas. ¿Acaso alguien cree en verdad que tienen una justa probabilidad de conseguir esa alianza? Tal vez ese sea el punto: se creen cualquier historia que mi padre publica, porque Navidad es tan *maravillosa* y *gentil* y ¿por qué mentiría Santa?

Me muero de ganas de interponerme entre Hex y la avalancha, pero no hay dónde escondernos: está por todas partes. Nos golpea con fuerza en un barrido de 360 grados, y aquí estamos, para pasar un día *divertido* y *desenfadado* patinando *entre la gente*.

Tiro de mis cordones con mucha fuerza mientras que una sombra cae sobre mí.

Papá está en modo Santa completo. Abrigo rojo y sombrero rojo con borde de piel blanca.

–Una foto antes de ir al hielo –dice y se dirige hacia la entrada.

Junto a mí, Iris termina de probarse sus patines. Hex, al otro lado de ella, tiene puestos los suyos y antes de levantarse analiza el modo en que Kris se mantiene de pie.

Se tambalea y vuelve a sentarse de inmediato.

Oigo un jadeo de lo más bajo salir de él. Es un ronco: "Ay, no".

Iris se acerca a Kris.

–Arriba –le dice y me dedica a mí un movimiento cómplice de cejas.

Así que no me queda más remedio que acercarme a Hex.

Él suspira en dirección a mis piernas.

–¿Así que es como caminar?

–Por supuesto.

No, para nada.

–Júntense –exclama papá desde su sitio, cerca de la entrada de la pista.

Los fotógrafos aguardan.

Supongo que podría *contarles a ellos* lo que ha hecho mi padre. Apoderarse de otras Festividades de invierno. Chantajear a personas, Halloween inclusive. Ellos lo denunciarían, ¿verdad?

Aunque hiciera eso, ¿qué sucedería? ¿Todas las miles de personas de Navidad se alzarían contra nosotros en una diatriba furiosa de revolución? Y de verdad dudo que Halloween y las otras Festividades apreciarían que yo insinuara que tienen algo con que ser chantajeadas, porque la primera cosa que haría cualquier reportero que se precie sería indagar en esa historia.

Nada bueno saldría de involucrar a la prensa en los secretos de mi padre.

Otro suspiro de Hex. Extiende las manos como si lo estuvieran llevando hacia la horca.

–*Pam-pam*… –Hago el sonido desde lo profundo de mi pecho–. *Pam-pam*…

Sus ojos se levantan, encuentran los míos y se entrecierran.

–¿Se supone que eso sea una música lúgubre de ejecución?

–Solo para combinar con tu energía de "así es cómo moriré" –replico con una sonrisa.

Su irritación es casi, *casi* ardiente. Pero un costado de su boca late hacia arriba y es evidente que tiene que morderse los labios entre sí.

Yo envuelvo sus delgadas muñecas con los dedos.

–Vamos. Está mal visto asesinar a los huéspedes a través de patinaje sobre hielo. Te prometo que te mantendré vivo.

Hex me deja tirar de él para ponerlo de pie. Sus tobillos se balancean, pero se toma de mí, se aferra con fuerza de mis antebrazos y yo me quedaría aquí por siempre para sentir su tacto y sostener su peso mientras se orienta.

Veo el momento en que se da cuenta de lo cerca que estamos parados. Lo *siento* más bien, una oleada temblorosa que hace que sus dedos palpiten sobre mis brazos.

Aprieta más. A través de su guante, de mi manga, siento cada uno de sus dedos empujar hacia abajo. Diez puntos de presión que hacen que mi cuerpo entero sea un muro enredado de músculos.

Tras un momento de tensión en el que él no hace más que hacerme sentir así, susurra: –Entonces, ¿cuál es tu forma preferida de asesinar huéspedes?

Tensión sexual, quiero decir.

Pero vuelvo a sonreír con un encanto efusivo.

–No puedo decirlo. Navidad tiene que tener *algún* elemento de misterio.

Sacude la cabeza, con una sonrisa juguetona en la boca, y vuelve a mirarse los pies.

–Muy bien –se dice a sí mismo. Luego a mí–: En marcha.

Engancho su brazo con el mío. Aunque no parece suficiente, por el modo en que vacila a cada paso mientras avanzamos hacia la entrada, en su rostro veo pura determinación.

Papá se acerca a Hex para llevarlo al frente, porque esa es la mejor fotografía, la que todos quieren ver.

Titular:

EL PRÍNCIPE DE HALLOWEEN ~~OBLIGADO A~~ ENCANTADO DE PARTICIPAR DE LAS TRADICIONES NAVIDEÑAS

Pero yo no lo entrego. Giro el hombro y finjo que no vi a papá aproximarse, con el corazón atascado en la garganta. Puedo sentir la mirada de mi padre sobre mí, pensando. Aunque no montará una escena aquí.

Las cámaras se disparan.

Una multitud se ha reunido; ahora son más personas y teléfonos que toman fotos. Han vaciado la pista para nosotros. ¿Cómo es que nadie se da cuenta del absurdo? Vinimos aquí para patinar *con* nuestra gente, pero en realidad sin gente. No lo comprendo. Comienza a oírse música desde los altavoces que están alrededor de la pista. Es una interpretación ligera y festiva de *Villancico de las campanas*.

Papá es el primero en subirse al hielo. El resto de la corte zigzaguea detrás de él a través de la entrada.

Todos los miembros de Navidad tienen cierto nivel de habilidad (está en nuestro linaje), pero a mí me atrae observar en específico a los de la Casa Nieves. Esta es una de sus especialidades, una de las cosas que han aportado por sí mismos a Navidad. Y ahora me pregunto qué más nos estamos perdiendo de ellos. ¿Qué otras cosas no hemos adoptado o perdido en nombre de la unión?

Yo me detengo a un costado con Hex, para dejar que el bulto de personas pase como un embudo y así nosotros podamos tomarnos nuestro tiempo para entrar.

–¿Los eventos de Navidad son siempre así? –pregunta Hex, aferrándose de mi brazo con una mano y, con la otra, asegurándose con todas sus fuerzas del pasamanos.

–¿Así cómo?

Señala con la cabeza a las cámaras tomando fotografías. Hacia la prensa. Hacia las personas con sus teléfonos.

–Desde que tengo memoria. Bueno… –Eso no es cierto, ¿o sí?–. No solía ser así de malo. Siempre ha habido periodistas para grabar nuestros eventos y escribir artículos sobre nosotros, pero solían ser uno o dos. Usualmente no más de cinco. Se volvió así de voraz en los últimos doce o trece años.

Hex mira embobado mi perfil.

–¿Suelen tener *más de cinco* periodistas documentando la temporada navideña?

–Ja. Ya quisiera. No, es así incluso fuera de temporada. Vamos a visitar a Iris: prensa. Yo vuelvo a casa de receso académico: prensa. A mi padre le gusta asegurarse que nuestro público tenga una imagen específica de la familia regente.

Un horror empático se levanta sobre Hex, así que yo frunzo los hombros, como si no fuera la gran cosa.

–Aprendes a vivir con esto. –No, claro que no; aprendes a ignorarlo por completo y a apartarte de las redes sociales, lo cual me han dicho que es mucho mejor para la salud mental a largo plazo–. ¿Por qué? ¿Cómo es Halloween?

Puede que ellos lean los artículos que se publican sobre nosotros, pero sé que no tienen tantos paparazis activos invadiendo sus vidas.

–Hay más telarañas –responde Hex sin demorarse–. Maíz dulce en lugar de bastones de caramelo. Alguna posesión temporal de cuando en cuando. Y nuestros eventos son disfrutables.

Sus provocaciones me hacen sonreír.

–El mes recién comienza… Puede que también haya alguna posesión durante Navidad. Pero ¿acaso estás diciendo que no disfrutaste la carrera de trineos?

–Y dudo mucho que disfrute patinar en un lago congelado sobre cuchillas de afeitar.

–Blasfemo.

–Mi Festividad no lo es, así que no, no lo soy.

–Pam-pam… –Comienzo con la música lúgubre otra vez–. Pam…

Hex me empuja con el hombro, pero eso lo hace tambalearse y se aferra a mí con un pánico aturullado. Ese pánico solo dura unos dos

segundos y luego se repone para fulminarme con la mirada mientras hiperventila.

–No. Me. Dejes. Caer –dice con énfasis.

–No. Te. Dejaré. Caer. –Lo sostengo del brazo con firmeza cerca de mi pecho para acentuar la promesa, y eso lo trae hacia mí. Me recuerda a cómo se sintió tener su cuerpo contra el mío.

Sí… Tal vez *sí sea* la tensión sexual la que nos mate.

Todos los miembros de la corte ya están en el hielo. Hay espacio de sobra para que los dos nos movamos con comodidad, pero solo nos permito dar otro paso lento, manteniéndolo a mi lado, hablando conmigo. Sé que se están tomando fotografías, pero me niego rotundamente a pensar qué titulares acompañarán a los dos pretendientes de Iris conversando entre sí.

–Entonces, ¿qué tipo de eventos hacen para Halloween?

Hex aparta la mirada para observar a las personas que están alrededor de la pista. Sus mejillas apenas se ponen rosadas.

Carraspea.

–Muchas cosas. Tenemos muchas tradiciones tanto para Halloween como para Día de Muertos. A mis hermanos les encanta…

–¿Tienes hermanos?

–Tres. Trillizos. De nueve años.

–Eso suena… –Suelto una risa.

–¿Complicado? ¿Caótico? ¿Extraordinariamente espeluznante cuando todos se visten de forma idéntica para esconderse por toda la casa?

–Iba a decir fantástico, pero, para ser honesto, lo último suena demasiado brillante de su parte.

Su sonrisa es puro cariño.

–Son brillantes en exceso, eso es cierto. Les encantan los paseos en carros, las casas encantadas, adoran salir a pedir dulces, desde luego. Mis padres la pasan fatal tratando de evitar que usen nuestra magia para crear dulces cuando sea que les plazca.

–Ay, por Dios. –Una sonrisa enorme tironea de mis labios–. Yo hacía *exactamente* lo mismo cuando era niño. Descubrí cómo usar la magia de Navidad para hacer un chocolate único con sabor a jengibre. En verdad me encantaba e hice montones. Una cantidad

estúpida de dulces. Pasé toda la noche devolviendo hasta las tripas. Aún hoy no puedo comer ese tipo de chocolate sin tener arcadas.

La sonrisa de Hex iguala la mía.

–Uno de mis hermanos, Salem, hizo eso. Solo que con confites. Piénsalo un momento.

Realizo la conexión y hago una mueca de dolor.

–Ay, no…

–Ay, sí. Vómito de arcoíris por todas partes. Esto ocurrió hace solo unos pocos meses.

–Lo mío también.

Hex ríe por la nariz.

–¿Qué hay de ti? –Hago que demos otro paso hacia la entrada para fingir que estamos intentando subir al hielo.

–¿Yo?

–Sí… ¿Qué tradición es la que más te gusta? Además de las sesiones espiritistas y las posesiones.

Hex se aferra del pasamano y de mí. Su rostro muestra una mirada de pura alegría, un recuerdo que se despierta, pero así de rápido se disuelve en angustia. Una mezcla extraña y contrastante de felicidad y pena.

Me acerco más a él para suavizar la caída, de ser necesario.

–Nuestras ofrendas –susurra.

–Los altares que hacen a la memoria de los fallecidos. ¿Verdad?

–Correcto –dice después de echarse hacia atrás y mirarme de manera analítica.

–Oye, sé cosas. Pero ¿por qué es tu favorita?

Hex inhala entre dientes. Sostiene el aire, con esa mirada estudiosa, pensativa, de nuevo, como si estuviera evaluando mi mérito. Yo me quedo muy quieto, dejo que me lea, y le pido al cielo que me encuentre digno.

–Yo no fui el heredero original de Halloween –susurra–. Tenía una hermana mayor. Raven.

Sus palabras se vuelven sombrías de repente.

–¿Qué?

–Ella era… fabulosa. De gran corazón. Divertida. –Sonríe–. A decir verdad, muy parecida a ti.

No me atrevo a decir una palabra. No podría hacerlo, aunque quisiera.

–Así que por eso me gustan más las ofrendas –continúa–, porque es el modo en que le hacen saber que la echamos de menos y así ella puede celebrar con nosotros. También es lo que más adoro de Halloween: creamos alegría en lo aterrador, y Día de Muertos crea alegría con quienes ya no están.

–¿Y eso es suficiente?

La pregunta sale de mí antes de poder detenerla. Arrastrada hacia la superficie por la seguridad, la simpleza de su voz.

Hex frunce un poco el ceño.

–¿Por qué no lo sería?

Quiero apartar la mirada. Quiero ocultar esta grieta que se abre, pero no lo hago, porque de algún modo, se lo debo.

–Lo que ayudamos a las personas a crear con estas Festividades… no evita el terror. No evita que las cosas se pierdan. Al igual que con la alegría de Navidad, nada de lo que hagamos previene que sucedan cosas malas ni arregla las que ya han ocurrido.

Su ceño se suaviza y ladea la cabeza.

–¿Y ese es el único propósito de lo que hacemos? ¿Si no evitamos las cosas malas, no deberíamos intentarlo?

–Yo solo… –Me muerdo los labios, respirando el aire polar helado–. Se supone que hagamos felices a las personas. Pero eso no *prevalece*. Entonces, ¿cuál es el punto?

Hex se endereza y se reclina sobre mí un poco menos, pero solo para poder voltearse y mirarme de frente.

–Dijiste algo así una vez. En el callejón. –Entrecierra los ojos–. ¿Recuerdas?

Ya no tiene sentido mentir. Ni a él ni a mí mismo.

–Recuerdo todo de esa noche.

Él muestra una breve sorpresa ante la intensidad de mi mirada, la forma en que le hago ver que lo digo en serio, que todo lo que dijo está y ha sido grabado en mi mente.

–No creo que nuestro propósito sea evitar todas las cosas malas del mundo –dice–. Creo que es ayudar a las personas a sobrellevar esas cosas.

–¿Con esos cimientos de los que hablaste? Uno a uno, uno tras otro, hasta que tengan algo donde pararse.

Una sonrisa inesperada y sensacional ilumina el rostro de Hex.

Por lo general, no nos preocupamos por los elementos religiosos asociados a nuestras Festividades, fluctúan tanto como los valores de alegría, pero ahora comprendo cómo las personas se vuelcan al culto.

Su sonrisa me hace querer entregarle el alma a cual sea el dios que lo haya creado.

–Sí lo recuerdas –exclama–. Y sí. Les damos los cimientos para resistir lo que sea que tengan que enfrentar.

Nos hago dar otro paso hacia adelante. Papá se desliza por el hielo y nos pasa por al lado con una mirada intensa que dice "ven aquí". La defensiva se acumula en mí. Aferro con más fuerza el brazo de Hex.

–¿Por qué no se siente suficiente? –susurro.

Hex sigue mirándome, puedo sentir su aliento en un lado de mi cara.

–Creo que estás intentando convertir cada pequeña cosa en algo demasiado grande. No espero que las ofrendas revivan a Raven. En ese momento, cuando arreglo el altar para ella, me siento un poco menos solo. Un poco menos incompleto por su pérdida. Si yo puedo tener eso, entonces sé que las otras personas están obteniendo el mismo consuelo de esta Festividad. Y eso es todo lo que espero conseguir o construir con la magia que estoy destinado a crear: un pequeño momento.

Desearía poder tener una chispa de su convicción. Creer en lo que hacemos, saber su repercusión y que las personas lo necesitan.

Pero al escucharlo hablar, tanto en el bar y como ahora, me doy cuenta de que solo estando con él empiezo a creer que la alegría que llevamos al mundo podría bastar. Porqué *él* cree que basta.

–¿Cómo murió? –pregunto–. No tienes que hablar de ella si…

–Está bien. Fue un accidente automovilístico. Hace dos años y medio. Yo…

Se detiene. Sus cejas se fruncen.

–¿Qué? –pregunto.

Respira para tomar coraje, con una expresión intensa y suplicante.

–En realidad, preferiría que no me preguntaras sobre ella.

Quiero rendirme instantáneamente. Levantar las manos y apartarme, pero no puedo soltarlo, así que asiento.

–Okey. Lo siento. No fue mi intención…

–No te disculpes. De verdad. Yo no… –Vuelve a respirar profundo, vuelve a exhalar con un temblor, y mira hacia la pista–. No me siento cómodo hablando de ella. Aún años después.

–No. Lo entiendo. –Yo me paso cada aniversario del día en que mamá se fue leyendo los escasos mensajes que ha enviado estos años, y después me odio a mí mismo por eso–. Te… agradezco que me lo cuentes. Desearía haber podido conocerla.

Hex se voltea hacia mí tan rápido que doy un salto. Tiene las cejas arqueadas nuevamente en esa mirada suplicante, sus pestañas se agitan, y tal vez sea por el ardor que provoca el aire polar de invierno, pero tiene los ojos vidriosos.

–Yo también desearía que hubieras podido conocerla –dice en tono de promesa, poniéndole tanto peso a cada palabra que las rodillas se me aflojan.

Entonces, sonríe y se endereza.

–Bueno, muéstrame esta nueva trampa mortal navideña.

–Dudo que sea una *trampa mortal*. Eres tan siniestro.

–*Halloween*.

–Si tú te adhieres al estereotipo siniestro de Halloween, significa entonces que yo tengo que adherirme al júbilo de Navidad, y no creo que sea físicamente capaz de sacudir la barriga como un cuenco lleno de gelatina.

Hex ríe.

Que alguien me ayude, por favor, porque este chico me hace querer aprender himnos, pero solo recitarlos entre gemidos y creo que eso podría ser un sacrilegio. Aunque no tengo problemas con la perdición si él es el motivo. Solo quiero saber con certeza cuál es el camino correcto.

Cuando llegamos a la entrada, el agarre de Hex se endurece sobre mi brazo.

–Muy bien, no me sueltes.

–Jamás –digo al instante, tal vez con demasiada vehemencia.

Iris y Kris están por allí, él a unos metros de ella, mientras Iris avanza con pasos cortos. Pero aun con su inestabilidad, se ve natural. Veo que Hex la estudia con gesto de concentración.

–Aprenderás mejor intentándolo –susurro. Estoy comenzando a entenderlo más. Por qué es tan controlado, tan contenido. No solo quiere estar a la altura de su posición en Halloween, sino que también a la altura del recuerdo de su hermana.

Aprieta la mandíbula.

–No me dejarás caer. –No es una pregunta.

–Lo prometo. –Acomodo la forma de sostenerlo, porque si solo lo tomo del brazo, entonces sí…, se me va a escapar de las manos en el momento que toquemos el hielo. Así que deslizo un brazo alrededor de sus caderas, con lo cual queda más cerca de mí, y con la otra mano lo agarro con firmeza del brazo.

Me quedo corto si digo que esto no es para nada sutil.

¿Cuál fue la palabra que usó Kris? *Colosalmente corto*.

Porque con Hex en mis brazos y todas estas cámaras que se disparan, no hay forma, no hay *forma* de que nadie que nos esté mirando no vea lo que siento por él.

Nada en la forma en que lo estoy sujetando debe resultarle incómodo a Hex, porque asiente con la cabeza.

–Hagámoslo –dice.

Y me importa una mierda lo que puedan pensar los demás.

Voy a patinar con este chico y, por un momento, voy a fingir que somos una pareja normal haciendo una actividad navideña normal, porque sé que esta sencillez es algo que nunca tendré. Esto es lo más cerca que jamás estaré.

Pasamos por la puerta y primero subimos al hielo. Hex suspira y continúa.

–Desliza un pie hacia adelante –digo, mostrándole lo más que puedo sin soltarlo.

Sus mejillas se enrojecen, en parte por el frío y en parte por la concentración. Mueve las piernas, poco a poco, y yo lo sostengo contra mí con tanta firmeza que pronto comenzamos a movernos por mi fuerza, con las piernas sincronizadas y los brazos bien

sujetados mientras lo guío alrededor de la pista. Mañana me va a doler todo el cuerpo, pero esto lo vale, porque puedo sentirlo recostado sobre mí. Suelta una risa de sorpresa al darse cuenta de que hemos completado una vuelta entera.

Empieza una nueva canción, la versión de *All I Want for Christmas Is You* de Michael Bublé.

Yo me la busqué, sé que sí, pero Navidad debe odiarme, porque yo no pedí tener a este chico perfecto entre mis brazos mientras suena a nuestro alrededor la canción de Navidad más romántica de todos los tiempos.

Una risita chillona de felicidad atrae mi atención y veo a Iris sonriendo mientras Kris la hace dar vueltas en un círculo, como si danzaran sobre el hielo. Él también está riendo y, cuando ella se balancea, él la atrapa. Iris se echa a reír y mi corazón por poco explota.

–Son tiernos –dice Hex.

–Desearía que ella… –murmuro bajando la mirada hacia él.

Por todos los cielos, está *tan cerca* de mí.

Levanta el rostro y hay un momento de disociación en el que toda la intensidad de nuestro beso en la biblioteca se refleja en la luz que refracta en sus ojos, hasta el punto de que la colisión de su mirada sobre mi piel se vuelve casi una caricia. Sus ojos recorren de mi sien hacia mi mejilla, hacia mis labios. Y, cada vez que su mirada se posa en mí, despierta una chispa de excitación, mientras Michael Bublé canta con voz melosa que quiere a su amor allí esta noche, abrazándolo.

Avanzamos por inercia hasta detenernos.

–Coal –dice como si me estuviera suplicando algo. Por un segundo apasionado, creo (deseo) que me pedirá que lo bese. Y yo lo haría, aquí mismo, en frente de todos. Y asumiría cualquier consecuencia de ese impacto.

Pero entonces, aquel anhelo en sus ojos cambia, se tensiona.

–Deja de mirarme así.

–Deja… –repito la primera palabra y eso deshace el hechizo.

Hemos estado aquí de pie, mirándonos fijo uno al otro, durante tanto tiempo que es obvio lo que estamos pensando.

Antes de que esa atroz sensación de horror tenga tiempo de calarme hasta los huesos, papá frena en seco delante de nosotros.

–Príncipe Hex, con la princesa Iris –dice. Pero sus ojos están encima de mí. Echando chispas–. Necesito hablar con mi hijo.

Hex se queda tan tieso como el hielo sobre el que estamos. Iris no está lejos, pero sí lo suficiente para alguien que no puede patinar para alcanzarla. ¿Y acaso veo lágrimas en sus ojos?

Kris ya no está con ella.

Busco rápidamente a mi alrededor y lo encuentro a mis espaldas, mirando con furia a nuestro padre.

–Un momento –me obligo a decir–, yo lo llevaré hasta…

–Príncipe Hex –dice papá otra vez–. Ahora. Esta es una perfecta oportunidad para continuar conociéndola. Cosa que debería concentrarse en hacer.

–No puede…

–Nicholas.

Le prometí que no lo dejaría caer. Que no lo *soltaría*. Bien, así es como acaba todo entonces, en una pista de patinaje, porque estoy completamente *harto* de romperle promesas.

Pero, cuando Hex me da un empujón, lo miro atónito. ¿Qué está haciendo?

–Está bien –me dice–. Puedo apañármelas.

Asiente hacia el pasamano, que está lo bastante cerca como para alcanzarlo y tomarse de él.

Pero…

–Príncipe Nicholas –dice Hex–, gracias por tu ayuda.

No mira a mi padre, pero agrega:

–Señor.

Y vuelve a empujarme.

Lo suelto, solo porque me da una última mirada suplicante. Se aleja poco a poco, y yo no vuelvo a respirar hasta que se toma del muro y comienza a empujarse a lo largo de él.

Iris se desliza en su dirección y lo toma del brazo. Su mirada me dice: “lo tengo. Estamos bien”.

Sí, claro.

Kris se acerca a mí.

–¿Qué…? –Vuelvo la cabeza hacia él.

–Iris. –Es todo lo que dice.

Él estaba patinando con Iris. Patinando. Y se estaban riendo.

Y luego estábamos Hex y yo. Patinando. Mirándonos uno al otro de aquel modo.

–Los dos saben lo delicados que son estos eventos –dice papá. Su expresión se ha vuelto afable para que la multitud no vea que algo va mal. No me sorprende que Kris y yo tengamos tantos problemas, papá *sonríe* mientras nos regaña–. Cuando estamos frente al ojo del público, la imagen de qué alianzas presenta nuestra familia es lo primordial. Lo saben muy bien.

–Es todo *mentira* –me oigo decir en un silencio hueco y doloroso.

Estoy muy nervioso, así que digo esas tres palabras y contemplo el rostro de mi padre volverse analítico y luego marchitarse con recelo.

–¿Me he equivocado al compartir esa información contigo, Nicholas? –Echa un vistazo por encima de su hombro, hacia donde Hex e Iris intentan dar otra vuelta alrededor de la pista–. ¿El príncipe de Halloween está buscando tu compasión?

No puedo ponerle un nombre al sentimiento que toma forma en mi cuerpo cuando mi padre menciona a Hex. Siento que mi visión comienza a fallar.

–Él no tiene nada que ver con eso –digo entre dientes.

Kris se acerca.

–¿De qué están hablando? ¿Qué información?

Los miembros de nuestra corte patinan alrededor de nosotros, sonriéndole al aire helado y la música ahora es una brillante, tintineante y alegre.

Papá cambia desde una calma fingida hacia indignación y vuelve a "todo está bien" con tanta facilidad que me marea.

–Aléjate de él –me dice. Luego mira a Kris por primera vez–. Y tú aléjate de *ella*. Los dos pondrán de su parte para que esta competencia con el príncipe de Halloween sea auténtica. Si encuentro a alguno de los dos haciendo algo que debilite esa historia, no les agradarán las consecuencias.

Se aleja patinando, saludando a la multitud que se agolpa alrededor de la pista.

–¿Qué demonios fue eso? –pregunta Kris sin aliento.

Él no sabe acerca de Hex. No sabe la verdad.

Me volteo, dejo que los patines me deslicen por allí. Iris y Hex están afuera de la pista, rodeados de miembros de la corte, envueltos en una conversación despreocupada.

–La competencia por el matrimonio es falsa –le digo a Kris. Mantengo la voz baja sin tener que intentarlo. Sale aturdida y débil.

–Lo sé.

–No. Todo el asunto es *mentira*. Incluyendo la parte de que les estamos mintiendo a Halloween. Hex no está aquí porque piensa que va a ganarse a Pascuas: está aquí porque papá los obligó a que le entreguen algo, a *alguien*, para mantenerlos controlados y que no expresen descontento hasta la víspera de Navidad.

–¿Qué? –Una nube blanca estalla con fuerza de la boca de Kris.

Iris está sentada, quitándose los patines, mientras que Hex conversa de forma cordial con uno de los periodistas.

Tengo más dudas que certezas. Más preocupaciones que soluciones.

Pero sé cómo resolver una de esas dudas ahora mismo.

–Ya regreso. –Le doy una palmada a mi hermano en el hombro y me alejo de él mientras me grita: –¡No puedes decirme eso y dejarme con la intriga!

Mierda. Le contaré todo. De verdad lo haré.

Atravieso la pista, esquivo las personas que patinan en dirección opuesta y salgo frente a Iris.

Ella echa un vistazo a su alrededor, no hay nadie cerca.

–Tu padre es un cretino.

–¿Qué te dijo? –Me dejo caer sobre la banca a su lado.

Ella jala del último patín y lo arroja al suelo.

–Me acusó no solo de poner en peligro la historia de que tú y Hex me están cortejando, sino que también de no tomar *en serio* mi compromiso contigo.

Mi rostro se descompone.

–¿Qué caraj…?

–Solo por patinar con Kris. –Se pone las botas con fuerza y apoya con un golpe los pies en el suelo. Baja los hombros, suelta la rabia–. No debería haberte dejado patinar con Hex. Perdí el enfoque. Lo siento, Coal.

–No te atrevas a pedir disculpas.

–Te enfadaste conmigo la otra noche por forzar que tú y Hex estuvieran juntos.

–Sí… Bueno, ya lo superé.

No hay nadie a nuestro alrededor como para que nos oigan. Hex ahora está a un costado, desamarrándose los patines.

Papá, sin embargo, se desliza a nuestro lado y asiente hacia mí con solemnidad como signo de aprobación. Seguramente sea por estar sentado al lado de Iris.

Aparto la mirada de él con la mandíbula apretada.

–¿Realmente Pascuas quiere ser aliada de Navidad? –susurro.

–Sí… Ese es el punto de toda esta situación entre nosotros dos –responde ella con el ceño fruncido.

–No. Me refiero a que sé que dijiste que tu padre lo está haciendo para tranquilizar a las personas de Pascuas que no lo creen un buen líder, pero ¿fue algo que él realmente decidió que quería hacer o fue mi padre quien lo obligó?

Iris lleva la mirada hacia el hielo. Su papá está patinando. Sonríe.

–¿Por qué lo preguntas? –Su inquietud está repleta de dudas. ¿No quiere hablar de esto? ¿O no quiere hablarlo *conmigo*?

–Papá me contó algo que me ha ayudado a aclarar las cosas –respondo–. Y jamás me detuve a preguntarme qué obtienen ustedes de esta alianza. Todos los beneficios de los que ha hablado mi padre son puramente para Navidad, con Pascuas por añadidura.

–Bueno, al menos consigo tu brillante compañía. –Intenta sonreír.

Le sostengo la mirada, levantando las cejas, y ella parpadea sorprendida.

–Bien. –Se acomoda y endereza los hombros–. Claro que mi padre quiere tranquilizar a nuestra corte. Quiere la notoriedad que tiene Navidad. Y más alegría, desde luego. De esto se trata, ¿verdad?

Pero luego suspira y continúa:

–Él ya no habla de esta unión con Navidad como una asociación. Creo que le agrada que alguien le esté diciendo qué hacer y esté tomando decisiones que al menos *parezcan* ser en nuestro beneficio, para que así no tenga que pensar en cómo está gobernando Pascuas por sí solo.

–No está gobernando Pascuas por sí solo –digo mirándola fijo.

Iris se encoge de hombros.

–Yo hago lo que puedo. Y Lily… Bueno, ya sabes cómo es.

Lily tiene una imagen pública tan intachable como la de Iris, pero es cinco mil veces más controladora. Se obsesiona con pequeños detalles que solo la afectan a ella (un novio que le arruinó el cumpleaños), en lugar de con cosas más importantes (ese mismo novio le arruinó el cumpleaños porque *llevó a un país a la quiebra)*.

–Ella quiere lo que sea mejor –continúa–. Pero no tiene la decisión que tiene tu padre. Así que ellos estarán de acuerdo con lo que sea que él diga y, hasta ahora, las decisiones que ha tomado han mitigado a los detractores de nuestra corte. No es que tu padre nos haya *obligado* a hacer una alianza. Es solo que al mío jamás se le ocurrió que podríamos gobernar a Pascuas por nuestra cuenta.

Me inclino hacia adelante, con los brazos sobre la banca y una rodilla rebotando sin parar.

–Así que ¿no los… estamos chantajeando para que accedan a este compromiso?

Ella ladea la cabeza y me analiza.

–¿De verdad piensas tan bajo de ti mismo?

Yo sonrío, porque esto no es a lo que estaba apuntando y mi genuina diversión suaviza su preocupación.

–Voy a ser honesto contigo, Pascual. Estoy muy fuera de tu liga.

Suelta una risa que parece el bramido profundo de una foca barrigona.

Yo me quedo boquiabierto.

–Ay, conejita. Podrías haberte reído de modo menos demoníaco.

Entonces, papá no la tiene aquí gracias al chantaje. Me da un poco de alivio. Exhalo con fuerza.

Ella reclina la cabeza contra mi hombro y pasa su brazo a través del mío. Nos quedamos allí sentados por un momento, observando a

los patinadores dar vueltas, escuchando las canciones navideñas que vibran en el aire frío.

Unos fotógrafos toman imágenes nuestras. El único pensamiento satisfactorio que puedo elaborar es que esto ablandará a papá por un rato.

LA PRINCESA IRIS Y EL PRÍNCIPE NICHOLAS ACURRUCADOS EN EL EVENTO DE PATINAJE

Delante de nosotros, sobre el hielo, algunos de los cortesanos arrastraron a Kris a conversar.

Hex está contra los pasamanos de la pista, unos cuantos metros más lejos, con sus botas normales puestas. Estudia las poses y los métodos que utilizan las personas que pasan patinando cerca de él. Todavía está intentando descifrarlo. Pero sus dedos se mueven nerviosamente, sin que lo note, a un lado de su cuerpo, y su mirada se desvía dos veces hacia el borde de la multitud y vuelve, mientras yo lo observo.

Un grupo de niños ríen y saltan, dando manotazos a los que parecen ser tres pajaritos y van de un lado al otro sobre ellos. Entrecierro los ojos: no son aves. Son pequeños renos. Pequeños renos *fantasmas*, que a primera vista bien podrían estar hechos de nieve.

Mis ojos vuelven hacia Hex y una sonrisa salta a mis labios.

Él debe sentir que lo estoy contemplando, porque me echa un vistazo. Nota la cabeza de Iris sobre mi hombro y aparta la mirada enseguida. Se pone rojo desde la mandíbula hasta las sienes.

–Creo que lo estamos poniendo celoso –me dice Iris.

Yo me tensiono. No puedo evitarlo.

Ella se aparta de mí con una sonrisa.

–No tengo idea de quién estás hablando –digo con tono desafiante.

Ay, Dios, *¿está* celoso?

–Ajá… –Iris patea el suelo debajo de la banca–. Gracias por preocuparte por mí. Gracias por escucharme.

Me trago cualquier reacción y en cambio le pregunto: –¿Todavía estás de acuerdo con todo esto? La farsa del cortejo. Nuestro… eventual matrimonio.

Ella se muerde el interior de la mejilla.

–Todavía me preocupa qué pasaría con la confianza de nuestro pueblo si descubrieran que todo esto era una mentira –susurra–. Y ahora que esta *competencia* está en marcha, me preocupa que me haga ver como una frívola egoísta si no elijo a ninguno de los dos al final.

–Al diablo con eso… –Me muerdo la lengua para reprimir mi respuesta de "al diablo con lo que piensen los demás". Porque ella siempre se ha preocupado por lo que las personas piensan de ella, cómo la perciben en su posición en Pascuas, en la vida. Y todo es por un motivo válido, teniendo parte de su corte cuestionando a su familia incluso desde antes de nacer. Ya no voy a restar importancia a sus preocupaciones con mis propias reacciones.

La tomo de la mano y le aprieto los dedos.

–Lo siento. Si logro encontrar un modo de detener esto y que sea por una razón legítima, te lo haré saber.

Ella me aprieta la mano también y la suelta junto con un suspiro leve.

–En cierto modo, estar obligada a esto es más sencillo. Puedo ver el atractivo en dejar que tu padre se ocupe del liderazgo y tome las decisiones de la forma en que mi padre lo permite.

–Sin embargo, mereces más que esto. Mereces que dos personas luchen por ti porque están locamente enamorados de ti, no porque los hayan forzado.

Una de sus comisuras se levanta, pero la sonrisa no florece, solo se queda marchita sobre su rostro.

–Solía desear una historia de amor como la de mis padres. Levantar la mirada en una cafetería y saberlo: *eres tú*.

–Podrías tenerla. Una mejor.

–No –me dice mirándome a los ojos–. *Solía* desear su historia de amor. Mi papá siempre decía que vio a mi mamá en una cafetería de Estrasburgo y solo *supo* que ella sería importante para él. Pero ahora he visto lo que eso puede generar, cuando el *felices por siempre* se

acaba. Esto no es un cuento de hadas, Coal. Somos un príncipe y una princesa, pero son nuestros trabajos, no el título de un libro de cuentos. Y sé que Pascuas tiene problemas, pero apenas sé cómo mantenerla a flote tal como está, mucho menos arreglar los problemas. ¿Qué se supone que hagamos?

Iris está tan atascada como yo. Y a ella la han empujado al punto donde está comenzando a dudar de que pueda tener un final feliz. Ay, *Dios*, ¿cómo dejé que las cosas se pusieran así de feas en tantos frentes?

Mis ojos encuentran a Hex otra vez.

–No lo sé –susurro a Iris–. Pero sé que no es así en todas las Festividades. Entonces, tal vez no tiene que ser así *aquí*.




CAPÍTULO DOCE

Papá hace que Iris y Hex viajen con él en su trineo en el camino de regreso al palacio. En la cena, otro evento más relajado en la biblioteca, jamás se aparta de ellos dos, inspecciona qué dicen y con quiénes hablan. Al final, me transfiere a Iris, cuando al parecer decide que ha estado demasiado tiempo con *Hex*, y yo me trago cualquier contrargumento al ver la mirada de cansancio extremo en el rostro de ella y solo sigo la corriente.

Después de que Iris se retira de la velada, me acerco a Kris, que está echando chispas tanto como yo. Normalmente es mejor conteniéndose. (¿Lo es en verdad o es que antes pasaba más tiempo preocupándose por cómo reaccionaría yo ante lo que hace papá?).

Ahora no lo preocupa y eso casi me relaja. Al menos se ha quitado de la cabeza cualquier idea de que yo vaya a abandonarlo.

–¿Crees que el arreglo de Halloween sea mejor que el nuestro? –susurra.

En el camino de vuelta tuvimos el trineo para nosotros solos y Kris tomó las noticias sobre la extorsión a las otras Festividades tan bien como yo.

Estamos junto al fuego, observando a papá, a algunos miembros de nuestra corte y a Hex. Cada músculo del cuerpo me duele por llevar tanto tiempo tenso. Y por haber estado patinando. A este ritmo, voy a necesitar un baño de hielo.

–No lo sé. Por la forma en que él lo mencionó, eso parecía. Y tienen que estar bastante vinculados, si a Halloween le preocupa tanto por perder su apoyo.

–Pero papá también teme perder apoyo –dice Kris–. Toda esa mierda de mantener nuestra imagen limpia para la prensa…

–Eso no es para mantener a los aliados tranquilos, sino para que las personas crean ciertas cosas que alimentan la imagen íntegra de Navidad. Porque, para ser honesto, jamás lo he oído a papá preocuparse por perder un aliado. Lo que tenemos, sobre todo, son… víctimas de la alegría.

–Dios, qué horroroso. –Kris tironea del cuello de su camisa. Tiene otro suéter festivo rojo brillante con rayas blancas y una leyenda a lo largo del pecho que dice "¿ES ESO ES UN BASTÓN DE CARAMELO O ESTÁS FELIZ DE VERME?".

Esa tontería contrasta de forma tan intensa con su ira palpable que no puedo evitar sonreír, y me dan ganas de darle un abrazo por ese respiro entre tanta seriedad.

–¿Recuerdas bien las cosas que estudiábamos cuando éramos niños? –susurro–. Acerca de la historia de Navidad

–En parte, sí… –Kris levanta los hombros, primero con desdén, pero luego se suaviza–. Más que nada sobre el origen. Y recuerdo una cosa sobre la tradición de los obsequios: las personas comenzaron a regalar libros durante la época victoriana, cosas elaboradas, hechas en miniatura. Le escribí una carta a papá para pedirle uno, como se suponía que hacían los niños, porque quise hacerlo del modo formal. Y en Navidad, allí estaba. Todavía lo conservo. No tenía por qué darle una antigüedad a un niño de nueve años.

Yo sonrío. Eso sucedió después de que mamá se fuera. Así que papá era capaz de no ser cruel, incluso después de eso.

Solíamos ser felices, ¿verdad? Al menos por momentos.

Los ojos de Kris se elevan por encima de mi hombro y se aparta de la chimenea.

–Hora de marcharse.

Doy una vuelta y veo a Hex caminando hacia la salida, dando las buenas noches a unas pocas personas.

Llega a la puerta de la biblioteca. Sus ojos buscan los míos.

Pero se escabulle hacia el corredor.

Kris ya está junto a papá, a un lado, de modo que nuestro padre tenga que darle la espalda a la puerta para poder hablarle.

Yo salgo corriendo.

Pero no quiero que se vea extraño, así que me quedo afuera de la biblioteca durante unos minutos, tamborileando las manos sobre los muslos.

Es probable que ya esté en su suite, ¿verdad? Voy a arriesgarme.

Comienzo a apresurarme a través del palacio, pero me detengo de golpe al llegar a las escaleras que me llevan hacia el ala donde se encuentra mi suite. Giro hacia la izquierda, subo por unas escaleras separadas y me adentro en los corredores que rara vez visito, ya que están destinados para huéspedes que no suelen quedarse mucho aquí, como lo hace Iris.

No es difícil descubrir qué suite le ha asignado el personal: todas las puertas tienen coronas navideñas, excepto una que está adornada con lámparas de calabazas y gatos negros encorvados.

El corredor entero está vacío; no hay empleados ni nadie que esté merodeando a estas altas horas de la noche.

El corazón me rebota contra las costillas cuando quedo frente a esa puerta. Tironeo del borde de mi camisa abotonada azul. Tironeo otra vez. Hay una arruga. Carajo. ¿Puedo ir a cambiarme?

Mi teléfono vibra.

KRIS
No seas gallina.

COAL
cómo te atreves a suponer que me acobardaría

KRIS
Estás considerando irte en este momento, ¿verdad?

COAL
escúchame pequeño idiota

KRIS
Deja de enviarme mensajes y TÓCALE LA PUERTA.

COAL
TÚ ME ESCRIBISTE PRIMERO

Dejo el teléfono en silencio y toco. No porque Kris me lo dijera, sino porque soy todo un adulto capaz de tomar mis propias decisiones.

Y entonces hago un gesto de dolor.

Porque sé qué impresión dará esto. Yo. Yendo a la habitación de Hex. Solo. Pero *necesito* hablar con él en privado, y esto fue lo mejor que se nos ocurrió con Kris.

En algún momento pensé que, entre los dos, seríamos un líder competente. Quizá no sea necesariamente así.

Después de unos largos segundos, la puerta se abre.

Hex mira desde adentro. Aún no se ha cambiado, sigue todo de negro, con sus pantalones, su camisa abotonada, su chaleco y su corbata de lámparas de calabaza con sombreros de Santa. Esa es la única parte de él que se ve desaliñada: ha aflojado la corbata y esa minúscula imperfección en su habitual apariencia inmaculada me deja la cabeza en blanco.

–Coal –dice. Echa un vistazo por el corredor–. ¿Sucede algo?

Sí. Han pasado cuarenta y ocho horas desde que te besé y eso es *demasiado tiempo.*

–No. Quería hablar contigo. En privado.

Él frunce el ceño, con inseguridad.

–Tu padre…

–Yo también puedo cuidar de mí mismo. –Le muestro una sonrisa encantadora.

Pero Hex no me devuelve el gesto.

–Lo que te pedí fue… que no arriesgaras tus responsabilidades por mí.

Pero tú lo vales.

–Estoy aquí porque quiero hablar contigo acerca de Halloween. Cómo está estructurada. Tengo… sospechas. Y pienso que tú me

puedes ayudar a entender algunas cosas.

Hex duda un momento más. Otea hacia el pasillo vacío otra vez.

Luego suspira y da un paso hacia adentro para apresurarme a entrar a su suite.

La luz es tenue; solo ilumina la lámpara junto al escritorio. Su habitación es más pequeña que la mía. Tiene una cama con doseles a un lado y hay un muro bajo que sirve de división para crear una sala de estar en el otro. Allí hay un sofá y un sillón individual colocados frente a la chimenea, que no está encendida, y un árbol pequeño de Navidad en un rincón. A pesar de estar en penumbras, puedo ver que el árbol es negro y de él cuelgan cintas naranjas, brujas y otras decoraciones de su festividad.

Hex hace un gesto con la mano para que tome asiento en el sofá.

Yo obedezco.

Él usa el sillón individual.

Así es mejor, para ser honesto. Distancia. Espacio. *Profesionalismo*.

Me reclino y doblo una pierna sobre la rodilla, rebotando un pie, con la necesidad de expulsar esta energía nerviosa de algún modo.

–Mi padre me contó ciertas cosas acerca de Navidad y yo… yo sabía que teníamos problemas. Pero no supe, hasta hace dos noches, cuánto afectaba lo que estamos haciendo a otras fiestas. A Halloween.

Hex levanta las cejas.

–¿Te contó los detalles? –pregunta.

–Que Halloween y Navidad estuvieron cerca de negociar algo en cierto punto. Que ustedes se echaron atrás para evitar las repercusiones, que sus otros aliados se volvieran en su contra por aliarse a nosotros. Y que todo esto de la competencia matrimonial surgió para que papá reafirmara su dominio sobre ustedes por oponerse a la unión entre Navidad y Pascuas. –El enojo me empieza a calentar el pecho–. Para él no fue suficiente recordarles que conoce sus secretos y lo dañino que puede ser eso para sus alianzas. Ideó esto como un *castigo*.

Hex me observa con los labios entreabiertos. Incluso con la poca iluminación, puedo ver que sus mejillas se sonrojan y al notarlo me

quedo en silencio, durante tanto tiempo que él se reclina sobre su asiento y me hace un gesto para que continúe.

¿Acaso me perdí de algo?

Mis ojos regresan a las marcas sobre sus mejillas.

–Pero… –Carraspeo y ahora él se sonroja más, pero su lenguaje corporal cambia, florece y se expande ante mi mirada. Yo sonrío, no puedo evitarlo y luego *vuelvo* a carraspear. *Solo habla rápido, maldición*–. Resulta que mi padre no está haciendo todo esto de "no es chantaje, es un acuerdo" solo con ustedes, sino a todo un grupo de Festividades de invierno y… Creo que el modo en que Halloween se organiza con el resto de las Festividades de otoño es diferente. Mejor.

Hex me observa durante otro momento y luego frunce los labios.

–Bueno, tienes razón. Halloween es mejor que Navidad.

–Okey. –Sonrío–. Tal vez "mejor" fue demasiado…

–No, no, sin discutir, príncipe de Navidad. Tú fuiste quien me buscó por las innegables cualidades superiores de Halloween. ¿Quieres que te adopte?

–Oh, sí, papi…

QUÉ.

Ay, Dios mío. Deja de hablar, *deja de hablar*…

No lo hago.

–… tooo. –Es lo que sigue saliendo de mi boca, seguido por un ahogado–: *Noooo*.

Y entonces, sin ninguna razón aparente, le hago un gesto de pistola con la mano.

Me pongo de pie de un salto y le doy la espalda, porque necesito recomenzar *inmediatamente* y me niego a ver su reacción porque *yo no dije eso, no sucedió.*

¿Le hice gesto de pistola?

Qué caraaaaaajos.

–Quiero decir, Halloween está mejor *estructurado*. Con las otras Festividades de otoño. Tú lo hiciste sonar como si fuera más colaborativo, menos coercitivo. Como si entre ustedes se apoyaran.

Hay una pausa larga.

Me volteo, apoyo las manos en el respaldo del sofá y le echo un vistazo justo cuando una sonrisa se desliza a un costado de su rostro.

–Es más colaborativo –dice encogiendo los hombros.

Dios, continúa, por favor, continúa, sálvame de mí mismo.

–Mi familia representa Halloween –prosigue–, pero mi madre es parte de Día de Muertos, como te he contado, y nos unimos a alrededor de diez o más Festividades de otoño. Todos trabajamos en conjunto durante todo el año y todos obtenemos participaciones equitativas de la alegría que aportamos. Es una cooperativa, no una mera alianza.

–¿Dividen su alegría?

–Sí.

–¿Y se llevan bien? ¿Nadie trata de usurpar a los otros?

–Eso sería contraproducente. Traemos alegría desde distintas partes del mundo; absorbernos entre nosotros mismos sería arriesgarlo. Somos más fuertes al permitirnos evolucionar tal cual somos. –Duda–. Eso fue lo que mi familia notó una vez que les informaron lo que requeriría una alianza con Navidad, que exigiría un porcentaje de nuestra alegría a cambio de pocos beneficios. Siempre hubo rumores de que Navidad tiene unas tácticas societarias algo desleales, como se ha probado. Pero en ese entonces, nosotros teníamos… la esperanza de que fueran temores infundados. De que Navidad estaría abierta a colaborar. Muchas de las otras Festividades de otoño desconfían de Navidad. Temen que, si una de nuestro grupo entra en su órbita, ¿qué detendrá al resto de ser arrastradas también?

Así que papá ha dejado que nuestra reputación entre las otras Festividades no sea del todo perfecta. ¿Solo le preocupa manipular a nuestra gente? ¿O es que no tiene tanto control como cree?

–¿Las otras Festividades de otoño los obligarían a abandonar la cooperativa si se enteraran de que intentaron negociar con Navidad?

–Puede que sí, dependiendo de cómo lo exprese tu padre cuando *se le escape*. Incluso ahora, la forma en que se está interpretando mi presencia aquí mantiene apaciguados a nuestros aliados: creyeron encantados que Navidad había cedido a nuestra petición de

renunciar a una alianza con Pascua, lo cual, para ser francos, fue bastante inteligente por parte de tu padre. Les dio a los aliados de otoño lo que querían: ver a Navidad echarse atrás. Pero el hecho de que yo esté aquí, aunque sea con el pretexto de establecer vínculos con Pascua, está generando… roces. Están cuestionando nuestro compromiso con una distribución justa de la magia, en lugar de al monopolio de Navidad. –Los labios de Hex se tensan–. Lo cual refuerza que estamos en lo correcto al temer por su reacción si se llega a saber sobre las antiguas negociaciones entre Navidad y Halloween.

Un escalofrío me recorre la espalda. ¿Es esa también la razón por la que papá planeó todo esto? ¿Para recordarle a Halloween cuán perjudicial puede ser su chantaje? Mierda.

–¿Y tú crees que tus aliados los perdonarán y lo olvidarán al enterarse de que nosotros orquestamos toda esta farsa del compromiso?

Hex me dedica una sonrisa cautelosa.

–Te dije que no necesito que arregles mi Festividad. Lo tenemos bajo control.

–No estoy tratando de arreglar las cosas.

Su mirada se apaga.

–Bien –me rindo–. No *solo* estoy intentando arreglarlo, quiero comprender tanto como pueda. Quiero asegurarme de que estoy viendo todo por una vez en mi maldita vida, así si hago… Cuando, *cuando* haga algo, no lo arruino. *Otra vez*.

Comienzo a caminar de un lado a otro detrás del sofá.

–¿Y qué estás tratando de hacer? –pregunta Hex.

Me detengo y miro fijo la pared que está detrás de su cabeza.

–¿Qué pasaría si tus aliados de otoño descubrieran que el motivo real por el que estás en el Polo Norte es que estás ayudando al príncipe de Navidad a organizar su propia cooperativa?

Hex se levanta de golpe.

–¿Qué?

Un fuego se enciende dentro de mí y un plan va tomando forma con cada palabra:

–Una cooperativa de Festividades de invierno. Sería fácil negociar un fondo común como el que mencionaste con las Festividades de las que papá se está aprovechando. Así no solo dejaríamos de parasitarlas, sino que, tal vez, de ese modo podríamos enfocarnos en hacer un *bien verdadero*, en lugar de preocuparnos tanto por el alcance global. Si todas las Festividades a las que papá está explotando se agruparan, él tendría menos poder para afectarlas.

Hex no comparte mi entusiasmo. Se lo ve consternado, con el mismo gesto de duda que casi le impide dejarme entrar en su suite.

–¿Y tu padre no se opondrá a eso?

–No tendrá que saberlo hasta que yo tenga algo armado y vea que las otras Festividades están dispuestas a debatirlo. Y si tú eres parte de eso, entonces tu gente no podrá ofenderse por ningún vínculo con Navidad, porque en realidad estabas aquí para ayudarme a iniciar todo esto. ¿Correcto? Y podríamos inventar que ese fue el motivo de la negociación original entre Halloween y Navidad, y de ese modo quitaríamos a mi padre el poder de chantajearlos.

Además, al final no podrían culpar a Iris de no elegir a ninguno de nosotros, si Hex y yo estábamos elucubrando esto todo este tiempo. Sí… habríamos mentido, pero para encubrir algo *bueno*. Podríamos incluir a Pascuas a la cooperativa, con artimañas, para que ellos también se beneficien y logren taparle la boca a cualquiera que esté buscando debilidades en la familia de Iris. Pascuas no es una Festividad de invierno, pero ¿qué importa? Navidad también ocurre durante el verano en la mitad del mundo, en algún lugar lo mismo nieva en Pascua. Como sea, esta cooperativa no tiene que estar atada a las estaciones.

¿Podría ser esta una solución que Iris aprobaría? ¿Debería contarle de esto? Aunque ni siquiera sé si hay un *esto*, no todavía. Todas las Festividades de invierno podrían reírse ante cualquier intento de mi parte de arreglar lo que ha hecho mi padre. Incluso, contarle tanto a Hex…

Doy un paso hacia atrás.

–Ay, por *Dios*. Te he hecho lo mismo otra vez.

–¿Hacerme qué?

–Te he puesto en otra posición incómoda. –El pánico se lleva todo el calor de mi rostro–. Porque tú *no* quieres involucrarte en esto, entonces *el príncipe de una Festividad rival* ahora sabe que estoy planeando un *pequeño golpe contra el reinado de Santa*… Oh, Dios mío. Como si mi padre necesitara más mierda con qué extorsionarte. *Maldita* sea, ¿por qué soy tan *tóxico*…?

Giro sobre mis talones y estoy a punto de lanzarme hacia la puerta, cuando Hex me toma de la muñeca.

Me detengo. No hay otra respuesta más que volverme dócil cuando él me está tocando.

–Me alegra que me lo contaras –susurra.

Le lanzo una mirada intensa, sin poder creerle. Con el brillo tenue de la lámpara, puedo ver el modo en que sus ojos están esperando desgarrar los míos, su rostro se va abriendo con una mirada extraña de completa y absoluta vulnerabilidad.

–Iba a mantenerme al margen y continuar con esta farsa –me dice–. Halloween usa máscaras mejor que nadie, o eso nos gusta creer. Era solo por unas semanas. Yo tenía todos estos *planes*, luego tú llegaste a mí como un torbellino y… no has sido para nada como esperaba. Desde el principio.

–¿Esperabas que fuera un caos terrible y en realidad soy un caos estelar?

–De una forma encantadora. –Su sonrisa es torpe–. Has sido… honrado.

–¿Honrado? Ja. Claro.

–Lo eres. Como una especie de Capitán América rojo y verde.

El chiste funciona solo porque es obvio que *no* soy ni lo más remotamente cercano a un superhéroe.

El aire vuelve a mí. Una respiración, otra, hasta que una idea se abre paso.

–¿Por qué te *alegras* de que te haya contado? Te he puesto en peligro al ponerte al tanto de esto.

Dios, estoy tan aterrado de estropear las cosas, que es todo un logro que pueda mantenerme erguido.

–Ahí lo tienes. Honrado –dice, contemplando el cambio en mi expresión y leyendo con facilidad los pensamientos en mi mente.

Mis cejas se levantan con una mezcla de sorpresa al ser tan transparente para él, entro en pánico al pensar qué más puede ver. Qué partes indignas y desastrosas de mí se arrastran por mi rostro y lo hacen echarse hacia atrás en vez de mirarme como si estuviera asombrado. Que esa mirada solo es… es imposible para comenzar. No hay nada en mí que se merezca esa mirada, en especial de parte de él.

–Me alegra que me contaras –continúa–, porque sí quiero ayudarte. Del modo que pueda. Estoy preparado, Halloween está preparado, para tolerar la respuesta negativa de tu padre. No sé si ya debería anunciar al mundo que estoy involucrado en algún plan tuyo, pero estaré bien. No necesitas protegerme.

–Pero no puedo evitarlo. –Y entonces, dado que ya no me queda vergüenza, agrego–: Hay muchas cosas que no puedo evitar cuando estoy cerca de ti.

Nuevamente algo ha cambiado en su postura, pero no logro darme cuenta de qué es; lo único que sé es que la energía cae en picada hasta alcanzar una seriedad agobiante.

Y él sigue agarrándome del brazo.

–¿Qué más no puedes evitar cuando estás cerca de mí? –pregunta.

Estoy casi seguro de que esto es una alucinación. De ninguna manera, en ninguna realidad, alguien como él me dejaría estar aquí. *A mí*, torpe, inestable y desesperado, junto *a él*, tan seguro de sí mismo, controlado y sereno.

–No puedo evitar… –apenas me oigo a mí mismo– esta necesidad insoportable de descubrir qué se siente ser testigo de cada matiz de alegría en tu rostro.

En este momento, su rostro solo refleja sorpresa. Una sorpresa que lo deja sin aliento y desorientado, idéntica a la emoción que se agita en mi cabeza. Y es hechizante, porque siento que es una expresión que él muestra más raramente que al asombro.

–¿Y qué hay de…? –Se interrumpe a sí mismo. Se muerde los labios con una mueca de autocrítica.

–¿Qué?

–No tengo derecho de pedirte esto. Pero… creo que tengo que hacerlo. Dijiste que ninguno de ustedes dos quiere este compromiso, pero Iris ha llegado a agradarme y no deseo lastimarla con nada de… –Vuelve a interrumpirse. Su mano late contra mi muñeca, completando las palabras que no dijo.

Una sonrisa se curva en mi rostro.

–*Estabas* celoso.

Sus ojos inmensos me sostienen la mirada; aprieta la mandíbula, negándose a mostrarme que está avergonzado y sin percatarse de que estoy jugando con él.

–A decir verdad –susurro, atenuando la sonrisa–, yo también lo he estado. Cuando te vi dándole las flores. O cada vez que mi padre los obliga a estar juntos. Iris es totalmente consciente de que me siento así, de que estoy celoso de *ella*, no de ti. Me da celos que ella sea el centro de tu atención. Todo este asunto que tengo con ella es insoportable para ambos, y es algo que todavía estoy tratando de resolver. Pero, por Dios que no, no hay nada real entre nosotros. Ella se burla de mí sin piedad por la forma en que me pongo nervioso cuando estoy contigo.

Hex exhala, pero algo queda en su mirada, que salta de un lado al otro, estudiándome.

–Tal vez es un poco digno de burla. Sientes atracción por mí solo porque todavía soy el chico misterioso que se te abalanzó en un callejón.

–Sí, comenzó de ese modo. –Me muevo para acercarme un mísero centímetro y así ahuyentar esa mirada de duda–. Pero no sería así de incontenible si siguiera siendo solo eso. O si no fueras el chico que apareció en aquel bar sabiendo que conseguirías exactamente lo que querías. O si no fueras valiente y cariñoso, y tan jodidamente listo que me retas de forma constante. Eres desafiante y fascinante. Y, sí…, tienes algunos problemas, pero por favor, ¿acaso no los tenemos todos? La fantasía que tenía de ti era bastante buena, pero todo lo que he llegado a conocer del Hex real es mucho mejor.

Dejo de hablar porque no puedo respirar. Repaso lo que dije y creo que fue *demasiado*. Todas esas estupideces que hacían ruido en mi cabeza y que estaba intentando *mantener en secreto*. Pero

ahora, todo eso está aquí, agitando el aire entre nosotros, y los latidos me golpean las muñecas con tanta fuerza que mi brazo se sacude bajo la mano de Hex.

Él apenas se ha movido. Tiene los ojos fijos en mí y susurra algo que no logro entender por sobre la sangre que me ruge en los oídos.

–¿Qué dijiste? –pregunto como un gruñido. Una ira extraña y salvaje que no es ira, pero a la vez *sí*, porque él está frente a mi cuerpo y no lo suficientemente cerca.

Estamos solos en su habitación. Nada de lo que he hecho hasta ahora me ha parecido tan sensual como estar tan cerca de él, con las paredes entre nosotros y el resto del mundo.

Pasa los dedos de su otra mano por el borde de los botones de mi camisa, la sujeta con fuerza contra mi pecho.

–Bésame –dice.

Sí, sí, *Dios sí*.

Cierra los ojos, entreabre los labios, inhala, exhala y yo bebo ese aliento, saboreo esta energía que me permite sentir, hasta que poso mis labios en la comisura de su boca.

Otra vez huele a cítricos dulces y especias, y yo persigo su aroma. Hago a un lado el cuello de su camisa y la corbata floja para dejar caer mi boca en su cuello. No creo que él esperara que fuera derecho a su cuello y suelta un quejido, un gemido que suena como un trino meloso y enseguida llega a lo más alto de mi lista de sonidos favoritos. Mis rodillas se vuelven líquido. Mi cuerpo se ve atacado, por un lado, por aquel gemido y, por otro, por su aroma, el origen de ese afrodisíaco de caramelo, naranja y canela que descansa justo sobre el ritmo acelerado de su pulso.

Con los dedos debajo de su mentón, le muevo la cabeza a un lado y doy más acceso a mis labios. Su reacción ahora es mucho más controlada, una discreta respiración entrecortada que se siente como un desafío. Llevo los labios a un costado de su garganta, con besos lentos, de labios entreabiertos. Él se estremece, pero queda en silencio y *ay, maldición, no.*

Ahora que sé cómo suena, esos pequeños suspiros no son suficientes.

Mis labios escalan más alto y le suelto el cabello para alborotarlo y poder enredar mis dedos en él.

–¿Cuánto? –Hundo mi lengua en la parte externa de su oreja. Diablos, su sabor me va a arruinar.

–¿Cu-cuánto qué? –Su garganta sube y baja. Oigo el sonido que hace al tragar.

–¿Cuánto quieres que te bese?

–Bastante… –tartamudea–. Bastante. Mucho. Al parecer.

Mi sonrisa se marca con ganas.

–No, cariño… Me refiero a *cuánto*, cuán lejos, porque estoy pendiendo de un hilo y necesito que me digas dónde está la línea de llegada antes de que nos lance a ambos en esta carrera.

–Carrera.

–Mm.

–¿Estás planeando arrojarme de un trineo otra vez?

Un gruñido grave y depredador me retumba en el pecho, pero estoy sonriendo y nos hago retroceder. Solo un paso. Hasta la pared, hasta algo contra lo que pueda presionarlo.

–No respondiste mi pregunta.

–No… no lo sé –admite–. No lo sé. No he… hecho todo esto… En un largo tiempo. Lo he hecho. No en exceso. He… –Levanta la mirada al techo–. Mejor ya no hablo.

Me echo hacia atrás.

–Que no hables no funciona para mí. Necesito saber qué estás pensando, y te lo preguntaré, pero en el momento, *en el momento* en que *roce* la incomodidad para ti, *me lo dirás*.

Él asiente. Vuelve a asentir.

–Lo que quiero es que *tú* quieras esto –digo en voz baja. Al parecer no puedo elevarla demasiado, no con este calor que brota en mi pecho: si hablo demasiado alto, ambos arderemos–. Esa es mi línea de llegada. Tú.

–De acuerdo. –Su voz suena ronca. Asiente otra vez, con más desesperación.

–¿Dónde debería comenzar? –pregunto contra su mejilla.

Gimotea y toma mis labios entre los suyos. Sostengo su cabeza entre mis manos, abro su boca con mi lengua y un escalofrío me

recorre los brazos, la espalda. Las piernas me tiemblan y cierro los párpados con fervor.

Cada cosa en mi vida se está desmoronando a mi alrededor, pero lo más irreversible de todo esto es lo que él me está haciendo.

–Comienza aquí –dice contra mi boca.

Su espalda choca contra la pared, yo lo encierro con mi cuerpo y lo rodeo con mis brazos.

–¿Y después?

Me toca el cuello.

–Aquí.

–¿Y después?

Sus dedos caminan por el borde de mi hombro. Duda.

–Y después –repite como un eco que tiembla en el hueco de su garganta.

Su mano se desliza por mi brazo, sobre mi codo; me envuelve el antebrazo con sus dedos y se mantiene allí con un agarre repentino y firme, como si se estuviera abrazando a sí mismo. Mi frente toca la suya, jadeamos en el espacio cóncavo que creamos y casi le digo, una vez más, que él es quien controla esta situación.

Pero no sería a él a quien apaciguaría con esas palabras, sino a mí. A mí y a mi ansiedad y a la grieta de deseo que está quebrando mi cuerpo. Esta pausa breve me hace sentir que estamos *aquí*. Oh, Dios. Estoy *aquí* y no logro respirar del todo.

Luego Hex levanta la cabeza y me besa otra vez y el "oh, Dios, estoy aquí" se convierte en un gemido largo y prolongado al sentir su lengua áspera recorriendo la línea de mis labios. Abro la boca y lo beso con los últimos vestigios fugaces de incredulidad y ansiedad. Mis manos bajan a sus caderas; sus dedos aferrados como tenazas a mis antebrazos.

El mapa de su cuerpo que él había trazado tocando el mío se reproduce una y otra vez en mi cabeza: labios, cuello, hombros, brazos; labios, cuello, hombros…

Me muevo, rozo su mandíbula con mis labios, buscando el sabor de su cuello otra vez, de su piel cálida, de su dulzura cítrica especiada y, en el momento en que mi lengua colisiona con ese espacio, gimo.

–Diablos, Hex, tu sabor. –Succiono su piel y me gano un escalofrío a modo de respuesta–. Hasta tus escalofríos saben bien.

–Coal. –Mi nombre salta de su boca, un sonido tan repentino y lleno de deseo que todo mi cuerpo se reduce a ese único punto de su desesperación.

Froto la nariz contra su cuello; dibujo círculos con los pulgares en sus caderas.

–Quiero hacerte sentir bien.

¿Acaso sueno suplicante? Dios, así estoy, suplicando.

Él suelta un quejido. Se *retuerce*; su cuerpo se arquea contra el mío y me está mordiendo el cuello en el punto debajo de mi oreja. La sensación de sus dientes sobre mi piel es extraordinaria y creo que me desvanezco y vuelvo cuando no somos nada más que jadeos y labios sobre piel.

Los primeros botones de su camisa se abren debajo de mis dedos y deslizo una mano alrededor de su cuello. Me hago un festín con su clavícula; tironeo con suavidad de su piel con mis dientes, raspo. Por fin, *por fin*, él produce ese sonido otra vez, ese gemido meloso y abre las piernas para que mi muslo se arrastre entre los suyos. Se balancea y puedo sentirlo contra mí, con un contoneo duro sobre mi cadera que suelta una hemorragia de fuegos artificiales dentro de mis venas.

Lo digo otra vez. Es una plegaria que sale disparada de mí hacia el aire caliente caliente, mientras empujo contra su movimiento:

–Quiero hacerte sentir bien, Hex.

–Lo estás haciendo –me responde. Cada palabra es un pequeño resoplo desesperado–. Todo esto… se siente… muy, muy bien. –Hace una pausa, se tensiona de pronto. Tiene los ojos cerrados, pero sus párpados se tensionan–. ¿Qué hay…? Digo… ¿Y… tú?

Está balbuceando. Todo su decoro, toda su rígida formalidad: yo lo quebré, lo reduje a palabras solitarias y preguntas incompletas.

Ese es el hilo que queda. Puedo sentirlo colgando tirante. Un movimiento más de sus caderas contra mi pierna y rompería en fulgor y éter.

Le beso el pómulo, la tensión junto a su ojo, pero hago que sea reverente, para dar un freno a este revuelo.

Sus ojos todavía están cerrados. Sus labios, entreabiertos. Yo lo encierro, deslizo un brazo sobre la pared junto a su cabeza. Con la otra mano contorneo la curva de su cadera. Sus dedos me sostienen allí, con mucha fuerza y, si mirara, sé que sus nudillos estarían blancos. Pero no puedo mirar hacia otra parte que no sea su rostro.

–Cielos, sí. Es bueno para mí –murmuro, con la mandíbula hacia adelante–. Pero voy a regresar a mi habitación.

Su pulgar se engancha en mi cinturón. La forma en que abre los ojos de golpe y levanta la mirada grita confusión.

–Voy a regresar a mi habitación –vuelvo a decir–, porque quiero tomarme el tiempo contigo. Porque tú te lo mereces.

En verdad no quiero que suene tan crudo. Pero siento el temblor resonante que recorre todo el cuerpo de Hex como respuesta.

Todo lo que él dice es un cansado y necesitado:

–De acuerdo.

Me voy.

Me voy.

Quito las manos de la pared.

Mis pies dan un paso entero hacia atrás.

Uno más, solo para estar seguros.

El aire se siente frío sin su cuerpo contra el mío. Él está todavía contra la pared, apagado, con las manos a ambos lados de las caderas, como si se estuviera manteniendo de pie solo por ese contacto. La luz tenue de su habitación lo arroja a las sombras. Es en cada centímetro el príncipe de Halloween, una interacción de alegría escondida en la oscuridad, destellos en la noche.

Tiene el cabello revuelto, el cuello de la camisa abierto por completo y una mancha roja en el hombro.

Me ve observarla. Levanta la mirada y se lleva los dedos a la mancha.

Agita las pestañas.

Ay, carajo.

Vuelvo a embestirlo, mitad rabioso, mitad eufórico y él me espera allí, acercándose con la boca ya abierta. Mis labios encuentran los suyos y necesito irme *ahora mismo*, o de lo contrario…

Me tambaleo hacia atrás, con las manos abiertas, no lo miro. No puedo. Me quedo viendo el suelo. Al estampado tan, tan interesante de la alfombra.

Nuestras respiraciones pesadas resuenan en el silencio que prosigue.

–Me voy ahora –exclamo. Mis labios se sienten magullados.

¿Por qué carajo me voy ahora?

Porque soy un maldito caballero. Lo *soy*. Me voy. Y soy un caballero.

–De acuerdo –dice Hex otra vez. Está hecho polvo.

Camino. Doy pasos decididos, intensificados. Y solo cuando llego hasta la puerta confío lo suficiente en mí mismo para voltearme y mirar, pero al espacio entre sus pies.

–Buenas noches –digo de una manera estúpida, porque ¿qué más le dices a alguien que te permitió quitarle las primeras capas, ver su rubor y tocar su piel erizada?

En un borde de mi visión, noto que Hex se llevó una mano a la boca. Es un roce leve de las puntas de sus dedos sobre los labios.

–Buenas noches –repite.

Conejita, minibastón de caramelo y el mejor de los Claus

KRIS
Iris, Coal no está respondiendo los mensajes otra vez. ¿Lo has visto?
¿¿Coal?? Qué carajo, hermano. Dijiste que me harías saber cómo te fue anoche.

IRIS
cómo le fue con qué?

KRIS
Fue a hablar con Hex acerca de algunas cosas.

IRIS
……
lo enviaste a coal a hablar con hex a solas
KRIS
Sí… Ese era el plan general.

IRIS
Kristopher

KRIS
Ay, mierda.
Coal.
COAL, TE ACOSTASTE CON EL PRÍNCIPE DE HALLOWEEN.
Íbamos a hacerlo como PROFESIONALES, en serio.

IRIS
KRIS!! no puedes escribir eso en un hilo de mensajes!
ay dios mío elimínalo idiota

COAL
no me acosté con él

[La pausa más larga en la historia de los mensajes de grupo].

IRIS
coal. digo esto con el mayor cariño que siento por ti.
tráeme el desayuno, me duele todo por patinar

COAL
okey esa pausa me quitó 10 años de vida y eso es lo único que tienes para decir

IRIS
por qué será que esa pausa te quitó diez años de vida? Eh? EEEH?
si no has hecho nada

KRIS
Sí…
Coal, creo que deberías traerme el desayuno a mí también.
Considerando que me tuviste mortificado de la preocupación por el destino de mi único hermano.
Mientras tú tenías sexo.
Coal.
Tu silencio te incrimina.

IRIS
sí… definitivamente se acostó con mi pretendiente falso
KRIS
¿¿Tú puedes escribir eso, pero yo no??

IRIS
este hilo de mensajes es un desastre para la imagen pública, voy a eliminar todo




CAPÍTULO TRECE

En el momento en que se vuelve una hora razonable, dejo el maldito teléfono en mi habitación (Iris y Kris pueden buscarse el desayuno por sí solos) y salto de la cama. Me peino rápido, me pongo una sudadera y bajo corriendo hacia la cocina.

Renee y su equipo ya tienen el bufet preparado a lo largo de la mesa lateral, a las (corroboro en el reloj del rincón) seis y media de la mañana.

A una hora más o menos "razonable".

Mierda, ¿ya estará despierto?

Comienzo a cargar una bandeja con un poco de cada comida, porque no tengo idea de qué le gusta. Crepes. Wafles. Tocino. Huevos. Fruta. Café. ¿Salchichas? No, mi autocontrol tiene ciertos límites. No puedo sentarme allí y observarlo comer salchichas…

–¿Amaneció hambriento, príncipe Nicholas?

Me sobresalto y casi vuelco la torre de tocino que he montado sobre la bandeja.

A mi lado, la *sous chef* de Renee, Lacie, está agregando otra fuente de rebanadas de melón al bufet. Echa un vistazo a mi bandeja, luego me mira a mí con un destello de curiosidad.

–Famélico. No es todo para mí. Pero sí, tengo mucha hambre. También es para Iris. Y para Kris.

Lacie entrecierra los ojos. Ese destello se convierte en todo un chisporroteo. Lanza una mirada por encima del hombro hacia Renee,

que está pasando entre nosotros, llevando una caja y una tetera pequeña que echa vapor por la boca.

–Agua caliente y té. –Renee carga ambos en la bandeja.

–¿Té?

Me sostiene la mirada.

–Confía en mí. –Luego ella y Lacie regresan a trabajar.

De acuerdo. Claro. No hará daño.

Al ser tan temprano, los corredores están casi vacíos. Algunos empleados ya están despiertos, ocupados en sus quehaceres. Es fácil evitar encontrarse con alguien que pueda hacer preguntas. Y, entonces, estoy otra vez frente a la puerta de Hex.

Si un reportero me hubiera atrapado afuera de la puerta de Iris con el desayuno, al menos habría servido para sostener la mentira de mi padre, ¿pero esto?

Toco rápidamente.

El corazón me late acelerado mientras observo la bandeja.

Es… mucha comida.

La puerta se abre algunos segundos después, lo cual es probable que signifique que no lo desperté.

Lo había visto desalineado anoche. Por mi culpa. Pero ahora tiene una bata gris sin mangas, que se echó encima apresurado, así que el cinto no está amarrado. Tiene la capucha puesta y deja ver la camiseta blanca con cuello en V que lleva debajo. Tiene un pantalón de pijama negro y sus pies están descalzos sobre la alfombra.

Es más piel de la que me ha mostrado hasta ahora.

Así que me quedo ahí parado mirándolo boquiabierto, sin importarme para nada si un reportero nos ve porque *demonios, es estúpidamente sexy* y eso es totalmente digno de un titular.

–Coal. –Ladea la cabeza y busca mi mirada, porque yo le estaba mirando los brazos. La curva de su bíceps.

–Lo siento. –No, no es así. ¿Acaso se ha visto a sí mismo? Levanto la bandeja–. ¿Desayunamos?

Se sonroja y abre la puerta para que me apresure a entrar. Sus ojos en los míos mientras cruzo el umbral.

Apoyo la bandeja en la mesa más cercana, una junto al sofá, y él cierra la puerta. Nos quedamos allí de pie como dos tontos,

sonriéndonos uno al otro.

–Yo… emm. –Me vuelvo hacia la bandeja–. No sabía qué te gustaba, así que traje todo.

Él se mueve. Acorta la distancia. Da un paso a mi lado.

Y se echa a reír.

–No estás exagerando.

–Pero no traje chocolate caliente.

Sus ojos se clavan en el costado de mi rostro.

–No parece gustarte el chocolate caliente –explico.

–¿Lo notaste?

Mi mirada encuentra la suya, vagamente. Se siente como si tuviéramos todo el tiempo del mundo, como si estuviéramos encerrados en esta burbuja de felicidad vertiginosa. Podemos quedarnos aquí tanto como queramos.

–Sí… –admito–. Además, es una gran ofensa criticar el chocolate caliente. Eso es de lo que hablan todos, de lo imperdonable que es que el príncipe Hex sienta asco por *chocolate derretido en una taza*. Nos estamos cuestionando si eres humano.

–Oh, no lo soy. Pero, y realmente lo digo sin buscar ofender la sensibilidad de Navidad, lo que sea que ustedes sirven no es chocolate derretido en una taza.

Levanto la jarra de café, pero Hex niega con la cabeza y toma la tetera. Yo lo aparto con el codo para servirle yo mismo, pero el rostro se me enciende, porque… ¿cómo lo supieron Renee y Lacie? ¿*Acaso* lo saben? No podían saber que le traía esto a Hex.

¿O sí?

No.

¿O sí?

Elijo ignorarlo.

–¿Qué es, entonces? –Le extiendo una taza.

Él la acepta, sus dedos rozan los míos.

–Es aguado.

Finjo ahogar un grito de horror.

–Ah, Navidad jamás te lo perdonará. Nuestro chocolate caliente no es *aguado*.

Él da un sorbo a su té. Yo sigo el movimiento de sus labios sobre el borde.

–Ven a México –dice–, y verás lo que es el chocolate de *verdad*. Espumoso y espeso en exceso. Y *especiado* también. Si puedes tolerar el picante.

Mis labios se abren en una amplia sonrisa.

–Ah, puedo tolerarlo.

El modo en que él me sonríe es diabólico, hipnótico.

Cierra una mano, con la otra está sosteniendo el té, y cuando abre el puño, algo pequeño y negro aparece en su mano. ¿Es un… tubo?

Le lanzo una mirada sugerente.

–Pervertido.

Él pone los ojos en blanco.

–Es un *dulce*. Dijiste que podías tolerar el picor, así que aquí tienes la versión *extra* picante.

Tomo el objeto y leo la etiqueta:

–"Pelón Pelo Rico. Hot, Intenso". Encantador. Supongo que no es nada pervertido, después de todo.

Vuelve a dar un sorbo de su té y lleva la mirada a propósito hacia el tubo de dulce. Como si necesitara más incentivos para hacer cualquier maldita cosa que me pida.

Quito la tapa y, tras manipularlo un poco, descubro que es una especie de émbolo. Cuando lo presiono, una pasta naranja brota en filamentos desde la parte superior.

–Salud. –Lo inclino hacia Hex y su sonrisa expectante, y luego echo un buen chorro de esa sustancia sobre mi lengua.

Al principio solo siento un sabor salado y dulce, más sabroso que las golosinas a las que estoy acostumbrado.

Entonces…

Me golpea el picante. Es un cosquilleo que crece desde el fondo de la lengua. Y crece. Y se enciende en una llama que hace que cada célula caucásica que tengo en el cuerpo grite de terror.

Toso y escupo un poco, pero trago obedientemente. Me quema todo el trayecto de mi garganta hacia abajo.

Hex se muerde los labios.

–¿Conque así toleras el picante?

–¿Qué picante? –Tomo una taza de café y la bebo de un trago.

–Mis hermanos tienen los bolsillos siempre llenos de esas cosas. Mis hermanos *de nueve años*.

–¿Y por qué no les encantaría esa cosa? –Tengo la lengua adormecida–. Está claro que es algo para niños.

–Eres un pésimo mentiroso. Ya veo por qué Navidad tiene que echar agua al chocolate caliente.

Bebo otra taza de café. Solo ayuda un poco. Me meto un bocado de crepe, lo cual, por fin, sí corta el picor. Aun así, estiro la boca, saco la lengua y Hex se echa a reír.

–Te divierte mi dolor –exclamo, exagerando el adormecimiento de mi lengua, machacando cada palabra en un balbuceo patético.

–Ah, no estoy tratando de ser sutil con respecto a eso. –Su sonrisa hace que me derrita por dentro.

Le ofrezco un bocado de crepe. Él niega con la cabeza, da otro sorbo a su té. Y yo gruño, ofendido.

–No. No. No puedo aceptarlo. No puedes decirme que tampoco te gustan las *crepes*.

Hex sonríe con superioridad.

–Para ser honesto, el desayuno en general. No suelo comer por la mañana.

–Dios mío. No permitas que Renee lo descubra: te amarrará de pies y manos y te obligará a comer.

–¿Renee?

–Nuestra chef principal. Así que, en definitiva, traje toda esta comida para mí.

–Aprecio el té –dice, encogiéndose de hombros.

Inclino la cadera sobre la parte trasera del sofá, cruzo los brazos sobre el pecho y sacudo la cabeza. Esa sonrisa me va a matar. Y no se me ocurre una forma más dulce de partir.

–Me estás mirando otra vez así –dice con la taza en los labios.

–¿Así cómo?

–Como… –titubea y yo me inclino hacia él. La más mínima grieta en su fachada deja escapar partecitas de él y yo quiero atrapar cada una de ellas.

Mi cercanía hace que se le dificulte respirar, entonces se obliga a dejar la taza y, al hacerlo, rebalsa un poco de té.

–¿Así cómo? –Vuelvo a preguntar y lo rozo con mis labios desde el hombro hasta su sien. Todavía siento el ardor del picante en la lengua y me pregunto si él puede sentir el calor que emana acariciándole la piel.

Suelta el aire por la nariz.

–Sabes cómo.

–Quiero oírte decirlo.

–¿No me oíste decirlo lo suficiente anoche?

Cierro las manos sobre la parte alta de sus brazos. Creí que tomarlo con calma me ayudaría a desarrollar una tolerancia hacia él, construir la habilidad de no desintegrarme bajo el tacto de su piel o ante los pequeños ruidos que hace. Pero, si acaso, cada sensación es aún más intensa. Estoy condenado a que cada interacción con su cuerpo destroce mi alma para siempre hasta que lo único que quede sea la parte de mí atada a su gemido demandante.

–No –digo contra su sien–. Soy un tonto insaciable. Un romántico codicioso y jamás tendré suficiente de oírte hablar sobre lo que te estoy provocando o de las reacciones de tu cuerpo.

Él se tambalea, sosteniéndose con sus brazos alrededor de mi cuello, y de verdad quiero obligarlo a decírmelo, pero necesito besarlo más. Así que me empujo contra sus afilados huesos de la cadera mientras él devora mis labios con una urgencia embriagadora y frenética. El hecho de que esté tan hambriento de mí como yo de él me alienta a que nos guíe hasta el sofá a tropezones. No vamos a llegar, está demasiado lejos y lo necesito contra mí *ahora*. Me golpeo el muslo contra la mesa, sacude la bandeja y la taza de Hex se vuelca. Así que lo levanto en brazos y él se sorprende por un momento al verse en el aire.

Sus ojos se agrandan. Luego se vuelven decididos cuando con cuidado me rodea las caderas con las piernas y se acomoda en mis brazos.

Todo lo demás en la Tierra desaparece porque él me acaricia con sus uñas por el cuero cabelludo y tironea suavemente de mis rizos. Me echa hacia atrás y hacia arriba para poder arquearse y succionar

mis labios. Anoche fui yo quien tomó la dirección y él me lo permitió. Ahora yo me vuelvo maleable bajo su control.

Alguien golpea la puerta.

Él se congela, con la boca pegada a la mía y las manos en mi cabello.

–Ay, no.

Mi cerebro está dentro de una neblina deliciosa y salgo de ella como si me abriera paso entre la miel.

–¿Príncipe Hex? –dice la voz de Wren desde el pasillo–. Tengo su itinerario para este día.

Siento que su presencia me aplasta.

Estoy en la habitación de Hex.

A las seis y algo de la mañana.

Y él todavía está interpretando el papel de prometido falso e involuntario de Pascua para evitar que papá arruine las cosas con su cooperativa. Y yo también estoy haciendo eso, solo que ahora además estoy intentando desarmar todo el esquema de extorsiones de mi padre, lo cual en efecto es traición y…

… estoy sosteniendo al príncipe de Halloween mientras ambos estamos en pijamas.

–Bájame. –Hex se retuerce contra mí y eso no hace *nada* para ayudarme a salir de mi neblina, pero obedezco.

»¡Ya voy! –grita él hacia la puerta. A mí me gesticula en pánico–: Escóndete.

¿Esconderme?

Esconderme.

Dios, esta neblina no desaparece. Doy vueltas por la habitación, me decido por su baño y salgo disparado hacia allí mientras Hex se dirige a la puerta.

–¡Aguarda! –grita en susurros–. ¡La bandeja!

La bandeja con una cantidad vergonzosa de comida, demasiada para una sola persona, y la taza que está de costado y gotea té *English Breakfast* sobre la alfombra.

Me vuelvo hacia ella.

–Maldición.

–Exactamente. –Él está más cerca. La toma y yo lo encuentro para quitársela de las manos.

Ladeo la cabeza.

–No creo haberte oído maldecir jamás.

–A la magia de Halloween no le agrada cuando maldigo.

Estoy a medio camino de meterme en el baño cuando me detengo por completo.

–¿Qué? –Debo haber oído mal.

–¿Príncipe Hex? –Wren vuelve a golpear–. ¿Está todo bien?

–¡Todo está bien! ¡Un momento! –Hex gruñe con frustración y me mira con furia–. ¡Vete!

–No…, aguarda, espera, ¿estás diciendo que tu magia no te permite maldecir?

–No es que no me lo *permite*, es que… ¡No puedo hablar de esto contigo ahora mismo!

Me pone las manos en los hombros y me empuja. Estoy a unos buenos quince centímetros de él, pero doy unos pasos hacia atrás.

–¿Por qué? ¿Qué sucede si lo haces?

–Coal…

–Si la magia de Halloween te está haciendo daño…

–No es algo malo. Es… irritante.

–¿Irritante? ¿Cómo?

–Eres *imposible*. –Niega con la cabeza como si estuviera diciendo "no puedo creer que vaya a hacer esto", lo cual me hace sonreír–. Nuestra magia evoluciona de acuerdo a las creencias y tradiciones que alimentan la alegría que creamos, ¿verdad? –susurra, yo asiento–. Bueno. *Maldecir* es algo bastante serio para Halloween. En toda la extensión de la palabra.

–Okey…

Hex deja caer la cabeza. Inhala para darse fuerzas.

Luego dice sin expresión:

–Mierda.

Si el asombro de oírlo maldecir no fuera suficiente, ahora una chispa de magia crepita en el aire entre los dos y, entonces, aparece una *calabaza de Halloween.*

Él la atrapa mientras esta cae.

Y yo *me vuelvo loco*.

–Por todos los cielos.

No puedo respirar. La risa se me atasca contra la necesidad de quedarme en silencio, comienzo a toser con silbidos y me saltan lágrimas de los ojos.

–¿Qué caraj…?

–ESCÓNDETE ahora. –Hex me empuja adentro del baño; la bandeja traquetea entre mis manos que la sostienen con torpeza y yo me rindo, luchando contra una risa con tanta fuerza que casi estoy sollozando.

Me inclino hacia adelante y vuelvo a besarlo. Me he enamorado por completo de este chico. Con sus creaciones espontáneas de calabazas y todo.

–Esa fue la cosa más grandiosa que jamás he visto.

Él deposita la calabaza en una mesa que hay por allí cerca.

–¿Que un miembro de la aristocracia de Halloween pueda conjurar una calabaza? Necesitas salir más.

–Es verdad… ¡Espera! –Me echo hacia atrás–. Entonces, ¿puedes maldecir a alguien *de verdad*?

–¿Acaso *tú* puedes maldecir a alguien? Nuestra magia viene de la alegría y la mía no me permite causar daño a los demás.

–Tiene sentido, yo…

Hex empuja la puerta para cerrarla y, en el último segundo, evita darle un golpe.

Yo me quedo viviendo en esta dicha durante casi diez segundos, que es el tiempo que le lleva atravesar la habitación y abrir la puerta principal. Luego oigo a Wren. Ella le pregunta si todo está bien, otra vez, luego le explica el cronograma del día (algo sobre un concierto) y le pregunta si necesita algo.

Me imagino cómo serán los eventos ahora. Observarlo desfilar por allí con Iris, con mi padre, y sin poder tocarlo o *mirarlo* porque, al parecer, *lo miro así,* con bastante intensidad.

Pero, si logro quitar el control de Navidad sobre las otras Festividades de las garras de mi padre, si puedo romper la coerción y las mentiras y repartir de manera *justa* la dirección de las cosas, entonces no habrá necesidad de manipular a nadie. No habrá

necesidad de que me case con Iris y que de ese modo se consolide ninguna alianza.

Wren se marcha, la puerta principal se cierra y yo espero a que Hex abra el baño.

Sea cual fuere el entusiasmo que había inspirado en él se ha ido. El estrés está de regreso y puedo ver que él también se da cuenta de lo que nos espera. Mentiras y distancia y este juego estúpido.

Apoyo la bandeja en el suelo y tomo su rostro en mis manos. Cierra los ojos y respira hondo.

–Puedo arreglarlo –le digo a él, pero también lo estoy diciendo para mí.

La garganta de Hex sube y baja contra mis dedos.

–¿Qué puedo hacer? –pregunta.

Presiono mi frente contra la suya. Inhalo de él.

Hay mucho que quiero hacer. Contactar a los otros gobernantes de las Festividades. Conseguir que estén de acuerdo con la cooperativa y unirnos contra las amenazas de mi padre. Pero también quiero saber qué opinan las personas de Navidad de nosotros: ¿saben lo que mi padre ha hecho? ¿Están de acuerdo con los objetivos que él busca? Papá ha trabajado mucho en crear cierta imagen de nosotros, pero ¿qué *piensa* la gente?

Y luego está todo el asunto de comprender los funcionamientos internos de Navidad. Debería conocer esas cosas. Cómo funciona el Medidor de Alegría y cómo están organizadas las rutas y qué se necesita para que funcione la Fábrica de Juguetes. Así que también quiero comenzar a hacer *eso*, pero ¿cómo encaja con mis otros planes?

¿Ayudará alguna de estas cosas? ¿O acaso este es otro preámbulo para el desastre?

Me inclino sobre Hex y dejo que él me mantenga firme.

–Puedes… Demonios, puedes seguir siendo *tú*, porque creo que me he enamorado locamente de ti, Hex Hallow.

Un gemido resuena desde el fondo de su garganta. No lo habría oído si no hubiera estado tan cerca de él.

–Vas a hacer que sea imposible –comienza, con los ojos cerrados, los labios hinchados por mí– sobrellevar estos eventos ahora. Fingir

ya era difícil antes, pero cada vez que me miras, es progresivamente más insoportable lo mucho que quiero que me beses.

Es mi turno de gemir. Mi turno de disolverme.

–Mira. –Lo tomo de la mano y le quito un anillo para colocarlo en mi pulgar.

Él baja la mirada hacia su joya en mi mano.

–Llevas un anillo de calavera, príncipe de Navidad.

–Bueno, mis uñas ya no son negras y naranjas, así que, de esta manera, siempre te estoy tocando. De cierta forma. –Giro el anillo para que la calavera apunte hacia mi palma, del otro lado es una banda de plata–. Cada vez que estemos en público y quiera tocarte pero no pueda, tocaré este anillo en su lugar.

–¿Y entonces? –Sus ojos encuentran los míos. Se ven grandes y traviesos y, *cielos*, adoro este costado suyo. Es tan distinto de la fachada que siempre muestra con todos los demás.

–Y entonces –repito esas palabras que susurró anoche; son las luces que iluminan el sendero por el que me guio–. Me escabulliré hasta tu suite y te mostraré qué significó cada caricia.

–Pero yo no tengo algo tuyo.

Yo no uso joyas. O nada que él pueda tener de forma discreta.

–Siempre hay cientos de cosas navideñas por todas partes. –Asiento en dirección a las decoraciones de su cuarto. El árbol, las figuras de casas cubiertas de nieve sobre la repisa de la chimenea–. Solo toca algo y yo lo sabré.

–¿Estás diciendo que cuando quiera besarte, debería manosear un árbol de Navidad?

Me avergüenzo.

–Ay, cielos, no lo hagas sonar raro. ¡Estaba intentando ser tierno!

–Estaba pensando que podrías darme tu *número de teléfono* y, así, simplemente te enviaría mensajes. Algo que puede hacerse con facilidad. Pero debo decir que esta ha sido una misión diplomática educativa. Sabía que los símbolos de las decoraciones navideñas eran profundos, pero jamás hubiera adivinado que tenían funciones de *esa* naturaleza… ¡*Coal*!

Sus palabras se interrumpen en un grito de sorpresa cuando me agacho y lo cargo sobre mi hombro. Para cuando lo arrojo sobre el

sofá, tiene las mejillas de un hermoso color rosado y yo me lanzo encima de él.

–¿A qué hora te esperan? –pregunto contra sus labios.

–En una hora. A ti también, supongo. Es un *brunch* antes del concierto.

–Mm. –Entierro el rostro en su cuello, la capucha de su bata sin mangas cae hacia atrás y gruño contra la dulzura y tersura de su piel–. Una hora. Es mía.

–Sí –concuerda Hex–. Lo es.

Me empuja y retrocedo al instante, con los ojos entrecerrados por la preocupación. Pero él no dice nada más, solo me sigue presionando hasta que quedo sentado en el sofá.

Entonces, él se monta a horcajadas sobre mi regazo y yo tomo mucha, mucha consciencia de lo fino que es mi pantalón de pijama y de lo fino que es el *suyo*, y de la forma en que se mueve y se arquea sobre mí, de sus manos aferrándose al sofá a cada lado de mi cabeza.

Su rostro está justo sobre mí, tan cerca que puedo ver todos sus ángulos y tendones. Extiendo los dedos para trazar la línea de su mandíbula, ese borde filoso que sigo hasta la curva de su oreja. ¿Podrá sentir cómo tiembla mi mano? Maldición, es probable, pero tengo que tocarlo, tengo que conocer cómo cambia la textura de su piel a cada centímetro.

Sus ojos se cierran debajo de mis dedos, que lo acarician hasta un costado de la garganta. Se inclina sobre mí encorvándose como un felino; dobla el cuello para que yo lo toque y, cuando traga en seco, veo cómo se contraen sus músculos y cómo lo recorre un escalofrío sobre la piel, por la clavícula y luego por el hombro.

Tiene pecas en el hombro.

Eso va a acabar conmigo. Descubrir estas pequeñas manchas en su cuerpo, develar capa por capa.

–¿Qué…? –comienza a preguntar, con la cabeza ladeada y los ojos cerrados–. ¿Qué quieres hacer, exactamente?

Despego mi mano de su hombro. La retracción del contacto y mi falta de respuesta hacen que él abra los ojos. Y al encontrar los míos, veo vulnerabilidad en su amplia mirada.

–Hex. –Dejo las manos apoyadas sobre sus muslos, luchando por encontrar un sitio que no sea expresamente sexual–. Me estás dejando tocarte. Estoy contento.

–¿Con eso? ¿Es todo?

–Estoy contento con lo que sea que te deje satisfecho a *ti*. Te lo dije: mi meta es que tú quieras esto. Yo soy notablemente fácil de satisfacer.

Él pone una mano en el centro de mi pecho y deja escapar un bufido de incertidumbre.

–¿De verdad?

Algo se atora entre mis costillas, debajo de su palma. Una sacudida de arrepentimiento.

–En verdad no soy tan egoísta como mi reputación me hace parecer –logro decir.

–Quise decir… –Hex se encoge.

Atrapo su mano en la mía y la volteo, de modo que queda expuesta, y apoyo los labios allí, en aquella fina capa de piel.

–Cuatro –digo–. He estado con cuatro personas. Una cantidad bastante equitativa entre relaciones serias y encuentros casuales, pero jamás he sido frívolo con esas personas. En la mayor parte de las áreas de mi vida puede que sea el caos encarnado, pero siempre fui bastante seguro de mí mismo en esta. –Pienso durante un instante–. Eso suena arrogante. No seguro de un modo desagradable, sino seguro de saber lo que estoy haciendo. Las relaciones que tuve fueron un poco… ¿transaccionales? Eso suena aún más despiadado de lo que fue, pero fueron sobre satisfacción mutua más que otra cosa. Nada de los escándalos y los romances que publicaron los periódicos.

Hex enarca una ceja con sarcasmo.

–Entonces, ¿de esto se trata lo que estamos haciendo? ¿Satisfacción mutua?

–No –respondo, con sencillez e imparcialidad.

Me quedo completamente embelesado mirándolo. Es espeluznante y seductor en partes iguales observar en tiempo real cómo capta el poder que tiene sobre mí.

Con todos los demás había una capa de separación. Una firme línea dibujada, como con mi compañero de cuarto, con quien no tuvimos nada serio; o el conocimiento acechante de saber que estaba destinado al fracaso, como con Lily. Pero con Hex, cualquier línea firme se siente como un camino a seguir, y cualquier conocimiento acechante se siente como un susurro acrecentado con una promesa. Y debería estar hablando con murmullos respetuosos y suplicando por su permiso por cada roce de contacto. Él me desnuda hasta convertirme en esta criatura retorciéndose de asombro, deseo e incertidumbre, como si todo fuera nuevo y permanente.

Sus hombros se arquean un poco. Su mano se desliza hacia abajo y descansa sobre mi antebrazo.

–Ah –susurra.

–Así que soy perfectamente feliz con lo que sea que tú quieras –digo con rapidez–. Ya sea que nos besemos o nos recostemos en el sofá o no hagamos nada. Y podríamos…

–No quiero esa nada.

Mis labios se cierran de golpe.

–No quise insinuar nada acerca de tu reputación. Mi incredulidad no fue por ti. Yo no… no soy… –Suspira y luego exhala con fuerza–. No soy bueno en esto. No tengo un gran círculo social. Para ser honesto, estar aquí ahora, contigo, Iris y Kris ha sido mucha más interacción de la que he tenido en… años, por fuera de la universidad.

–¿Años? –Hago todo lo posible por no sonar demasiado compasivo, pero se me parte el corazón. Él también parece prepararse para algún tipo de compasión, así que yo intento sonreír y froto una mano sobre su muslo–. Bueno, unas semanas con nosotros y estarás rogando regresar a la soledad.

–Ah, jamás estoy en soledad. Mis hermanos se rehúsan a dejarme solo. Pero…

–Espera. –Mi sonrisa se vuelve divertida–. ¿Estás diciendo que tu fuente principal de socialización es con tres niños de nueve años?

Los labios de Hex se fruncen cuando intenta reprimir la propia sonrisa.

–Y las ceremonias de Halloween y Día de Muertos. No hagas que suene tan patético.

–No es patético. Es adorable.

Se sonroja rápido y con un tono escarlata.

–Me arrepiento de haberlo dicho. Sin duda alguna tampoco quiero charlar sobre mis hermanos en este momento. Yo… –Parece recordar qué era de lo que habíamos estado hablando y, mientras que yo no tendría problema alguno en pasar la próxima hora antes del concierto escuchándolo hablar de su familia, la intensidad de su expresión cambia. Se vuelve más pesada, más cálida.

Otra pausa, entonces Hex lleva el pulgar hacia mi labio inferior y lo mantiene allí. Yo aprieto bien fuerte los dientes, sintiendo el dolor del tamborileo intenso de mi corazón. Los dos estamos algo adormilados y desaliñados. Él podría decir cualquier cosa que quisiera con el pulgar en mi labio de este modo.

–He… estado con una sola persona. –Fija la mirada en el sofá, junto a mi cabeza–. Y no fue… Nosotros no… no hicimos demasiado, pero lo que sí hicimos no tuvo casi nada de esta conversación previa que tú y yo estamos teniendo.

Traduzco eso y no puedo detener el brote de posesividad que hace que mis manos vuelvan a apoyarse en sus muslos.

–Así debería haber sido. Te mereces saber con exactitud qué estamos haciendo, qué queremos los dos.

–A ti sí que te encanta conversar.

–¿Y eso te incomoda? –Estoy tratando de leer su lenguaje corporal.

Arrastra el pulgar sobre mi mentón y hace presión contra mi garganta que sube y baja. Me envía una corriente eléctrica a la base de la columna vertebral.

–No. Me confunde, creo. –Larga una carcajada vacía. Respira, se sonroja–. Me confunde que no estés haciendo que nos quitemos la ropa.

–¿Eso es lo que quieres?

Duda.

Me enderezo y me aprieto contra su pecho. Sus labios son un cálido peso sobre mí. Sostengo la postura allí hasta que sus ojos se

deslizan hacia los míos, abiertos y suplicantes; y quienquiera que haya sido esa persona con la que estuvo antes, quienquiera que lo haya llenado con esta incertidumbre sobre cómo debe ser tratado, más le vale que nunca nos crucemos.

–Todavía estamos conociéndonos. Entonces sí… voy a hacerte hablar, porque en este momento, quiero estar seguro de no estar malinterpretando nada. Pero, demonios, cariño… –Arrastro una mano por su brazo desnudo y observo el rastro de piel erizada que dejan mis dedos–. En el momento en que me vuelva un avezado en tus escalofríos, va a ser meteórico.

Su respiración se agita, como una sierra que jala sobre su lengua, y el color de sus ojos se profundiza en una negrura hipnótica que examina mi rostro. Lleva el pulgar a mi boca otra vez y tironea de la piel de mi labio inferior. Concentrado en ese punto, me dice con suavidad: –Quiero…

Inclina la frente sobre la mía.

Después de un segundo, y otro, me habla como si cada palabra estuviera envuelta en seda: –Quiero tocarte.

Solía estar hecho de algo además que terminaciones nerviosas, pero, de pronto, eso es todo lo que soy.

–Y quiero que tú me toques a mí –agrega.

Noto con cuánta fuerza me aferro a él y obligo a mis dedos a que se relajen.

–Okey –logro decir entrecortado–. Okey. Voy…

Él me besa otra vez y no hay mucho que cambie en su posición, excepto por el modo en que está sentado sobre mi regazo como si de pronto fuera un trono. Y, aunque técnicamente tenemos el mismo título, en este momento siento más que nunca su condición de príncipe. El dominio irresistible que puede emanar. Sin palabras ni miradas, sin un gesto de sus manos siquiera, él es elegancia y seguridad. Derrama pura autoridad sobre mis muslos mientras me lame los labios.

Baja la mano, abriéndose paso entre su cuerpo y el mío, y apoya la palma en mí por encima del pantalón de mi pijama.

Puta mierda, puta madre, puta…

Doy un respingo, una tensión dura como una roca se dispara por cada uno de mis músculos. Hex imita mi abrupta rigidez.

–¿Está todo bien?

Yo suelto una risa, aguda y sonora, y levanto las caderas buscando su roce, con la intención de que esa sea mi respuesta. Pero por un segundo, eso hace que todo sea mucho más intenso y lucho con todas mis fuerzas para recuperar el aliento.

–Creo que tienes la respuesta a esa pregunta literalmente en la palma de tu mano –digo.

Toda preocupación se desvanece; una sonrisa coqueta, una mordida de su labio. Por todos los cielos, sus dientes sobre su labio, la forma en que aprieta… Puedo sentir el eco en mi cuello, una electricidad que me ataca los puntos sensibles con una descarga salvaje.

Sus dedos ascienden. Exhala, y puedo saborearlo, té y pasta de dientes. La yema de su pulgar se desliza por debajo de la tela, acariciando la piel de mi cintura. En cualquier otra situación, con cualquier otra persona, estaría soltando una catarata de bromas para alivianar el ambiente, pero esto no tiene nada, nada de gracioso. Él es pura oscuridad arqueada sobre mí, cabello y ojos. Una yuxtaposición porque es como una sombra que emite una luz dorada, el resplandor de una vela en una noche nublada. Quiero arder en él.

La banda elástica de mis pantalones se estira y hay algo desvergonzadamente grácil en el arco de su hombro cuando gira el brazo, con el movimiento y la embestida de un bailarín.

Sus largos dedos se cierran a mi alrededor y mi cuerpo tiembla con otro respingo de rigidez, aspiro una bocanada de aire y la sostengo, la sostengo.

Hex gime. Un trino en su pecho. *Él* es quien gime, con su mano a mi alrededor, y mi mente queda en blanco.

–Diablos, eres hermoso –digo demasiado rápido, demasiado jadeante, pero tengo que hablar, tengo que dejar salir todas estas palabras que siguen acumulándose alrededor de él–. Es destructivo cuánto te deseo. Vas a destrozarme.

–Tal vez te vendría bien que te destrocen –susurra.

Lo beso con tanta rapidez que puedo sentir las reverberaciones de esas palabras sobre sus labios; son temblores que patean dentro de mi boca.

Su mano se mueve. Una caricia lenta, tentadora. Yo tomo su cabello en un puño y él hace ese *ruido* cuando enredo mis dedos. Maldita sea: sus escalofríos y sus *malditos ruidos*. Retuerzo la mano y observo, cautivado, cómo él cierra los ojos. No estoy seguro de si sabe lo que está haciendo, pero por Dios, yo sí. Yo sí y esa oleada de placer es un centro nuevo, un propósito nuevo. Y quiero más. Quiero saber qué lo hace verse así, cada cosa que provoca que su rostro se desarme de satisfacción.

Mantengo mi mano aferrada a su cabello mientras mi otra mano gatea por su muslo y se desliza por su cintura.

Otro jalón de sus largos dedos envolviéndome y sello mis labios sobre los suyos cuando me acerco a él. Quiero saborear sus cambios. Deseo, y deseo, solo *deseo* y apenas me oriento para tocarlo cuando sus caderas comienzan a moverse con un ritmo. Esas caderas que me han destruido por completo a cada segundo desde el día en que llegó aquí. Y este es el juicio final que tienen sobre mí, la colisión insoportable de estremecimientos que se acumulan por su cuerpo mientras empuja contra mi mano.

Frente contra frente, nos dejamos llevar por ese movimiento, o tal vez no me muevo en absoluto y dejo que tome lo que quiera de mí, que me dé lo que quiera darme. Estoy demasiado obsesionado con memorizar sus reacciones: la interrupción de su respiración, la piel fruncida entre sus ojos cerrados, los puntos rosados que crecen en sus mejillas. Así es como noto el cambio, el empujón hacia el precipicio, cómo se profundiza su ceño fruncido, cómo aquel rosado se vuelve carmesí.

Aprieto más la mano. Sobre él. Sobre sus cabellos. Estoy desesperado y despojado de deseo y necesidad.

–Coal… –Cierra con más fuerza los ojos y un estremecimiento ondulante lo obliga a abrir la boca y soltar un grito jadeante. Sus labios están inflamados; su piel resplandece.

–Oh, Dios mío. –Absorbo los temblores residuales de ese grito, presionándome contra él para empaparme de hasta el último

espasmo. Eso es todo lo que necesito. Logro balbucear una advertencia, pero él hace ese sonido otra vez, ahora es una afirmación, y yo quedo jodidamente perdido.

El calor y el gemido chispeante y los fuegos artificiales que estallan y una embestida temblorosa y aquellos ojos sobre mí todo el tiempo.

Devoro su boca entre bocanadas húmedas; mis uñas rascan su cuero cabelludo. En cierta forma, creo que intento poner mis pensamientos en palabras, pero tal vez solo es su nombre, un gemido.

–Mm.

Parpadeo. Tengo la vista un poco nublada.

–¿Qué? –Rompo en pánico–. ¿Te encuentras bien? ¿Acaso…?

Pero él mira el sofá a ambos lados, luego a la mesa al otro lado. Su rostro se contorsiona mientras piensa.

–Esperaba hielo –dice, con la respiración entrecortada.

Eso desencaja mi preocupación.

–¿Hielo?

–Supongo que solo sucede cuando estás molesto.

Me lanza una sonrisa.

–Tú… –jadeo–. ¡Claro que no *lanzo hielo* cuando tengo orgasmos!

Su sonrisa se disuelve en un gesto de inocencia fingida.

–No tenía manera de saberlo con seguridad. Una parte de mí pensó que tal vez estaba arriesgando mi vida.

–Ay, sí, mira quién habla, señor Calabaza Espontánea. –Lo pellizco debajo de la cadera.

Se retuerce de un modo tan destructivamente sexy que me olvido de qué estamos hablando. Tiene cosquillas. Estoy acabado.

–¿No habría sido *esa* una deliciosa situación para explicarle a Wren la próxima vez golpeara la puerta? –dice con una sonrisa–. ¿Por qué el pretendiente rival de la princesa de Pascuas está congelado en tu regazo?

Doblo el pulgar en mi mano y el metal de su anillo hace presión contra la palma.

Hex se despega de mí y tambalea un poco sobre sus piernas, que sin dudas están débiles. De repente parece darse cuenta de las

consecuencias de lo que hicimos.

Su rostro se tiñe de un rojo más intenso.

–Tú ve al baño. –Tomo una caja de pañuelos desechables de la mesa–. Yo estaré bien.

Asiente y después de los minutos que nos toma arreglarnos, regresa. Ahora lleva puesta otra vez la capucha de su bata gris sin mangas. Se cruza de brazos, de pie con timidez a unos metros del sofá donde sigo sentado. Un silencio nos rodea.

Debería irme. Ambos necesitamos tiempo para prepararnos para otro día de eventos falsos. Pero el humor ha cambiado y sería un imbécil si dejo que esto termine así, por lo que extiendo una mano hacia él.

Su rigidez se derrite, su cuerpo se alivia. Toma mi mano y me deja jalar de él hasta mi regazo. Se desliza sobre mí y, así, mi preocupación se desintegra porque, sí… Este *es* su lugar, aquí y ahora, encima de mí.

–Deberíamos prepararnos –dice, repitiendo la responsabilidad que se inquieta en mi mente.

Pero al diablo con la responsabilidad, por algunos minutos más.

Nos dejo caer de lado sobre el sofá.

–Solo déjame besarte durante un rato –pido con un murmullo bajo, como si estuviera venerando un altar.

Hex pasa un dedo por mi mejilla y cada uno de mis músculos se derrite como azúcar líquida cuando apoya sus labios sobre los míos.

En algún momento durante los últimos veinte minutos, estoy muy seguro de que fallecí o, al menos, ascendí, porque no puedo imaginar que esto sea otra cosa que el paraíso.




CAPÍTULO CATORCE

–Léela otra vez para mí.

Kris recita rápidamente las Festividades que le conté que estaban en la lista de papá.

–¿Están todas? –pregunta después.

–Sí… Eso creo. Solo pude echar un vistazo, pero sí… –Doy una patada a la silla del escritorio para que dé vueltas, con la cabeza hacia atrás, observando al techo girar sobre mí–. ¿Qué otra información crees que deberíamos tener? Mierda, ¿tal vez los porcentajes exactos que están entregando? No recuerdo…

–Deben saber muy bien cuánta alegría envían a Navidad.

–Cierto. Yo… no lo sé. –Dejo caer los pies y la silla se detiene, pero mi cabeza sigue dando vueltas y me pongo a rebotar una rodilla–. Siento que no van a tomarse nada de lo que digamos en serio. ¿No crees? Verán una carta mía y se desharán de ella.

–No lo sabes. –Kris se endereza, después de haber estado desparramado sobre mi cama. Cierra su computadora con un golpe–. Además, yo seré quien escriba las cartas. No dudes de mi habilidad.

Debería sonreír. No puedo. Tengo un nudo de tensión en el estómago y no puedo creer que vaya a hacer esto: intentar usurpar el control que mi padre tiene sobre estas Festividades y pedirles que se unan en una cooperativa. Lo que les enviaremos es un pedido totalmente inocente. Las invitaremos al Baile de Víspera de Navidad,

con la vaga mención de un nuevo acuerdo más beneficioso para todas las partes.

Nada en las cartas es incriminador, pero toda esta situación se siente *real*. Porque lo es.

Cuando lleguen aquí, discutiremos sobre la cooperativa, hablaremos sobre cómo papá los ha estado extorsionando y descubriremos cómo deshacerlo. Iris y su padre estarán aquí todavía, por supuesto, y tal vez se pueda convencer a Neo de que una cooperativa es mejor para Pascuas, aunque eso signifique enfadar a mi padre.

Mierda, hay tanto que podría salir mal.

–Quiero que esto funcione –admito.

Kris cliquea su bolígrafo con gesto ausente.

–Lo sé. Yo también. Y así será. O será siempre y cuando podamos conseguir la información de contacto de estos otros líderes. ¿Dijiste que tenías algo para eso?

–Sí… –Mataremos dos pájaros de un tiro con esta idea: una sección entera de Navidad supervisa las rutas por las que viaja la magia de papá. Lo que significa que la ubicación de cada persona en la Tierra está bajo nuestro techo. Puedo conseguir las direcciones de todas esas personas de las otras Festividades accediendo a las listas de rutas, mientras empiezo a ganarme al jefe de Planificación de Rutas, tal vez para conseguir algo de entrenamiento.

Bastante parecido a lo que hice cuando arreglé las transferencias de obsequios a Nueva Koah un par de años atrás.

La comparación ha estado dando vueltas en mis pensamientos como un buitre de ojos pequeños y malvados, y la única razón por la que no se ha dado un festín despiadado con los restos moribundos de mi compostura es gracias a mi obstinada y agresiva compartimentación.

No voy a enviar obsequios a nadie ni cumplir ningún deseo caprichoso.

Estará bien. No es lo mismo.

Nada malo ocurrirá.

–Okey. –Me froto el rostro y me pongo de pie–. Conseguiré esas direcciones. ¿Nos encontramos de nuevo aquí en una hora?

–¿Crees que puedo escribir a mano todas estas cartas en una hora?

–No tienes que escribirlas a mano.

–¡Es nuestra primera correspondencia oficial! Tengo *estándares*, Coal.

–Bueno, yo tengo *ansiedad*, Kris. Y tenemos que enviar esas cartas tan pronto como sea posible. Escríbelas en computadora. Imprímelas. Asunto resuelto.

Kris se levanta de golpe de la cama.

–Maldito Neanderthal. Cuando te conviertas en Santa y hagamos esto de verdad, habrá algunos cambios por aquí.

Me detengo a mitad de camino hacia la puerta.

–Respeto muchísimo tu habilidad, de verdad. Y tienes razón, la caligrafía sería mucho más atractiva. Pero ya estamos a solo una semana y media de la víspera de Navidad.

Ay, mierda. No lo había pensado así. Solo queda una semana y media para que Kris y yo acabemos con esto o yo terminaré casado con Iris. Lo cual ya era una idea insoportable, pero ahora con Hex es… un no rotundo. No me conformo con las relaciones secretas que Iris insinuó que tendríamos fuera de este arreglo. Ambos merecemos más que eso.

Kris me da un puñetazo en el hombro.

–Lo sé, lo sé. Bien. En computadora, cartas *sin alma*, en marcha.

Abre la puerta con fuerza y ambos tomamos nuestros caminos. Él se dirige a su suite y yo salgo disparado hacia la parte principal del palacio. Estoy a mitad de camino de donde se monitorean las rutas cuando paso junto a una puerta que da a un patio exterior cubierto de nieve. Hay arbustos congelados y estatuas grises de renos que le dan a toda el área un aire sombrío y gélido. Allí están Iris y Hex, media docena de miembros de nuestra corte y, por supuesto, esos malditos reporteros. Los dos están caminando al calor de unos calefactores. Ah, sí…, a Kris y a mí nos habían invitado también, pero después del concierto de ayer, donde me pasé todo el tiempo dos filas atrás de Hex *echando humo* porque mi padre escogió sentarse justo junto a él, oí que papá no iba a participar de este evento y yo preferí escaparme también.

Iris y Hex están dando una vuelta por el patio. Él está arropado con su abrigo negro, pero tiene las mejillas rojas del frío. La mayoría de quienes están a su alrededor están vestidos de escarlata brillante, dorado y verde. Iris sonríe y yo sé que está intentando facilitarle las cosas a él, pero se me retuerce el estómago y me detengo junto a la ventana.

Giro el anillo de calavera que tengo en el pulgar.

Ese debería ser yo. No solo allí, en el lugar de Iris, sino en todas partes.

Hex sabe que no fui a ese evento para hacer planes con Kris, pero no es excusa. ¿Acaso me querría allí, en lugar de Iris, si fuera posible? Si la cooperativa de otoño haría un escándalo ante la mención de una negociación *fallida* entre Navidad y Halloween, ¿qué pensaría de nosotros? Si es que hay un "nosotros".

No sería un gran problema que el príncipe de Navidad y el de Halloween estuvieran juntos, ¿verdad? Yo no soy mi padre. De hecho, estoy intentando mejorar esas cosas que hacen que a las Festividades de otoño no les agrademos. Hex no hubiera permitido que nada de lo que hemos hecho pasara si creyera que eso pondría en peligro su Festividad.

Dios, de verdad no puedo quitarme esta necesidad de protegerlo.

Extraigo mi teléfono y lo hago rodar de una mano a otra durante unos segundos.

COAL
bueno tengo que saberlo. quién es tu estilista?

Hex baja la mirada hacia el bolsillo y busca su teléfono. Su mirada salta desde la pantalla hacia el patio, busca alrededor hasta que me ve a través del cristal de la puerta.

Sonríe y se inclina para apresurarse a responder con sus guantes sin dedos. Va a perder alguna extremidad si continúa usándolos.

HEX
Yo mismo.
¿Por qué?

COAL
ah, okey, entonces voy a necesitar darte una seria reprimenda
porque es excepcionalmente injusto que todo tu guardarropas
sea mi kriptonita

Lo observo leer el mensaje. Observo cómo crece de nuevo su sonrisa.

HEX
¿Tú me vas a dar una seria reprimenda a mí?
Si no mal recuerdo, dijiste que era tu papito.

Un miembro del personal pasa a mi lado y no me doy cuenta de que acabo de lanzar un chillido patético hasta que no me mira perplejo.

Trato de ocultarlo asintiendo con un saludo:

–Hola, Maverick, ¿cierto? ¿De limpieza? Gran trabajo con los… quehaceres. En verdad, de lo mejor. Haces un trabajo muy digno, mi amigo.

Maverick sigue de largo, y su confusión se transforma en diversión a medida que se aleja. Yo espero hasta asegurarme de que se haya ido.

Luego, me aparto de la ventana y apoyo el rostro contra la pared.

Y escribo y borro como siete respuestas diferentes. Si Hex está observando la pantalla, verá los puntos suspensivos constantes de la cordura perdida y mi pánico desatado.

COAL
eso fue bastante atrevido para alguien que dijo no tener
mucha experiencia en esta área, hallow

HEX
No sé de qué estás hablando, Claus. Si hay algún juego atrevido en marcha, es enteramente tu culpa, ya que yo me he limitado a repetir lo que declaraste anteriormente.

COAL
así que tú eres completamente inocente y yo la gran y mala
influencia corruptora, eh?

HEX
Influencia educativa.
Y dije que era inexperto, no inocente.

COAL
comenzó la clase, cariño

HEX
He aprendido bastante de ti.
O sobre ti.
Primero, el fetiche de la decoración navideña.
Ahora, "papito".

COAL
no voy a llamarte de ese modo
quiero decir, tengo mi buena dosis de complejos paternos pero
no voy a llamarte así

Y todo lo que él responde, *el único maldito mensaje con el que responde*, es:

HEX
Mm. Ya lo veremos.

Este chico.

Me va a matar.

Solo dice unas pocas palabras a la vez y de algún modo son tan incisivas y dolorosamente sexis como todo lo demás que hace.

Camino de una punta a la otra por el corredor, porque si no me muevo haré que todo mi interior explote como una botella de champaña.

Okey, no puedo soportarlo.

Empujo la puerta con fuerza y el viento glacial me da un puñetazo.

–¡Iris! ¡Hex! –Asiento en dirección al corredor–. ¿Ya casi terminan?

El rostro de Hex está completamente rojo. El tono en su mensaje fue confiado, pero, para ser honesto, le doy gracias al cielo que esté

igual de alterado, porque sé que yo también estoy rojo como un tomate.

Hex e Iris miran al grupo a su alrededor, a los reporteros. No tengo idea de cuánto tiempo han estado con esto, pero Iris sonríe a todos con cordialidad.

–Creo que así es –responde–. Gracias por acompañarnos. Nos veremos en la cena, ¿verdad?

Reboto sobre los dedos mis pies. *Entren de una maldita vez.*

Se lleva a Hex a rastras, dedicándome unos severos ojos en blanco que nadie de la corte puede ver. Hex lo ve, sin embargo, y reprime una sonrisa mientras les sostengo la puerta abierta.

Cuando ingresan, él se estremece de pies a cabeza.

–Por favor, no te lo tomes personal, pero estoy muy cansado del clima navideño –dice.

Iris concuerda con un quejido y me besa en la mejilla.

–Mi salvador –dice–. En verdad, no tenía idea de qué se suponía que teníamos que hacer. ¿Dar una caminata de invierno? ¿Cuando la temperatura está muy por debajo *del punto de congelación*? ¿Quién organizó esto?

Francamente no me importa, mi cerebro solo puede concentrarse en el teléfono que tengo en la mano, en que Hex está a medio metro de distancia, en la tensión que intenta desgarrar mi estómago.

Pero el resto del grupo se acerca hacia esta puerta. Y estamos en un corredor, a plena luz del día y *no puedo tocarlo*, así que tengo que quedarme aquí parado, deseando que esta necesidad desaparezca.

Sus labios le dan vida a una sonrisa suave. Sus ojos me sostienen la mirada con un entendimiento tácito.

Vuelve a bajar la mirada hacia su teléfono y se apresura a teclear algo. Luego lo guarda en el bolsillo.

El mío vibra.

HEX

En verdad, no me importa cómo me llames.

Siempre y cuando lo digas de esa manera en la que gimes un poco.

Cierro los ojos de golpe.

Me llevo el teléfono a la frente y respiro profundo profundo, porque eso es todo lo que necesita mi cuerpo. Solo aire. Eso es todo lo que va a conseguir ahora mismo, así que más vale que aprenda a conformarse con eso enseguida.

–¿Coal? –pregunta Iris–. ¿Te encuentras bien?

–Sí… Sip. Definitivamente.

Envío un último mensaje y guardo el teléfono.

COAL
juegas un juego peligroso.
solo recuerda: tú lo comenzaste

Su bolsillo vibra, pero él no lo mira. Me sonríe con suficiencia, esa sonrisa maldita que reprime con habilidad, una chispa se enciende en sus ojos como fuego, como calor.

La corte se dispersa y hasta los reporteros se apresuran a desaparecer. Al parecer, tienen tanto frío que no se dan cuenta de que Iris, Hex y yo nos demoramos aquí. *Nota mental: se puede disuadir a los paparazis con temperaturas extremas.* Podría romper el termostato del palacio solo para joderlos.

Luego quedamos nosotros tres, y vine por aquí por una razón, ¿verdad? ¿Qué demonios estaba haciendo aquí abajo? Ah, Planificación de Rutas, sí…

Tener a Iris y Hex conmigo podría ser una buena tapadera. "Miren, solo les estaba dando un recorrido por uno de nuestros grandes centros, sin *revelar* secretos comerciales, solo estábamos estrechando lazos amistosos entre Festividades".

–Ustedes dos, ¿vienen conmigo a Planificación de Rutas?

Iris y Hex me dedican miradas casi idénticas de confusión. Pero Hex asiente.

–De acuerdo. ¿Por qué?

Desvío la mirada hacia Iris. Kris y yo no le hemos contado lo que estamos haciendo. Todavía no. Aunque esto ayude a Pascuas eventualmente, sé que ya es lo suficientemente malo que Hex sepa todo lo que sabe acerca de lo que en esencia sería usurpar los planes de mi padre.

–Para... echar un vistazo –respondo con torpeza.

–Coal –dice ella con los ojos entrecerrados.

–Juro que te explicaré todo cuando pueda. Con una negación creíble y todo.

Ella suspira.

–Bien. Allá vamos… ¿Planificación de Rutas? –Vuelve a suspirar–. Navidad, siempre tan mágica.

Tomo la delantera y nos apresuramos por otro pasillo. Hex se estremece de nuevo. Ahora estamos solos. Bueno, si no contamos a Iris ni a cualquiera que pueda aparecer por alguna de las puertas frente a las que pasamos. Pero no puedo contenerme. Le rodeo la cintura con el brazo y presiono mi cuerpo contra el suyo mientras caminamos, frotando mi mano de arriba abajo por su costado.

Él se inclina hacia mí con un gutural gemido de alivio.

–Gracias.

Mi cuerpo se enciende con ese sonido, pero me deshago de mi reacción.

–Oh, no me agradezcas todavía. Como el noventa por ciento de mi cerebro aún da vueltas alrededor de tus mensajes y estoy tratando de descubrir cómo devolvértela.

–¿Devolvérmela?

–Casi colapso en el corredor, por poco caigo de rodillas.

Sus ojos se clavan en los míos. Un destello rápido y divertido. Luego dice: –¿De rodillas? –Y está tan cargado de insinuaciones que mi sonrisa se vuelve satánica.

–Habrá otro evento de Navidad –le aseguro–. Habrá otra maldita artimaña inútil de relaciones públicas. Y voy a enviarte un mensaje fantásticamente obsceno justo a la mitad para que yo sea el único que sepa que te estás desarmando entre la multitud.

Él carraspea.

Se acomoda los guantes.

Abre la boca, luego la cierra y tal vez no deberíamos jugar este juego, pero, cielos, me cautiva por completo ver cómo se *pone nervioso*.

Iris, bendita sea, finge no oír nada de lo que estamos diciendo. Hasta que la miro a los ojos y ella enarca una ceja con sugerente malicia. Yo le enseño el dedo del medio y ella se echa a reír.

Llegamos a Planificación de Rutas y sus puertas acechantes me inyectan algo de pesimismo. Bueno, pesimismo y un repentino recuerdo del incidente de Nueva Koah que me apuñala. Disturbios y robos y todo lo del maldito colapso de la economía…

Será diferente. Esto será diferente.

Sacudo las manos y doy un paso hacia adelante para golpear. Se oyen unos ruidos detrás de la puerta y una voz que grita: –¡Un momento!

Pero aquel buitre terrorífico vuela en círculos más y más cerca, así que me vuelvo a acercar a Hex y gruño en su oído: –Ten cuidado.

–Yo no hice nada –dice con una sonrisa reprimida.

–Ese es el problema –agrego en voz baja–. Que *no estés haciendo nada* hace que quiera eludir toda esta nueva responsabilidad y arrastrarte de vuelta a tu suite al estilo cavernícola.

Él no responde enseguida y yo lo miro. Tiene el rostro serio y las cejas fruncidas.

–Estás molesto –observo volteándome hacia él.

La perilla de la puerta se gira. Soy el peor para elegir momentos oportunos. De verdad…

–No estoy molesto –me asegura–. ¿Cómo podría estarlo? Solo… no pongas en peligro tus obligaciones por mí.

–Lo sé.

Me giro hacia quien esté abriendo la puerta cuando es lo último que quiero en este momento, pero eso es lo que quiere decir, ¿verdad? Que no lo elija a él por encima de Navidad. Me está *diciendo* que no lo elija a él por sobre mis obligaciones y, a decir verdad, *tiene* que continuar diciéndomelo.

Pero una parte más profunda de mí me susurra que Hex no quiere que ponga en peligro Navidad porque no está planeando quedarse. Para él esto no es real.

Entre la avalancha repentina de inseguridades y el recuerdo continuo de *disturbios, robos, colapso económico*, se me seca la boca y siento como si las articulaciones se me endurecieran, así que apenas puedo mover la cabeza y levantar la mirada cuando se abre la puerta.

Un hombre aparece allí con la cabeza ladeada, sosteniendo una tableta con una mano. Detrás de él, puedo oír el ajetreo de personas trabajando, el repiqueteo de las computadoras, gente gritando cosas, algo que hace *bip*.

La última vez que vine, mi metida de pata derivó en un incidente internacional.

No, *no*, no estuve *aquí*, en Planificación de Rutas; fue en un área diferente, una época distinta, un *yo* diferente.

La última vez que estuve en Planificación de Rutas fue cuando papá me trajo de niño.

Esa comparación no es menos inquietante.

–Em. Hola, ¿qué tal? –Enderezo los hombros y me armo de toda mi formalidad principesca–. Vengo para comenzar a familiarizarme con cómo funciona esta área de Navidad. Y usted es… –Estudio al tipo y sonrío de golpe–. Lucas, ¿cierto? ¿No solía trabajar en los establos?

Su expresión se relaja con una sonrisa de agrado.

–Así es, príncipe Nicholas. Buena memoria. Me transfirieron aquí hace algunos años. ¿Podría preguntarle si ha encontrado a alguien más para hacer la trampa de la cera para trineos?

Hago un gesto de dolor, pero mi sonrisa no decae.

–Por fortuna, Kris y yo hemos pasado aquella fase temeraria. –Luego volteo a Hex, porque Iris sabe qué ocurrió exactamente. Había estado allí y se había rehusado por completo a quedar involucrada, como *la única inteligente del grupo*. Así que le digo–: Kris y yo descubrimos que, si colocas cera en la base de los trineos, van un poco más rápido.

–¿Solo un poco? –replica Hex riendo.

Lucas comienza a buscar en su tableta.

–Sabe, creo que todavía tengo acceso a las fotos de los daños materiales de la pared que atravesaron...

–*Okey*. –Me aproximo a él–. No es que no aprecie un viaje por el sendero de los recuerdos, pero… ¿podría ayudarme con Planificación de Rutas? O, ayudarnos, más bien dicho. Me gustaría llevar a recorrer también a la princesa de Pascuas y al príncipe de Halloween. Pensé que ya era hora de venir por aquí.

El dedo de Lucas flota por encima de la tableta y vuelve a mirarme, esta vez de un modo analítico. Y yo me doy cuenta de que podría rehusarse. Estaría en todo su derecho. Papá no ha autorizado esto. La última vez que practiqué fue desastroso; y también es el punto más ajetreado de la temporada alta.

Pero entonces, Lucas vuelve a sonreír con honesto placer.

–Estaremos encantados de recibirlos, príncipe Nicholas. Pasen, por favor. Princesa Iris. Príncipe Hex. Vengan, por aquí.

Abre la puerta de par en par. Hay una oficina detrás, más grande y más abierta que la de papá, pero con las mismas decoraciones que en el resto del palacio. Follaje, flores, focos y luces parpadeantes. Los escritorios varían desde unos repletos de marcos y objetos personales hasta otros impecablemente ordenados, y el ambiente vibra de una energía laboral frenética.

Esa energía se detiene de golpe ante nuestra entrada. Y sí…, estamos fuera de lugar, Iris, Hex y yo. Me volteo para enfrentar todas las miradas, la mayoría de las personas están sonriendo, otras parecen absolutamente confundidas.

–¿Está… bien que estemos aquí? –pregunto a Lucas.

Tiene que darse cuenta *de lo que* estoy preguntando, *quién* lo está preguntando, de que no debería confiar en el príncipe Coal…

–Por supuesto –responde–. A decir verdad, lo hemos estado esperando hace tiempo.

–Ah, ¿sí?

–Bueno…, claro. Usted es el futuro de esta Festividad, ¿no es cierto? –Lucas remarca su sonrisa, echándoles a los demás una sonrisa que dice "recompónganse".

Yo me las rebusco para encontrar una explicación lógica para "lo hemos estado esperando".

Entonces, comprendo y me siento como un imbécil.

Papá no dejó que la noticia de que yo era el responsable de lo de Nueva Koah llegara muy lejos. *Algunas* personas lo saben, desde luego; pero él lo mantuvo oculto tanto como fue posible para *salvar nuestra reputación*. Así que claro que la mayoría de los jefes de departamento de Navidad estarían esperando que yo continúe con mi entrenamiento. ¿Por qué no lo harían? En especial con mi intención activa de no estar al alcance de la prensa desde lo que ocurrió con Nueva Koah, es probable que todos se hayan estado preguntando por qué me estoy enderezando, pero no participando más en estas cosas.

Lo que papá debe de saber. ¿Acaso no le estarían preguntando a él por mí?

–Ahora, ¿algún sitio en especial con el que le gustaría comenzar? –pregunta Lucas.

–Por donde sea –respondo, porque tampoco puedo decir: "¿Tienen una lista con la información de contacto de estos líderes por los que no tengo ninguna intención maliciosa al preguntar?".

Lucas nos guía hacia la parte trasera de la sala y, al rodear unos cuantos escritorios más, aparece un globo terráqueo gigantesco. Papá se había parado justo frente a él. "Estas son las personas que nos necesitan. Y de verdad me refiero a nosotros, Nicholas: tú y yo. Un día, hacer el mundo feliz será tu trabajo".

Me froto el pecho, en el punto donde el dolor permanece.

¿Cómo es que tengo un recuerdo tan erróneo suyo? ¿Por qué mantuve en mi cabeza una imagen de él tan escandalosamente diferente, alguien esperanzado y lleno de asombro frente a alguien insensible y cruel?

Si no hubiera irrumpido en su oficina para exigir volver a formar parte de todo esto, ¿habría venido alguna vez a buscarme? ¿Me mantuvo al margen por mi comportamiento o fue por otra cosa?

Hex se inclina hacia mí y deja que su cuerpo se apoye en el mío durante medio segundo.

–¿Te encuentras bien?

Iris está lo suficientemente cerca como para ver que ella también está preocupada.

–No estoy seguro de que mi padre quiera que yo haga esto –susurro–. Que me haga cargo de las responsabilidades.

–¿Por qué? –pregunta Iris.

Por la misma razón que organiza cada sesión de fotos. Por la misma razón que *su única prioridad* conmigo y con Kris es la imagen pública: el control. Honestamente, es más fácil tener un hijo que se mete en problemas y se rebela de modos estúpidos que tener uno que cuestione la estructuras y pueda hacer cambios. Cuando papá *sí* preparó el entrenamiento para mí, no fue *real* y la única vez que me castigó por mis travesuras fue cuando estas implicaron un problema para Navidad.

¿Acaso me estaba dejando ser un inútil *adrede*?

¿Cuál es exactamente mi reputación entre la prensa y nuestro pueblo?

Pero él me contó sobre su estrategia de chantaje y no tenía que hacerlo. O tal vez solo lo hizo para ponerme a prueba, como dijo. Quería ver qué tipo de líder sería: uno como él, implacable y retorcido, o uno como… Uno como el que debería ser.

–Por nada –les digo a Iris y Hex con una sonrisa forzada.

Pero ninguno de los dos me cree, porque soy un pésimo mentiroso cuando la gente conoce mis gestos.

Llegamos al globo, que me dobla en altura y está cubierto de luces enceguecedoras, y Lucas nos explica cómo rastrean la distribución de alegría por todos los continentes, mientras que papá (y cientos de empleados) hacen las entregas. Planificación de Rutas se asegura de que las personas visitadas obtengan una cantidad justa de regalos o felicidad; que no saltee a nadie, etcétera.

Iris me mira como si supiera que estoy aquí por otro motivo. Comienza a contarle a Lucas que este globo terráqueo es similar al que tienen en Pascuas y Hex usa la distracción para acercarse a mí.

–No creo que sea por nada –susurra.

Me inclino hacia él e inhalo: cítricos y especias. La gente nos observa por encima de sus escritorios, así que incluso acercarme a él es demasiado y me aparto, con el estómago encogido.

–No sé qué opinan de nosotros. De lo que hacemos y cómo lo hacemos –digo.

–¿Tu gente? –Hex enarca las cejas.

Yo asiento.

–Parecen quererte –murmura–. He visto el modo en que interactúas con ellos. Genuinamente te importan y ellos se dan cuenta de eso.

–Al personal del palacio básicamente le tenemos que agradar. O al menos tienen que fingirlo mejor que nadie, por estar en contacto directo con nosotros todo el tiempo. Quiero decir que no sé qué piensa *nuestro pueblo*, las familias de todos los que trabajan con nosotros, la comunidad que se ha asentado alrededor de la Ciudad del Polo Norte durante siglos de Navidad, las personas que papá siempre está tan dispuesto a manipular. Dejé de leer los periódicos hace tiempo ya, y no sé cuál es la actitud general hacia nosotros.

Hex ladea la cabeza mientras lo considera.

–Tu personal directo también está al tanto de esa imagen y reaccionaría de un modo bastante distinto si la opinión sobre ti fuera negativa. Pero ¿cuándo fue la última vez que hablaste con alguien? Por fuera del palacio, quiero decir.

Niego rápidamente con la cabeza. Jamás, que lo recuerde. Solíamos salir a la Ciudad del Polo Norte más a menudo cuando mamá estaba aquí, pero incluso eso era como grupo familiar, para tomarnos fotografías con las personas, no para *charlar*.

–Necesito hablar con ellos –decido–. *De verdad* necesito hablarles. Saber qué piensan. Preferiblemente sin atraer la atención de la prensa ni de mi padre.

Como si tuviera tiempo para agregar más cosas a mi lista interminable de cosas por hacer. Pero es tan necesario como invitar a las Festividades de invierno a nuestro baile y deshacer las extorsiones y aprender cómo opera Navidad; todo está interconectado y no puedo jalar de un hilo sin jalar de todos. Más hilos que se siguen uniendo al manojo hasta que tenga toda una cuerda de responsabilidad.

–Puedo ayudarte con eso –dice Hex con una sonrisa.

Yo ladeo la cabeza.

Lucas se está moviendo hacia otra área. Iris lo sigue y nos lanza una mirada para que nos apresuremos, pero yo dudo y la sonrisa de

Hex se hace más ancha.

–¿Necesitas salir del palacio? ¿Llegar a la ciudad sin que te vean? –Se encoge de hombros–. ¿De qué soy príncipe, precisamente?

Oh, cómo se atreve a usar ese tono provocador conmigo en este momento, de todas las ocasiones posibles.

–¿Halloween? –adivino con descaro.

–También conocido como la Noche de las Travesuras –dice con una deliciosa sonrisa salvaje–. Cuando la situación lo requiere, soy increíblemente habilidoso para causar solo problemas de los buenos.




CAPÍTULO QUINCE

Consigo las direcciones mientras Iris y Hex mantienen distraído a Lucas, y el resto del tiempo que pasamos aprendiendo sobre Planificación de Rutas es una mezcla equilibrada de educativo y alarmante.

Debería haber venido aquí hace años. Y no porque sea mi deber, sino que en verdad me agrada esto, aprender sobre nuestra Festividad. Ver lo mucho que trabajan estas personas para llevar alegría por todo el mundo, a los niños que creen en Santa, a los padres que luchan para llegar a fin de mes y a cualquiera que necesite un pequeño milagro, un juguete tonto, una sonrisa. Recuerdo lo que dijo Hex acerca de cómo les brindamos a las personas las herramientas para soportar cualquier cosa mala que ocurra en sus vidas. Y comienzo a *sentirlo* al ver cómo quienes trabajan aquí se iluminan cuando se ponen a explicarme algo. Son felices. Felices de hacer estos trabajos. Felices de ser parte de esto.

Hay una diferencia abismal entre esto y cuando hice aquel entrenamiento falso. En aquel entonces todos habían estado tensos e indiferentes. Esto es *real*.

La versión de papá que construí en mi cabeza puede que no haya sido quien es, pero no estaba *errada*.

Nuestro trabajo es hacer al mundo feliz.

Para cuando Iris, Hex y yo nos marchamos, estoy que salto del gusto.

Todo *esto*, estas personas, lo que hacen, lo que hacemos *nosotros*, es suficiente. O puede serlo si dejamos de enfocarnos en monopolizar y nos reducimos a brindar cosas de calidad y a priorizar la luz que brilla en los ojos de todas esas personas.

Estoy tan consumido en mis propios pensamientos revueltos que no noto que Iris y Hex me han seguido hasta mi suite. Kris ya está dentro y yo regreso sin recordar haber caminado hasta aquí.

–No me ha dolido tanto la cabeza desde que estudié Ética en Política Estadounidense –digo, luego me dejo caer en la cama y me froto los ojos con las palmas de las manos.

–Oh, oh. ¿No tuviste éxito? –pregunta Kris.

–*Puf*. –Extraigo el papel con las anotaciones de mi bolsillo y lo sostengo en alto entre dos dedos, con los ojos cerrados–. No dudes de *mis* habilidades.

Alguien me lo quita.

–Entonces, ¿qué sucede, su malhumorada alteza? –pregunta Kris y puedo oírlo acomodándose en mi escritorio, probablemente comenzando a organizar a dónde van a ir las cartas.

La cama se hunde a mi lado, en el borde del colchón. Me emociona mucho saber que es él sin necesitar abrir los ojos. Conozco el ritmo de su respiración, el peso de su cuerpo y, a ciegas, me incorporo y dejo caer la cabeza en la curva de su cuello. Hex se inclina contra mí y, aunque estén Iris y Kris, lucho por encontrar *algo* de decoro y me quedo allí contra él.

–No *sé* qué ocurre. Y ninguno de ustedes *me lo dice* –se queja Iris con pesadez.

–Ni siquiera deberías estar aquí –digo contra el hombro de Hex.

–Coal.

El tono profundo de Iris está tan lleno de regaño que me enderezo y la observo antes de poder pensar en no hacerlo. Ella me está mirando con furia y la culpa me invade.

–Mamá –le respondo.

Ella me da un golpe en la cabeza.

–Sé que estás tratando de mantener lo que sea que estés haciendo separado de Pascuas, pero yo no soy solo mi Festividad. Soy tu *amiga*. Y quiero ayudarte en lo que sea. Te está cambiando,

Coal, y, debo decir, me agrada. Además, eventualmente *afectaría* a Pascuas, ¿no es así? Así que déjame ayudar desde ahora.

Yo la señalo con el dedo, medio apoyado en Hex, pero cuando me oigo decir "no", me doy cuenta de lo débil que suena.

Iris se deja caer sobre una silla.

–Esa no fue una pregunta. Me quedaré. ¿Qué estamos haciendo?

Sí, de acuerdo, tiene razón. *Sí* que la involucra a ella y *afectaría* a Pascuas. Así que... ¿qué tan grave sería el impacto para ella si esto sale mal? Dijo que su corte no obligaría a su padre a abdicar por algo así, pero…

Pascuas. Halloween. Navidad. Reducidas a cenizas por mi causa.

Conque estoy haciendo buen uso de mi diploma en Asuntos Internacionales, ¿eh?

La broma duele. Y puedo ver boletines de noticias pasando por el televisor de un bar…

Con un gemido largo y miserable, comienzo por el principio y le doy un breve resumen de cuán fatalmente ha deformado mi padre a Navidad. Le cuento sobre la idea de contactar a las Festividades de invierno, que las invitaremos al Baile de Víspera de Navidad, que luego confrontaremos a papá con un frente unido y lo obligaremos a hacer cambios. Le cuento sobre la extorsión a Halloween, pero no sobre los detalles, eso no me corresponde a mí.

De forma nada sorprendente, Iris se queda boquiabierta cuando termino. Se desploma en su silla sacudiendo lentamente la cabeza, haciendo que sus trenzas se deslicen sobre su hombro. Aunque su reacción está colmada de resignación, del mismo veneno que corre por mis venas, del deseo de que esto sea una sorpresa. Pero no, nada de esto lo es realmente.

–¿Crees que funcionará? –le consulto. Reconozco la avalancha de esperanza que se acumula detrás de esa pregunta–. Aún beneficiaría a Pascuas, así que, si logramos convencer a tu padre de que se sume, eso aplacaría a los idiotas oponentes en tu corte. El obstáculo más grande será hacer que *mi* padre se rinda primero, pero si lo hace, no veo por qué el tuyo no se uniría a la cooperativa al menos por supervivencia. Funcionaría, ¿verdad?

Ambos nos libraríamos de este matrimonio y aliviaría parte de sus presiones sobre Pascuas al darles una red de contención.

Iris comprende la esperanza que se aferra a mis palabras, a mi rostro, a mis hombros encogidos, pero su postura de asombro y resignación no cambia.

–Tal vez, Coal –susurra–. Yo… Tal vez.

Mi acelerado corazón da un vuelco con una inhalación aguda.

–¿Estás de acuerdo con que haga esto? Si crees que arruinaría las cosas para ti…

Mierda, no tengo otras ideas. Todo está concentrado en esta jugada desesperada y potencialmente desastrosa, pero si ella piensa que haría más daño que bien, *intentaría*, intentaría encontrar otra maldita cosa.

Iris me sonríe con amabilidad.

–Sí… Lo estoy. Solo… solo que es mucho para asimilar.

No sé qué tipo de reacción esperaba. ¿Que se pusiera a saltar del alivio? ¿Cuándo demonios ha saltado Iris alguna vez en su vida? Esta cautela es más que entendible. Asiento y lucho por dedicarle una sonrisa tranquilizadora.

Kris gira sobre mi silla de escritorio y corta la energía densa.

–Entonces, ¿estamos listos para enviar estas cartas? Y luego esperamos, supongo. Todo muy emocionante.

–¿Cómo enviarán las respuestas los otros líderes? –pregunta Iris poniéndose de pie de golpe.

Yo la miro fijo sin decir nada.

Kris la mira fijo sin decir nada.

–¿No les dijeron cómo confirmar las invitaciones? –insiste ella–. ¿Cómo sabrán si vendrán?

–Solo… ¿aparecerán? Mierda. –Me rasco la frente–. Eso fue estúpido. Pero no hay un buen lugar para que respondan, ¿verdad? No pueden enviar algo *al palacio* como si nada. ¿Podrían usar magia para dejar algo en mi suite? ¿Papá sentiría eso? ¿Acaso papá lo notaría?

–Es poco probable –dice Hex–. Nosotros no tenemos conexión con los usos de magia de las otras Festividades, ni siquiera las que se

vinculan por un diezmo, como ustedes. Su magia tiene sus funciones autónomas.

–Aunque me sentiría un gusano por pedirles que usen su ya limitada magia, ya limitada *por nuestra culpa*, en algo relacionado con Navidad. ¿Alguna idea mejor?

La habitación queda en silencio.

–Mierda… Okey, ¿Kris? –Miro con un gesto de dolor hacia la pila de cartas ya selladas y listas para enviar que está detrás de él–. ¿Puedes agregar algo como para que envíen sus respuestas a mí a través de magia? Y diles que se lo recompensaremos.

–Necesitamos ser mejores que esto –responde él, girando sobre la silla.

–¿Qué? ¿Quieres decir que dos chicos que jamás han tenido que aplicar sus estudios sobre asuntos exteriores a situaciones del mundo real antes son un desastre? ¿Quién lo habría imaginado?

–¿No hiciste tu trabajo final sobre exactamente eso?

–Fue un trabajo grupal y la *situación del mundo real* fue hacer una presentación de diapositivas ante oficiales de gobierno en una sala de conferencias. No tenía nada que ver con espionaje.

–Estoy dispuesto a apostar que papá sabía que seríamos un desastre. Y eso era parte de su plan, ¿cierto? Que jamás pudiéramos hacer algo así, y nos viéramos obligados a obedecer toda su mierda.

He estado tratando de esquivar esa idea, pero oírlo a Kris decirlo hace que me duela el pecho.

Papá quiere lo mejor para Navidad. Creo eso. Pero no sé cuán lejos está dispuesto a llegar para ver cumplida su versión de *lo mejor*.

Hex choca suavemente contra mí, un ligero golpe que me pregunta: "¿Aún quieres mi ayuda?".

–Cuando las cartas estén listas, no podremos usar el correo normal del palacio –señalo.

–Podríamos enviarlas con magia, ¿tal vez? –sugiere Kris.

–Papá lo sabría, sí puede sentir *nuestro* uso de magia.

–Iris podría enviarlas con magia. O Hex. O… –Kris me lanza una mirada mientras intenta abrir los sobres–. Parece que tienes un plan.

Yo sonrío con picardía.

–¿Qué les parece si nos escabullimos hacia la Ciudad del Polo Norte?

Kris levanta las cejas.

–Jamás hemos hecho eso. ¿Por qué no lo hemos hecho antes?

–Porque usar nuestra magia para ir a distintos clubes nocturnos alrededor del mundo es más glamoroso, pero deberíamos haber estado haciendo eso. Y, para evitar que papá se entere, tengo un medio de transporte mejor.

Le sonrío a Hex, quien se levanta de mi cama (inaceptable, pero se lo permitiré por esta vez) y con un movimiento de muñeca sencillo y grácil crea *todo un portal* en mi dormitorio.

Es un óvalo del tamaño de una puerta cubierto de sombras, enmarcado por ondas de oscuridad. A través de él, se ve un callejón de la Ciudad del Polo Norte. Hay una plaza y una pista de patinaje sobre hielo bajo el cielo claro de la tarde.

Iris y Kris se levantan en un santiamén.

Yo los sigo y tomo a Hex de la cintura. Apoyo mi sonrisa sobre su oreja: –Vaya que eres útil… *Aguarda*. Aguarda un maldito segundo. –Él levanta la mirada–. *¿Así* fue como desapareciste frente a mí en el bar?

Sus cejas se alzan como si la respuesta fuera evidente.

–Pequeño *diablillo*. –Lo capturo de las caderas contra mi cuerpo y le muerdo el cuello. Él chilla por la sorpresa–. Maldita sea, pensé que me estaba volviendo loco cuando ya no estabas.

–Yo también creí que Coal estaba perdiendo la cabeza –agrega Iris–. No vi nada en absoluto. Impresionante.

–Tengo mis talentos –dice Hex. Y a mí deberían darme un premio por no responder a esa provocación perfecta–. La magia de Halloween se desarrolla a través de la alegría que creamos, en mayor parte, por medio de travesuras. Y, mientras estemos fuera, siempre y cuando no sean *varios días*, cualquiera que venga a buscarnos será desviado convenientemente a otro lugar.

–Deberíamos habernos hecho amigos de alguien de Halloween hace años –dice Kris, levantando una mano y pasándola por el borde del portal. Una voluta de humo se desprende y queda sobrevolando alrededor de sus dedos–. Creí que necesitarías una puerta, pero

conjuraste un maldito portal así de la nada. Con un movimiento literal de tu muñeca.

–Así es cómo nos deshacemos de los cadáveres.

Kris se echa hacia atrás como si la apertura lo hubiera mordido.

–¿Qué?

–Los cuerpos. Una vez que nuestra magia desaparece y los zombis dejan de estar animados, abrimos el portal hacia un vertedero y los arrojamos por allí –explica Hex con serenidad.

Apoya una mano sobre la mía, que todavía está sobre su cadera, y la aprieta. Yo sonrío hacia su nuca. No me sorprende para nada que verlo tomarles el pelo a las personas me excite tanto.

Iris se inclina hacia Hex y susurra de forma teatral: –Kris no sabe que te estás burlando de él otra vez.

Kris la mira con furia.

–Claro que lo sé. Es obvio.

–Estoy bromeando, Kris –aclara Hex con la cabeza ladeada–. Halloween no profana cadáveres.

–Ajá.

–Lo juro por mi tatarabuela. O lo haría, si pudiéramos encontrarla. No le gusta quedarse en su tumba por mucho…

–Okey, entonces nos escabulliremos hacia su ciudad –interrumpe Iris, para salvar a Kris y Hex me lanza una sonrisa de satisfacción con los labios apretados.

Traigo sus caderas hacia mí una vez más.

–Cielos, qué sexy eres.

–Luego enviamos por correo esas cartas –continúa Iris–, ¿y…?

Yo suspiro y el aire levanta el cabello de Hex.

–Y vamos a hablar con la gente de allí. Quiero saber qué piensan de nosotros, lo que *en verdad* piensan.

–¿Crees que serán honestos contigo, príncipe Nicholas? –Sus ojos me recorren de arriba hacia abajo.

–Tienes razón.

Kris regresa a arreglar los sobres y yo rebusco entre mi armario por ropa básica que no suela usar y que no sea tan elegante como la vestimenta que selecciona Wren. Arrojo algo para Kris y también Hex, y para Iris, que se quita sin ganas el abrigo púrpura para

cambiarlo por uno gris apagado y viejo de los míos. Yo tomo unas gafas de sol y un sombrero para cubrir mis rizos, de modo que sean menos reconocibles.

Hex se viste con un abrigo azul y se recoge su cabello, igual de llamativo, por debajo de un sombrero rojo brillante. Es más el hecho de que esté usando mi ropa que el de que use colores, lo que hace que otra vez me esté conteniendo de besarlo. *Guau, sí…* Esta es la razón por la que no fui al evento de más temprano. Es demasiado duro estar cerca de él y no tocarlo.

Iris se mete las manos en los bolsillos y me sonríe evaluándome.

–Guau, Coal. Mírate, todo un adulto.

Yo pongo los ojos en blanco.

–No, lo digo en serio. –Da un paso adelante y señala mi cabeza–. Creo que acabo de ver una cana, justo…

–Okey, okey. –Espanto su mano con la mía–. Pónganse serios. Tenemos trabajo que hacer.

Ella y Kris se quedan inmóviles e intercambian una mirada.

–Esto pasó de ser divertido a un poco aterrador –murmura Iris–. ¿Quién es este y qué ha hecho con tu hermano?

•••

La plaza de la Ciudad del Polo Norte tiene el mismo sentimiento de algarabía que cuando vinimos a patinar sobre hielo. Solo que se siente menos orquestado.

Mucho menos orquestado.

Hay puestos de madera donde todavía venden comidas navideñas que aromatizan el aire de la tarde con especias, chocolate y sidra. Y la gente patina y se ríe. La música suena. Hacia el final de la plaza, hay una banda en vivo que baila al compás de sus propias canciones. Allí hay mesas armadas con personas decorando galletas de jengibre, haciendo guirnaldas u otras actividades festivas. Las lucecitas navideñas parpadeantes y algunos reflectores más grandes iluminan el área, y los calefactores mantienen el fresco polar a raya.

Todos y en todas partes, sin importar qué estén haciendo, sonríen contra el aire helado. Esta plaza está saturada de alegría, pura y

genuina.

Me quedo en el borde del callejón. Kris, que está a mi lado, está igual de asombrado que yo.

–Olvidé que podía sentirse así –susurra.

Es lo que estaba pensando. ¿Cuánto hace que la Navidad no se siente así de libre para nosotros?

Resoplo para quitarme la sensación de seriedad.

–Estamos aquí ahora, así que también podemos experimentar esta alegría.

Kris no dice nada, pero el silencio es tan pesado que no necesita hacerlo.

–Allí. El buzón –digo empujándolo con el codo.

Él se dirige hacia allí. Iris y Hex se acercan a mí.

–¿Dónde deberíamos…? Oh, ¡galletas! –Iris me toma de la mano y me lleva hacia la plaza. Y yo se lo permito, porque no tenía un plan real más allá de este punto.

Los músicos tocan unas canciones instrumentales, con ritmos ligeros y melodías alegres y juro que puedo *sentir* cómo mi estrés comienza a despejarse. Dejo que Iris me empuje a un asiento en una mesa larga, y nos ponen galletas enfrente, con glaseado, chispas y dulces en docenas de tazones; toda la mesa es una zona de desastre de preparaciones azucaradas multicolores.

Hex se sienta a mi lado, Kris se une frente a nosotros y, entonces, me doy cuenta de que jamás hemos hecho esto antes. Simplemente disfrutar de la Navidad en *cualquier sitio*. Siempre está enmascarada detrás de eventos promocionales y poses preparadas.

Y yo que había pensado que patinar con Hex sería lo más cercano que tendríamos de ser una pareja normal. Me giro hacia él y sonrío. Hex se inclina hacia mí, devolviéndome la sonrisa. Y por un segundo, por un instante, esto es todo lo que existe. No hay otras responsabilidades.

Untamos las galletas con glaseados y las espolvoreamos con demasiadas chispas. Y dejo que mi mente vague, escuchando las conversaciones a nuestro alrededor.

La mayoría de las personas están hablando sobre sus planes, sobre lo que harán para Navidad y en Año Nuevo. Alguien va a

viajar. Alguien va a mirar una maratón de películas navideñas. Juro por mi vida que no creo jamás haber visto más de una película navideña en el *año*, mucho menos en un mismo *día*. Pero ellos parecen entusiasmados con la idea.

Nadie nos menciona, y yo me distraigo de la decoración de mi galleta al darme cuenta de que no tengo idea de cómo preguntarle con naturalidad a la gente qué piensa de la familia real, sin sonar como uno de esos reporteros agresivos.

Se me viene una idea a la mente.

Ay, Iris me odiará, pero ella quiso venir, ¿no es así?

Le lanzo una sonrisa traviesa al otro lado de la mesa. Su expresión se vuelve seria y su mirada advierte "sé que estás tramando algo, no te atrevas".

–Oh, *Dios mío* –exclamo con voz bien alta–. ¡Te pareces *mucho* a la princesa Iris!

Las personas que están cerca nuestro se voltean y abandonan sus conversaciones.

–¡Es cierto!

–¡Ay, eres tan encantadora como ella!

–¡Es asombroso!

Iris inhala profundo y gesticula "te odio" con los labios antes de voltear hacia la persona que está más cerca, con una pequeña sonrisa.

–Me lo dicen seguido. No me molesta. Ella es adorable, ¿verdad?

–En extremo –dice una anciana. Está ayudando, a quien debe ser su nieta, a decorar una serie de galletas de jengibre con forma de renos. La proporción del glaseado sobre la galleta se inclina irrevocablemente a favor del glaseado–. Aunque debo admitir que ninguno de ellos es digno de ella.

Cierro la mano en un puño para evitar extenderla hacia Hex, pero oigo su fuerte resoplido.

–¿Ninguno de los dos príncipes? –pregunto como un tonto.

La mujer me da un golpecito en el brazo, con gesto amigable.

–No me digas que todavía no has votado. Creí que yo era la única que faltaba. Ha sido todo lo que *Navidad Investiga* ha publicado durante días.

–¿Votado? –Ahora mi confusión es genuina.

–¡Oh, cielos! –Una joven que está al otro lado de la mesa se inclina hacia mí–. ¡Tienes que votar por el príncipe de Halloween! ¡*Tienes* que hacerlo!

–Ay, ¡por favor! –El chico que está junto a ella pone los ojos en blanco–. Él jamás estará a la altura. ¡Es obvio que nuestro príncipe de Navidad ganará! ¡NAVIDAD!

Un vitoreo recorre la mesa, un pequeño cántico de "¡Navidad! ¡Navidad!".

Todos se ríen de buen humor, pero el ambiente ha cambiado por completo para mí.

–¿Están votando con quién se casará Iris? –insisto.

La primera mujer se vuelve hacia a mí con un destello de conspiración en los ojos.

–No afectará *en realidad* la decisión final, pero es divertido. ¡Tal vez se tome en serio nuestras opiniones! Quién sabe cómo deciden esas cosas.

Okey, reflexionemos sobre las cosas buenas que he descubierto: nuestro pueblo no parece odiarnos. Anotado.

Pero tampoco parecen tomarnos como personas. Votar con quién se casará Iris en un maldito periódico. ¿Es eso mejor que lo que papá nos está haciendo?

–¿Cómo pue…? –Me detengo a tiempo; me humedezco los labios–. ¿Qué opinan de ellos? De la… realeza, quiero decir.

Podría haberlo preguntado de forma menos obvia, pero por fortuna la mujer está distraída con el progreso de su nieta con la galleta.

–Son adorables, desde luego… Oh, ¡tesoro! Ya es suficiente con las chispas de chocolate…

–¿No cree que todas esas fotografías de ellos son un poco… forzadas?

La mujer voltea a verme, pero niega con la cabeza. El chico y la chica que están frente a mí escuchan mi inquietud y me pregunto si estarán ebrios, porque se echan a reír al instante.

La joven abre su teléfono y comienza a buscar.

–Emm…, no son *forzadas*, digo, ¡mira esas sonrisas! –Me muestra su pantalla. Es una imagen de *Semanario de Fiestas* que tomaron de la sesión de patinaje. Iris y Kris están sobre la pista y se ven legítimamente felices. La chica vuelve a guardar su teléfono–. Pero sí…, extraño las fotografías de las andanzas del príncipe *Coal*. Se ha ablandado demasiado.

Se me cae el alma a los pies.

–No empieces *otra vez* con él –dice el chico–. Es algo bueno que no esté desprestigiando la reputación de Navidad.

–¿Cómo que desprestigiando la reputación? –Me odio a mí mismo.

La chica sacude la cabeza, dándole un golpe a Iris en la cara con sus trenzas, quien se estremece por completo ante el impacto.

–Ay, es que jamás ha sido *de confianza*, ¿sabes? –Mientras habla, usa un bastón de caramelo como si fuera una varita–. Es divertido, seguro. Pero ¿qué hará por Navidad? ¿Puede mantenerse a la altura de lo que ha hecho su padre?

–Sí… –replico–. Claro. El, em, Santa reinante… Es un tipo bastante grandioso.

–¿Grandioso? ¡Ja! –Se pone las manos alrededor de la boca y exclama–: ¡El rey!

A un lado y al otro de la mesa los gritos de hurra la siguen. Hurras genuinas.

–No reaccionarían *así* si fuera solo *grandioso* –explica–. ¡Él ha hecho cosas por Navidad que ningún otro Santa hizo!

–¿Como por ejemplo…?

Mi pregunta parece sacarla de su estupor por un instante.

–Ah. Em… La alegría está subiendo, por los cielos.

–Entonces, si el Santa reinante dijera algo como, no lo sé: "Oigan, llevaré la alegría de Navidad a nivel global, tendremos magia ilimitada para todos, pero para conseguirlo vamos a absorber a otras Festividades", tú dirías…

Este es, para sorpresa de nadie, el momento en que se quiebra la conversación.

–¿Qué te sucede? –pregunta la chica–. Santa jamás haría eso. Somos *Navidad*. ¿Cuál es tu problema?

–Nada, ninguno. Yo… tan solo visito desde Año Nuevo.

Suelto el otro nombre y evalúo su reacción.

Su confusión no se disipa, pero se encoge de hombros como si eso tuviera sentido, como si fuera obvio que un bicho tan raro no fuera de aquí.

–Bueno, bienvenido a Navidad. *¡Navidad!* –Se voltea para comenzar otra ronda de vitoreo y, sí…, está ebria.

No puedo basar la actitud de todo el Polo Norte en esta sola conversación, pero el hecho de que la mesa entera reaccione a sus hurras con el mismo entusiasmo es como una patada al estómago.

Esta es la imagen que mi padre ha trabajado en crear. Una perfección que va un paso más allá de lo mortal, con él como ese salvador venerado, yo como un niño rebelde en quien no se puede confiar y, Kris, inexistente. En verdad nunca detestó mi imagen negativa frente a la prensa, ¿verdad? En cierto punto, es probable que quisiera que continuara metiéndome en problemas, excepto cuando eso puso en riesgo a Navidad.

El único lado positivo es que la joven pareció horrorizarse ante la idea del chantaje. Al menos tengo eso.

Iris también se ha puesto seria. Kris le susurra algo al oído y ella asiente, adoptando esa entrenada expresión estoica.

–¡Navidad! –exclamo imitando las hurras, sin energía.

Hex me da un empujoncito. El contacto me abstrae de mi espiral tan de golpe que suelto un gemido de alivio.

–Toma. Hice esto para ti –dice.

Extiende un plato. Sobre él hay un hombrecito de jengibre, o lo que hasta hace poco era un hombrecito de jengibre. Ahora tiene una pierna amputada y está cubierto con glaseado verde. Unas chispas de chocolate negro le sirven de ojos y de boca abierta. Hay un pegote de glaseado rojo en la pierna que le falta y yo me echo a reír.

–Hiciste una galleta zombi.

–Navidad y Halloween. –Sonríe.

Este sería el momento perfecto para preguntarle qué piensa de *nosotros*. Del *después*. Porque habrá un después, todo esto funcionará, nada hará implosión. Y en ese después…

Dios, quiero que haya un nosotros.

Pero Hex pasa sus dedos por la abertura de mi abrigo, interpretando mal mi tensión.

–Arreglarás esto. Lo que opinan de ti.

Siento que me aplasta, como una roca pesada. Porque eso es lo que *debería* preocuparme. Y así es. También. Si los problemas fueran abejas, yo sería un maldito panal.

Me rasco la nuca.

–Tuve mis razones para dejar de leer lo que decía la prensa de nosotros. Pero supongo que debería comenzar a hacerlo otra vez, ¿eh? Ver qué está informando mi padre. O… –Aspiro el aire con olor a galletas azucaradas y la dulzura propia de Hex, su calidez cítrica–. O sigo haciendo lo que creo que arreglará las cosas, porque gastar energía en estupideces de relaciones públicas me da migraña.

–Deberías preocuparte por lo que piensa tu pueblo de ti.

–Los hemos estado manipulando durante *años*. ¿Cómo puedo deshacer eso? Y la peor parte es que yo estuve favoreciendo activamente la imagen que mi padre creó de mí.

–Ya estás tomando medidas para deshacerlo. –Me toca la barbilla–. ¿Te das cuenta de lo adecuado que eres para este trabajo, como Santa? Haces felices a las personas. Las haces reír. Les brindas alegría. Tú puedes con esto, Coal. No sucederá de la noche a la mañana, pero puedes comenzar por cambiar sus opiniones ahora que conoces la historia en la que creen.

Mis ojos buscan los suyos, saltan de uno al otro, dejando que él se centre en mí.

–¿Cómo estás tan seguro? No creo haber tenido nunca ni la mitad de la convicción que pusiste en lo que acabas de decir, y tú tienes esa convicción sobre absolutamente *todo*.

Hex se encoge de hombros con otro de esos gestos sencillos, de desdén. Sé que es una señal de que sus verdaderas emociones están agitándose con fuerza y rapidez bajo su superficie.

–¿Te gustaría saber cuál es mi secreto? –pregunta. Toda nuestra conversación ha sido en voz baja, pero yo me inclino más, atraído hacia él.

–Siempre. Cada uno de los secretos que tienes.

Sus dedos están todavía en mi barbilla. Me voltea la cabeza y presiona los labios contra mi oreja. Un escalofrío me recorre la espalda al sentir el rastro de su respiración sobre mi piel.

–Lo finjo hasta creérmelo –susurra–. Todos usan máscaras, ya sea porque posan para las fotografías o solo porque están tratando de sobrevivir al día. Entonces, mi máscara consiste en que jamás dejo que se muestre mi verdadera inseguridad porque, a menudo, lo que me causa incertidumbre se resolverá por sí solo una vez que no encuentre resistencia en mí.

Muevo la cabeza, dejando que sus labios me rocen la mandíbula.

–¿Alguna vez te dije lo increíblemente sensual que suenas cuando hablas?

–¿Cuándo hablo? ¿Te refieres a todo el tiempo o en momentos específicos…?

–Todo el tiempo. Cada palabra que dices. Catastróficamente candentes y tan sabias que podría ponerme a llorar.

Hex sonríe con satisfacción y las mejillas se le encienden.

–Yo te conté un secreto mío –dice, echándose hacia atrás–. Como pago, quiero un secreto tuyo.

Le corto la cabeza al zombi de jengibre y me la como.

–Dispara. Soy un libro abierto.

–¿Por qué no tienes confianza en ti mismo?

Me detengo a medio masticar, con la boca llena de canela, nuez moscada y glaseado de vainilla.

–Tienes mucho que ofrecer –insiste Hex–. Y no eres un tonto, sabes que eres bastante capaz, bastante inteligente. Careces de confianza de una manera que tiene muy poco sentido.

Lucho por reprimir una de mis típicas sonrisas encantadoras.

–Por favor, exudo confianza.

–*Proyectas* confianza. Pero detrás de eso dudas de ti mismo.

Él apoya la mano sobre mi muslo. Con gentileza, sin presionarme. Y por el modo en que se queda en silencio, sé que me esperaría, que me daría espacio, al igual que yo hago con él.

–Yo no soy un pilar –digo. Acaricio sus dedos con los míos, doy vuelta su mano y trazo las líneas de su palma.

–¿El pilar?

–El confiable. Ese es Kris. Y acabo de darme cuenta de que ese es el rol del que él se hizo cargo, el de cuidador. Y claro que me carcome la culpa. Porque yo siempre fui el gracioso. El que lo hacía reír. Y la única vez que *intenté* ser algo más, arruiné todo. A grandes escalas. –Dudo. La renuencia y la vergüenza me invaden, pero aprieto los dientes y digo bajando la mirada hacia la banca–: ¿Has escuchado hablar del colapso económico en Nueva Koah?

Hex queda en silencio por un momento.

–¿Hace algunos años?

–Sí… Ese fui yo.

–¿Ese fuiste… tú? ¿Cómo?

El aire me quema los pulmones como brasas.

–Me las ingenié para que todos los deseos pendientes de Navidad se cumplieran en la ciudad capital y la economía entera del país quebró por eso.

Necesitaba contarle. Él se merece saber con qué tipo de chico está… haciendo lo que sea que está haciendo. Pero en el momento en que las palabras quedan en el aire, me doy cuenta de que estoy admitiendo el error más grande que jamás he cometido a la persona más dueña de sí misma y responsable que jamás haya conocido. Probablemente su reacción será puro asco, de haberme permitido tocarlo. Y no puedo evitar que las brasas ardientes de pánico me atraviesen el rostro.

La expresión de Hex se vuelve seria.

–Eso fue en la noche que nos conocimos –adivina. Sus cejas se relajan mientras la conexión toma forma–. *Eso* era de lo que estabas hablando.

–Yo… Sí…

Él sonríe. *Sonríe*.

–Ahora nuestra conversación tiene mucho más sentido.

Yo me quedo boquiabierto con un descaro embobado.

–¿Eso es todo lo que tienes para decir?

–¿Qué debería decir?

–¡Lo jodido que fue lo que hice! –Mi voz se quiebra y siento que las personas se voltean a mirar, pero no me importa, no me puede importar, todo mi ser está encadenado a esta conversación en este

momento–. Que fue peligroso e irresponsable y… Estás tan calmado. No… no lo entiendo.

Él se acerca sobre la banca y aprieta mi mano entre las suyas.

–Coal. Mírame.

Pero yo no lo hago. Me quedo mirando fijo el modo en que me sostiene los dedos, entrelazados con los suyos.

–¿Por qué lo hiciste? –pregunta.

Y *eso* levanta mi mirada como un misil. Nadie, *nadie* jamás me ha preguntado eso. Todos solo saltan para acusarme de lo tonto que fui o para recordarme cuáles fueron las repercusiones.

–¿Acaso importa? –susurro.

–Para mí, sí –asiente Hex.

Yo aguardo. Le doy otro momento para darse cuenta de que debería estar horrorizado. Luego busco en el bolsillo y extraigo mi teléfono.

Con mano temblorosa, busco con el pulgar entre las imágenes guardadas hasta que encuentro una. La única. La imagen de la carta que había sido mi factor decisivo.

Querido Santa:

Papá se fue y no creo que esta vez vaya a regresar. En realidad, quiero que mi mamá tenga algo de dinero para Navidad, así no tendrá que preocuparse por que él nos ayude, ¿okey? Todos los niños en la escuela se ríen de mí porque todavía creo en ti, pero sé que tú nos ayudarás porque mamá dijo que yo soy siempre muy bueno. A cambio de que la ayudes un poco, renunciaré a todos los juguetes que me dejes para siempre.

Le muestro la carta a Hex y lo observo mientras la lee. Su expresión se derrite, se hunde en la tristeza que yo sentí la primera vez que la leí. Diablos, la misma tristeza que todavía siento al leerla.

–Hay miles de cartas así en nuestra base de datos. –Mi voz suena delicada como la porcelana, tanto que no la reconozco–. Esta ni siquiera es la que más te estruja el corazón, ni por lejos, y yo no podía… Tenía que hacer algo. *Tuve* que hacerlo.

La atención de Hex sube a mis ojos.

–Tú no cumpliste los deseos para lastimar a esos niños.

Estoy a medio guardar el teléfono de vuelta en mi bolsillo cuando el comentario me sacude.

–¡Cielos, no! Claro que no…

Él levanta una mano.

–Voy a un punto, te lo aseguro. Tenías buenas intenciones. Y no, las buenas intenciones no siempre son suficientes. Pero no creo que lo que hiciste fuera algo irresponsable. Estuvo equivocado, tal vez. A decir verdad, no conozco muchas personas que pudieran leer una carta como esa y *no* otorgarle lo que sea que el niño quisiera. La diferencia está en cómo procedes ahora, en qué haces después. Si continúas haciendo las cosas sin considerar las consecuencias, o si te rehúsas a promover algún cambio y te rindes frente a la autocomplacencia. Entonces sí pensaría que eres irresponsable. Pero, Coal, estás aprendiendo de tu error y sigues *intentándolo*. Es algo valiente y admirable y es exactamente lo que cada Festividad necesita de su líder.

"Valiente" y "admirable" se unen a "honorable" y yo estoy aquí sentado junto a él, incapaz de comprender cómo es que me ve de ese modo. Casi me pongo a discutir con él, a enumerar todas las razones por las cuales no soy ninguna de esas cosas. "Mira, este es el motivo por el cual no deberías confiar en mí, por el cual soy demasiado desastroso como para llegar a ser *admirable"*. Maldición.

Pero él me aprieta la mano otra vez, juega con el anillo que tengo en el pulgar, y todo lo que me ha dicho ha tenido un propósito desde el principio. Hex no habla sin evaluar las posibilidades y la verdad de lo que dice, así que no diría algo equivocado.

Él me ve como alguien honorable, valiente y admirable y, en este momento, me permito creer que en verdad soy ese hombre.

Me arden los ojos. Resoplo, con fuerza, y desvío mi atención hacia las personas que nos rodean. Iris y Kris están conversando con un grupo en la mesa de al lado, cumpliendo con nuestra misión mejor de lo que yo lo estoy haciendo. Pero me quedo mirándolos fijo hasta que puedo volver a controlar la respiración, hasta que sé que puedo volver a hablar sin desmoronarme.

–Si necesitas hacer una broma –susurra Hex–, estaré encantado de ayudar.

Suelto una carcajada. Ese sonido rompe toda la marea de estrés acumulado y lo miro con un inmenso alivio y una gratitud delirante.

Al diablo con todos los que están a nuestro alrededor. Al diablo con lo que me pueda alejar de él en este momento.

Sostengo su mandíbula en la palma de mi mano y lo beso. No de manera incontenible, como lo haría en privado. Es una conversación, es un "gracias, tú haces que quiera ser la persona que crees que soy". Un simple y suave encuentro de labios y lengua, el sabor compartido a glaseado de vainilla y galletas especiadas. Se siente inadecuado, pero cuando me aparto, su sonrisa no lo es para nada, sino hermosa y brillante.

Con la frente contra la suya, miro nuestras manos, todavía entrelazadas.

–Nuestra madre se fue cuando yo tenía ocho –digo–. Kris tenía siete.

Veo a Hex intentar girarse para mirarme sin separar nuestras frentes.

–Y no hubo cantidad de supuesta perfección o de alegría que la detuviera ni que la trajera de regreso –continúo–. La alegría es una potente fuente de magia, pero durante mucho tiempo, estuve convencido de que no era tan poderosa como la decisión estúpida y egoísta de una sola persona.

Hex se lleva mi mano a los labios y me besa el pulgar, el que lleva su anillo.

–No. La alegría triunfa, siempre.

Yo me echo hacia atrás para ver su rostro.

Él me sonríe, con suavidad y tristeza. Y sé que está pensando en su hermana, en cómo la arrebataron de él porque alguien también tomó una decisión estúpida y egoísta.

–Estoy comenzando a creer en eso –susurro–. Gracias a ti.

–¿Gracias a mí? –pregunta con una sonrisa un poco torcida.

–Pero te equivocaste con respecto a algo.

–Lo dudo.

–Dijiste… Oh, qué gracioso. Hablo en serio. Dijiste que somos administradores de las cosas que ayudan a la gente a soportar cualquier cosa terrible a la que tengan que enfrentarse.

Asiente.

–No somos solo administradores. Nosotros también las merecemos. Merecemos sentir esta felicidad, sentir esta alegría, sentir esta *magia*. Es tan nuestra como del mundo.

–Y, aunque no lo fuera… –Sus ojos todavía siguen siendo suaves–, esa es la razón por la que luchamos tanto por nuestras Festividades. Porque somos las luces que ayudan a las personas cuando están en sus peores momentos. Somos lo que queda para levantarlas cuando todo lo demás parece sombrío.

–En verdad crees que tenemos un propósito superior. Que todo saldrá bien.

–Sé que así será.

–¿Incluso cuando te obligaron a venir aquí como un peón político? ¿Incluso cuando mi padre amenazó a Halloween? ¿Cómo es que alguna de esas cosas ayuda a llevar alegría al mundo?

Los labios de Hex se elevan e iluminan todo su rostro.

–Sí trajo alegría, Coal. Nos unió a nosotros.

Es cierto, maldita sea.

Lo vuelvo a besar.

Porque tengo que hacerlo. Porque puedo. Porque tiene razón.

Y entonces, me aparto de él, lo cual implica todo un acto de fuerza increíble, a decir verdad, y me uno a mi hermano y a Iris que conversan con la gente, porque todo esto también funcionará.

No dejaré que nada más interfiera.




CAPÍTULO DIECISÉIS

–¿Y qué hiciste hoy?

Ah, la pregunta más capciosa, en particular cuando responderla implica contar que uno se está preparando para dar un golpe de Estado. Pero, digamos que es solo uno pequeño.

Papá está sentado a la cabecera de nuestra enorme mesa de comedor, con su imponente presencia carmesí. Yo estoy a su derecha y su pregunta hace que mi cuerpo se congele a mitad de un bocado.

Toda nuestra corte y algunos reporteros están desparramados a lo largo de esta voluminosa mesa de caoba. En ella sirvieron los mejores platos de Renee, bajo las luces titilantes de los candelabros de techo dorados. Los utensilios chocan contra los platos, las voces murmuran conversaciones vacías, pero alrededor de una decena de personas en esta punta de la mesa puede oír la pregunta de papá. Incluyendo a Kris, que está cerca. Iris está frente a mí, junto a su padre y, Hex, al otro lado de Neo.

Llegamos con tiempo de sobra para cambiarnos para la cena. Y todos acordamos en *venir* a cenar; es una ocasión casi formal para celebrar el cumpleaños de uno de los lores de la Casa Villancico. Y aunque la magia de Hex había funcionado y nadie nos estaba esperando en mi suite para regañarnos, me siento sin aliento.

¿O será que papá está hablando de la visita a Planificación de Rutas? Guau, estoy perdiendo la cuenta de todas las cosas por las

que me podría reprender. Casi como en los viejos tiempos, realmente.

–Ah, em…, finalicé el cronograma de clases para el último semestre –respondo. Luego me doy cuenta de que, en efecto, necesito finalizar el cronograma de clases para el último semestre. Estoy casi seguro de que he perdido un par de fechas límite clave.

Papá enarca una ceja. Hay un momento en el que espero que explote contra mí, que haya descubierto lo que estoy haciendo, pero le sostengo la mirada. Lo hago porque, por primera vez en nuestra relación, *sé* que estoy en lo correcto, acerca de todo.

Quería que fueras mejor.

Ahora, simplemente seré mejor por ti.

Con todas las otras personas con las que Kris y yo hablamos en la ciudad se sintió igual que con la primera pareja: Navidad es superior, nuestro rey es tan grandioso que caga guirnaldas, por qué es el mejor, él ES el MEJOR, cómo te ATREVES A CUESTIONARLO.

Fue cada vez más desgarrador ver que papá ha infundido, con mucho éxito, no solo una lealtad inquebrantable en nuestro pueblo hacia Navidad, sino también devoción hacia *él*. Aunque todos a los que me atreví a mencionarles cualquier chantaje o método turbio parecieron horrorizados por la sola idea, como si fuera más factible mudar todo el Polo Norte a un desierto que el hecho de que Navidad pudiera hacer algo así.

Intento apoyarme en lo que dijo Hex acerca de no cambiar nada de la noche a la mañana. Este es un juego largo, pero tiene que comenzar en los sitios donde las personas están sufriendo más: desarmando el embargo de alegría de Navidad. Evitando que papá pueda cumplir con sus amenazas de chantaje quitándole su poder. Todo lo demás vendrá después. Un paso a la vez.

Valiente, admirable, honorable.

Con un golpe de esperanza, le sonrío a mi padre.

–Muy bien, Nicholas. Responsable –comenta asintiendo.

–Me pareció el mejor modo de usar mi tiempo. –Regreso a mi plato y lanzo una mirada hacia Hex en el trayecto.

Se puso otro chaleco de corsé para la velada. Uno distinto. Negro, como siempre, pero con costuras verticales en un tono naranja

intenso, profundo, y sobresale el cuello de la camisa negra por debajo. La mesa solo deja ver la mitad de su pecho, pero yo lo vi entrar. Sé muy bien cómo esa bendita prenda convierte su cuerpo en una flecha que apunta hacia abajo, muy abajo, tan apretadamente hacia *abajo*.

Tengo el teléfono sobre mis muslos y, sin llamar la atención, abro la conversación con él.

COAL

sabes perfectamente lo que me estás haciendo, no es así?

Hex baja la mirada a su regazo.

HEX

¿Haciendo qué? Sé más preciso, hago muchas cosas.

COAL

esos chalecos de corsé, esos malditos chalecos de corsé del demonio

HEX

Guau, ciertamente parecen inspirar una fuerte reacción en ti.
¿Acaso es un Coal enfadado al que estoy viendo?

COAL

oh, no, este es un lado mío con el que ya estás bastante familiarizado a estas alturas

ese que hoy quería estamparte contra la pared del patio y besarte agresivamente a riesgo de que nuestras bocas se congelaran juntas
o hacer esto

Espero a que él levante la mirada para verme.

Entonces, dejo que una gota de salsa caiga de mi tenedor y choque contra mi pulgar. Levanto ese pulgar, el que tiene el anillo de él, y me lo meto entero en la boca.

Lo saco perezosamente.

Sus ojos se abren de par en par.

Dios, soy tan torpe, qué bochornoso.

Hex baja la mirada a la mesa, con los nudillos blancos de la fuerza con la que se aferra a la copa de agua y los labios apretados, reprimiendo una sonrisa demasiado parecida a la mía.

Papá le pregunta algo a Neo. Nadie me está observando, así que dejo que mis ojos sigan posados en Hex, hasta que por fin me lanza una mirada divertida de enfado y sacude la cabeza con lentitud.

Yo levanto las cejas en dirección a él, deleitándome con el rubor rosado que le sube a las puntas de los pómulos. Pero todavía no he terminado.

COAL

sé lo que dirás: pero coal, bestia sexy, si nuestros labios hubieran corrido el riesgo de congelarse juntos, entonces de ninguna forma hubiéramos podido hacer ESO afuera
a lo que agregaré: es una fantasía, hex, bestia aún más sexy, déjame retratarte una imagen con palabras
imagina que el patio está vacío, porque yo no comparto.
imagina que lentamente te desnudo debajo de uno de esos costosos calefactores hasta que quedas temblando y suplicando, e imagina que te caliento de la cabeza a los pies con solo poner una parte de tu cuerpo en mi boca

Contemplo su reacción mientras lee; sus ojos saltan de una punta a la otra de la pantalla de su teléfono.

Su labio inferior rueda debajo de sus dientes. Se acomoda en el asiento, cruza una pierna sobre la otra y yo apenas puedo contener un grito de victoria.

No vuelve a mirarme y veo que lucha por no hacerlo, mordiéndose el labio con agresión.

HEX

Qué imaginación tienes.

COAL

solo cuando tengo la musa apropiada

HEX

Aunque estoy confundido, ¿qué rol tendría la salsa en ese escenario?

COAL

la salsa es una metáfora

HEX

¿De?

COAL

"ya lo lamí, ahora es mío"

Hex suelta una carcajada. Una aguda y repentina que resuena por encima de la mesa. Mi rostro se enciende con una sonrisa imprudente, eufórica. No lo había oído emitir ese sonido antes. Lo agrego a la lista de ruidos que es el propósito de mi vida volver a provocar en él.

Todos en la mesa se quedan en silencio mientras miran a Hex, al no ver nada gracioso, vuelven gradualmente a sus conversaciones. Las mejillas de Hex están rojas. Bebe un sorbo de agua, fingiendo ahogarse con algo, como si eso explicara lo que claramente fue una risa.

Tengo que llevarme una mano a la boca para ocultar mi radiante sonrisa de satisfacción. Cielos, me encanta verlo así, como si no supiera que es capaz de esta clase de felicidad y le sorprendiera disfrutarla. Mi atención se arrastra por toda la mesa, pasando por todos los miembros de mi corte. Aunque cada parte de mí quiere continuar provocándolo.

En el momento en que mi atención se desvía, me enderezo sobre la silla. Hex y yo podemos estar sumidos en la felicidad de una relación secreta, pero el ambiente para todos los demás es... Bueno, es aburrido, eso es lo que es.

Veo a un miembro de la corte bostezar.

Hay música de fondo, pero es como la versión de elevador de las canciones de Navidad.

Iris continúa lanzándole miradas a su padre, con la frente arrugada de preocupación pensativa.

Kris está comiendo con desgano, con la vista perdida en el espacio.

Honestamente no puedo decir de quién se supone que es el cumpleaños: nadie parece ni remotamente festivo. Es una diferencia tan cruda y discordante con la Ciudad del Polo Norte y toda aquella felicidad genuina. Y aquí es *siempre* así; nuestros eventos están saturados de farsas performáticas, porque están destinados a ser exhibiciones formales de lo mejor que Navidad tiene para ofrecer.

Desalmado a más no poder.

Las cosas van a cambiar, ¿verdad?

Van a cambiar.

Golpeo las palmas contra la mesa y me pongo de pie de un salto.

–Pasemos a la siguiente parte de la velada, ¿sí?

Papá me lanza una mirada fruncida de desaprobación.

–¿Nicholas?

Él desea tanto tener el crédito por lo grandioso que le va a Navidad. Él quiere ser el único destinatario de la adoración de nuestro pueblo.

A mí me da igual, a decir verdad. Jamás me ha importado nuestra imagen pública. Así que, si eso nos lleva a donde quiero ir, que se quede con cada gramo de crédito.

–Mi padre ha preparado una sorpresa para todos nosotros –exclamo–. Si gustan seguirme.

Papá me toma del brazo.

–¿Qué estás haciendo? –Su expresión se mantiene calma y decente, pero sus palabras son duras como el acero.

–Confía en mí –respondo, con la esperanza de que mi voz no tiemble, pero él aprieta la mano alrededor de mi muñeca–. Soy el nuevo Nicholas, ¿recuerdas?

Por un momento, mi determinación se vuelve un poco resbaladiza y débil ante su mirada fulminante de crítica. Incluso con todos en la mesa observando. Incluso con los reporteros merodeando, como siempre.

Él no confía en mí y no tiene ningún motivo para hacerlo, y eso me deja en la peor posición. Ya sé cuán lejos es capaz de llevar las cosas. Pero siempre hay un *más lejos*. Siempre hay algo *peor*. Y cada una de esas posibilidades cuelgan sobre mí mientras mi mente se queda en blanco, de aquel modo incapacitante, donde vuelvo a ser un niño y me doy cuenta de que tengo que comenzar a tener miedo de mi padre, porque la ausencia de mi madre ha cambiado algo fundamental dentro de él.

Pero entonces dice:

–Sí. Podemos retirarnos.

Me suelta y se pone de pie.

Mi pecho se desinfla. Comienzo a acercarme a la puerta y, de manera gradual, todos en la mesa me siguen. Se oyen las sillas al arrastrarse hacia atrás.

En algún sitio a mis espaldas, alguien susurra con cierto tono lastimero:

–Pero ¿qué hay de mi pastel de cumpleaños?

Hago un gesto de dolor, pero los llevo a todos hacia la puerta. Papá se queda muy cerca de mí, con la mirada quemándome el cráneo mientras yo avanzo por el palacio…

… e ingreso a la sala de proyecciones.

Kris y yo solemos holgazanear aquí entre los eventos de Navidad con videojuegos. Mientras sostengo la puerta y me hago a un lado, veo que muchos miembros de la corte miran la sala como diciendo: "Guau, no tenía idea de que esto estaba aquí".

No tiene el tamaño de una sala de cine real, pero sí muchas butacas reclinables, una pantalla gigante en el fondo y una máquina de palomitas de maíz.

Mientras todos van ingresando, yo golpeo las manos para obtener su atención.

–Tomen asiento. La película comenzará enseguida. Ubiquen las salidas de emergencia y…

Papá se para frente a mí.

–¿Qué estamos haciendo, Nicholas?

"Estamos". Okey, no es tan malo.

–Déjame probarme. Toma asiento. Esto será bueno, lo prometo –respondo, asintiendo hacia las butacas.

Él me estudia. Lo considera.

Se aleja sin decir nada.

Kris se acerca a mí de inmediato.

–¿Cuál es tu plan?

–Algo divertido. –Encojo los hombros–. Esa cena me estaba dejando sin alma.

–¿Y en qué se diferencia eso de nuestras cenas de la corte habituales?

–En que ellos también son capaces de sentir la alegría que sentimos hoy. Y estoy completamente *harto* de fingir que no es así.

Iris se acerca, escoltada por Hex, pero nos dan espacio, como un recordatorio del regaño no tan reciente que nos dio papá a todos. El resto de la multitud está ocupada intentando descubrir cómo

sentarse en las butacas con los vestidos y esmóquines de noche que llevan puestos.

Hay una puerta que lleva a otra sala donde se encuentra el equipo de proyección, las conexiones de servicios de transmisión, palomitas de maíz extra, entre otras. Yo me dirijo hacia ella y antes les lanzo una mirada suplicante a Iris, Hex y Kris. Unos segundos después de que yo entro, ellos se escabullen conmigo.

Las paredes son negras, la alfombra aísla los sonidos y la luz tenue nos sumerge en una bruma de ensueño de la que cuesta salir tras el suplicio de la música de elevador del comedor.

Me quito con fuerza la chaqueta de mi traje, desabotono los puños y me arremango hasta los codos para que, cuando empiece a buscar en los servicios de *streaming*, se note que voy en serio.

–Alguien en la plaza mencionó que estaban dando una maratón de películas navideñas y esa parece el tipo de actividad de personas normales que haría a todos allá afuera recordar que se supone que nuestra festividad también nos trae alegría. Así que necesitaremos palomitas. La última vez que intenté usar esa máquina, quemé todo y casi morimos. Alguien más debería encargarse de eso. Y necesitamos traer el pastel de cumpleaños hasta aquí; me siento mal.

Hay una pausa.

Echo un vistazo por encima del hombro para encontrar a los tres mirándome boquiabiertos.

–Ay, vamos, que yo me haga cargo de las cosas no puede seguir sorprendiéndolos, ¿o sí?

Iris arruga la nariz.

–Sí. Jamás dejará de sorprender. Y yo no seré la que haga las palomitas.

–Yo lo haré. –Kris levanta el frasco de maíz–. También puedo avisarle a algún empleado sobre el pastel. ¿Qué película?

Busco en la lista.

–¿Rudolph? –Es la primera con la que me encuentro y tengo un vago recuerdo de haberla visto cuando era niño.

–Por supuesto que no –dice Iris, enfadada.

–¿Qué? Está en la lista de *clásicos*.

–Y es una *clásica* porquería misógina. Una de las líneas literalmente dice: "Este es trabajo de hombres". Paso.

Continúo buscando.

–Es que al menos la mitad se llaman *Santa Claus*. Ah, ¿*¡Qué bello es vivir!*?

–¿Acaso no es la triste? –pregunta Kris–. Él muere, ¿verdad?

–Necesitamos algunas con alegría navideña real. ¿Por qué está *Duro de matar* en esta lista? Aguarden, ¿una llamada *Noche de paz*? Miren, hay una familia en la portada.

–Tienes que estar bromeando.

Los tres nos volteamos en dirección a Hex. Tiene las cejas levantadas como en un triángulo de confusión.

–*Noche de paz* es una película de terror –dice como si estuviera casi esperando que todos nos echemos a reír y decir que era una broma.

Como nos quedamos mirándolo fijo, él entrecierra los ojos.

–¿Cuántas películas navideñas han visto?

–Tal vez dos o tres. Cuando éramos niños. –Ladeo la cabeza–. *Rudolph* de seguro. La de Charlie Brown. Y una sobre un papá enfocado en su trabajo que intenta conseguir el obsequio perfecto para su hijo, como si eso fuera a compensar su ausencia durante los 364 días restantes del año.

Por un instante, Hex parece mortificado. Se lleva las manos al rostro y exhala frustrado en el hueco de las palmas.

–Muy bien. –Me aparta de la pantalla–. Háganse a un lado.

Le doy apenas unos centímetros de espacio, lo que lo obliga a pararse justo contra mí. Me empuja con el hombro y luego comienza a buscar.

–Aquí. –Se detiene sobre la portada de una llamada *Un príncipe de Navidad*–. Es divertida y tranquilizará a todos en aquella sala. Hay secuelas, si de verdad quieres una maratón. Podemos…

Ve mi sonrisa burlona y mis ojos muy abiertos.

–¿Qué?

–¿Cómo conoces esa película? –pregunto.

Él observa mi diversión creciente con resignación, como si supiera que me voy a burlar de él sin importar lo que diga, pero no tiene

opción.

–Tienes que entender –comienza a decir, con la lengua presionando en una de las comisuras–, que hay solo unas pocas comedias románticas de Halloween. Supongo que Pascuas podría decir lo mismo.

Iris entrecierra los ojos ante la idea.

–Oh, por Dios. Tienes razón. ¿Por qué Navidad también tiene que apoderarse de *eso*? Son un asco.

–Es una realidad ignorada –comenta Hex–. Halloween es sumamente romántico.

–Estoy de acuerdo –digo–. ¿Así que a ti te gusta estudiar a las Festividades a través del cine, o…?

Hex toma aire y tironea del borde de su chaleco, reprimiendo una sonrisa. Yo lo observo hasta que él responde:

–Claro. Digamos que es eso.

Iris es la primera en soltar una risita.

–¡Hex es fanático de las películas navideñas!

–Dios mío. –La sonrisa de Kris es inmensa–. Eres un *grupi* de Navidad, ¿verdad? *Por eso* andas detrás de mi hermano. Sabía que no podía ser por su personalidad.

–Estoy lejos de ser un *grupi* –replica Hex–. Tengo tres hermanos pequeños para quienes, contrario a nuestros mejores intentos por recordarles las implicancias diplomáticas que esto tiene, su Festividad cuenta con aspectos *atractivos* y… –Suelta con fuerza un suspiro que le hace crujir los huesos, entonces agrega–: No hay modo en que pueda salvar mi dignidad después de esto, ¿no es así?

Aún bajo la luz tenue, veo que se sonroja y es tan lindo. Engancho un dedo en la cintura de sus pantalones.

–Te gusta mi Festividad –digo como si tuviera seis años y estuviera burlándome de él en un patio infantil–. Te *guuuuuusta* mi *Festividaaaaad*…

–Deberías estar más preocupado por el hecho de que un príncipe de Halloween te haya superado en un conocimiento fundamental de las tradiciones navideñas modernas –espeta Hex.

Yo me quedo pensando un momento, luego pego mi rostro contra el costado del suyo.

–Te *guuuuuusta* mi *Festividaaaaad.*

Él me empuja, pero con poca fuerza.

–Eres insufrible.

–Y tú adorable.

–Y yo creo que es hora de las palomitas –interrumpe Iris–. Parece que las haré yo, después de todo. Permiso.

Ella le quita el frasco de las manos a Kris y sale de la sala.

Se hace un instante de silencio.

–¿Acaso se molestó? –pregunta Kris.

No le he contado lo que me dijo Iris, lo de que solía querer un romance apasionado como el de sus padres pero que ya no cree en eso. Me hace picar la lengua la necesidad de *contarle* para que corra hacia ella, le confiese sus sentimientos y así termine con el sufrimiento de todos.

Pero Iris es mi mejor amiga y él es mi hermano, y esa, la extraña línea por la que siempre tengo que caminar entre ellos.

Todo lo que puedo hacer es sacudir la cabeza.

–Sí, tal vez… Puedo hablar con ella después.

¿Y decirle *qué*? ¿Que mi hermano está dispuesto a ayudarla a redescubrir su fe en el amor? Hablando de comedias románticas navideñas.

Aunque, quién soy yo para hablar.

Kris se rasca la nuca.

–De acuerdo. Entonces, yo me encargaré del pastel –dice y se va.

Yo pongo a reproducir la pantalla del proyector. Afuera, en la sala de cine, las luces se vuelven tenues automáticamente y el sonido de inicio de la película retumba en los altavoces.

–Así que ¿*Un príncipe de Navidad*? –Sonrío en dirección a Hex.

–Para tu sorpresa, no es una película acerca de *ti* o de ningún príncipe de Navidad. Tiene un nombre bastante decepcionante.

–La has visto antes.

–Eso quedó claro.

–¿*Esperabas* que fuera una película sobre mí?

Él pone los ojos en blanco.

–Es admirable cómo tu ego puede caber en esta sala de proyecciones. La vi antes de venir aquí.

–Pero ¿después de que nos besamos en el callejón?

–Es posible. –Se muerde los labios.

Lo abrazo por las caderas y me aprieto contra él.

–Estuviste mirando películas sobre mí. Yo te *gustaaaaaba*. Y te gustaba mi Festividad.

–Burlarte de mí por estar interesado en ti es una forma de mofarte muy poco efectiva después de todo lo que hemos hecho.

–No, eso fue antes… Aguarda, ¡ay, Dios mío! Lo admites. ¡Gustabas de mí!

–¿*Gustaba* de ti? ¿Acaso tenemos doce años? ¿Y tú *gustabas* de mí? –Niega con la cabeza–. No, no lo hacías, ¿verdad? No sabías quién era yo.

Pero yo me echo a reír, me inclino hacia él y beso su cuello.

–Sí lo hacía. Estaba interesado en ti. No en el príncipe de Halloween. Solo… en ti.

Él se aparta.

–¿En serio? –Su tono cambia de la burla al asombro.

–¿Por qué te sorprende?

Hex se queda quieto; sus ojos miran entre los míos, con inseguridad, o tal vez timidez. Así se ve mucho más joven, como si en un santiamén estuviéramos de regreso en aquel callejón, en la oscuridad bajo el aire caliente del verano.

–No tenía idea de quién eras –replico–. Pero todo lo que sabía, todo lo que necesitaba saber, era que tú hiciste que los fusiles que estaban apuntando hacia mí, mis responsabilidades y mi *irresponsabilidad* y mi futuro y mis errores, se sintieran fuera de juego y por unos segundos ya no estaba condenado a explotar. Solo estaba *allí*. Contigo.

Él parpadea con rapidez, inclinándose hacia mí, con la frente apoyada en mis labios.

–¿Dijiste que era sensual cuando yo hablo? –susurra–. Difícilmente. ¿Te has escuchado?

Sonrío sobre su piel.

–Vamos. Nos estamos perdiendo de la película.

Las luces están tan tenues en la sala de cine que incluso si papá estuviera vigilando –y sé que lo está haciendo, sé que sí–, con la

pantalla en negro por un instante, Hex y yo quedamos envueltos en la oscuridad.

Busco a tientas entre las sombras y lo tomo de la mano, lo traigo hacia mí para que mis labios encuentren su oreja.

–Quiero saber qué otras películas de Navidad te agradan. ¿Qué te parece si elegimos algunas de tus favoritas y las miramos juntos?

La película envía un haz de luz blanca e inunda la sala y yo me echo hacia atrás, pero no me aparto de él. Todavía no.

Él levanta la mirada para verme, conteniendo la respiración. Ya no hay burlas.

–¿Y cuándo las veríamos?

Nuestro tiempo se está limitando con rapidez. Si todo sale bien, la fecha límite de la víspera de Navidad no será de importancia: tendré el comienzo de la cooperativa para apoyarme, podemos unirnos contra las repercusiones con las que amenaza papá y toda la bazofia de la alianza del matrimonio arreglado podrá disolverse.

Pero si pierdo el débil control que tengo sobre esta situación…, ¿qué ocurrirá?

–Tenemos más de una semana –respondo y le sonrío, esperanzado–. Y luego…

Sus ojos vuelan por encima de mi hombro.

–Tu padre nos está mirando.

Me esquiva y yo siento como si algo se hubiera deslizado de mis manos en los últimos cinco segundos, un cabo suelto alejándose de mí.

Pero sé lo delicado que es todo esto. Sé lo que podría pasar si esto nos estalla en la cara. Y el "después" está demasiado lejos aún para pensar en él.

El personal ingresa el pastel sobre un carrito. Iris se las rebuscó con las palomitas (están un poco quemadas, pero están bien) y, dichosamente, el único asiento que queda libre en la sala está cerca de la parte trasera. Es una butaca doble en la que apenas caben dos personas, pero Iris, Kris, Hex y yo nos dejamos caer sobre ella y nos acomodamos. Nos atiborramos de palomitas y engullimos el pastel de chocolate y cerezas que preparó Renee. Entonces, nos

disponemos a mirar una película que no tiene nada que ver con un príncipe de Navidad.

Solo se necesitan como veinte minutos para que el humor en la sala cambie. Al principio se oyen algunas risas perdidas. Luego, murmullos alegres, un brote generalizado de *diversión*. Hasta los reporteros se relajan en sus butacas y terminan disfrutando de la película, del ambiente.

La secuela comienza justo al terminar la primera y yo espero que las personas aprovechen la transición como una señal para retirarse.

Pero se quedan.

Se quedan y miran la segunda.

Luego la tercera.

Y para cuando esa película acaba, los miembros de mi corte están riendo, sonriendo, de maneras que no he visto… en mi vida.

Todos comienzan a irse mientras pasan los créditos de la última película. Yo me desenredo de Iris… y Hex, quien de algún modo terminó justo a mi lado. *Ay, cómo pudo suceder algo así.* Pero por fortuna nos ponemos de pie antes de que algún reportero apunte con su cámara hacia el amontonamiento de cuerpos que somos. Al otro lado de la sala, papá se excusa de una conversación.

Un reportero de *Sol Matutino de Yule* lo intercepta antes de que pueda llegar hasta mí.

–¡Rey Claus! ¿Podemos esperar más eventos de este tipo? ¡Debo decir que fue poco convencional!

Los ojos de mi padre me fulminan.

Ay, mierda. Pero el reportero continúa:

–¡En un buen sentido! Este fue un cambio refrescante.

–Veremos cómo progresa –responde papá al reportero, sosteniendo su mirada de escrutinio sobre mí, antes de asentir en mi dirección–: Buenas noches, Nicholas.

Ambos salen de la sala.

Sin regaños. Sin pausas tensas antes de gritarme por haberme sentado junto a Hex. Sin amenazas de no volver a permitir una locura como esta. Qué carajos.

Titular:

PUEDE QUE EL PRÍNCIPE NICHOLAS NO SEA UNA DECEPCIÓN ABSOLUTA PARA SU PADRE, POSIBLE APOCALIPSIS INMINENTE

Kris me da un golpe en el hombro.

–Mírate. Tomando buenas decisiones.

–Sí… –replico–. Eso parece, ¿no?

–Muy bien, yo me voy a la cama. –Iris se barre una palomita del cabello–. ¿Me las quité todas?

Tiene como cinco más pegadas por toda la cabeza.

–Sí, estás bien.

Su mirada fulminante me dice que sabe que estoy mintiendo. Me da un golpecito en la nariz.

–Buenas noches, tonto. –Hace una pausa y agrega con dulzura–: Hoy hicimos cosas buenas, Coal.

Yo asiento. Siento que se me cierra la garganta o tal vez sea que estoy exhausto: hoy ocurrieron *muchas* cosas y no estoy seguro de poder procesar todo lo que comenzamos, pero también le devuelvo el golpecito.

Ella se marcha y Kris, Hex y yo nos quedamos para ayudar al personal a arreglar el desastre en el que se convirtió esta sala. Hay palomitas de maíz *por todas partes*.

Para cuando todo queda ordenado, yo estoy completamente agotado, pero cuando Hex me pasa por al lado me aferro a su muñeca.

–¿Vienes a mi suite esta noche? –pregunto.

–Es más de medianoche.

–¿Y?

Su mirada se vuelve ardiente.

–Que mi suite… está lejos de la tuya. Y si me quedo en tu habitación durante el tiempo que sea, solo se hará más y más tarde.

Puede abrir un portal de regreso hacia su habitación, pero no lo menciono, porque sus labios se despliegan en una sonrisa sensual que me da un tirón profundo en las entrañas.

El personal ya se ha ido. Kris está enderezando la última butaca.

–Quédate. –Mi voz sale quebrada. La súplica resuena: "quédate", como un eco, un pedido que solo se refiere a esta noche, pero puedo sentirlo extenderse como un bucle, serpentear alrededor de la víspera de Navidad y ponerse de rodillas para pedirle, imposiblemente, "quédate".

Él se marchará. Sé que se marchará. El plan siempre fue *marcharse*.

Pero ahora que he comenzado a pensar en que nuestro tiempo juntos se acaba, es como una bestia codiciosa que crece y se cierne detrás de mi verdadera intención. Y detesto la idea de que él no vaya a estar bajo el mismo techo que yo.

Exhala y su aliento cae cálido sobre mi clavícula.

–Solo una noche.

No. Todas las noches. Todas las que me quieras dar.

•••

Es tan tarde que ni siquiera nos molestamos en intentar escabullirnos hasta mi habitación. Caminamos, uno al lado del otro, y no nos encontramos con nadie. Kris se despide frente a mi puerta y, aunque a él no le importa, yo espero hasta que haya doblado hacia su propia suite.

Entonces, ingreso a la mía.

Hex entra después de mí, casi convertido en estatua, como si estuviera actuando de nuevo, escondiéndose detrás de su fachada.

La puerta se cierra. Yo echo el pestillo.

Y lo beso. Reclamo su boca en este cuarto oscuro y él se vuelve dócil por medio segundo. Luego me toma del cuello y me devuelve el beso como si intentara dejarme marcas. Yo se lo permito, quiero sus cardenales y sus marcas y cada cicatriz que vaya a dejar sobre mí, porque entonces dejaré de pensar en cómo podría terminar esto, *dejaré de pensar*.

Solo dejaré de pensar.

Él suelta un sonido gutural desesperante que es pura súplica y éxtasis, y tal vez haya un poco de aquella bestia codiciosa dentro de

él. Me aparta y me empuja hacia atrás, hasta que mis rodillas chocan contra la cama y me dejo caer. Y antes de que pueda pronunciar una palabra, me está acostando sobre el edredón y trepándose por mi cuerpo, montándome a horcajadas, encajando sobre mis caderas.

Okey, puedes pensar al menos *un poco*.

–Hoy ha sido un día largo –susurro.

Una columna de luz entra por la rendija de la puerta cerrada y un suave resplandor emana del árbol de Navidad en la esquina, así que estamos casi a oscuras, con algunos destellos en rojo, verde y dorado. Es suficiente para dejarme ver el modo en que sus pupilas se han dilatado mientras se inclina sobre mí, la silueta de su cuerpo arqueándose con ese chaleco de corsé, su mirada de absoluta concentración, un control que hace que todo en mí se vuelva maleable y sumiso. Sus labios succionan mi cuello. Sus dientes me muerden.

Soy arrojado directo al cosmos, solo permanezco en esta dimensión gracias al peso de su cuerpo sosteniéndome debajo de él. Su boca, las cosas que puede hacer con esa *maldita boca*…

Se toma una pausa de aquel tormento para lamerse los labios, yo deslizo un brazo alrededor de su torso y nos volteo, de modo que ambos quedamos de lado. Una de sus piernas se arquea sobre mi cadera y yo le acaricio el muslo, continúo por la pantorrilla y hasta el tobillo. Y me quedo allí. Me detengo ahí. Mi frente contra su mejilla. Mi mano en su tobillo. Soy de piedra y no me moveré, porque si lo hago, si tan solo *respiro* con demasiada fuerza, entonces… entonces…

–Coal –dice mi nombre como si fuera uno de esos himnos que imaginé gimiendo–. Bésame.

Un escalofrío me recorre desde la nuca, baja por la espalda y dispara una serie de temblores no menos destructivos hacia mis pulmones, mi estómago.

–No me estás pidiendo solo que te bese.

–No –dice con una simpleza mefistofélica–. No solo eso.

Me aparto.

–Ambos estamos exhaustos. Estamos… sensibles. O al menos, yo sí lo estoy. Y no quiero… aprovecharme de eso.

–En todo caso, yo me estoy aprovechando de ti.

–Eso es completamente imposible.

–Entonces, bésame.

–*Deja de decirme que haga eso*.

–¿Por qué?

Tengo la mano aferrada como un hierro a su tobillo.

Hex toma la parte de arriba del chaleco con una fuerza que podría desgarrar la tela de la realidad. Lo he visto hacer eso, es como una danza mágica de sus dedos. Solo que ahora, para ser específico, desarma *mi* realidad porque tironea del primer gancho.

–Hex –gruño y cierro mi mano sobre la suya–. No… Maldita sea, ese chaleco.

Él se echa hacia atrás con un aire desafiante tan delicioso y pecaminoso que ya no solo estoy en el borde, sino que me estoy lanzando al abismo.

–¿Qué es lo que este chaleco hace que quieras hacerme?

–No. No lo hagas. Te estoy implorando…

–Y yo te estoy implorando *a ti*…

–No puedes. Yo… no… Aguarda un segundo. –Estoy balbuceando. Mi mente ha colapsado por completo con los altibajos emocionales del día de hoy junto con lo que él me *está* pidiendo ahora y cómo lo *desea*.

Mis ojos están cerrados. No sé cuándo los cerré.

La yema de su pulgar me roza los párpados.

–Coal –dice otra vez, con más ternura que seducción–. No tenemos que hacer nada. No debí haberte presionado…

Atrapo su mano mientras esta se desliza por mi rostro.

–Ese *no* es el motivo de mi reacción. –Y lo miro, con dolor, ¿cómo es posible que, después de todo lo de hoy, aún haya partes de mí en carne viva para mostrarle? Pero aquí estoy, resignado por el modo en que le abro los dedos y beso las líneas de su palma con labios temblorosos.

Una parte de mí jamás entenderá cómo puedes ver algo valioso en mí. Jamás entenderá lo afortunado que fui de que no solo

regresaras a mí, sino que me quisieras. Está aterrada de que todo esto sea alguna broma que no estoy comprendiendo porque qué diablos hice para merecerte.

–Estás nervioso –dice, llenando mi silencio con una suposición vacilante y afectada, en la que oigo sus propios nervios acumularse.

Mi risa es entrecortada y frenética. Maldita sea, puede leerme, y no creo que jamás haya estado *nervioso* antes de estar con alguien, pero sí… Eso es lo que es, ¿verdad? En el fondo. Son nervios.

–¿Sabes qué? Sí. –Vuelvo a reír, con ese gorjeo patético–. Eso… sí… Diablos. Lo estoy.

Hex presiona el pulgar en mi barbilla.

–Conque solo nervioso, eh. ¿No quieres que me vaya?

–Sí. Quiero decir, no, no te vayas. Nunca vuelvas a dejar mi cama, de hecho, a menos que eso quieras. A menos que estés…

Él acerca el pulgar para cubrirme los labios.

–Puedo ayudar con los nervios.

–Sí… –murmuro contra su pulgar–. Los nervios son buenos, a decir verdad. Deberíamos estar nerviosos. Un exceso de arrogancia en situaciones como esta, por lo general…, no es una señal de…

Pone una de mis manos sobre su chaleco, usa mis dedos para abrir otro de los ganchos, luego otro.

–Es una señal de… No es una señal de…

Su chaleco se cae y él está en mi cama oliendo a palomitas de maíz, cítricos y a fantasía. Apoyo mi mano en el centro de su abdomen y puedo sentir la cadencia errática de su corazón debajo de la camisa abotonada, el movimiento de su estómago cabe en mi palma.

–De… Mierda, ¿de qué demonios estaba hablando?

–Nervios. –Su voz sale enredada en un suspiro ansioso.

–Sí. Sí… Nervios. –Mis dedos tienen sus propias mentes anárquicas y tiran del dobladillo de su camisa; cuando extiendo la mano sobre su abdomen desnudo, salgo despedido hacia el cielo, entre estrellas, oscuridad y franjas de terciopelo cálido.

Pienso que, en otra realidad, en otra versión de mí mismo, sería capaz de tomar una decisión mejor. Si es que hay una decisión

mejor. Pero en el momento en que lo miro a los ojos en las sombras, no hay nada que decidir.

–Dime que me detenga –exijo–. En el momento que sea.

Él sonríe. Su piel está bañada en una luz dorada y su cabello negro cae a medias sobre su hombro mientras se inclina hacia mí. Es indescriptible y diabólicamente hermoso.

–Lo sé –susurra. Jala de mi cuello–. En este momento, no quiero que te detengas.

Emito un gemido, desmoronándome por completo, y mi mano se desliza bajo su camisa para levantarlo, acomodándonos para que quedemos recostados sobre las almohadas. Sus caderas se curvan contra mí cuando tiro de su espalda baja. Intento relajar los dedos, pero no puedo evitar estar todo rígido, preso de la incredulidad. ¿Cómo pude tener tanta suerte? ¿Cómo es que este hombre está desplegando su cuerpo ante mí?

–Sigue hablándome –susurra.

Tengo la boca seca.

–Voy a quitarte la camisa.

Él asiente frenético contra la almohada.

Mis dedos manipulan los botones y continúo hacia abajo, doblado sobre él, con los muslos a ambos lados de los suyos. El último botón se libera y él se incorpora, deja que deslice el chaleco y la camisa por sus brazos. Y, por Dios, esto sería suficiente. Solo verlo medio desnudo, así, con cada curva y elevación de su piel suave y pálida. Tendría que ser suficiente, incluso podría ser demasiado.

Me besa. Se balancea contra mi cuerpo y sus dedos se encargan de los botones de mi camisa con la misma torpeza. Es un pequeño alivio saber que él también está temblando. Nos estamos desmoronando al unísono: esa palabra nos une, mantiene mis piezas vibrantes unidas en un solo todo agrietado.

Tironeo para quitarme la camisa y lo envuelvo con mis brazos, trayéndolo hacia mí, piel con piel sobre calor y escalofríos. Mis dedos suben y bajan por la cadena montañosa de su espalda; su largo cabello me hace cosquillas en la mejilla mientras acaricio con la lengua los contornos de su hombro, que es puro músculo fibroso, y la clavícula sobresaliente. Luego echa la cabeza hacia atrás y, con un

gemido contenido, se entrega a mí para que lo explore por completo.

Cada vez que lo toco quedo tan alterado como si no supiera lo que hago, pero nadie más importó antes de él, nadie más podría haberme preparado para él. Hay poder, uno inherente al deseo y, en este momento, estoy representando la creación de todo un génesis a partir de él. Es tan fácil crear dioses o monumentos de importancia o puntos cruciales de dicha, y eso hago en su nombre. Soy su más ferviente servidor. Pero él me mira como si también hubiera creado un dios a partir de mí y ese es el encuentro que puedo sentir desarrollándose a nuestro alrededor, ¿no es así? Lo que sucede cuando dos monumentos se derrumban juntos. Lo que queda después del impacto.

–Quiero saborearte –susurro contra la curva de su cuello.

–¿Dónde?

Trazo aquel mapa otra vez. Me lleva más allá de los bordes. Y más lejos, y más y más…

–Por todas partes.

Él asiente, con las cejas profundamente fruncidas, ojos cerrados y labios apenas abiertos para dejar que pase su aliento agitado.

Lo dejo de espaldas sobre la cama y llevo mis labios por su clavícula hacia la llanura de su pecho. La luz tenue lo pinta de rojo y dorado mientras paso mi lengua por su pezón y él se aferra al edredón con una inhalación repentina. Me muevo encima de él, repito el movimiento y él hace más presión. Yo me vuelvo un terremoto sobre piel humana.

Mis dedos bajan para abrir sus pantalones. Dejo la boca abierta contra su estómago y respiro la subida y bajada de un aliento entrecortado. Cítricos dulces, especias, el almizcle del sudor. Jalo del botón y lo libero.

–Voy a quitarte los pantalones –explico, él me está mirando, con sus cabellos desparramados sobre la almohada.

Debería estar diciendo algo más. Explayándome sobre lo que está provocando en mí, pero todo lo que logro decir son estas advertencias hoscas, instructivas que nos envuelven en una atmósfera de concentración íntima.

Él se mueve hacia arriba y me ayuda a quitarle las botas, los calcetines, los pantalones, la ropa interior, hasta que queda desnudo en mi cama.

Está desnudo en mi cama.

Vuelvo a abalanzarme sobre él, no me permito ni un instante para perder la cabeza. Vuelvo a comenzar otra vez. Tengo que hacerlo. Clavícula, labios, allí, mano en su pectoral, trazando líneas. Él se estremece, yo voy más abajo. Primero un pezón, luego el otro. Él se despega de la cama con un gemido. Bajo más. El sabor a sal y el aroma a naranjas dulces en su estómago. Me detengo en su ombligo y lamo y beso hasta que él se retuerce y sisea algo que suena como:

–Cosquillas.

Y yo sonrío contra su piel.

Bajo más; el vello me guía hacia abajo, más abajo, dejando besos como si fueran ofrendas.

Paso una mano a lo largo de su muslo, le levanto la pierna para que se doble y planto un beso en la parte interna de la rodilla. Él tiembla y yo levanto la cabeza para tomarme un momento y sentir sus reacciones sutiles, sus deslices controlados, porque se está conteniendo con fuerza.

Otro beso en el interior del muslo. Su piel se vuelve progresivamente más suave contra la tensión violenta que se acumula a través de mi cuerpo y del suyo, como si fueran concreto y cristal.

–Voy a… –No puedo encontrar las palabras. No hay ninguna. Con todas las tonterías constantes que escupo, en este momento lo único que tengo para darle es minimalismo en su forma más pura. Solo yo.

Pero él se estremece y dice:

–Sí. –Y luego–: Por favor.

Y eso puede que sea mejor que todos los quejidos y gimoteos que he oído hasta ahora. “Por favor”, palabras provocadoras.

Me lo llevo a la boca. Con lentitud, para saborearlo y porque por fin, por fin se quiebra con un gemido brusco que surge de la parte más profunda de su pecho y termina en un lamento convulso, mientras sus manos se aferran a su propio cabello.

Su reacción es tan de pánico y desconcertante que me aparto.

–¿Te han hecho esto antes? –pregunto, con la garganta rasposa aunque, en realidad, ni siquiera la he puesto a funcionar todavía.

Sus labios están hinchados, como si hubiéramos estado besándonos. Y su cabeza hace presión contra las almohadas, así que puedo ver la parte inferior de su barbilla, el manojo de ligamentos.

Niega con la cabeza, con la respiración entrecortada y los brazos que caen a ambos lados del cuerpo.

–Di. No recibí. Fue un desastre, de todos modos.

Eso me hace levantarme sobre los antebrazos. Aunque mantengo una mano alrededor de él, acariciando con lentitud y él se queja, pero al final me mira.

–Dijiste que estuviste con una sola persona –digo–. Le hiciste esto. Pero ¿no te lo hicieron a ti? ¿Al menos te ayudaron a acabar de algún modo?

–¿De verdad es el momento de tener esta conversación, Coal? –Empuja las caderas contra mi mano y yo apoyo la otra contra su muslo para mantenerlo firme.

–Por supuesto –digo como si estuviera prestando un juramento ante él, y así es. Es un juramento de fidelidad y devoción sumisa. Refreno mi fanatismo–. Quiero conocerte. Conocer todas las partes de ti. Al menos, las que me muestres.

Vuelve a dejar caer la cabeza y queda mirando al dosel de mi cama. Pero yo continúo acariciándolo para que su respiración se agite y no sucumba ante ningún recuerdo que intente cruzar por su rostro.

–Fue…, eh…, justo después de que Raven muriera –dice a toda velocidad.

Yo me quedo quieto. Lo suelto, me propulso sobre mis manos y me acerco a él.

–¿Qué?

Sus ojos se cierran de golpe y traga en seco.

–Uno de sus amigos… Ella y él habían estado saliendo antes… Y el funeral había acabado y terminamos los dos solos en mi habitación. Fue estúpido, Coal. Fue un enorme y estúpido error. Así que sí. ¿Eso era de lo que querías hablar?

Hay molestia en su voz y su pecho se sonroja de un modo que ahora no tiene nada que ver con la excitación. Está enfadado. Cuando tomo su barbilla entre mis dedos y lo traigo hacia mí para que me mire, la maldita oscuridad de sus ojos se siente muy familiar. Es la aterradora falta de merecimiento que yo le mostré después de contarle acerca del incidente de Nueva Koah. Algo desenterrado de la vergüenza y las sombras.

Me deja pasmado. No porque él tenga algo que lo hace hundirse en los mares fatídicos de la autocrítica, sino porque hace muy poco él fue una bocanada de aire para mí en mi propio mar fatídico y ahora tengo la oportunidad de serlo para él. Compartir las cuerdas salvavidas cambia la perspectiva. No es un *yo* unilateral, sino un *nosotros* en expansión.

–¿Se la chupaste al novio de tu hermana después del funeral? –pregunto.

La risa de Hex suena ahogada.

–Suena mucho peor sin mi torpe decoro.

Es mi turno de presionar sus labios con mi pulgar.

–Hex. Estabas de luto, supongo que él también, no sorprende en verdad que buscaras consuelo en alguien. Lo retorcido es que él no te *devolviera* ningún tipo de consuelo.

La culpa y humillación acumuladas de Hex se endurecen.

–Estás… estás molesto porque *no* fue recíproco y no por lo que hicimos.

–La reciprocidad no es el punto. Estoy molesto porque él no te cuidó –replico, y sí…, mi tono se oye un poco enfadado, porque puedo verlo con demasiada claridad. Hex, tan empujado al límite del duelo que se abrió a alguien, fue usado para un encuentro rápido y luego se quedó solo en su habitación.

Atravieso su cabello con mis dedos, sin poder detener esta necesidad de reclamarlo de alguna manera, de que el tacto sea un recordatorio de que ahora está aquí conmigo y que lo que hacemos será *bueno*.

Todos mis nervios se desvanecen. Tengo un propósito diferente, un propósito y un *don* en él.

–Ese tipo fue un imbécil, cariño. Déjame mostrarte cómo deberían tratarte. –Bajo la cabeza hacia donde se volvió blando durante la conversación–. Si crees que ahora puedes.

Él asiente de inmediato. Parece incapaz de decir algo con palabras, pero la necesidad pura que se revuelve en su mirada es distinta a cómo era antes. Desnudos y despojados, aquí es donde este día nos ha traído a ambos. Nuestros muros se han desplomado, todos nuestros patéticos vestigios de protección. Hasta que no tenemos otra opción más que estar completamente presentes y sentir todo esto.

Lo beso y dejo que esa sea la única parte de nuestros cuerpos que se tocan, hasta que siento que sus músculos ceden, con aquellos movimientos fluidos, serpenteantes que me dicen que está de regreso en su cuerpo, no en su mente. Entonces me deslizo hacia abajo con menos reverencia y más hambre. Probé su sabor y estoy loco por él, y ahora, ahora sé… que esta es su primera vez. Quiero arruinarlo para todos los demás, es lo justo.

Lengua, labios, dientes, me concentro en esas partes de mi cuerpo, porque todo lo demás está destinado a las terminales nerviosas que se hinchan debajo de mi piel. Él comienza a gemir otra vez como una oleada repentina, abriéndose paso a la fuerza por sus labios apretados hasta que queda canturreando en dirección al techo. Los movimientos más sencillos lo están volviendo loco, hasta el punto en el que casi me siento cruel por hacer más, pero quiero ser cruel.

Levanto la mirada hacia él y lo veo sobre las curvas y planicies de su cuerpo, y la vista me hace arder la cabeza. Se convierte en un punto fijo: todas líneas largas y bordes filosos, dispuestos en el contraste de las sábanas suaves, cabellos alborotados y ojos que me dicen que ese alboroto es también interno. Recuerdo la forma en que reaccionó cuando jalé de su cabello, así que deslizo mi boca fuera de él, con una protesta incoherente y unos exquisitos y angustiantes "no…, no" de su parte. Pero continúo acariciándolo desde arriba hacia abajo y presiono con los dientes, a modo de experimento, en la parte interna suave y sensible de su muslo.

Él emite un sonido estupefacto, una inhalación tan aguda que podría cortar un cristal.

Vuelvo a morderlo y alivio aquel punto con un beso, con mi lengua. Ahora está *temblando* y presiona con fuerza las palmas de las manos contra la frente. Así que yo lo hago más arriba, en la cúspide de su muslo; luego en toda su longitud, mordisqueos ligeros intercalados con besos suaves, filo y terciopelo.

–Coal…, voy a… M*m*… –Suelta un balbuceo y un murmullo y creo que se está conteniendo de maldecir (aunque, ¿no sería *eso* algo hilarante?). Entonces, vuelvo a engullirlo hasta abajo con una rapidez golosa.

Un lamento claro y brillante mientras su espalda se levanta de la cama. Sus hombros quedan clavados sobre la almohada y sus caderas corcovean hacia mí. He estado ebrio con distintos tipos de alcohol, pero jamás he tenido una intoxicación como la que estoy teniendo con su descarga provocada por mis estímulos. Estoy tan obsesionado, tan cautivado que froto la nariz y lamo hasta que se estremece en un aturdimiento de hipersensibilidad y se aferra a mis hombros, a mi cabello.

–Coal…

Lo interrumpo al incorporarme y devorar su boca y él emite ese gemido otra vez, que queda atrapado entre nuestras lenguas. Hunde las uñas en mi espalda y me empuja más cerca de él, y yo obedezco. Todo mi peso está sobre él. Mis manos están por todas partes, en su cabello, en su costado, su muslo con el que me envuelve y jala para sí.

–Quiero… –dice con voz ronca y yo ya se lo estoy concediendo. Lo que sea que quiera, cualquier cosa–. Te quiero dentro de mí.

Mis ojos se abren, casi como saltando de mi cabeza y me echo hacia atrás, propulsándome sobre los codos.

Sus palabras quedan suspendidas en el aire y él levanta la mirada hacia mí, como una sombra líquida.

–Bueno… Guau, no tenemos que hacerlo –digo con una voz que sale ronca–. Esto no… no tiene que ser…

Él pasa una mano por mi cabello y baja hasta mi mejilla.

–Lo sé. Quiero hacerlo. –Hace una pausa, se muerde el labio y sus cejas se mueven de un modo suplicante, al mismo tiempo que su pecho sube y baja con la respiración acelerada–. Supongo que tú… ¿lo has hecho antes?

–Sí… En ambos sentidos. Si no quieres recibir, puedo…

Él sonríe. Me muestra una maldita *sonrisa* y mi corazón ya no está en mi pecho. Ha levantado vuelo y me da vueltas por la cabeza.

–Lo quiero de ese modo –murmura–. Te quiero a ti.

Lo beso. Todavía tengo los pantalones puestos, pero puedo sentir los ángulos de su cuerpo haciendo presión contra el mío. Y caigo en la cuenta otra vez, como si sonara un gong: está desnudo en mi cama.

Luego se oye otro gong. ¿Puede sentir su sabor en mi boca? Lo beso con más profundidad, provocándolo para que esté consciente, para que recuerde.

Apoyo mis labios contra los suyos y mis nervios vuelven a erupcionar como una tormenta desvergonzada.

–Lo que dije antes fue en serio. Acerca de hacerte sentir bien. Acerca de querer que tú quieras esto. Tú no me debes nada. Eso es todo lo que…

–Coal. –Hunde las uñas en la parte baja de mi espalda, con la ligereza suficiente para acallarme–. Esto es lo que quiero.

De pronto, se detiene y vuelve a acomodar la cabeza sobre la almohada.

–¿Acaso no es lo que tú quieres? –pregunta.

Yo suelto un quejido y dejo caer la frente sobre su hombro.

–Es posible que esté pensando demasiado en tu comodidad.

–Qué tierno –murmulla.

–Un poco aguafiestas.

–¿Más que cuando te conté sobre mi desastrosa primera vez? No –dice con una suave seguridad irrefutable.

Tiene la mirada vidriosa, todavía aturdida por el placer posterior. Entonces, asiento ante sus ojos, su decisión.

Salgo de la cama, temblando, me lanzo hacia la cómoda que está al lado y tiro del primer cajón. Me tomo un momento de rebuscar

entre un puñado de cosas y se las ofrezco como si fuera un devoto lastimero que le lleva sacrificios eróticos. Un condón y lubricante.

Hex extiende una mano hacia mí con el anhelo más sincero en su mirada.

–Ven aquí.

Yo me acerco, dejo las cosas sobre la cama junto a él, y me inclino.

Él me toma del cuello con una mano y, con la otra, se aferra de la cintura de mis pantalones y tironea con decisión. Toca mi frente con la suya y se pone en marcha. Desabotona, baja la cremallera. Yo me quito los zapatos con dos patadas y me despojo de la ropa con una sacudida. Está cálido aquí, muy cálido, pero un escalofrío me recorre las piernas. Es la anticipación que choca de cabeza contra la realidad.

Me quedo agachado al lado de la cama, doblado sobre él. Hex se incorpora y me acaricia. A su paso, deja un rastro de llamas por mi pecho, estómago, caderas y entonces…

Me toca con dedos suaves como plumas.

Yo gimo, como una bomba que detona con lentitud.

–Recuéstate –me dice.

Yo me trepo por encima de él y obedezco, pero ahora me resulta imposible no tocarlo, así que dejo mi mano sobre su brazo mientras él se voltea, toma el condón, el lubricante y se posiciona sobre mis caderas.

Mis uñas se hunden en sus muslos. Mierda. Todo es dolor, dolor en los límites del placer.

Su seguridad mengua. Su pecho resplandece bajo las luces tenues, cubierto de sudor.

–Sé lo básico. Pero ¿cómo debería…?

–Permíteme.

Tomo el lubricante y obligo a mi mente a apartarse kilómetros de distancia, eones, para no pensar en lo que le estoy haciendo mientras me incorporo con él apoyado sobre mi regazo, y deslizo mi mano a su alrededor. Se sostiene en mis hombros, rodeando mi cuello con un brazo, mientras mi boca reposa abierta sobre su abdomen y dejo besos húmedos en su piel. Su respiración se

acelera, se altera y recompone una y otra vez hasta que él vuelve a endurecerse entre los dos. Ambos nos estremecemos, temblamos y me duele la piel.

Extiende el condón hacia mí. El simple hecho de realizar esa acción también hace que mi cerebro se reinicie. Lo cual es bueno y sumamente necesario, porque cuando termino, él pone su mano sobre mí; solo que ahora está resbaladiza y yo me sacudo contra las almohadas.

Cielos, no vayas a arruinarlo*,* maldita sea. No vayas a acabar *tan pronto.*

Él se pone de rodillas y me alinea hacia él. Puedo sentir un temblor en su mano al tocarme. Yo me quedo quieto. Me quedo muy quieto, soy de concreto y cristal otra vez, sólido y frágil, todo junto. Hex me hará trizas.

Sus ojos se clavan en los míos y coloca una mano en el centro de mi pecho para encontrar el equilibrio. Qué bueno que mi garganta esté bien cerrada, porque quiero suplicarle, quiero espetar toda clase de tonterías sobre lo bonito y perfecto que se ve encima de mí.

–Relájate –es todo lo que digo.

Pero tengo que cerrar los ojos, con la mandíbula apretada y los dedos aferrados a sus piernas como garras de hierro, porque no hay forma de que pueda seguir mi propio consejo.

Él desciende, sube un poco, vuelve a bajar, avanzando poco a poco, pero esa lentitud solo hace que el devastador efecto de su estrechez y su calor me absorba como arenas movedizas, y me suplico a mí mismo: *Abre los ojos, abre los ojos.* Eso hago. Sus labios gruesos, entreabiertos, jadean; el cabello le cae como una sábana por el rostro, con gesto de concentración extrema. Aquellos ojos parpadean para encontrarse con los míos y, entonces, como si hubiera estado esperando ese contacto, esa conexión, se hunde en mí por completo.

Chispas de placer se dispersan por todo mi cuerpo hasta el punto de la agonía. Todo impacta con su ráfaga, venas y músculos, y mis caderas se elevan de manera involuntaria, como si pudiera perseguir y escapar al mismo tiempo de la embestida.

Su jadeo ahogado me arruina y apenas tengo tiempo para sentirlo antes de que un tosco y desesperado "Sí, otra vez" escape de él en español, y no necesito usar ninguna clase de magia de traducción para comprender el significado, porque el simple hecho de sentirlo cambiar de idioma me hace *volar* por los cielos.

Lo hago de nuevo, empujando mis caderas hacia arriba, y siseo al sentir ese límite demasiado cerca. Su gemido tembloroso me dice que él también está allí. Es un ruido tan delicado y de otro mundo que parece de una naturaleza mística. Echa la cabeza hacia atrás y toda la tensión que ha estado manteniendo a raya se apodera de él multiplicada por diez, hasta que no es nada más que músculos fibrosos encima de mí, líneas de tendones y abdominales bañados de sudor. Mis labios estuvieron allí, y allí…

Con mi siguiente embestida, se mueve para encontrarme, sus caderas se mecen y yo me aferro con todas mis fuerzas. Una mitad es sensación y la otra, acción. Mi mano encuentra el espacio por encima de nuestra unión y lo envuelvo con los dedos, estimulándolo. Me muevo hacia arriba y hacia abajo y, *mierda*, ahora es un cataclismo. Su cuerpo entero se tensa y tiembla y me arrastra con él mientras se acrecienta la tormenta.

–Coal…, necesito… –balbucea, temblando. Y siento el tamborileo de sus palabras en la base de mi estómago.

Me incorporo como en una danza sin palabras en la que, con mi otro brazo lo envuelvo, me engancho en su pierna y nos volteo sobre la cama. El ángulo conmigo por encima hace que impacte más profundo, tan jodidamente profundo que ambos gemimos.

–Te tengo –le aseguro. Él toma mi mano libre en la suya y la sube por encima de la cabeza. La gravedad es tangible en el espacio que queda entre nuestros dedos entrelazados. Ahora estoy empujando, sometido por completo a su necesidad y a su placer; y eso es todo lo que soy, soy suyo. Y lo digo una y otra vez–: Te tengo, cariño, te tengo.

–Y yo a ti –dice contra mi boca y luego, con un chillido suplicante, agrega–: Ahora, Coal, *ahora*.

Su cuerpo se contrae a mi alrededor un instante antes de que grite, y luego ambos caemos, fundiéndonos el uno en el otro, con

lenguas que se rozan, sus talones clavándose en mi espalda y labios húmedos de satén.

Él dijo que la alegría creaba un cimiento, y somos nosotros quienes crean ese cimiento. Cada beso y caricia construyen una realidad donde el sol saldrá mañana y yo le prepararé el té. Sin prisa, decidiremos qué querremos hacer en el día. Sin cronogramas, sin eventos. Iremos a la Ciudad del Polo Norte y compraremos adornos y luego regresaremos y desharemos esta cama otra vez. Y en esa realidad no nos preocupamos por los días que pasan. No nos preocupamos por perder todo, porque nuestro todo es impenetrable y creamos, y creamos, una y otra vez, con cada temblor y súplica y latido del corazón.

Lo amo.

Lo amo y no puedo poner en palabras cuán grande es, así que continúo hablando, demostrando y creando con él.




CAPÍTULO DIECISIETE

He pasado la mayor parte de mi vida intentando hacer sonreír a las personas que quiero. Con bromas estúpidas, comentarios ingeniosos y actos tontos de autosabotaje, pero nada de eso jamás fue suficiente y había llegado al punto en el que no estaba seguro de qué más podía hacer. Mi trabajo, mi tarea sería llevar alegría al mundo a través de la Navidad, pero ¿cómo podría hacer eso algún día cuando no podía brindar alegría a mi hermano, a Iris? Diablos, incluso a mi padre.

Pero lo que había pasado mi vida intentando generar no era necesariamente alegría. Diversión, seguro. Pero no *alegría*.

Porque ahora, cada mañana, mi almohada huele a cítricos y especias. Me recuesto mirándolo de frente y observo cómo las luces del exterior se elevan por su cuerpo, iluminando las grietas y los precipicios que conozco por tacto y gusto. Él se despierta junto a mí y, lo sé, lo sé, por Dios, espero que hayamos creado la suficiente alegría para que la realidad de no tener que preocuparnos sea nuestra.

Estos días los transito flotando y es más y más fácil encontrar nuevas maneras de esparcir la alegría que estoy generando, como si fuera mi propia especie de Medidor de Alegría. Ahora no pienso en eso la mitad del tiempo. Hay otro concierto y yo sugiero que, en cambio, vayamos a cantar villancicos y papá lo permite. Y en lugar de elegir cualquiera de las canciones preparadas que ya se hayan acordado, recurro a los miembros de la Casa Villancico y les

pregunto qué piensan que deberíamos cantar. ¿Qué canciones de su pasado, de nuestro pasado, no ocupan el espacio que se merecen en el escenario?

Ellos deliberan durante unos minutos y luego se eligen las canciones, se encuentran las partituras y nos transportamos por el palacio, cantando frente a las puertas de Planificación de Rutas, de la Fábrica de Juguetes y por cualquier otro lugar. Nuestra corte canta a viva voz unas versiones bastante desafinadas de canciones que jamás he oído, pero que están llenas de buenos deseos, algarabía y risas. Al abrir las puertas, los empleados se quedan mirando sorprendidos ante la diversión. Y observo varias ocasiones en las que los miembros de la corte se quedan conversando con los empleados mientras estos trabajan. Y no sé si alguna vez he *visto* a nuestra corte *conversar* con el personal. ¿Acaso conocen sus nombres? Cuando puedo, les presento a Renee, a Lacie, a Lucas y a todos los demás que han sido habituales a lo largo de mi vida.

Y para el próximo evento, nuestra propia fiesta de decoración de galletas, que suele ser rígida y predecible. Pero invito a todos los empleados con quienes me encuentro en el camino y les pido que hagan correr la noticia. Entonces, llegan *decenas* de personas que se agolpan en la cocina de Renee. Es un manicomio de codos y chispas y, al final, un miembro de la Casa Nieves pregunta a dónde irán estas galletas. En este punto, la mayoría son pilas desastrosas de glaseado. Pero nos apañamos para guardarlas en cajas de obsequios y las enviamos como un detalle previo a la magia de Navidad para las personas de la Ciudad del Polo Norte.

Limpio junto al personal y a varios de los nobles que también se quedan. No sé qué está ocurriendo, pero sonríen de formas que jamás he visto. No son las sonrisas formales, sino que sonríen *de verdad*.

Un día, detengo a Wren mientras pasa y le pregunto por qué no tenemos más adornos que representen a *todas* nuestras casas en nuestra decoración. A la mañana siguiente, encuentro unos delicados armazones de papel con luces en su interior que titilan a lo largo de las escaleras. Y Wren me informa que está trabajando para conseguir tapices tejidos de la Casa Jacobs junto con otras

decoraciones. Lo que sea que le estén pagando a esa mujer no es suficiente.

Cuando miro los periódicos, tanto los que se enfocan en Navidad como los otros (okey, eso sí que me destroza el alma, pero yo mismo me obligo a hacerlo), las fotografías son más desarregladas que las anteriores. Más espontáneas. Sonrisas y autenticidad. Las que muestran a nuestros empleados entremezclados con la nobleza son una cosa de locos; acumulan *likes* y *compartidos* y comentarios efusivos. Es difícil saber de dónde proviene el apoyo, si es de nuestra gente o de las otras Festividades que pueden ver estos periódicos. Pero lo aceptaré, sea cual sea la fuente.

Y entonces, las respuestas comienzan a aparecer sobre mi escritorio: las otras Festividades dicen que vendrán para el Baile de Víspera de Navidad. Hago las investigaciones que puedo sobre las varias familias gobernantes, tratando de pasar desapercibido frente a papá, pero ya no seré ignorante. Las respuestas a mis invitaciones dicen que están ansiosos por conversar sobre el futuro con el heredero de Navidad, pero "¿acaso el Santa reinante estará involucrado en estos debates también?".

Sí. No. Lo estará, pero me aterra pensarlo y no tengo idea de qué diré cuando aparezcan todos aquí y tenga que afrontar las consecuencias, se armará la gorda y otras coloridas expresiones por el estilo.

Todavía estoy esperando que papá se vuelva loco. Que descubra los invitados que vendrán o que vea las imágenes en los periódicos y se dé cuenta de que estoy cambiando la imagen que construyó de nosotros. Sigo esperando que me prohíba la entrada a estos eventos o que se enfade conmigo por mi relación con Hex, la cual estoy mejorando en mantenerla oculta del ojo público, pero es evidente que ahora él es el punto principal de mi existencia.

Pero mi padre no interviene. No me detiene. Hace contacto visual conmigo en los eventos y no me fulmina con la mirada. Y creo, tal vez, ¿que está impresionado? Eso es imposible. Categóricamente. Metafísicamente. Estoy arruinando la imagen pública que esculpió con tanto cuidado.

¿O no?

Tal vez todo este tiempo haya sido así de fácil. Tal vez todo lo que necesitaba hacer era exactamente lo que he hecho y *elegir* actuar en lugar de regodearme en mi propia mierda.

Tal vez un error no tenía por qué definir el resto de mi vida, como yo dejé que sucediera.

•••

Me acerco a Kris durante un cóctel después de la cena en el patio. En mi interior se debate una guerra entre el odio por haberme tomado tanto tiempo en mejorar y el orgullo, porque ¡ey, todo esto parece estar funcionando! Los calefactores altos mantienen el área cálida, y solo me toma un segundo recordar la fantasía con la que atormenté a Hex por mensajes, entonces me doy cuenta de que es probable que sea la primera persona en la historia que se excita con un calefactor. Afortunadamente, seguimos con los abrigos puestos y acabo de dejar a Iris con Hex tras otra ronda de "marcar mi territorio" para las cámaras. Ahora es más fácil fingir, sabiendo que pronto llegará a su fin.

Papá no está aquí. No es extraño que haya decidido saltarse un evento secundario, pero algo en torno a su ausencia dispara un escozor en mi nuca.

Me deshago del pensamiento, lucho por respirar entre el cúmulo de ansiedad. El Baile de Víspera de Navidad es solo en tres días. Estamos tan cerca.

Todo estará bien. Funcionará.

Tiene que funcionar.

–Necesito tu ayuda –le comento a Kris, pero mis ojos están sobre Hex.

Él está con Iris junto a un pino decorativo, asintiendo en sintonía hacia algo que un noble les está diciendo. Hex tira distraídamente de una de las ramas del árbol, como si no fuera consciente de lo que hace.

Entonces, me hace ver cómo, con elegancia, alza su dedo medio y lo desliza a lo largo de toda la rama.

Mi cuerpo se estremece. Siento ese dedo como si lo estuviera deslizando por mi propio estómago.

Él me lanza una sonrisa juguetona.

¿Es posible desmoronarse por amar demasiado a alguien? Se sentirán temblores hasta en la Ciudad del Polo Norte y pensarán que es una avalancha, pero no. Seré yo. En combustión por el calamitoso poder que este hombre ejerce sobre mí.

–¿Coal? –Kris chasquea los dedos por delante de mi rostro.

Me sobresalto y me volteo a verlo.

Él ríe.

–Por Dios, hermano. *Tú* te acercas a *mí*, me pides ayuda y luego *te distraes de inmediato para quedarte mirando embobado al tipo con el que te estás acostando*. Eres el caos bisexual hecho hombre.

–Uno de estos días me enviarán un trofeo. –Sacudo la cabeza, presiono el pulgar contra mi frente y hago que mi cerebro cambie de rumbo. Me volteo hacia mi hermano–. Tu ayuda. Sí… Necesito tu ayuda para escribir qué les diré a las Festividades de invierno cuando lleguen aquí.

El gesto de Kris pasa de la burla a la comprensión.

–Ah. Sí, desde luego. Aunque en realidad asumí que ibas a improvisar.

–¿Crees que dejaría esto al azar?

Él me mira de un modo que no puedo descifrar.

–¿Qué tenías en mente?

Me guardo las manos en los bolsillos para ocultar el pánico y la urgencia que comienzan a enturbiar mi estómago, la sensación de posesión que ha estado creciendo día tras día.

–Podemos hablar del potencial que tenemos en conjunto –comienzo a decir–. Y de lo capaces que seríamos si unificáramos nuestros recursos. Y cómo Navidad jamás debió haber intentado extenderse a nivel global por su cuenta, porque no podemos ser todo para todos, pero ¿juntos? Juntos… –Se me seca la boca, y esta es la razón por la que necesito que Kris lo escriba, que tome estas ideas y comprenda lo que estoy tratando de decir, porque quiero decir *todo* eso y necesito que sea *coherente*–. Juntos podemos ser el inicio de todo. Las personas tienen una capacidad magistral para

crear algo sólido a partir de la semilla más pequeña de alegría, y todos contribuimos a brindarles eso. Y podemos…

Me detengo de golpe al ver la forma en la que me mira Kris: con sorpresa.

Una ligera y desconcertante sorpresa.

Tomo la precaución de mantener la voz baja.

–Y, eh, muchas disculpas. Desde luego. Agrega una buena dosis de humillación y unas cuantas excusas ingeniosas por si papá intenta intervenir. Luego más disculpas.

La sonrisa de Kris brota tan de repente que me enceguece.

–De acuerdo, *Santa* –responde.

–Oh, Dios. No estoy listo para eso.

–Qué mal. Has asumido el rol por completo. Ten cuidado, te va a salir una esponjosa barba blanca.

–Cállate.

–Espero que a Hex le agrade el vello facial.

Le doy un codazo y él ríe.

Ya es tarde, así que no pasa mucho tiempo antes de que todos comiencen a regresar de a poco hacia el palacio y a sus habitaciones. Me aseguro de colocarme junto a Hex mientras entramos y finjo que el movimiento de la multitud me empuja contra él, dejo que una mano se apoye en la parte baja de su espalda. Mis labios se acercan peligrosa y dolorosamente a su oreja.

–No puedo creer que hicieras eso.

Hex se quita los guantes con atención, estirando sus largos dedos bajo la luz amarilla del pasillo.

–¿Hacer qué? –susurra con total inocencia.

–Toqueteaste al árbol de Navidad.

Él intenta reprimir una sonrisa.

–No tengo idea de qué estás hablando. Jamás caería tan bajo para provocar una reacción en ti.

–Mmm. Bueno. Debí haberlo interpretado todo mal.

–Indudablemente.

–Entonces, ¿no necesitas que vaya a tu habitación esta noche?

–Por supuesto que no.

–¿Y no necesitas que yo… –La multitud se separa y ya nos estamos abriendo paso, pero, con suavidad y rapidez, arrastro un dedo hacia arriba por su espalda–... recree lo que hiciste?

Observo que su respiración se acelera y su garganta sube y baja, tragando nada. Me lanza una mirada exasperada con el ceño fruncido.

–Siempre ganas este juego. –Él se rinde y yo sonrío.

–Oh, cariño, me aseguraré de que tú ganes al final. –Guiño un ojo.

Hex sisea y entorna los ojos, pero sonríe.

Los últimos miembros de la corte avanzan por el pasillo. Iris, que está en el medio de ellos, se apoya sobre Kris para quitarse los zapatos y continúa descalza, con un brazo enlazado al de él.

Kris debe sentir mi sonrisa burlona, porque echa un vistazo hacia atrás y me encuentra demorándome con Hex. Al ver mi expresión, pone los ojos en blanco.

Aguardo hasta que ellos se vayan y que el tumulto de personas se haya dispersado delante de nosotros antes de echarme a reír.

–Si no fuera tan despistada, creería que de verdad intenta matarlo.

–¿Nunca has hablado con ella de esto? ¿Ni siquiera con sutileza?

–Kris me mataría. No es mi secreto para revelarlo.

Hex mete las manos en los bolsillos, pensativo. Se toma un buen momento.

–¿Hex?

Cuando ve mi ceño fruncido, asiente en dirección al pasillo.

–Crees que ella podría no corresponderle.

Mierda, lo captó al instante.

–Tal vez. Un poco.

Durante tanto, tanto tiempo ha sido obvio que a Kris le gusta que, si ella tan solo sintiera una pizca de atracción hacia él, lo habría notado hace años, ¿verdad?

El lugar ahora está vacío. Adoro estas travesuras a altas horas de la noche, me permiten acercarme a Hex y tener uno de nuestros muy escasos momentos de afecto en público. O, bueno, público en este corredor vacío.

–Creo que el riesgo principal será lo que Pascuas necesite. –Sus dedos se enganchan en el borde de mi abrigo.

–¿Por qué las necesidades de Pascuas se interpondrían entre ella y Kris?

Hex queda en silencio. Su energía… se apaga.

Yo me acerco más y le levanto la barbilla.

–¿Hex? ¿Qué sucede?

Él sonríe de manera forzada y eso me pone nervioso.

–No es importante.

–Sí, lo es. ¿Qué ocurre? Esto no se trata de Iris y Kris.

–No es nada. Tengo tendencias pesimistas, por si no lo recuerdas. Por favor, podemos hablarlo más tarde.

–Estás preocupado por nosotros. –Las palabras me han estado dando vueltas por la cabeza durante las últimas semanas, pero la forma en que las digo no me hace sentir más seguro. Suenan inestables y un poco desesperadas–. Acerca de lo que pase después de todo eso.

Su sonrisa decae.

–Solo nos quedan unos pocos días.

–Estoy muy cerca de arreglar todo, lo juro.

Aquel matiz de tristeza en su sonrisa no desaparece.

–Lo sé.

–Incluso, si piensas que…

Se oyen unos pasos pesados por el corredor. La cadencia es demasiado rápida, frenética y el ritmo dispara un instinto de lucha o huida muy en lo profundo de mi pecho.

Hay una grieta. Algo, en algún sitio, se quebró durante los últimos dos segundos y provocó una fractura masiva devastadora, devastadora…

Iris aparece llorando por la esquina. Su semblante me pone nervioso, sus ojos emanan derrota. Debajo de mis manos, los brazos de Hex se vuelven roca sólida.

Yo no lo suelto y me volteo hacia ella.

–¿Qué sucedió?

La pregunta suena apagada. Como si la hiciera por debajo del agua.

–Tienes que ir a tu habitación –responde ella–. Ahora. Tu padre…

Levanto una mano y la señalo mientras una oleada de ira mezclada con miedo me abrasa el pecho.

–No… No digas… –exclamo.

–Encontró las cartas. Las respuestas de las Festividades de invierno.

¿Él revisó mi habitación? El aire se me escapa de los pulmones.

–Kris está intentando calmarlo –continúa, mi mano cae–. Está furioso.

Vuelvo a girar hacia Hex. Esa sensación de estar debajo del agua se apodera de mis sentidos y hace que todo se detenga hasta que lo único que puedo hacer es dejar caer mis labios en su frente.

–Iré a tu suite más tarde –prometo.

–¿Quieres que esté contigo? –sugiere. Un gesto de dolor se propaga por su rostro.

No, no puede. No si quiere mantener a su Festividad fuera de esto.

–Todo estará bien. –Esas palabras suenan gastadas. *Estará bien. Estará bien. Estará…*

Hex levanta la cabeza y apoya los labios contra los míos.

–Estaré esperando –dice sobre mi boca.

Un último beso y me aparto. Le muestro una sonrisa forzada a Iris al pasarle por al lado. Todo está bien, ¿lo ves? Iré a mi habitación y…

Explicaré cómo estoy usurpando el poder de mi padre en su cara. Nadie aquí para respaldarme. Nada en marcha excepto esas cartas, esas malditas cartas.

Continúo caminando y no volteo a mirar a Hex ni a Iris. Mi mente queda en blanco debajo de la tormenta de todo lo que me está golpeando al mismo tiempo.

Los empleados cierran puertas al pasar y asienten para dar las buenas noches. Y entonces, llego a la puerta de mi suite.

Kris está allí.

Así que no me doy el lujo de esperar.

La perilla gira bajo mis dedos y, al empujar, me encuentro a Kris de pie en un costado, con los brazos cruzados, enfurecido. Y a papá

sentado en mi escritorio, con una pila de cartas sobre el regazo. Las respuestas que había escondido en el fondo de mi armario.

Mi suite está *revuelta*.

Ropa por todas partes. Cojines fuera del sofá y sillones. Las gavetas de mi escritorio abiertas y papeles revueltos que él *destrozó*.

Yo sigo con el abrigo puesto desde el evento posterior a la cena. Me lo arranco, sudando y temblando, pero no tengo ni frío ni calor.

–¿Qué crees que estás haciendo? –Me oigo decir–. Esta es *mi* habitación. No puedes…

–No estás en posición de hacerte el digno conmigo, Nicholas. Kristopher, –papá no lo mira– no te necesitamos.

–Sí, me necesitan –espeta él.

Papá aprieta los labios, pero gira la cabeza sin decir otra palabra.

–Había comenzado a pensar que ibas en serio en tus intentos de cambiar. –Se levanta de la silla, con las cartas en un puño–. Este mes me has mostrado una dedicación renovada con respecto a tu posición. Yo permití los cambios a nuestros eventos, y aunque estos han sido celebraciones poco convencionales, nuestros índices de aprobación se están incrementando, gracias a tus decisiones.

Su expresión se oscurece.

La habitación se vuelve fría y una escarcha comienza a subir por los cristales de las ventanas que están detrás de él. Mi estómago se retuerce, pero no dejaré ver mis nervios.

–Pero luego oí rumores. Mis contactos me dijeron que se estaban haciendo planes para que otras Festividades de invierno viajen hacia *aquí*. Y tú cambio de comportamiento se sintió tan… conveniente. –Sostiene las cartas en alto–. ¿De verdad creíste que podías conspirar a mis espaldas?

–Sí. –No tiene sentido negarlo. No tiene sentido acobardarme ante él.

Mi padre se estremece.

–Te conté las ambiciones de Navidad en confidencia.

–*Tus* ambiciones son dañinas y crueles –espeto, intento sonar firme.

Esta es mi única oportunidad para convencerlo, de algún modo, de alguna forma, de que lo que está haciendo es retorcido. De que

todavía puede ser el rey de Navidad que una vez creí que era. *Tengo* que mantener la calma. No puedo arruinarlo.

A esto no.

–No podemos controlar a todos –le digo, con la esperanza de que mi voz no esté temblando tanto como creo que lo está haciendo–. No podemos ser una fuerza única a la cabeza de algo tan grande. Navidad, Pascuas, cualesquiera que sean las Festividades que estás planeando controlar: es demasiado. Así no es como tiene que ser. Así no es como *debería* ser.

–Y tú, que te llamas a ti mismo "Coal" y lo único que has hecho en tu vida es arruinar nuestra Festividad, ¿crees que tienes una visión mejor que la de las *décadas* que llevo de trabajo? Actuaste a mis espaldas y trataste de deshacer todos los sistemas que he puesto en funcionamiento para asegurar que esta Festividad, *tu* Festividad, esté protegida.

–Cualquiera sea la seguridad que sientes haber obtenido, solo fue a costa de desestabilizar otras Festividades. Te aterra que Navidad pierda alegría, que caigamos en el olvido. Lo comprendo, papá, *de verdad*, pero estás creando lo mismo a lo que le temes. ¿Acaso no lo ves?

–Todo lo que he hecho, absolutamente todo, ha sido para asegurarme de que tú y tu hermano jamás tengan que preocuparse por su futuro. Para cuidar de los *millones* de personas que dependen de nosotros.

Siento lástima por él y al mismo tiempo me aterroriza, pero esta ira ha crecido hasta convertirse en algo más grande y salvaje que me devorará vivo.

–A mí también me importan. Siempre ha sido *acerca* de esas personas. Una vez me dijiste que nuestro trabajo era hacer feliz al mundo. *Siempre* he creído eso y siempre me aferré a la creencia de que *tú* todavía lo sentías así. Toda la gente en la Ciudad del Polo Norte piensa que somos infalibles… Deberíamos estar a la altura de la opinión que tienen de nosotros. Deberíamos *intentar* ser…

–¿Y de dónde obtendríamos los recursos para mantener a Navidad a flote si no es por la alegría que ganamos a través de estas Festividades? ¿Cuál es tu plan para cuidar de nuestras

responsabilidades, para proporcionar al mundo los servicios de los que ha aprendido a depender, si deshacemos toda nuestra estructura?

–No necesitamos esa alegría y lo sabes. Si dejáramos de enfocarnos en expandirnos a nivel global, no *necesitaríamos* la alegría extra. Podemos compartir nuestro éxito con las otras Festividades de invierno. Podemos *asociarnos* con ellas. Si las incorporamos a nuestro gobierno, si trabajamos en una colaboración justa, equilibrada, y usamos nuestra magia en cosas que fomenten alegría real, podemos llegar mucho más lejos, *juntos*, no solos…

–Estas ideas… –me interrumpe papá. Su mente trajina detrás de los ojos entrecerrados–: Te las dio ese príncipe de Halloween, ¿no es así?

He visto furia en él antes.

Esto es algo nuevo.

Mordaz.

Y allí es donde flaquea mi seguridad. Donde no puedo ocultar el ciclón que gana terreno en mis pulmones, arrancándome el aire del cuerpo, y sé que papá nota ese pequeño y entrecortado suspiro.

–Déjalo afuera de esto –exclamo.

Él da un paso hacia adelante y yo me quedo perfectamente quieto, como un ciervo ante la vista de su cazador. Kris se acerca junto a mí y, de pronto, recuerdo una de las primeras veces después de que mamá se fuera, una de las primeras veces en que, de verdad, me había metido en problemas. Kris se mantuvo firme a mi lado mientras ambos observábamos cómo papá perdía los estribos conmigo. No se había sentido real. No podía ser nuestro padre ese hombre que gritaba de forma aterradora.

Ahora es real.

Papá me estudia. Lo que ve en mí hace que contenga la ira.

–Su príncipe te ha estado manipulando. Pensé que invitarlo aquí serviría para recordarle a Halloween uno de los beneficios de mantenerse fuera del camino de Navidad. Me pregunto qué pensarán sus aliados si se enteraran de que el heredero de Halloween estuvo complotando para *derrocarme*. ¿Cómo encaja algo así con los ideales de justicia de la cooperativa de otoño?

Un horror frío me trepa por el cuerpo.

–Eso *no* es lo que… –tartamudeo.

–¿No te manipularon?

–*No*, yo… Fui yo, fui solo yo…

–Entonces, este es solo tu error. Y les escribirás a esos líderes que convocaste. –Me arroja las cartas, estas rebotan contra mi pecho y quedan desparramadas en el suelo a nuestro alrededor–. Les escribirás y les dirás que no deben poner un pie en Navidad a menos que *yo* personalmente los invite.

Me quedo boquiabierto. No tengo idea de qué decir, pero papá continúa:

–Has demostrado ser justo lo que más temía que fueras, Nicholas: indigno de este puesto. No eres más que el mismo egoísta y descuidado que puso en riesgo nuestra Festividad entera con el fiasco de Nueva Koah. Eres una decepción para esta familia y…

En un parpadeo, Kris se pone delante de mí.

–Cómo te atreves –sisea–. Cómo *te atreves* a hablarle a Coal de esa manera.

Papá le lanza una mirada fulminante.

–No creas que tú estás excento de esto, Kristopher. Nicholas ha sido por mucho tiempo la influencia negativa que te contiene, y yo…

–Él *no* es una influencia negativa, y si continúas hablando de él de ese modo…

–¡No me interrumpas! Por mucho tiempo le he permitido que difame *nuestro nombre…*

Kris encoge los hombros.

–¡Cierra la puta boca!

Los años se superponen en este instante. Años de contener la respiración porque cada vez que me preguntaba qué tanto peor podía ponerse, él me dejaba sin palabras, hasta llegar aquí, al nacimiento de mis peores temores.

El brazo de papá se alza. Se alza y Kris le gritó y se están *peleando*, se están *peleando* con todo, por *mí*.

Tomo a Kris en medio del pánico, tirando de él hacia atrás, y me interpongo en el medio, con las manos en alto y el cuerpo sintiéndose tan frágil como cáscaras de huevo quebradizas.

Cierro los ojos.

Me mantengo firme.

–Por favor, por favor –suplico, porque eso es lo que llevo diciendo durante años.

Pasa una eternidad. Se reconstruye en el aire alrededor de mis brazos levantados, en los jadeos de Kris, que ha caído al suelo detrás de mí, y espero. Fui demasiado lejos. Me olvidé de quién soy, me olvidé de todo e intenté convertirme en alguien demasiado diferente y este es mi castigo. Un recordatorio doloroso de que *esto es lo que sucede cuando lo intento*.

Yo hice esto. Yo lo causé, otra vez, y me estoy desmoronando.

–Haré lo que tú quieras –digo desde una lejanía muy remota–. Les escribiré a las otras Festividades. Lo detendré. Detendré todo, lo juro.

Abro un poco los ojos.

Para ver a mi padre con la mano extendida en la distancia, levantada para enfatizar lo que decía. Lo observo darse cuenta de lo que yo había pensado que estaba ocurriendo. Observo cómo la comprensión crepita por su rostro, su mirada viaja hacia su mano, hacia mis brazos levantados (hacia mi pulgar con el anillo de calavera de Hex), hacia Kris, que está en el suelo.

La mirada furiosa de papá se queda en blanco.

Estoy parado protegiendo a Kris, pero también a Hex, y soy más una barricada que una persona. Kris se pone de pie. Lo oigo decir mi nombre, que suena amortiguado, como una súplica suave.

Con una actitud todavía imposible de leer, papá extrae una tableta pequeña del bolsillo de la chaqueta y toca un botón.

–Wren.

Se oye un chasquido estático. Luego:

–¿Sí, señor?

–Haz que el príncipe de Halloween comience a empacar. Ya no es bienvenido en mi palacio.

Una pausa.

–Sí, señor.

Papá vuelve a guardar la tableta en el abrigo.

Tiene la mirada sobre la pared, detrás de mi cabeza, y habla en esa dirección.

–Te casarás con Iris. –Su voz carece de toda emoción. Él, el que puede conjurar emociones a su antojo para tranquilizar las cámaras, ahora no tiene nada para mostrarnos–. Asegurarás el apoyo de Pascua para nosotros. Es lo menos que puedes hacer para arreglar lo que has arruinado.

–No culpes a Hex por esto –digo con la voz quebrada–. Lo haré. Solo… detente.

Papá se voltea hacia mí. Tiene los ojos rojos, tal vez, o solo es que quiero ver en ellos algo parecido al arrepentimiento.

–Todo lo que has hecho y ¿eso es lo único que tienes para decir?

Bajo las manos. Es mi única respuesta.

–Envía esas cartas para retractarte de las invitaciones, deja de inmiscuirte en asuntos que no te conciernen, y no habrá repercusiones.

Papá nos rodea a Kris y a mí. Yo me estremezco, no puedo evitarlo, tengo todos los sentidos a flor de piel.

Se va y la puerta se cierra detrás de él.

Pensé que podía cambiar las cosas.

Yo.

Y casi hago que Kris…

No puedo pensar. No puedo encontrar nada que pueda arreglar eso… ¿Por qué no puedo *arreglar esto*…?

Oigo que Kris está enviando mensajes. Luego Iris está aquí. Está a mi lado, sobre mi cama, con un brazo a mi alrededor.

Kris acerca una silla y se sienta frente a mí.

–¿Coal? Di algo.

Yo resoplo y niego con la cabeza, a la nada, a todo.

–Tengo que irme.

Iris aferra su brazo contra mí.

–Coal…

–Tengo que *irme*. –Me levanto de la cama, pero Kris se pone de pie para impedírmelo y no se quita del paso.

Verlo a los ojos me va a partir el corazón. Así que lo hago.

Su mirada es tensa y completamente desolada.

Yo fui quien nos arrastró a esto, porque desde luego así sería. Incluso cuando intento cambiar, *la cago*.

–Tengo que irme –le ruego.

Él aprieta la mandíbula. Baja la cabeza y se hace a un lado.

Papá va a enviar a Hex de regreso. Es lo que Hex quiere, lo que yo quiero para él, lo que siempre estuvo destinado a hacer.

Pero abandono la habitación como un desquiciado.




CAPÍTULO DIECIOCHO

Wren está a medio metro de la puerta de Hex, con el puño listo para golpear.

–¡Wren! –Ella gira y yo me tambaleo al detenerme.

Su expresión cambia de profesional a compasiva.

–Príncipe Nicholas, tu padre me dio órdenes.

–Lo sé. Lo sé. Yo… Déjame a mí decirle. Por favor. Deja que yo sea quien se lo diga.

Ella está a una mirada de exasperación de hacerme volver a mi suite y yo estoy a la misma mirada de exasperación de ponerme de rodillas y suplicarle.

Pero echa un vistazo por el pasillo, hacia donde un empleado sale de una de las habitaciones de huéspedes acarreando una aspiradora, y asiente.

Me quedo rígido ante su aprobación.

–Gra-gracias. *Gracias*.

Wren se hace a un lado, pero enseguida pone una mano sobre mi hombro.

–Estamos muy orgullosos de ti, Nicholas.

–¿Qué? –Giro la cabeza de golpe–. ¿Quién…? *¿Por qué?*

No esperaba oír la palabra "orgullosos", no tras toda la mierda de mi padre. Y me sorprende de igual manera su mirada comprensiva, como si supiera lo que ocurrió. Solo sabe que están enviando a Hex de regreso a casa; ¿por qué me miraría de ese modo?

–El personal, desde luego. –Me da un golpecito en el hombro–. Muchos de nosotros hemos mantenido la esperanza de que te encontraras a ti mismo. Lo que sea que esté sucediendo con tu padre… Por supuesto, no es de mi incumbencia, pero lo siento.

–¿Cuánto sabes? –Probablemente sea tonto preguntar eso. Si ella supiera lo que papá ha estado haciendo, ¿estaría aquí defendiendo el honor y la lealtad como si él o yo fuéramos dignos de esas cosas?

–Sé que el Santa reinante tiene… intenciones particulares para Navidad –responde, sonaría algo fría si no fuera por el apretón que me da–. Es una carga tremenda la que tienes en los hombros. No están tan solos aquí como tu hermano y tú creen.

Hace tan solo una hora, habría hecho algo con esa pequeña señal de que ella está de mi lado.

Ahora no. No hay nada que pueda hacer.

Nada, nada. Esa palabra es como arena entre mis dedos.

Asiento de modo ausente y volteo hacia la puerta de Hex.

Ella duda. Luego se retira tarareando por lo bajo.

Giro la perilla, está abierto, así que empujo hacia adentro y lo encuentro de inmediato sobre el sofá.

–¿Coal? –Se pone de pie con un salto–. Coal…, ¿qué ocurrió?

Se ha quitado el abrigo. Tiene el cabello sujetado hacia atrás a la altura de la nuca y lleva un chaleco negro sobre una camisa blanca de vestir, con una banda en el cuello que le da la energía de un cura, pero no se me ocurre ningún comentario ingenioso porque todo encaja demasiado bien, ¿no? He pensado tantas veces acerca de cómo me hace venerarlo y pecar, y aquí está, manifestando eso.

Caigo de espaldas contra la puerta cerrada.

–Te ves despampanante. No tuve la oportunidad de decírtelo antes.

Camina por alrededor del sofá.

–Me estás asustando.

–Lo descubrió.

Se detiene a un metro de mí. Cuento los espacios en la alfombra estampada. *Uno, dos, tres, cuatro.*

–¿Qué? ¿Cómo? ¿Estás…?

–Algunas personas informaron que se estaban haciendo arreglos con otras Festividades de invierno. Él sospechó. Arrasó con mi habitación. Encontró las cartas.

Hex cierra ese espacio. *Cuatro, tres, dos*… Sus manos van hacia mi rostro y yo me doy cuenta de que mis ojos han estado en todas partes, excepto sobre los suyos.

–Lo siento. Lo siento tanto. Coal…

–Había demasiadas piezas en movimiento. Iba a enterarse.

–Sabías que esa era una posibilidad. Pero esas Festividades de invierno, al unirse, tienen el poder suficiente como para obligarlo a ceder de todos modos. A menos que las bloquee en la puerta, no hay nada que él pueda hacer para detener lo que tú has puesto en marcha.

Hay una pausa. Y en ese instante, me quedo mirando fijo a la alfombra. Justo al lado de su hombro.

–Coal. –Jala de mi barbilla y, finalmente, lo miro a los ojos. Hacerlo me centra.

–Amenazó con culparte a ti de todo esto si no retiro las invitaciones. –Me oigo decir–. Sabe que estás involucrado. Sabe que comploté contigo en contra de él. Te va a enviar a casa y, si no detengo eso, le dirá a la cooperativa de otoño que tú intentaste derrocarlo. *Destruirá* a tu Festividad.

Hex se pone serio. Palidece.

–Coal. ¿Qué le dijiste?

Su reacción es… no lo que esperaba. No sé qué esperaba. Pero otra vez está ocultando sus pensamientos y sus emociones detrás de aquel muro, el que creí que por fin me había dejado atravesar.

–Hex. –Intento cerrar el espacio restante entre los dos.

Él se aparta.

–¿Qué le dijiste? –vuelve a preguntar.

–Iba a decirle a tu cooperativa que tú intentaste *derrocarlo*. Sin importar lo que ellos opinen de Navidad, ¿qué pensarían de que el heredero de Halloween fuera tan malintencionado? Y lo peor es que *sí* me ayudaste a hacer esto. Yo no estaba tratando de derrocarlo, pero, por Dios, ¿acaso importa? Porque básicamente quería eso. Y te involucré a ti, y yo…

–Accediste. –Se lleva los dedos a los labios–. A retirar las invitaciones. A detener la cooperativa de Festividades de invierno.

–No voy a permitir que te lastime. No voy a permitir que te arruine a ti o a tu Festividad. Yo… –"Encontraré otro modo", casi digo. Pero no lo haré. No puedo, no puedo arriesgarme a lastimar otra vez a las personas. Inhalo, pero el aire no entra. Nada. Ahora siento que en mis pulmones hay arena. Nada.

–Proteger a Halloween es *mi* trabajo –dice Hex. Su rostro se enrojece–. El tuyo es proteger a Navidad. Y tú renunciaste a eso. Por mí.

–Al diablo con mi *trabajo*, Hex. ¿Qué debería haber hecho? ¿Dejar que cumpliera con sus amenazas y destruyera tu Festividad? Jamás tuve la oportunidad de hacer esto. Jamás tuve la oportunidad de…

–Sí tuviste la oportunidad y renunciaste a ella *por mí.* Te dije que no necesitaba que intervinieras. *Te dije que no me escogieras por encima de tus responsabilidades*. ¡Fue lo único que te pedí!

Se da la vuelta, presionándose las sienes con los dedos, negando con la cabeza hacia la alfombra, hacia el aire. Su espanto me golpea el estómago, se retuerce dentro y no halla salida.

–Hex…

–Todo esto está tan roto –gimotea y yo me quedo rígido.

Vuelve a sacudir la cabeza y se lleva las manos más atrás, hasta que le quedan entrelazadas en la nuca.

–Yo soy la razón por la que tu padre tiene algo para usar en contra de Halloween en primer lugar –dice mirando al techo.

–¿Qué? ¿De qué estás hablando?

Gira la cabeza un poco hasta que puedo ver el brillo en sus ojos, las lágrimas que está intentando contener.

–Mi hermana fue quien quiso contactarse con Navidad para generar una alianza. Ella era tan… tan idealista. Vio el alcance de Navidad y pensó que con este tipo de fuerza… Las personas a las que también podríamos llegar. Si compartíamos recursos, si nos ayudábamos entre todos, porque supervisamos épocas del año muy distintas. Era un hermoso sueño, ¿quién podría negarlo? Mis padres estuvieron de acuerdo, con cautela. Pero las negociaciones se volvieron ásperas. Las esperanzas de Raven jamás ocurrirían. Creo

que lo supe, antes de que lo intentáramos. Supe que ella se decepcionaría.

Yo no me muevo. Quiero acercarme a él, pero algo en su postura me mantiene a un brazo de distancia.

–Luego ella murió a los pocos días de que las negociaciones terminaran. –Hex se lame los labios, se traga un leve sollozo y a mí se me rompe el corazón–. Ella *murió* y *todo* se desmoronó. Tu padre había amenazado con contarles a nuestros aliados acerca de nuestros intentos de unirnos a Navidad, y mis padres creyeron que podríamos soportar cualquier represalia. Pero ¿yo? Ese hubiera sido su legado. Lo último que hizo antes de morir, y eso podría haber causado que se obligara a Halloween a abandonar nuestra cooperativa. Lo que Raven valoraba profundamente se habría roto. Yo no podía ponerlo en riesgo. Así que les supliqué a mis padres que cumplieran con lo que fuera que tu padre exigía. Fui yo quien accedió a la estrategia del falso compromiso. He sido yo quien ha estado permitiendo que todo esto sucediera desde el inicio porque ella *está muerta* y a nadie más… A nadie más *le importaba*…

Se atraganta y se lleva una mano a la boca. Yo extiendo los brazos, pero él se aparta.

–Hex. –Hago de su nombre una súplica, pidiéndole que me deje abrazarlo.

Sabía que sus deberes como heredero de Halloween estaban atadas a la pena por su hermana, pero no me había percatado de cuánto. Y está sufriendo y necesito *abrazarlo*.

Todo el chantaje de mi padre... No hay forma de que él supiera cuán profundo caló en Hex, pero, al oírlo, vuelvo a odiarlo una vez más. Esto es lo que está haciendo, así es como hace sufrir a las personas.

–Y ahora tú vas a renunciar a tus planes para tu Festividad. –Hex se estremece, con las mejillas rojas, y se endereza, exhausto y decidido–. He dejado que esto fuera demasiado lejos. Por el miedo y por la angustia, y… ya no puedo.

Me mira a los ojos, por fin. Los suyos reflejan un dolor profundo y a mí me destrozan por completo.

–No cedas ante lo que quiere tu padre –susurra, temblando–. Continúa con la cooperativa, Coal. Deja que él cumpla con sus amenazas. Déjalo…

–No.

Él se estremece.

–Coal. Te estoy diciendo que hagas esto.

–No dejaré que mi padre te haga daño –digo cada palabra con intención. Es todo lo que puedo ver. A él, sufriendo, y todo se concentra en eso, mi propio dolor se desmorona porque eso es en lo único en que me puedo enfocar. A eso sí lo puedo detener.

–Esto no se trata de mí…

–Ahora sí. Para mí lo es. No dejaré que él lastime al hombre que amo.

Los ojos de Hex se agrandan.

–¿El hombre que qué?

Tiene que saberlo. No puede ser una sorpresa. *¿Por qué lo sorprende?*

–Te amo –digo con voz débil, desdichada–. Estoy enamorado de ti.

Pero todo lo que él dice, con una calma reactiva, es: –No puedes.

–¿No… no puedo?

–No puedes –repite. Niega con la cabeza, tratando de refutar lo que acabo de decir, pero allí está y ambos lo sentimos–. Tú… tú tienes que continuar con la cooperativa. Yo tengo que enfrentar las consecuencias que vengan. Lo que estás haciendo… es lo que Raven querría. Ella no querría que yo siga acobardándome. No puedes tomar decisiones basadas en mí.

–¿Por qué no?

–¿Por qué no? –repite, como si la respuesta fuera obvia. Y puede que haya lástima en cómo frunce las cejas–. Voy a regresar a México sin importar lo que suceda.

–¿Y luego?

Se aproxima un abismo. Hay una pausa al borde del precipicio. Él me observa como si esperara que yo responda mi propia pregunta. Sus ojos se entrecierran con creciente irritación.

–No me hagas decirlo, Coal, por favor.

–¿Decir *qué*? –Honestamente no lo sé, y mi confusión solo lo enfada más. Aprieta los labios.

–Tú eres el heredero de Navidad –dice, apenas conteniéndose–. Yo soy el heredero de Halloween. ¿Cómo pensaste que esto iba a acabar?

Y eso es todo. Como si esa fuera una explicación suficiente.

Maldita sea, claro que *no*.

–¿Nunca pensaste que esto fuera a funcionar? –Las palabras me rebanan la lengua.

–Ambos somos herederos de Festividades muy distintas –dice. Parte de su enfado está reprimido por la cautela–. Y ahora está más que probado. Habría llegado un punto en el que tendríamos que elegir entre nosotros y nuestros deberes.

–¿Y habríamos escogido nuestros deberes sin cuestionarlo?

El silencio es respuesta suficiente.

–Entonces, ¿esto fue una distracción para ti? –Me armo de valor–. ¿Una *aventura*?

Escupo la palabra porque en este momento me está destrozando por completo. Es un golpe bajo, pero da en el blanco; él cierra los ojos, preparándose para el impacto.

–Yo tengo que pensar en el futuro de Halloween y tú…

–¿No soy digno de ser parte de ese futuro? ¿Eso es? ¿El príncipe Coal, el bufón, lo suficientemente bueno para acostarse con él, pero demasiado desastroso para ser confiable?

Abre los ojos de golpe.

–No distorsiones las cosas –espeta, como si tuviera algún derecho de enfadarse conmigo–. No te atrevas a esconderte detrás de tus inseguridades. Esto no se trata de eso. Tienes que pensar…

–¿*Yo* me estoy escondiendo detrás de mis inseguridades? ¿Qué hay de ti?

–¿Qué hay de mí?

Me quedo boquiabierto. Es la persona más exasperantemente consciente de sí misma que jamás he conocido, ¿de verdad me está preguntando eso?

–¿Quién te está presionando para escoger tus deberes por encima de ti mismo? ¿Quién te presiona para que cedas ante las amenazas

de mi padre? Eres *tú*. Tú eres el que está eligiendo no intentar pelear por lo nuestro. Puedes plantarte aquí y decirme que esto estaba destinado a terminar inevitablemente, pero yo sé que significó algo para ti. Y sé que, ni por un segundo, creíste que permitiría que te marcharas en víspera de Navidad, ni en ningún momento, y que me olvidaría de ti. ¿Podrías marcharte y simplemente olvidarte de mí?

–Necesito que tengas algo de lo que te enorgullezcas. –Ignora todas mis preguntas, las ignora con un gruñido *in crescendo*–. No puedo marcharme sabiendo que te quedas aquí reprimido, cuando he visto la grandeza impresionante de la que eres capaz. Necesito que seas *feliz*.

Lo dice como si me estuviera acusando de algo.

Lo miro a los ojos.

–Okey –digo con lentitud–. Yo también necesito que tú seas feliz. Eso es lo que estoy…

Alza una mano de repente y la cierra en un puño, con una mueca, sin respirar, en un arrebato de tanta ira que me quedo en silencio otra vez.

–Lo único que me ha importado en la vida durante los dos últimos años y medio ha sido Halloween. Me he dedicado por completo a hacer que sea lo mejor posible para la gente que necesita la alegría que ofrecemos, porque me ha consumido lo desesperadamente necesaria que es nuestra versión de la alegría. Hallarla en el miedo y en la oscuridad, rescatar algo parecido a la felicidad en la angustia y en la ausencia. Ver algo que solo implica terror y peligro y encontrarlo *hermoso*, no a pesar de las cosas que lo hacen horroroso, sino por sí mismo. Desde la muerte de Raven, he comprendido mi Festividad desde un punto primordial como jamás pude, así que me comprometí a ella. Es *todo*.

»Desde que llegué aquí, todo en lo que puedo pensar, quien consume y nubla cada pensamiento que tengo al despertar eres *tú*. Que tú seas feliz. Que tú tengas lo que mereces. *Necesito que seas feliz*, Coal. Necesito saber que estás bien, o al menos en camino de estarlo, para yo poder estar *entero* otra vez. Necesito que seas feliz para que dejes de atormentarme. Yo lidiaré con cualquier

consecuencia que venga de tu padre, ya va siendo hora de que lo haga... Por favor, *por favor*, no renuncies a la cooperativa de Festividades de invierno.

Las piezas de su lógica encajan como un rompecabezas en mi mente y es un tapiz tóxico de esperanza y agonía.

–¿No crees que podrías hacer ambas cosas? ¿Estar conmigo y hacer lo que Halloween necesita que hagas? –Mis emociones están agotadas–. Mírame a los ojos y dime que jamás volverías a pensar en mí si supieras que Navidad está a salvo y que yo soy feliz.

Está furioso. Consigo mismo. Conmigo, por arrastrarlo a esto. Desvía la mirada hacia un lado.

–No es tan simple…

–Tú me amas –digo–. Me amas y te estás mintiendo a ti mismo si piensas que todo lo que tenemos desaparecería solo porque te alegras de que yo sea feliz cumpliendo con mis *obligaciones*. Porque, ¿sabes algo, Hex? *No seré feliz sin ti*. Navidad podría ser idílica y yo me sentiría miserable sin ti.

–Eso –exclama señalándome–. Eso es en lo que te equivocas. Tenemos responsabilidades. El amor no cambia quienes somos.

–Cambió quien soy yo.

Se presiona el abdomen con el puño. Puedo ver los efectos que esto tiene en la postura de sus hombros, en cómo aprieta los labios y sé que yo también debería sentir dolor, pero mi cuerpo parece anestesiado.

Me acerco más a él. Solo lo suficiente para que tenga que levantar la mirada.

–Di que me amas –le suplico. Se lo ordeno. Podría cambiar todo con esas dos palabras.

–Di que continuarás con las Festividades de invierno –replica.

Eso lo destruiría. A él y a su Festividad. Solo terminaría en desastre, porque eso es lo que *pasa* conmigo: desastres. Y ahora él cree que lo puede soportar, pero… pero *yo* no puedo.

Nos quedamos así. Esperando que el otro se quiebre. Dándonos otro momento más largo, un segundo más, por favor, *por favor*…

–Dijiste que tenemos la responsabilidad de ayudar a traer alegría al mundo. –Finalmente rompo la tensión. Los párpados de Hex

tiemblan, con un gesto de dolor–. Pero yo jamás he tenido responsabilidades más allá de mi *propia* felicidad, y esa es la razón por la que no pensé en el futuro de Navidad cuando mi padre amenazaba todo lo que me importa. Solo pensé en *mi* futuro. Solo pensé en *ti*. Fui tan egoísta y estúpido como siempre, como si nada hubiera cambiado, porque, al parecer, nada *ha* cambiado.

Hex lanza un suspiro abrupto que termina en un gemido. Esta ira que me muestra es solo su fachada. Detrás de ella está sufriendo, manteniendo su escudo en alto, y lo comprendo, pero eso no hace nada para detener el abismo de oscuridad que me devora el pecho.

–Coal, no es así como quería que esto… Así no…

Clavo la mirada en la pared que está detrás de él. Un último jirón de estoicismo me devuelve el centro, como una cuerda salvavidas arrojada a mi abismo, de la que me aferro con todas mis fuerzas.

–Mi padre te enviará de regreso a casa. Ahora puedes marcharte.

–Así no. Coal. *Mírame*…

Extiende una mano hacia mí, pero yo le doy la espalda y *me largo de allí*, dando un golpe a la maldita puerta.

Wren está en el corredor.

Paso a su lado como un rayo.

–Está empacando –le informo.

Ella dice algo. Mi nombre, tal vez.

Yo echo a correr, chocándome los hombros contra las paredes al doblar las esquinas a toda velocidad. Los empleados se quitan de mi camino con chillidos sorprendidos. Regreso a mi suite. Entro y me reclino sobre la puerta cerrada, con la frente pegada a la madera.

–¿Coal?

Mierda, todavía están aquí. Iris y Kris. Mierda, mierda…

Una mano sobre mi hombro. Mi hermano. Me aprieta fuerte y eso es todo lo que puedo soportar.

Me deslizo hasta el suelo, sobre las rodillas y, por fin, me derrumbo.




CAPÍTULO DIECINUEVE

Hay un peso sobre mi pulgar.

Lo toqueteo, siento a la ropa de cama moverse debajo de mí y mi mente, que está mitad dormida, por un segundo piensa: *Solo tengo dos días antes de que Hex se vaya*, y comienzo a buscarlo con la mano…

El peso es su anillo, que todavía está en mi pulgar. La almohada huele a naranja sanguina y canela, pero pronto se desvanecerá.

Pero no tenemos dos días más.

Aprieto la mano hasta formar un puño.

–Estás despierto –dice una voz por encima de mí.

Mi habitación adquiere forma alrededor de mi conciencia que se expande. Luz blanca de la mañana. Traigo puesta la ropa de ayer. Tengo el edredón echado encima y estoy hecho un nudo por revolverme en el poco sueño que logré concebir y, adormilado, levanto la mirada hacia Kris, que está sentado a mi lado. Él está en pijama, escribiendo a toda velocidad en su teléfono.

–¿Qué hora es?

–Casi las siete. ¿Dormiste?

Me incorporo. Me duele el cuerpo como si anoche me hubieran aporreado. Y así fue. Me balanceo hacia adelante y me llevo las manos al rostro. Mis ojos parecen de papel de lija.

–Continúa durmiendo –dice Kris–. Es temprano.

–Estoy bien. Necesito…

–*Necesitas* descansar. No te dormiste sino hasta casi las cuatro.

–Estoy *bien*.

–Eres un maldito *mentiroso*.

–Cuanto antes retire esas invitaciones…

–Eso puede esperar unas horas más. Recuéstate.

–¿Por qué estás aquí? –pregunto con fastidio y de inmediato me arrepiento.

–Porque no puedes estar solo en este momento –dice Kris sin reaccionar a mi enfado. Solo tiene paciencia y calma.

Me quedo rígido y lo miro. Sus cejas están levantadas con una suave mirada de evaluación. La culpa se apodera de mí.

–Mierda. –Me inclino otra vez hacia adelante, odiándome a mí mismo con tanta fuerza que tengo que quedarme quieto hasta que mis ojos dejan de arder–. No deberías tener que hacer esto –le digo–. No quería que tuvieras que hacer esto nunca más.

–¿Hacer qué?

–Cuidar de mí.

Kris se despega del cabezal, se queda en silencio hasta que este me obliga a mirarlo. Él me sostiene la mirada durante otro segundo silencioso, con una fuerza de presencia, de sufrimiento, de seguridad.

–No eres una carga, Coal –me dice.

Es como si hubiera descendido hasta el fondo de mi alma, a los cimientos de mi autoflagelación y mi ira, y se hubiera aferrado al momento exacto en que empezó todo esto.

No estoy seguro de si se da cuenta de lo mucho que necesitaba oírlo decir eso. Dudo que *yo* lo hiciera, pero sus palabras son como una mano suave que me acuna la mejilla y le dice a mi yo de ocho años que no es mi culpa, que no fue por algo que yo haya hecho.

Ella se marchó.

Hex se marchó.

Kris no.

"No eres una carga".

Se me escapan unas lágrimas.

–Ya basta.

–Toma. –Me ofrece un vaso con agua que no acepto–. Iris está trayendo el desayuno.

–No tengo sed.

–Bebe.

–Kris…

Él empuja el vaso entre mis manos y me mira furioso.

–No es como si te hubieras ido de fiesta y yo te estuviera cuidando de la resaca, idiota. Lo que sucedió ayer también arrasó conmigo, así que déjame cuidar de ti, antes de que te sujete y te torture con método submarino para intentar que te hidrates. Ahora, si no vas a dormir, *bebe la maldita agua*.

Acepto el vaso. Bebo un sorbo. Mis labios agrietados saben a sal.

–Yo también te quiero –le digo, porque no lo menciono lo suficiente.

Él se deja caer de espaldas contra el cabezal y arroja el teléfono sobre la mesa de noche. Veo que el mío está allí, volteado hacia abajo, pero no se lo pido.

Kris se pasa la lengua por los dientes. Yo me llevo el vaso a la boca. Exhalo dentro de él y este se llena de niebla.

–Tú lo habrías hecho por mí –dice.

Bajo el vaso. Lo dejo apoyado en la mesa de noche junto a mi lado de la cama.

–Por supuesto.

Cierra los ojos. Respira y luego me ve, con la mirada irritada y rabiosa.

–Nunca más –me dice–. Nunca jamás vuelvas a hacer eso, ¿sí?

–Claro que no. ¿Tú quieres cuidar de mí? Así es como yo cuido de ti. Así es como *siempre* cuidaré de ti. –Un dolor agudo me estruja el pecho–. Es la única cosa que sé que puedo hacer bien. Estoy en el frente de batalla, ¿entendido? Tienes que aceptar eso.

Kris se muerde los labios.

–Acéptalo o no vuelvo a tomar agua de tu parte en la vida –agrego con una voz tan rasposa que le arranca una pequeña sonrisa en las comisuras de los labios.

–No debes estar del todo acabado –susurra–, si ya vuelves con tus estupideces.

Me marchito.

Golpean con suavidad en la puerta y luego Iris aparece con una bandeja en una mano. De inmediato, se huele una catarata de tocino, masas sabrosas y jarabe, y yo debería estar hambriento. Pero la observo ingresar y dejar la bandeja al pie de la cama.

Mis ojos vagan otra vez por la suite. La veo por primera vez. Todo está en su lugar. La ropa está guardada, el escritorio ordenado.

–¿Ustedes ordenaron mi habitación?

–Por supuesto –dice Iris como si no fuera la gran cosa, pero *sí* lo es. Cada una de las cosas que hacen lo es–. Bueno, ¿qué te apetece? Renee puso jarabe de canela extra en tus crepes.

–Ella… ¿sabe?

La expresión de Iris me dice que todo el maldito palacio lo sabe. Pero ¿qué saben? ¿Que Hex me dejó…? No, que se *marchó*, no que me dejó a *mí*, no solo a mí… ¿O que papá nos amenazó? ¿O que yo fallé estrepitosamente? ¿Qué historia inventó papá?

–Esta mañana se anunció que yo no escogí a Halloween –responde Iris con timidez, midiendo cada palabra antes de decir la siguiente para evaluar mi reacción–. Y que esa es la razón por la que Hex se ha ido. Pero… el personal sabe que tú estás molesto. O que eso te estaría molestando. Tú les importas, Coal.

En algún momento, me habría horrorizado que el todo palacio estuviera rebosante de empatía y lástima por asuntos privados de mi vida. Me habría enfurecido que papá utilizara este dolor personal tan intenso para validar sus otras mentiras. Pero, a decir verdad, ya no me importa.

Iris se apretuja junto a mí en la cama, con su vestido calentito de lana, botas y todo, y acomoda el edredón por encima de nosotros. Yo me reclino contra las almohadas, ella apoya la cabeza en mi hombro y pasa un brazo a través de mi barriga.

–¿Durmió? –le pregunta a Kris, que está al otro lado.

–No lo suficiente.

–Estoy aquí –digo de forma patética.

–Sí. –Ella me abraza–. Y nosotros también.

Suelto un suspiro. Me paso una mano por la boca y cierro los ojos.

–Entonces, de verdad él se…

–Marchó. –Siento los ojos de Iris mirándome, pero no puedo abrir los míos–. Anoche.

–Y supongo que tú y yo…

Iris tira de un hilo de mi camisa.

–Sí… Eso también lo anunciaron –dice con voz baja, vencida.

Le había dado la esperanza de que había una solución. De que podía hacer algo más con su vida más allá del deber.

A ella también la decepcioné.

Paso un brazo por encima de sus hombros y apoyo el mentón en la parte alta de su cabeza.

–Mi, em, mi teléfono.

–Él no te ha escrito –dice Kris.

Me tenso. Se suponía que esto pasaría, ¿no? Jamás existió la posibilidad de que se quedara y corriera a mi habitación para decirme que me ama, porque nunca iba a funcionar. Él lo supo desde el principio.

Me pica el fondo de la garganta. Me despego de Iris para llevarme las manos al rostro. Ella me sujeta el antebrazo, pero yo me quedo en mi oscuridad por un segundo, solo un segundo, usando cada gramo de mis capacidades para *respirar*.

–¿Qué hago ahora? –No es mi intención hablar, y mucho menos de algo tan jodidamente egoísta. ¿Acaso no he mejorado en eso? Pero la pregunta brota, lo único capaz de crecer en este desastre. Fueron solo unas pocas semanas, pero él cambió todo en mí de una manera que ahora se siente como una catástrofe.

No puedo, *no puedo* volver a ser quien era antes de él. Sin rumbo, sin servir para nada, sin dirección, y simplemente *inferior*. Pero la mejor versión de mí, en la que había comenzado a convertirme, no existe sin él.

Yo *no quiero* existir sin él.

–Comer –susurra Iris–. Dormir un poco más. En algún momento, levantarte de la cama.

–No me refiero a *ahora*…

–Sé que no. Pero no puedes pensar más allá de *ahora*. Todavía no.

Se incorpora y me da unos golpecitos en las manos hasta que las dejo caer.

–Come. –Me ofrece media *croissant*.

Yo obedezco. Mastico, en modo ausente. Levanto la mirada al techo y *mi cama todavía huele a él.*

Ahora. Solo pensar en ahora.

Ahora.

–Necesito escribir las cartas para retirar las invitaciones –digo.

Kris se acomoda más cerca de mí, con el teléfono otra vez en la mano. Lo veo abrir una aplicación de notas.

–Yo me encargaré.

–Kris.

–No sirves para escribir.

–Yo lo haré. Este es mi desastre. Necesito hacerlo. Papá…

Pero todos mis pensamientos se tropiezan entre sí.

Estoy mirando fijo al techo, hecho un emparedado entre Iris y Kris, luchando por tragar un *croissant* que se vuelve de arenilla en mi boca seca y, entonces, una bocanada de aire profunda se abre paso hacia mis pulmones hambrientos.

Papá va a... ¿qué?

Culpar a Hex si no retiro las invitaciones a las Festividades de invierno. Si no dejo de intentar que ellas se unan en su contra. Porque, juntas, aportan más de la mitad de la alegría de Navidad. De modo que, juntas, serían suficientes para reestructurar nuestra Festividad.

Y papá solo ha tenido que amenazarlas para conseguir su obediencia. Solo ha tenido que *amenazar* a la gente. Toda esta extorsión de mierda y jamás ha habido ningún tipo de escándalo que se conociera sobre estas Festividades. Solo *amenazas*.

Papá *no* golpeó a Kris. Ni siquiera lo intentó. La amenaza de su ira fue suficiente.

Solo la amenaza.

Me incorporo, con el ceño fruncido, la cabeza latiendo y la mitad de furioso. Tal vez sea la falta de sueño o el corazón roto, pero mi pulso comienza a acelerarse y pienso en que fui un idiota.

Sé que fui un idiota.

Porque recuerdo lo que Wren me dijo en el pasillo. "No están tan solos aquí como tu hermano y tú creen". Y Renee y el personal de la

cocina, y Lucas y los de Planificación de Rutas… Toda la *alegría* pura y genuina que ellos crean.

Recuerdo cómo las personas vitorearon por papá y la felicidad que él perpetúa, y lo disgustados que parecían ante la idea del chantaje.

Papá ha mantenido toda la información sobre los chantajes bajo siete llaves y ha manipulado cada historia que se da a conocer sobre nuestra familia, porque sabe que nuestro pueblo estaría *furioso* si se enterara de que toda esa alegría no es nuestra.

Tuvo que crear un pretexto para justificar la presencia de Hex aquí, para que nuestra gente estuviera de acuerdo con eso. No podía sincerarse y decirles: "Tenemos un rehén". Tuvo que armar toda la farsa del compromiso. Hasta silenció a los enviados de Halloween cuando vinieron aquí antes de que pudieran expresar mucho más que objeciones acerca de la unión de Navidad con Pascuas. Temió que ellos revelaran algún detalle, que volvieran la extorsión en su contra.

Entonces, ¿realmente piensa cumplir con alguna de sus amenazas?

Porque si así lo hiciera, si comenzara a lanzar esas bombas a la prensa de Festividades, y si se supiera que toda esta información proviene de Navidad, entonces esa fachada de integridad tan cuidadosamente construida alrededor de nuestra familia quedaría aniquilada.

No puede exponer toda la mierda que tiene.

No sin destruir todo aquello por lo que dice estar luchando.

–Dios mío. –Me desprendo del edredón. La bandeja se balancea; Iris lanza un chillido de sorpresa, pero yo paso por encima de ella. Necesito caminar, necesito *moverme*.

Comienzo a ir de un lado al otro por todo el largo de mi habitación. Llego hasta el escritorio y regreso.

–¿Coal? –Kris se puso de pie, me está observando como si creyera que voy a brincar por la ventana o que comenzaré a gritar, o tal vez ambas.

–Es un farol. –Giro en dirección a él. Me siento aliviado, desesperado y un *estúpido*. ¿Cómo pude ser tan *estúpido* otra vez?

Pero no fue estúpido temer a mi padre.

No fue estúpido proteger a mi hermano, proteger a Hex.

No fui un estúpido.

–¿Qué cosa? –Kris frunce el ceño.

–Lo de papá. Es todo un farol. No permitirá que se sepa nada en contra de Halloween. No dirá nada en contra de nadie. Todas esas amenazas… son un *engaño*. Nos está manipulando porque sabe que todos tememos a las repercusiones lo suficiente como para mantenernos bajo control. Pero ¿saben qué? Creo que *él* también teme a las repercusiones.

Me paso las manos por el cabello y *sonrío*. Una sonrisa trastornada, que hace que Iris se levante de la cama, con las manos extendidas. Ella y Kris emanan preocupación.

–¿Qué estás diciendo? –pregunta mi hermano.

–Estoy diciendo… –No puedo respirar–. Estoy diciendo que no voy a escribir esas malditas cartas.

Kris eleva las cejas.

–Las Festividades de invierno vendrán. Y yo me enfrentaré a papá. Y nosotros *cambiaremos las cosas*. Porque no revelará ningún chantaje sobre nadie. Voy a desenmascararlo.

–Es un riesgo grande –dice Kris. No porque tenga miedo, sino preocupado de que yo no esté pensando con claridad.

–Lo es.

–Ayer también lo era. –Da un pequeño paso hacia adelante.

–Ayer *creía* que papá iba a golpearte. –Respiro con dificultad–. *Creía* que lastimaría a Hex. No había considerado que no se atrevería.

–¿Y ahora? –La boca de Kris comienza a levantarse. ¿Es una sonrisa? Una alentadora, tal vez, y eso me permite respirar mejor.

–Y ahora, lo desafiaré a hacerlo. Estaré allí para protegerte, para recibir el golpe. Pero sé que no lo hará. *Sé* que no lo hará.

Kris se acerca y pasa un brazo alrededor de mi cuello.

–Bien –dice contra mi hombro–. Bien.

–¿Estás…? –La voz de Iris suena entrecortada–. ¿Estás seguro, Coal?

Eso me hace girar de golpe y me reorienta como un satélite que regresa a su órbita. Kris se hace a un lado, mis vueltas maniáticas se

detienen de repente y yo miro a Iris a los ojos.

–Sé que papá ya ha hecho el anuncio de que tú no escogiste a Halloween –comienzo a decirle–, y que todos saben que nosotros nos casaremos. Pero, qué diablos, Iris… No puedo. Jamás podríamos. Nuestro plan original no tiene que cambiar, aún podríamos incluir a Pascuas en la cooperativa si logramos convencer a tu padre, podemos hacer que no parezcas culpable de nada...

Ella levanta una mano.

–Puedo decir, con total honestidad que… –Inhala estremeciéndose y sus ojos se llenan de lágrimas–. Que, por primera vez en mucho tiempo, me importa un *carajo* lo que haga mi corte. Te pregunté si estabas seguro, Coal, porque si así es, entonces yo también. Todavía estoy contigo.

Mi rostro explota con una sonrisa, pero me llevo una mano a la oreja.

–Lo siento. No entendí muy bien lo que dijiste en el medio.

Me mira con fastidio.

–Dije que, si tú estás seguro, entonces…

–Eso no. Lo que dijiste antes.

Levanta la mirada hacia el techo.

–Me importa un carajo lo que haga mi corte.

Miro a Kris, con los labios fruncidos.

–¿Oíste eso?

Él niega con la cabeza, fingiendo confusión, con una sonrisa tensa.

–¿Oír qué? ¿Iris estaba hablando?

–*Me importa un carajo lo que haga mi corte* –dice en voz alta, gritando prácticamente. Y puede que haya comenzado a decirlo con exasperación, pero, para cuando termina, es un jadeo. Se frota los ojos con rapidez y se endereza, pero ya es tarde para ocultar su alivio repentino, un peso que se desplaza hacia un lado para permitirle respirar con normalidad.

La levanto en un abrazo de oso.

–Mírate, la princesa rebelde. ¿Cómo se sintió eso?

–Blasfemo –dice apretando el abrazo–. Pero liberador.

Me echo hacia atrás para verla a los ojos otra vez y dejo que parte de mi humor se escurra.

–¿Qué incitó finalmente este cambio milagroso?

Ella duda y se mordisquea la mejilla interna.

Luego responde con:

–¿Quieres contarle a Hex?

Yo me quedo congelado.

–No.

Me impresiona hasta a mí, pero la negativa queda suspendida en el aire. Iris frunce el ceño.

–¿No? ¿Por qué? Esto es lo que él quería que hicieras.

Retrocedo, me aparto, intentando aferrarme a esta esperanza inquieta.

–No, Iris. Solo déjalo.

–Esto es lo que él quería que hicieras –insiste.

–Iris…

–No puedes renunciar a tu final feliz, Coal.

No me volteo. Mis hombros se tensan.

–No puedes rendirte. –Su voz se oye pequeña y cautelosa–. Tú comenzaste a hacerme creer que podíamos cambiar las cosas. Que los sueños que enterré podrían estar vivos. Y ahora que tienes un modo de arreglar lo que sucedió con él, ¿no lo aprovechas? *¿Por qué…?*

Me vuelvo hacia ella.

–¡Porque él *me rompió el corazón*, Iris!

Ella se encoge, cierra la boca de golpe con los ojos bien abiertos, inertes.

El peso todavía está en mi pulgar. El anillo de Hex. Lo acaricio con el dedo y no pienso en lo que eso significa ni en cómo conservé algo suyo, ni en que él también tiene algo mío, incluso si no lo cree así.

–Me rompió el corazón –repito, sintiendo las palabras, su peso en mi pecho–. No me escogió. *Yo sé* que somos más que nuestros roles y no me arrepiento de haberlo escogido, pero *él no me escogió a mí*. Aunque le cuente que voy a seguir adelante con la cooperativa, eso no cambia que de todos modos él iba a romper conmigo.

Iris suelta un resoplido.

–Coal…

–Pero él estaba en lo cierto. –Esto reabre las heridas de anoche, que otra vez comienzan a sangrar por dentro–. A la primera amenaza hacia él, cedí ante mi padre sin dudarlo, sin convicción en mi postura. Tal vez si anoche me hubiera detenido por un *segundo*, siquiera, me habría dado cuenta del engaño de mi padre en ese momento y habría evitado esto. Pero no lo hice, porque Hex tenía razón sobre mí. No solo lo puse a él primero, sino que Navidad no estaba ni cerca de encabezar mis prioridades. Sino que él, Kris, tú y todos los que me importan. Perdí de vista lo que estaba en juego, no he tomado en serio mi rol. Quizás jugué a hacerlo durante este mes, pero no me he *comprometido*.

Kris me da un golpe en el brazo.

–*Sí* que te has comprometido. Has hecho cosas asombrosas y, si él te hizo sentir que no es así, entonces que se vaya al diablo.

Aprieto la mandíbula.

Kris suspira.

–No voy a disculparme por decir eso. Él lastimó a mi hermano.

–Yo también lo lastimé.

–Bien.

–¡Kris! –Iris le golpea el hombro–. Dios, nada de esto está bien.

Él se cruza de brazos y murmura:

–Que él sienta un *poquito* está bien.

La expresión de Iris es de pena y angustia total, y yo quiero prometerle que tendremos nuestros finales felices, que hay esperanza para nosotros.

Pero ¿la verdad?

No sé cómo acabará esto. Había estado tan seguro de que estaba haciendo lo correcto cuando envié aquellos obsequios a Nueva Koah, y había estado tan seguro estos días de que estaba haciendo lo correcto aquí también. Siento una punzada en el pecho, el terror quiere que retroceda, que me retracte de todo esto y que vuelva a la cama, derrotado.

Pero no quiero ese final. Lo rechazo tanto que es como si ese deseo estuviera tratando de salirse por mi piel. No quiero haber tenido razón al sentir que arruinaría todo. Quiero un final en el que

haya arreglado las cosas y en el que todo haya salido exactamente como lo planeé.

Pero ¿quién decide cuál es el final?

Así que seguiré adelante. Y adelante. Y aprenderé y mejoraré y, a veces, me odiaré a mí mismo por no rendirme y me encolerizaré ante la mierda a mi alrededor. Pero puedo recordar lo que se siente al ver al mundo con esperanza plena y no puedo detenerme hasta recuperar eso. ¿Cuál es la alternativa?

Solo se necesita un momento de alegría. Uno a uno, uno tras otro.

Confío en eso. Cuento con que la alegría sea más fuerte que cualquier cosa que me espere.

Es lo que un príncipe de Navidad haría. Al menos, lo que *este* príncipe de Navidad hará.

HEX

COAL

por favor, no respondas este mensaje. ni siquiera debería escribirte. kris me matará. solo quería saber si estabas bien. y lo siento. pero yo también tenía razón. y pase lo que pase con mi festividad y con mi papá, ahora uno de mis objetivos es convertirme por completo en quien tú me ayudaste a ver que puedo ser. porque tengo que creer que hay un futuro en el que el heredero de halloween y el heredero de navidad pueden estar juntos y tú te mereces la mejor versión de mí. creamos demasiada alegría para que esto no perdure, y sé que tú no me lo dijiste, pero yo te amo, te amo, te…

[¿BORRAR SIN ENVIAR?]
[SÍ]




CAPÍTULO VEINTE

Papá me convoca la noche anterior a la víspera de Navidad.

Habría sido demasiado pedir que él confiara en mi palabra, que creyera que escribiría las cartas, que las enviaría y que Iris y yo seguíamos felizmente con los preparativos para la boda. Pero no. Por supuesto que, al menos, querría leer las cartas primero. Y si bien yo esperaba ganar tanto tiempo como pudiera, demorarlo y demorarlo hasta el momento en que llegaran las Festividades de invierno, no me queda más remedio que dirigirme sin ganas hacia su oficina antes de las diez.

–Oye. –Kris me da un empujoncito–. Todo va a estar bien.

–Volverá a ocurrir lo que sucedió en mi habitación.

–No. No ocurrirá. –Él desliza un brazo sobre mis hombros–. Tú decidiste que no sería así. ¿Recuerdas? *Tú* lo decidiste. Así que será mejor.

No sé cómo sobreviviría a esto sin él. La certeza sobre el farol de papá es muy reciente, y me aferro a ella con todo lo que tengo, pero hay demasiados factores fuera de mi control.

No solo fuera de *mi* control, sino que bajo completo control de *mi padre*. Y ese es el miedo más desgarrador que jamás he sentido. Saber que algo tan simple como si los próximos días serán esperanzadores o desastrosos depende de los caprichos de alguien más.

A estas alturas, tengo los pulmones llenos de cenizas permanentemente. Cada respiración es un esfuerzo.

Echo de menos a Hex.

Esa es la raíz de por qué todo es tan profundo: amor. El amor es la colisión más petrificante que he experimentado. Amar a Hex y amar a Navidad me está destruyendo, y creo que esa es la razón por la que me resistí a aceptar mi rol durante tanto tiempo. Porque siempre supe que cuando me enamorara, lo haría con todo mi ser. No sería por un desliz, ni suavemente, sino por una flecha lanzada por el mismo Cupido, impulsada a toda velocidad hasta caer en picada y clavarse en lo más profundo de mi corazón.

El palacio es un caos absoluto. Hay decoraciones por *todas partes*: acebo y hiedra fresca, guirnaldas en cada puerta, lucecitas parpadeantes, árboles navideños por doquier, adornos y lazos y listones. Hay cosas de todas nuestras Casas: Luminaria, Jacobs, Nieves, Villancico y todas las pequeñas partes que se han unido para crearlas, toques que urden en conjunto un sutil pero impactante despliegue de quiénes somos. Los empleados están ajetreados con los preparativos de la boda y yo no he visto a Iris de lo ocupada que está. Bajo otras circunstancias, estaría furioso. ¿Acaso no es mi boda también? ¿No tengo derecho a opinar? Puras estupideces anticuadas.

Entonces, con Kris llegamos a la oficina de papá. La puerta está abierta.

Yo entro primero. Él está en su escritorio, revisando algo en una tableta.

Tamborilea en un espacio vacío frente a él sin levantar la mirada.

–Las cartas.

–Yo… –Mi garganta está hecha costras. Carraspeo, hago un gesto de dolor–. No las tengo.

Con lentitud, papá levanta la cabeza para mirarme.

–No las tienes. –Se reclina en su asiento, cruza los brazos sobre el pecho. Su voz suena neutral, del mismo modo en que el cielo gris es neutral–. ¿Y por qué, exactamente?

Kris da un paso al frente.

–Yo estuve ayudándolo a escribirlas –dice.

–Y… –Le lanzo una mirada suplicante. Él puede acompañarme, apoyarme, pero *no atraigas la atención hacia ti*–. Yo estaba

terminando algunos últimos…

Wren entra en la oficina como una estampida detrás de nosotros.

–¡Señor! Mis disculpas.

Estoy acostumbrado a su torbellino de energía cuando se trata de cumplir sus tareas para papá, pero ahora parece sin aliento, como si hubiera corrido por todo el palacio.

Coloca una pila de papeles sobre el escritorio.

–Facturas para firmar. ¿De qué se trata esta reunión?

–De… –Pero me quedo con la boca abierta.

–Es entre mi hijo y yo –responde papá–. No es asunto tuyo.

Wren toca algo en su pantalla.

–¿Las cartas para algunas de las otras Festividades?

–¿Disculpa? –increpa papá, levantando la mirada hacia ella.

Ella se ve tranquila y serena, nada cambia, pero me pongo tenso.

¿Qué? ¿Cómo lo supo?

Wren ve la confusión de papá y asiente.

–Usted me contó, señor. Usted me pidió que revisara y enviara las cartas que Nicholas tenía que escribir. ¿Lo ve? –Le muestra algo en su tableta–. Retirar invitaciones, ¿correcto? Todo en regla. Se enviaron ayer.

Nuevamente, ¿QUÉ?

Los ojos inquisitivos de papá vuelan hacia mí.

Y Wren me lanza la mirada más breve y rápida de "sígueme la corriente".

Qué carajo.

–Sí… –Me encojo de hombros–. Wren las revisó. Las envió. Dijo que estaban bien. Ya está hecho.

La desconfianza de papá se agudiza, pero Wren ya está otra vez tecleando a toda velocidad sobre su tableta.

–Los preparativos de la boda han hecho que todo se volviera un alboroto. Si es necesario, con gusto quito cualquier otro ítem de la lista de tareas.

Papá niega con la cabeza y yo suelto el aire al ver la mirada en su rostro. Una de "tal vez sí le pedí a ella que leyera esas cartas". Porque si esto fuera simplemente retirar invitaciones, habría sido algo que él le habría pedido hacer. Y, además, confía en Wren.

–Gracias –replica él, todavía con cierta inseguridad, pero carraspea y se concentra en las facturas que ella le entregó–. Muchachos, pueden retirarse.

Kris me toma de la muñeca y tiene que arrastrarme fuera de la oficina. Nos alejamos unos metros, lo suficiente para que papá no pueda vernos desde su escritorio, nos miramos uno al otro y en simultáneo nos preguntamos con los labios "¿QUÉ CARAJOS?".

Kris señala la puerta abierta de la oficina.

–¿Tú hablaste con Wren?

–¡No! –gesticuló con los labios–. *¿Tú?*

–¿Por qué lo haría yo?

–¿Qué CARAJO fue ESO, entonces?

–NO LO SÉ.

Lo golpeo en el hombro.

–NO ME GRITES.

Él me devuelve el golpe.

–TÚ ME GRITASTE PRIMERO.

Todo esto en susurros hasta que Wren sale de la oficina y ambos nos callamos.

Ella cierra la puerta y camina hacia nosotros, enfocada en su tableta.

–Como dije –murmura mirando a la pantalla–. No están tan solos como creen.

Y me muestra una sonrisa.

–¿Cómo...? ¿Por qué? –Es todo lo que logro articular.

Se lleva la tableta al pecho, con los brazos cruzados. Parece estar contemplando algo; sus ojos se entrecierran, pensativos, antes de lanzar una mirada a un costado.

–¿Estaban al tanto de que su padre ordenó que le enviaran a su madre una invitación a la boda? –pregunta.

Oír que la mencionan me deja sin aire, un jalón fuerte y estremecedor en mi alma.

Con todo lo que está ocurriendo, no había pensado en que la invitarían. Toda esta boda fue una farsa desde el principio. Ni me detuve a pensar en *nadie* a quien quisiera invitar porque jamás ha sido mi boda, es una *mentira*.

De todos modos, ella no vendría. Preferiría *no* hacerlo y usarlo para quejarse de que nadie quiere que asista a los eventos, pero…

Realmente no se me había ocurrido que ella estaría involucrada en algo de esto.

A mi lado, Kris se queda inmóvil. Apenas respira. Le lanzo una mirada, parpadeo, y ese jalón fuerte y estremecedor del alma genera una nueva grieta en mi corazón.

–Kris, por Dios, dime que no sabías que estaba invitada.

Él se voltea hacia mí.

–No he hablado con ella desde ese mensaje de feliz Navidad, lo juro, Coal. –Hay una crudeza en su voz que no está allí cuando miente. Exhala un gemido de dolor como si cayera en cuenta de algo–. Aunque ayer me envió un mensaje de texto.

Mis ojos como plato son todo el horror estupefacto que puedo expresar antes de que él sacuda la cabeza.

–No lo he abierto. Carajo, de esto se trataba, ¿verdad? –Mira a Wren, incomodidad mezclándose con esperanza–. ¿Vendrá?

Wren sacude una mano.

–No. Lo siento… El énfasis debió haber estado en que su padre *ordenó* que le enviaran una invitación. Dada la intensidad de los preparativos de esta boda, que se están llevando a cabo en secreto y coincidiendo con la temporada navideña, se han pasado por alto muchas cosas y, lamentablemente, su invitación se extravió en el camino.

Sí, claro. Wren no permite que las cosas *se pasen por alto*. Es por eso que la disculpa empalagosa en su voz hace que "su invitación se extravió en el camino" suene a "yo personalmente la metí en uno de los procesadores de alimentos de Renee".

Una risa jadeante se escapa de mí con un resoplido.

–Eres un poco maniática, Wren.

Yo… no sé qué debería pensar de todo esto.

Debería haber previsto que mamá querría saber de la boda y acosaría a Kris al respecto, pero él no mencionó nada. *De hecho*, él mismo la ignoró. ¿Me escribió un mensaje a mí también? Tengo todos sus mensajes silenciados y solo pienso en revisarlos cada varias semanas.

Extiendo la mano y aprieto el brazo de Kris. Sus labios tiemblan en una sonrisa forzada, pero no me mira a mí, no la mira a Wren. Solo mira fijo la alfombra, pensando taciturno.

–Si te escribió por la boda –explica Wren–, fue solo porque vio el anuncio en las noticias estos días. Pero no, no vendrá. Una vez más, lamento no haber comenzado por allí. Mi punto es que es increíblemente difícil hacer espacio para el dolor en un trabajo que requiere un intenso enfoque en la alegría, pero el dolor exige que se lo sienta incluso cuando se lo entierra. Y he observado –dice con la mirada en dirección a la puerta cerrada de la oficina– a su padre ser cada vez menos y menos el líder que conocíamos, a medida que el dolor se manifestaba en su necesidad de control. Creo que, en algún nivel, él tiene la impresión de que, si hace que esta Festividad encaje en determinado ideal, podrá hacer que ella regrese.

Frunzo el ceño. Siento algo apretado e innombrable en el estómago.

–¿Él… está haciendo todo esto por ella?

Sabía que papá había cambiado como reacción a que mamá se marchara, pero creí que solo se había vuelto amargado e iracundo, no que estuviera haciendo estas cosas intencionalmente, con la esperanza de que sus acciones hicieran que ella *regresara*.

Se me congela la piel. Es algo tan imposible. Si hasta ahora no ha regresado, ya no lo hará.

¿Papá no lo cree?

Wren se encoge de hombros y deja que esa sea la confirmación.

–¿Y tú sabes *lo que él* ha estado haciendo? –pregunto. Tengo que aclararme la garganta–. A las otras Festividades de invierno.

–Por supuesto. Es mi trabajo saber.

Palidezco.

–¿Jamás has intentado disuadirlo?

–Mi trabajo *no* es tener tanta influencia sobre el Santa regente, más allá de las frecuentes insistencias para que redirija sus esfuerzos. Insistencias que siempre fueron ignoradas. Pero… –Se endereza–. Si, hipotéticamente, alguien en mi posición tuviera una opinión, sería que ni esta Festividad, ni cualquier otra, tiene derecho

a causar daño. Y que los deseos que el Santa reinante pueda tener jamás han sido compartidos por su pueblo.

Nos mira con una sonrisa amable y agrega:

–Ahora vayan a descansar. Mañana será un día bastante importante para todos.

Se marcha, golpeteando la tableta con un dedo.

El pecho de Kris se desinfla y él se encorva mientras la observa doblar la esquina.

–¿Deberíamos enfadarnos con Wren por haber excluido a mamá sin consultarnos?

–No. Qué *mierda*, claro que no –respondo–. Estaría más enfadado si Wren hubiera hecho caso a papá y la hubiera traído hasta aquí. –Un calambre en el estómago me obliga a hacer una pausa, luego continúo–: No puedo creer que él quiera que regrese.

Kris suelta un gruñido evasivo.

El calambre en el estómago se intensifica.

Kris *sí* puede creer que papá la quiera de regreso. Porque una parte de él también lo desea.

Pero sus ojos se vuelven vidriosos cuando levanta la mirada hacia mí y no responde a mi comentario.

–¿Por qué no hice esa conexión? –pregunta–. Tú, la boda. A ella la invitarían. Pensé que me estaba escribiendo por alguna otra estupidez, así que fue fácil ignorarla, pero era sobre *esto*. No pensé ni por un segundo que podría venir.

Yo sonrío. Con tanta fuerza que me echo a reír, exhausto y sorprendido.

Ninguno de los dos pensó en que ella podría venir. Ninguno de los dos se preocupó ni se estresó por ella. No ocupó espacio alguno en nuestras mentes o en nuestros corazones.

Es una marca de sanación, un hito de crecimiento que hemos alcanzado.

Lo que hace que sea aún más evidente cómo toda la insistencia de papá con eso de consolidar Navidad, convertirla en la mejor, hacerla *perdurar*, se debe no solo a que mamá se marchara, sino también a su intento de que esta Festividad encajara con un ideal de perfección inalcanzable.

El amor también lo destruyó a él.

¿Sabe realmente lo que ocurrió con él? ¿Sabe que ella es en parte la razón por la que está haciendo todo esto? No justifica para nada sus acciones, ni en el sentido más remoto, pero las explica.

Y establece la decisión en mi corazón de no dejar que mi propia angustia me consuma por completo. Hace semanas, le prometí a Kris y a mí mismo que no permitiría que el dolor causado por nuestra madre continuara infectando nuestras vidas. Sin importar lo que suceda, mantendré esa promesa. Y agregaré que ya *no* habrá dolor, sin importar cuál sea su causa, que pueda tomar las decisiones por nosotros.

Pero comenzaré por desmantelar el producto del dolor de mi padre.

Kris todavía luce abatido, le paso un brazo por los hombros.

–¿Quieres hablar de esto o quieres que te distraiga? –pregunto–. Sobrepensar el asunto no es una opción.

–Idiota –gruñe.

–Te distraeré, entonces. –Lo arrastro de regreso a nuestras suites–. Pero pronto te haré hablar al respecto.

Él vuelve a gruñir.

–Hay una cosa que sé que me haría sentir mejor –dice tras una pausa.

–¿Cuál?

Su expresión todavía se ve pensativa y sensible cuando levanta la mirada al techo.

–¿Qué tienes allí? –susurra.

Mi cerebro no procesa lo que dijo, hasta que baja el puño y me golpea en la ingle.

Caigo de rodillas y Kris sale corriendo por el corredor.

•••

No tengo planes de casarme con Iris hoy, pero me visto cuando los estilistas tocan mi puerta temprano por la tarde. Se supone que toda la farsa de la boda comience antes de la cena, de modo que papá pueda estar aquí y luego largarse para supervisar sus deberes de

Santa en la víspera de Navidad. Lo que significa que, después de todo, no estará presente para el baile. Cualquier repercusión que haya por las Festividades de invierno solo se extenderá hasta las siete, como máximo.

Así que tengo que llegar a las siete sin perder el coraje.

Puedo hacerlo.

Para ser honesto, no es tan difícil como pensé que sería encontrar ese coraje. Estoy extrañamente sereno mientras los estilistas me ayudan a ponerme mi, ejem, traje de bodas. Y para cuando me están dando los últimos retoques, el pánico revuelto en mis entrañas aún no se ha apoderado de mí.

Llevo una chaqueta azul marino con ribetes dorados, con hombreras grandes, borlas incluidas, y pantalones rojos que terminan en botas de cuero café. Los estilistas peinan mis rizos (veremos cuánto duran así) y me colocan *glitter* por el rostro y cuello. Y aunque parezco un soldadito de juguete a cuerda que cobra vida, me veo sofisticado, centrado y no lo odio.

Solo cuando veo a Kris en el corredor, vestido de forma similar a mí, pero en azul marino de pies a cabeza, me doy cuenta de que…

–¿Se supone que seamos cascanueces? –Tiro del borde de mi chaqueta.

Kris me alcanza, un desfile de estilistas y empleados nos llevan hasta el salón de baile. Se siente casi… normal. Como si estuviéramos donde estábamos hace unas pocas semanas, tranquilamente podríamos estar dirigiéndonos a la decoración del árbol del Medidor de Alegría.

Solo que tengo el anillo de Hex en el pulgar.

Kris se encoge de hombros con gesto triste.

–Esa es la temática.

–¿El Cascanueces?

–Sí…

–La temática de mi boda con Iris es *El Cascanueces*. –Sorprendentemente, eso no es tan terrible.

–¿Lo estás reconsiderando? –Kris me echa una mirada.

–Sip. Las hombreras terminaron de convencerme. Esta noche, seré un hombre casado.

Pone los ojos en blanco, pero sonríe con una mezcla de lástima y alivio al ver que ya volví a bromear.

Llegamos al salón de baile. Allí los invitados están socializando antes de la ceremonia, que se llevará a cabo en un jardín cubierto de nieve, más allá del escenario de la orquesta y de las ventanas que llegan hasta el techo. Fuera nos espera el altar, rodeado de elegantes sillas a rayas rojas y azules, y calentadores ocultos entre guirnaldas. En el salón, la temática de *El Cascanueces* es un desenfreno de rojos y azules, entretejidos con dorados y verdes. La orquesta toca algo suave y ligero. La mayoría de los miembros de nuestras Casas conversan y deambulan por todo el lugar. Los miembros de la aristocracia de Pascuas están aquí también. No son muchos, pero, de cualquier modo, no es acerca de Pascuas en realidad, ¿o sí?

Diviso un puñado de personas que vienen de otras Festividades. San Valentín, sin Lily, gracias a la insistencia de papá de que ella le recordaría a la gente sobre nuestra relación previa. Y… eso es todo. Esto demuestra el lugar que ocupa Navidad en la jerarquía de las Festividades: incluso en una boda monumental como esta (aunque sí… se dio con rapidez), no tenemos aliados que hayan venido, no tenemos *amigos* de verdad para invitar.

Como siempre, los reporteros colman el salón. Su presencia no se siente tan opresiva e invasiva como suele ocurrir. Los veo y aparto la mirada, apenas registro su impacto.

Hay un cúmulo de invitados alejados hacia la izquierda.

Un par de grupos con personas que no reconozco. Unos miembros de nuestras casas nobles están hablando con ellas, sin *evitarlas*, necesariamente, ¿por qué lo harían? Ellos no saben que papá quiso que yo les retirara la invitación.

Cuando con Kris atravesamos las puertas, aprieto un hombro contra el suyo.

–Una vez más –susurra él.

Contaba con eso. Con él.

–Avanzamos hacia el peligro.

Solo nos adentramos un poco más de medio metro en el salón. En verdad me sorprende que él haya permitido que llegáramos tan

lejos.

Papá se acerca a nosotros con otro traje rojo extremadamente costoso, pero está completamente *furioso* y ni por un segundo intenta fingir ante las cámaras.

–Me dijiste que habías deshecho esto –me dice entre dientes.

Todo lo que siempre he querido hacer se acumula y se desata en este momento, como una ola que se estrella contra una roca, y dejo que me inunde, con su espuma de mar, su sal y su frescura helada.

–No desharé el futuro de Navidad –replico. Ahora es mi turno de hablar mientras mi sonrisa es pura elegancia dulce y fingida–. Si me disculpas, debo saludar a mis invitados.

Comienzo a abrirme paso a su alrededor.

Él me toma del brazo.

Unas pocas personas ya nos han notado. Algunas de aquel grupo de representantes de las Festividades de invierno. Fotógrafos.

–Necesitamos hablar. En privado. Ahora –dice papá.

Me voltea y me arrastra para salir del salón, con tanta fuerza que tendría que tironear para liberarme de su agarre.

Kris se apresura hacia los representantes de invierno.

Papá me arrastra por el corredor hasta la sala de estar, la misma donde traje a Iris después de que él anunciara nuestro potencial matrimonio. Otro fuego la ilumina de naranja y la calienta, mientras arde con lentitud.

Me suelto de su agarre tan pronto como puedo.

–No me echaré para atrás con esto. Somos capaces de hacer exactamente lo que tú quieres: asegurarnos de que Navidad perdure, pero *juntos*, con las otras Festividades también. Podemos crecer si compartimos el éxito y si somos *parte* de algo, no si somos los *únicos*.

Él cierra la puerta con un golpe y comienza a caminar de un lado a otro entre los sillones.

Jamás lo he visto así de furioso conmigo.

–Vas a regresar a Yale –dice a mitad de camino–. Mañana. A primera hora.

–¿El día de Navidad?

–Quedarás desligado de todos tus deberes y eventos posteriores. Saldrás, *te casarás con la princesa de Pascuas* y luego *terminarás* con esto, ¿me oyes? No hay nada más para ti…

–No me voy a casar con Iris. No voy a jugar este juego. Y ya que lo mencionas, no voy a estudiar un posgrado. ¡No tiene que ser así! Mentir y pelear y manipular. No tenemos que vivir de este modo. Apoyar a otras personas no es una muestra de fracaso, de la misma forma que actuar solo no es una muestra de éxito.

Él continúa yendo de un lado a otro, una y otra vez.

Y luego se detiene.

Con las manos en la espalda, de frente al fuego, donde una llama constante crepita entre los troncos de aroma dulce.

–Tú me obligaste a hacer esto, Nicholas –exclama–. ¿De verdad estás dispuesto a arriesgarte a las represalias que esto podría acarrear? Pensé que te importaba ese príncipe de Halloween.

–Claro que me importa. Continúa.

Se voltea de golpe a verme.

–¿Qué?

–Continúa. Culpa de todo a Halloween. –Mi voz suena calmada y jamás he sentido este incremento de seguridad, sin dudas, sin *miedo*–. Veremos cómo mantienes el cariño de nuestro pueblo cuando comiences a dejar entrever que has estado ocultando asuntos sucios de las otras Festividades. ¿Cuánto tiempo podrás mantener en secreto que tú eres la fuente de toda la información que des a conocer?

Se queda boquiabierto.

Yo doy un paso hacia adelante, con una ligereza segura y tranquila.

–Estoy harto de dejar que corrompas a Navidad del modo en que lo has hecho. Estoy harto de quedarme sin hacer nada y dejar que controles cada aspecto de nuestras vidas como si esa perfección fuera a traer a mamá de regreso.

Él se estremece de pies a cabeza. Como un sacudón que lo reanima.

–Yo soy tu hijo. Soy el heredero de Navidad y me quedaré aquí, entre tú y Navidad, entre tú y quien sea que te hayas puesto en

contra. Así que continúa. –Doy otro paso y lo desafío–: ¿Qué tanto deseas esto? Porque sé cuánto lo deseo yo. Y ahora sé cuán lejos iré.

Papá está medio echado hacia atrás, apartándose de mí, con el ceño fruncido. Su rostro es una máscara indescifrable de sorpresa y confusión, no se esperaba que yo me enfrentara a él. Ahora no sabe qué hacer.

La puerta se abre. Kris no le da la oportunidad a papá de decir nada; la mantiene abierta.

Y con él ingresan todos los representantes de las Festividades de invierno.

Giro hacia ellos y extiendo los brazos. Es probable que puedan ver cómo me tiemblan las manos por el exceso de emoción y cómo lucho por equilibrar mi respiración, aunque todo me supera.

–Bienvenidos a Navidad –comienzo a decir–. Yo…

Mierda. Kris había escrito algo para que les dijera y mi mente inundada de adrenalina rebusca entre lo que recuerdo de eso. Todas esas partes de las que le había hablado, verdades y fragmentos genuinos de mi alma.

Inhalo profundo y hablo.

–En conjunto, sus Festividades aportan a Navidad más de la mitad de la alegría que reclamamos como propia, a través de los diezmos que mi padre les ha exigido. Eso se acaba ahora y no se harán efectivas las amenazas que Navidad ha perpetrado en el pasado.

El grupo, de unas doce personas, se queda mirándome boquiabierto durante tal vez medio segundo. Entonces un hombre da un paso adelante, alisando los bordes de su traje negro oscuro.

–¿Qué ha impulsado este cambio?

Le lanzo un vistazo a mi padre. Solo una vez.

Él tiene la mirada fija en el fuego, aprieta la mandíbula.

–Lo que ha cambiado –digo– es que ahora hay un camino a seguir para *todos* nosotros. Un camino en el que unimos nuestros recursos, aprovechamos los alcances individuales de nuestras Festividades y nos ayudamos entre todos a crecer. Es solo una pequeña forma en la que Navidad puede comenzar a recompensarlos por lo que hemos

hecho. Si se quedan aquí unos días, discutiremos los preparativos para constituir una cooperativa.

Aparecen sonrisas esperanzadas, si no confundidas, cuando mi padre se queda callado. Cuando se queda ahí parado, sin interrumpir, sin rebatir nada de lo que he dicho.

Me vuelvo para poder hablarle a él y a los representantes, pero sobre todo a él. Y a mí también.

–Los verdaderos orígenes de Navidad siempre han tenido que ver con la luz en medio del invierno; la alegría en los tiempos de dificultades. Y ahora, los compensaremos por todas las deficiencias que causaron nuestras propias acciones. Con igualdad. Nosotros no somos una Festividad de bienes materiales, ni una obra de caridad fingida, ni felicidad forzada. Somos Navidad, somos alegría en la oscuridad y recordaremos eso desde este día en adelante. –Mantengo la mirada en el perfil de papá–. Lo juro.

Kris, que está en el fondo de la sala, ahueca las manos, se las lleva a la boca y lanza un grito de jolgorio. Alguien más también lo hace: Iris. Detrás de ella, la puerta está abierta, y el pasillo, o lo poco de él que puedo ver, está repleto de reporteros. Wren sonríe con ternura. Y también hay miembros de nuestra corte.

Un aplauso comienza. Crece y se incrementa en uno de aprobación.

Papá, en cambio, está ajeno a ellos, al caos de reporteros que se agolpan en la sala y se arrojan sobre los representantes de las Festividades de invierno. No se ha movido para nada.

Incluso con los representantes que aguardan, con los miembros de las Casas nobles que se abren paso hacia a mí, yo me aproximo a mi padre.

La parte de mí que solía tenerle miedo ahora creo que lo echa de menos. Echa de menos lo que él solía ser. Echa de menos en lo que él podría haberse convertido.

Kris se abre camino entre todo el caos y logra llegar a mi lado, Iris lo acompaña, con su traje de novia de tul rosado rozando el suelo.

Por fin, papá voltea a verme. Está pálido.

De todas las cosas que esperaba que me dijera, no estoy para nada listo para esta: –Jamás los habría golpeado, ni a ti ni a tu

hermano.

Yo jadeo con fuerza, pero él sacude la cabeza.

–Aunque creíste que lo haría –continúa–. Creíste que me había convertido en alguien que haría eso.

–Creí… –Me detengo. Me duelen los pulmones–. Creí que la pena te había cambiado. Y no conocía el alcance de aquellos cambios. Pero también sé que no tienen por qué ser solo cambios negativos. También podemos sacar algo bueno de esto.

La alegría puede provenir de la pena. Del dolor. Del miedo.

Eso es lo que estoy escogiendo.

–Tu idea original no era del todo mala –digo–. Cada rincón del mundo se merece alegría. La Navidad puede ser parte de eso. Solo que no puede ser la *única*. Y de este modo, se nos permite enfocarnos en aspectos que resonarán con las personas que celebran Navidad. Tú dijiste que estabas haciendo esto por nosotros, por mí y por Kris. Esto es lo que queremos. Este es nuestro futuro.

Los párpados de papá tiemblan. Su atención viaja de Kris a mí. Se rasca la barba y yo veo un sinfín de pensamientos que ruedan por su mente, pero no puedo adivinar ninguno de ellos.

Luego camina alrededor de nosotros y se va de la sala.

Lo cual está bien, para ser honesto. No quiero sus respuestas inmediatas. Un cambio así de grande no se genera con facilidad.

Pero lo estamos logrando. Aunque duela.




CAPÍTULO VEINTIUNO

La sala de estar está repleta de personas y conversaciones, y nadie nota que papá se marcha.

Luego de su partida, me volteo hacia Iris y la tomo de la mano. La mía está temblando, la adrenalina hace que mis labios también se sacudan un poco cuando sonrío.

–Iris, te quiero –le digo–. ¿Me harías el honor de no casarte conmigo el día de hoy ni jamás?

–Coal, yo también te quiero –dice con una sonrisa–. Y desde este día en adelante, prometo jamás casarme contigo.

Yo la levanto entre mis brazos.

Por encima de su hombro, veo a Neo en un borde de la sala. Se ve afectado y confundido.

–Te acompaño a hablar con tu padre –afirmo–. Haremos que esto también funcione para Pascuas.

Ella me estrecha con fuerza.

–Más tarde, Coal. –Me abraza otra vez, con más suavidad, apoyando la cabeza en mi sien–. Pero te agradezco.

La dejo en el suelo.

–¿Cómo quieres anunciar que se cancela la boda? Yo me quedaré con el crédito. O con la culpa. Lo que sea que creas que tranquilizará mejor cualquier rumor de…

Ella sonríe. Debería ser una sonrisa más feliz, una de alivio. Pero detrás de ella aún hay aprehensión, un agotamiento que parece no dejarla en paz nunca.

Iris se dirige a uno de los empleados que está por allí cerca y le susurra algo breve. Esta persona se queda por un momento petrificada y luego anuncia a todos en la sala: –La boda se… cancela. Pero están invitados a participar del Baile de Víspera de Navidad.

La sorpresa parece solo afectar a algunos pocos de los presentes en la sala, la mayoría son reporteros que se lanzan hacia Iris y hacia mí. Yo me preparo y me coloco delante de ella por instinto.

Mis cejas se levantan hasta el cielo y le digo: –Conque así de fácil, ¿eh?

Ella se encoge de hombros.

–Tal vez siempre lo fue. –Su voz suena suave y estirada, como si estuviera tratando de convencerse a sí misma de que es así de simple, de que nada malo ocurrirá por tomar una decisión como esta para nosotros mismos.

–Si alguien de Pascuas utiliza esto para crear problemas, tendrán que vérselas conmigo y con Kris.

Pero Iris toma mi rostro entre sus manos y la mirada en sus ojos me hace cerrar la boca.

–Coal, me gustaría hablar de esos sueños que ahora tenemos permitidos.

Yo me quedo tieso. De pronto soy consciente del anillo de Hex en mi pulgar, con el que estoy sosteniendo la cadera de Iris y no puedo seguirla, porque en mi cabeza suena un gong al imaginarme cuál habría sido la reacción de él ante esto. ¿Habría estado orgulloso de mí? Dios, espero que estuviera orgulloso de mí.

Pensar en él es un golpe en mis emociones y me doy cuenta de lo agotador que es funcionar solo por pura adrenalina. Necesito dormir durante el resto del año o más.

Iris me pellizca las mejillas.

–Coal, ¿me oíste?

Me había estado hablando. Mierda.

–Sí. Sí… Está bien.

Ella pone los ojos en blanco.

–*Decía* que mi único sueño esta noche es bailar con mi mejor amigo.

–Estoy bastante exhausto. Creo que mejor me voy a dormir. ¿Bailas con Kris?

–No. No te escaparás de celebrar esto.

Ahora tiene mis mejillas estrujadas del todo entre las manos y yo me aparto con una sacudida de cabeza exasperada.

–Eres imposible.

–Ya somos dos.

Engancho mi brazo en el de ella y me volteo para saludar a Kris…

Él no está.

–¿A dónde se…?

–¡Vamos! –Iris me remolca entre la multitud. Las personas gritan por mí mientras paso, se presentan y me suplican hablar con ellos durante los próximos días y, ah, carajo, voy a estar de reunión en reunión, ¿verdad? En medio del caos, capto la mirada de Wren y ella asiente, con la tableta ya lista y me gesticula con los labios "yo me encargaré".

Una vez más, necesita un aumento. Múltiples aumentos.

Iris me regresa a rastras al salón de baile. La orquesta ahora toca canciones más rápidas y la pista está repleta, no todos se metieron como un embudo a observarme reestructurar nuestra Festividad en diez minutos mientras estoy vestido como un juguete navideño.

No debería querer nada más que ponerme a bailar con Iris y Kris y sacudirme el estrés y las emociones, pero ver el salón atestado de invitados solo me agota más.

No quiero estar aquí.

Quiero estar en mi habitación, arrancarme este traje que me asfixia y recostarme en la cama hasta que deje de dolerme el pecho.

Hoy fue una victoria, pero no lo *siento* como una. Y lo que me falta ocupa tanto espacio que tironeo una vez más de la mano de Iris cuando ponemos un pie en el salón.

–Me voy a la cama –digo, elevando la voz a medida que la música se vuelve más fuerte.

–¡Claro que no! –Se aferra de mi mano con ambas suyas–. Necesitas bailar.

–No. ¿Qué sucedió con Kris? ¿Lo retuvieron con alguna conversación? Debería ir a buscarlo…

–Está por allí. –Iris señala adentro del salón–. Y tú *necesitas bailar*, Coal.

Dice cada palabra con un peso extraño. Con un destello en los ojos.

Frunzo el ceño y sigo hacia donde señala a mi hermano, que se abre paso por el medio de la pista, rodeado de personas que dan vueltas al compás vibrante de la canción. Todos trajes de baile flameantes, rojos y azules, y lustrosas chaquetas en tonos de piedras preciosas.

El vacío de emociones, el choque después de la adrenalina, el ardor de la pena: mi cuerpo se olvida de cómo sentir todo eso. Hay una ausencia repentina y espléndida, como las luces de una ciudad que se apagan para mostrar la enormidad completa de un cielo nocturno salpicado de diamantes. Y no estoy cansado, no estoy perdido, no estoy roto, porque lo que veo en esa pista de baile exige que cada parte de mi cuerpo se reconstruya.

Iris insiste.

–Iba a ir a verlo. Tenía todo un discurso preparado y Kris quiso acomapañarme para poder decirle a Hex lo enfadado que estaba, pero antes de poder irme, él ya estaba aquí. Se apareció en mi suite esta mañana…

Le lanzo una mirada de golpe.

–¿Ha estado aquí *desde la mañana*?

–… y nos preguntó cómo podía reparar las cosas. No quería entrometerse una vez que le contamos lo que estaba sucediendo. Pero el punto es, Coal, él regresó por ti. Te escogió a ti.

–Iris –digo su nombre en un grito de asombro. O eso creo. Mi voz suena confusa.

Alcanzo a ver a Hex y vuelvo a perderlo cuando los bailarines dan una vuelta. Él y Kris están intentando llegar a nosotros, pero la mirada de Hex encuentra la mía y se detiene.

Sus ojos delineados de negro me recorren, incluso en la distancia. No sonríe. Puedo ver que está conteniendo su reacción para ver la mía, ese control exasperante que tiene sobre sus respuestas. Un mechón de cabello se escapa de su moño y le roza la mejilla. Él lo hace aletear cuando exhala.

–Ve –me dice Iris, pero ya estoy en camino. Los bailarines pasan a mi alrededor como vapor.

Los cuerpos van y vienen, hacen piruetas entre él y yo y, cada vez que ellos se mueven, él desaparece. Yo parpadeo y él se desvanece, pero entonces, lo alcanzo. Aquí está. Su pecho se eleva con una bocanada de aire rápida y temblorosa.

Kris se escabulle con una sonrisa.

Él tiene un traje color rojo cereza brillante, un derroche de color, con una camisa negra debajo de la chaqueta. El equilibrio entre Halloween y Navidad. Y lleva sus anillos en los dedos y un destello de aretes de plata en la oreja. Está aquí y está parado en medio de la pista de baile, mientras la orquesta hace llorar los violines en un melódico lamento.

Separa los labios, pero no dice nada. Y yo quiero llenar el silencio, pero sé que el silencio es una ofrenda para él. Así que solo contemplo sus ojos bajar por mi cuerpo una vez más y siento su trayecto cuando su enfoque se queda sobre mi mano: sobre su anillo que todavía está en mi pulgar.

Un temblor sacude sus labios separados.

Finalmente, dice por encima de la música:

–Fui al bar para verte.

Yo frunzo el ceño, ladeo la cabeza.

–El bar. Donde nos conocimos. Fui allí… –Da un resoplido, uno que lucha contra un estremecimiento–. Era el primer aniversario de la muerte de Raven. No podía quedarme en mi casa.

Abro bien los ojos, pero antes de poder decir algo, él levanta la mirada hacia mí y continúa, habla más rápido: –Fui porque sabía que tú estarías allí, por los periódicos. Y quería ver qué tipo de persona eras en verdad. Quería que fueras tan malo como tu padre y así poder señalarte y decir: "Mira, Raven no habría obtenido lo que quería sin importar quién estuviera a cargo de Navidad". Estaba tan enojado. Fue algo sin sentido, necesitaba a *alguien* con quien enfadarme. Pero no fuiste… –Jadea, traga en seco–. No fuiste para nada como quería que fueras. No lo has sido, durante todo este tiempo. Has sido como *ella*, y creo que… No, sé. Sé que comencé a enamorarme de ti en aquel callejón.

–Hex –susurro. Él no me oye.

–Y tenías razón. Yo puse esas restricciones sobre mí mismo, sobre *nosotros*, porque no podía comprender que enamorarme de ti ocurriera tan rápido. Pero *tú*, Coal. Tú, con tu luz y tus risas y tu alegría. Tú, con tu honor, aquel honor contagioso, y tu devoción. De algún modo, me convertí en el objeto de ese honor y devoción, y me dejó asombrado, todavía me asombra, que me mires de la forma en que lo haces. Lo siento tanto por no haber confiado en mí mismo para escogerte a ti…

–Hex –digo más fuerte y sus labios se cierran de golpe. Aquellos ojos grandes me sostienen la mirada–. Jamás te detendría de hacer lo que necesitas por Halloween. Jamás te pediría que escojas entre nosotros y tu rol. Sé lo mucho que significa para ti, y es una de las cosas que más adoro de ti. Tu gran corazón y tu más grande sentido del propósito. Por Dios, Hex, creo que dejarías de respirar antes que hacer alguna concesión que ponga en riesgo la alegría que brinda Halloween. Ese eres *tú* y no cambiaría ni una sola cosa de ti.

Él niega con la cabeza.

–Ese es el punto. Creo que está bien, hacer algunas concesiones para mí mismo. Todavía estoy encontrando mi rumbo con esto de permitirme tener más que Halloween, pero te prometo que aprenderé a luchar… –Su voz se entrecorta–. Por el hombre a quien también amo.

Mi reacción brota a través de mi cuerpo y a duras penas puedo contenerme, una sacudida casi dolorosa me recuerda que estamos en un salón de baile lleno de personas y que hay reporteros observando.

Pero Hex se acerca un paso, levanta la cabeza y, con un movimiento de labios, dice: –Bésame.

Mis pulmones se sienten demasiado hinchados y el corazón me late demasiado rápido.

–Se sabrá. Sobre tú y yo. ¿Qué pensará la cooperativa de otoño de que estás con el príncipe de Navidad?

Sus ojos bailan entre los míos.

–Puede que lo odien. O que vean lo que has hecho al comenzar tu propia forma de equidad aquí y estén de acuerdo con eso. De

cualquier modo, esto no se trata de ellos, ni de Halloween, ni de Navidad. Se trata de ti y de mí, y nosotros lidiaremos juntos con lo que sea que suceda. Así que ahora… –Da un paso más cerca, implorando–: Quiero que me beses.

Pero duda. Solo un segundo, y algo parecido a la inseguridad le atraviesa la expresión.

–Aunque, lo comprendo si no me has perdonado por marcharme –dice, con decisión en la voz–. No debí haber insistido, y si yo…

Yo gimo, y me echo a reír, y todo se entremezcla con *necesidad*.

–Lo juro por Dios, Hex, ambos hemos establecido que existe oficialmente el ser *demasiado* respetuosos el uno con el otro, y eso me *matará*.

Me lanzo hacia él, como si me moviera entre líquido espeso, oro derretido, hasta que mis labios chocan con los suyos. Él suelta un jadeo de sorpresa y yo me olvido de todo hasta que arroja los brazos alrededor de mi cuello y coloco mis manos contra las curvas de sus caderas, atrayéndolas, mientras sus labios se mueven debajo de los míos. Me abrazo a él en el caos y alboroto de su boca bajo la mía, esa boca, esa maldita boca hermosa. Y esa maldita tormenta hermosa que me tiene pasándole una mano por los cabellos y me hace echarme hacia atrás para levantarlo del suelo, hasta que cada parte de él queda sostenida por mí. Él me besa de una manera que más tarde me hará caer de rodillas y pienso en esas palabras como si fueran una plegaria: "más tarde".

Las cámaras se disparan, veo los flashes por el rabillo del ojo, pero no me importa. Ya no hay más secretos. Este es nuestro nuevo futuro: este hombre en mis brazos, la forma en que acuno mi frente contra la suya, respiro su aliento y tironeo con suavidad de su cabello porque necesito recordarme a mí mismo no salir flotando hacia el espacio incandescente.

Otra canción comienza a sonar. Los bailarines giran a nuestro alrededor. Hay tantas, pero tantas personas aquí, y nosotros estamos tan, pero tan expuestos para todos los pensamientos que se atraviesan por mi mente.

Pero apoyo mi boca sobre la suya.

–¿Bailas conmigo?

Saboreo su sonrisa.

–Creo que vas a tener que dejarme en el suelo para eso.

–Bajo coerción, que conste.

–Lo tendré en cuenta.

Dejo sus pies en el suelo. Conozco esta canción y me imagino llevándolo en el torbellino de parejas y el roce de movimientos, pero dudo lo suficiente para bajar la mirada hacia él.

–Te amo –le digo. Porque la última vez que lo dije fue más un sollozo que una verdad. Y cuando lo digo ahora, memorizo la forma en que se dilatan sus pupilas, el destello ardiente de conexión que estalla cuando mis palabras llegan a destino, se plantan allí y él las *acepta*.

Sus dedos se enredan en el cabello de mi nuca. Se queda en silencio durante uno de esos momentos intensos, rebosantes de emoción, en los que él se encuentra a sí mismo a través de sus fascinantes ruidos internos. Y jamás en la vida me darán un honor mayor que ver el modo en que elige minuciosamente su respuesta para mí.

–Yo también te amo –dice.

Vuelvo a besarlo, con torpeza, sobre nuestras sonrisas y nos echamos a reír. Y aquí está mi victoria. Él es mi botín de guerra, la pieza más importante de los cimientos que estoy construyendo.

La alegría crea magia.

Nunca he creído en eso más que con él.




CAPÍTULO VEINTIDÓS

Estoy muy orgulloso de haber logrado bailar dos canciones.

Pero llegando al final de la segunda, ya hemos dejado de intentar imitar un vals. Y digo "hemos" porque no soy el único pegando mi cuerpo al suyo. Él se aferra a mí, respira cada vez más fuerte con cada repiqueteo de la música. Sus pasos formales de baile se van convirtiendo en un roce de sus caderas contra las mías, entonces uno de nosotros gime, y eso es todo.

Mientras empieza una nueva canción lo tomo de la nuca.

–Hex…

–Sí –responde. No, *exige*.

El susurro de mi risa le vuela el cabello.

–Ni siquiera ter…

Él se aferra de mi muñeca y lo próximo que veo es una espiral de sombras, un roce frío…

Y entonces, estamos en mi suite.

Me quedo estupefacto por un momento, pero Hex ya está en acción. Sus dientes se hunden en mi cuello y sus brazos me amarran el cuerpo sin que ninguna norma de decoro en público lo frene.

La sensación de tenerlo contra mí, clavándose en mí, me nubla la mente. Hasta que inhalo con fuerza y lo tomo de los hombros.

–Hex. –Lo aparto lo suficiente como para mirarlo–. ¿Acabas de traernos por un portal hasta mi suite?

–Mm –murmura, trajinando con los botones de mi traje de cascanueces.

–¿Desde el medio de un salón de baile lleno de personas?

Está a mitad de camino por mi pecho cuando levanta la mirada hacia mí. Con los labios entreabiertos, los dedos enredados en los bordes de mi chaqueta, y sus cejas formando un triángulo cuando hace una pausa.

Se avergüenza.

–Probablemente eso estuvo mal, ¿verdad?

Me río. Una carcajada aguda y chirriante porque esto es categóricamente *hilarante*. Pero también, la prueba de que me desee con tanta desesperación es inflamable para mi razón. Para ser honesto, debería preocuparme lo dócil que me vuelvo ante él en este momento. Lo que él que quiera, cualquier cosa, todo, es suyo. Siempre lo fue.

La necesidad me envuelve como una cinta, ahuyentando cualquier rumor, cualquier cosa que aparte mi atención de sus labios y su cuerpo. Tomo su rostro entre mis manos y lo beso. Un gemido surge desde lo más profundo de mi ser mientras recuerdo su sabor, su aroma. Un canto de sirena a los sentidos. Un borbón *old-fashioned* con canela, pero mil veces más cálido y embriagador.

Se mueve contra mí. Sus manos todavía están aferradas a la chaqueta de mi traje y se separa del beso cuando vuelve a bajar los talones, que tenía elevados. Tiene los ojos cerrados y su respiración todavía es rápida y agitada.

–Coal –dice con voz ronca. Y eso me da un jalón en la base de mi estómago–. Eres muy bueno en esto.

Yo sonrío y me inclino para besarle uno de los párpados cerrados, aquella piel tan delicada y fina como un papel.

–¿Bueno en qué?

–En ir… Ah, en ir despacio –tartamudea. Yo le beso el otro párpado–. En hacerme sentir…

Se sobresalta y abre los ojos de golpe; una expresión de comprensión se dibuja en su rostro mientras me mira a los ojos. Esa comprensión se profundiza con decisión. Entonces, susurra: –Amado.

Mi sonrisa jamás desaparecerá, a partir de ahora seré un arrogante absolutamente insufrible.

Hex vuelve a estremecerse y se aferra con más fuerza a mi chaqueta.

–Pero, yo… –Se inclina sobre mí y apoya la frente en mi mentón–. ¿Podemos ir despacio luego?

Me toma un instante darme cuenta de lo que me está diciendo. *Que* me está diciendo algo, que me lo está pidiendo, y un nuevo tipo de calor enciende cada uno de mis músculos hasta preguntarme si estaré reluciendo.

–¿Qué quieres? –susurro, moviéndome para dejar pequeños besos por su pómulo.

La decisión se apodera de él, de modo que endereza los hombros, aun tomándose de mi ropa, y levanta la mirada para fijarla en la mía.

–No permitas que lo que suceda a continuación le reste significado a mis palabras –me advierte.

–¿Okey? –Frunzo el ceño.

–Luego podemos ir despacio –repite. Se lame los labios, se los muerde–. Pero creo que la forma correcta de decir esto es: en este momento, *necesito que me cojas.*

La magia vibra a su alrededor y algo que parece una bola de tela blanca se materializa por sobre nuestras cabezas.

Sin inmutarse, Hex la espanta con una mano y esta rebota por el suelo antes de chocar contra la pared.

Es una especie de decoración de fantasma.

La risa se acumula en mi garganta y está a una milésima de segundo de explotar fuera de mí. Todos mis pensamientos van desde que él usó su portal en medio del Baile de Víspera de Navidad y hasta *esto* ahora, cuando…

Mierda. ¿Acaso dijo…?

Mi mirada, exaltada, vuela hacia él.

Hex me mira fijo como si hubiera pedido comida y estuviera ahí esperando a que le entregue mi tarjeta de crédito.

–¿Todo bien por allí? –pregunta–. ¿Necesitas que lo diga otra vez?

–No. Sí, pero no. Ay, Dios mío.

–Coal…

–Hay un fantasma de gasa en el suelo de mi habitación porque tú me pediste que te cogiera.

Hex parece atrapado entre reír y lamentarse, finalmente solo se pasa una mano por la cabeza con un quejido de autodesprecio.

–Estoy un poco fuera de mí esta noche. Esto es algo peligroso. Yo…

Se detiene con un suspiro profundo, uno tan tembloroso que me hace dar un paso adelante y tocarle la mandíbula. Me mira y niega con la cabeza, pero tiene lágrimas en los ojos. Creo que solo en los últimos cuarenta minutos he experimentado toda la gama de emociones humanas.

–Diablos, cariño –exclamo. De pronto lo tengo en mis brazos y no podría abrazarlo más fuerte ni aunque fuera parte de mí. Él se estremece y yo hundo mi rostro en su cuello para inhalar su aroma. Puede que yo también esté temblando.

Pienso en levantarlo y llevarnos hasta mi cama y recostarnos juntos. Pienso en bromas sobre el fantasma que definitivamente me voy a guardar.

Pero una energía emana de él, un pedido tácito al cual accedo de inmediato. Así que solo me quedo aquí, abrazándolo, y pienso que necesitamos este simple gesto tanto como satisfacer el deseo que se está despertando en lo más profundo de mi mente.

Él se mueve y pone el rostro junto al mío.

–No sabía si volvería a verte. Fueron unos pocos días, pero te eché tanto de menos y… Coal… –dice con un quejido. El sonido enciende un deseo que recorre mi ser–, ¿qué me has hecho?

–Todavía nada –respondo. Es una pregunta. Una oferta. Todo al mismo tiempo.

Pero cuando intento besarlo otra vez, él me empuja contra la puerta cerrada de mi suite y apoya una mano en la parte desnuda de mi pecho, esa que él mismo dejó al descubierto.

–Permíteme –susurra. Sus ojos se fijan en los míos, con las pestañas húmedas y las pupilas brillando.

Yo me aflojo contra la puerta, bajo las órdenes de su mirada, de su presencia. Se pone de rodillas. Suelto un gemido de sorpresa y me inclino hacia adelante como si fuera a detenerlo.

–Hex. –Su nombre se me escapa, con pánico, suplicante.

Él levanta la mirada y, santo cielo, tan solo verlo… Sonrojado y desaliñado por nuestros besos frenéticos y toda la emoción. Los labios hinchados y la mirada reluciente. Levanta la mano y engancha los dedos en mi cinturón. Yo me recuesto contra la puerta, llevo los ojos al techo, inhalo con lentitud y exhalo por la nariz.

–Hex –digo otra vez a los paneles blancos que están sobre nosotros–. Cr… Eh, creo que me pediste que hiciera algo. Que no es esto. Esto es…

–Este soy yo dándome cuenta de que, en todo nuestro tiempo juntos… –dice mientras me desabrocha el cinturón. Eso llama mi atención hacia abajo y nuestras miradas se encuentran y quedan fijas. Entonces, él continúa–: No he podido saborearte.

El botón se desliza del ojal, se oye el traqueteo metálico de la cremallera al abrirse.

–Este soy yo llevándote a un estado en el que puedas hacer lo que te pedí que hicieras. –Cierra los dedos en el borde de mis pantalones y ropa interior y baja ambos, con la mirada todavía en la mía, torturándome el corazón–. Porque si te dejo llevarme a la cama ahora mismo, sé que me venerarías y no quiero eso. Todavía. Quiero que primero arrases conmigo.

Mierda…

Entonces, esa boca, esa maldita *boca* decidida, cuidadosa, silenciosa, exasperante, mágica, sexy se pone sobre mí y yo me echo hacia atrás con un golpe en seco. Con una mano araño la puerta por encima de mi cabeza, como si hubiera algo de qué aferrarme que sea capaz de evitar que me eleve en el aire y salga flotando. Mi otra mano toquetea a ciegas, se toma por un momento de su cabeza antes de apartarse y entonces, él hace algo con la lengua y murmura "mm" y yo…

Hex se aleja, me mira y sencillamente dice:

–Tómame del cabello, por favor.

Y entonces vuelve sobre mí.

Por favor. Maldita sea, *por favor*.

Yo accedo; mis dedos se enredan entre los mechones de su cabello, hasta que se suelta del lazo. Vuelve a soltar un "mm", un

pequeño gemido necesitado y la risa que sale como ondas de mí es oscura y excitante.

Oh, es bueno. Es muy, muy bueno. Tal vez lo sea demasiado, porque, Dios mío, tan solo estamos empezando y ya es capaz de manejarme de forma tan contundente.

Aunque, a quién quiero engañar. Puede manejarme con solo una mirada. Creo que ahora *sabe* que puede hacerlo, y esa será mi verdadera perdición.

Aprieto la mano que está en su cabello y su gemido se hace más agudo, algo desesperado, aumentado por el modo en que succiona con más fuerza. Y yo comienzo a ver estrellas en el espacio. Creo que veo un meteorito, con una estela naranja y escarlata brillante.

Jalo otra vez, más fuerte y él repite su propia forma de tortura, hasta que un cosquilleo comienza a subir como champaña desde la base de mi columna.

Antes de que se eleve demasiado, aparto a Hex de mí con un jadeo, un gruñido, y lo fuerzo a ponerse de pie de golpe. Su rostro se ilumina con una sonrisa presumida que yo ahogo con mi boca. Devoro sus labios, siento mi sabor en él mientras me quito los zapatos y los pantalones a patadas y lo llevo de espaldas hasta que tropezamos con mi cama y caemos en ella.

Estoy ya casi desnudo y el resto de mi ropa cae al suelo con facilidad. Él se va desnudando de a poco, hasta que oigo un desgarro abrupto y me doy cuenta de que le he arrancado la camisa. Eso me lanza a un momento transitorio en el que no puedo recordar jamás haber *desgarrado la camisa de alguien para quitársela*, ni siquiera en mi momento de más necesidad, ni con nadie. Pero también recuerdo lo que él me dijo una vez, cuánto le sorprendió que yo no diera el primer paso entre nosotros haciendo precisamente esto.

El recuerdo confunde mi deseo, me permite hacer una pausa para respirar y poder verlo debajo de mí, casi desnudo. Observo toda clase de cosas abrumadoramente lujosas, sus rizos oscuros esparcidos por mi almohada y sus pestañas aleteando contra sus pómulos pálidos, los brazos extendidos a los costados, el pecho jadeando y ya reluciente de sudor. Hay una diferencia casi

incompatible entre el Hex que me dijo que le sorprendía que yo tomara las cosas con lentitud, quien parecía esperar que lo utilizara y me deshiciera de él, y este Hex, quien percibe mi pausa y me mira con una sonrisa depredadora.

Me preguntó qué le había hecho.

Pero él siempre fue así. Solo que ahora lo veo, y él me está permitiendo tenerlo aquí, en mi cama.

Diablos. Está otra vez en mi cama.

Esto es lo que él me ha hecho a mí también. Porque tiene razón: yo desde luego iría lento, saboreándolo, arrinconándolo hacia los límites de nuestras corduras. Y así será. Más tarde. Él es la primera y única persona que jamás he deseado con esta desesperación que me consume. Y el deseo recíproco que veo en los escalofríos que le recorren el largo torso, en el estremecimiento que le hace temblar la piel de la clavícula, me da el permiso de encontrarlo allí.

Su sonrisa se suaviza cuando me quedo arqueado sobre él.

–¿Coal?

–Yo también te eché de menos –digo apresurado. Toda la poesía sentimental que él inspira en mí comienza a resurgir. Y creo que, mientras lo devoro otra vez, dejo salir alguna. Los besos se vuelven catequismos de promesas y planes y disculpas. Pero ahora, ahora él se levanta para encontrarme a mí en cada una de esas poesías y dice alguna de las suyas para mí. Y es un trueque, un intercambio, sin secretos ni preocupaciones ni dudas.

Solo nosotros.

•••

Veo una luz dorada a través de los párpados y me despierto de mi sueño, al principio con lentitud, luego con el torrente estremecedor del recuerdo.

Hex.

Volvimos a mi suite anoche.

Dios, mi habitación es un desastre otra vez, pero por una razón diferente y muy superior. Entre la ropa de la que me deshice hay, si lo recuerdo bien, al menos dos fantasmas generados a partir de

magia y tres arañas falsas bastante aterradoras. Todo cortesía de los delirantes insultos de gozo que arranqué de él anoche. En español *y* en inglés, porque soy sobresaliente en esa área.

Sonrío con debilidad y me volteo…

La cama está vacía.

Estallo. Tanteo entre las sábanas, echo un vistazo por la habitación.

–¿Hex?

No hay respuesta.

Él no… No, otra vez no. Rotundamente *no*. Está aquí, en alguna parte, tiene que estar…

Me muevo rápido para buscar el teléfono, se me cae, lo recojo y abro un mensaje no leído suyo.

HEX
No te preocupes, no me he marchado.
Estoy en la habitación de Iris, desayunando.
Ven con nosotros cuando despiertes.

El tsunami de alivio absoluto que me inunda el pecho me hace caer de vuelta en la cama. Incluso me tiembla un poco el cuerpo.

Me río con pena en la habitación vacía.

Okey. Puede que tenga algunos problemas de apego.

Trabajaré en eso.

Me pongo los pantalones del pijama, guardo el teléfono en el bolsillo e intento no salir corriendo de mi cuarto con tanta desesperación.

Es de agradecer que no haya empleados por el corredor justo ahora mientras me apresuro, sin camisa y con el cabello hecho un desastre, hacia la habitación de Iris.

La puerta está entreabierta.

–Iris… Iris, ¿sabes dónde…?

Hex está sentado en el sofá de la suite, con las piernas cruzadas y una taza de té en las manos. Lleva puesta una de mis sudaderas con capucha de Yale y mi ropa interior. Tiene el delineador de ojos

corrido y el cabello suelto sobre un hombro. Levanta la mirada hacia mí rebosante de alegría.

Baja la taza de los labios.

–Te despertaste –dice animadamente.

Atravieso la habitación, salto por el respaldo del sofá, caigo de rodillas sobre los cojines y lo beso de forma bastante descuidada.

–¡Coal! –chilla Iris–. Hiciste que volcara el té por toda la…

–Te fuiste –digo contra los labios de Hex.

Él se aparta, sorprendido.

–¿No leíste mi mensaje? Estabas durmiendo tan placidamente. No quise…

Me lanzo sobre él y vuelvo a atrapar sus labios.

–Lo vi. Pero, aun así, *no estabas*.

–Necesitabas dormir.

–Te necesito a *ti*.

–Me tienes.

–No lo suficiente, no…

Iris carraspea.

Ah. Sí… Esta es su suite.

Me dejo caer sobre el sofá junto a Hex y lo envuelvo entre mis brazos. Mi pecho se relaja. La sensación de su peso hace desaparecer mi ansiedad.

–Me lo robaste –la acuso a ella.

Iris toma una servilleta de la bandeja del desayuno y seca la mancha de té que quedó en la alfombra.

–Sí. Ese ha sido mi plan maestro todo este tiempo.

Hex deja su taza que ahora está vacía sobre la mesa y se vuelve a acomodar contra mí, con la cabeza ladeada para poder mirarme.

Una sonrisa le recorre el rostro. La misma que hace eco en mí. Choco mi frente contra la suya y entierro una mano por debajo del borde de la sudadera para recorrer con mi palma su estómago cálido.

Pero esta vez de hecho sí recuerdo la presencia de Iris, así que la retiro.

–Lo siento. Intentaré ser menos odioso. Tal vez en algunos días. Eh, meses. Necesito descargar.

Iris arroja la servilleta a la bandeja y toma su taza de café. Lleva puesto su pijama violeta, desde luego, de franela calentita. Lo cual es algo *descomunal* para ella. La única vez que la he visto así de indecorosa ha sido en la mañana de Navidad.

–Son tiernos, chicos –dice–. No se detengan por mí. Yo resolveré mis cosas.

–¿Qué cosas? –digo con el ceño fruncido.

Iris mueve la mandíbula a un costado.

Cuando Kris entra en su habitación, la mirada de ella vuela hasta la puerta.

Él se ve… hecho un desastre, a decir verdad. Está claro que no se cepilló el cabello, que lo tiene encrespado. Tiene el pantalón del pijama y la camiseta arrugados, y unas ojeras oscuras por no dormir.

Me incorporo en ese instante.

–¿Estás…?

Me sonríe de manera forzada, exhausta, y se deja caer sobre el sofá a mi lado. Me estrella una caja envuelta para obsequio en el estómago.

Yo toso y él dice:

–Es para que le des a Hex.

–Kris. –Le sostengo la mirada.

Él sacude la cabeza y en ese gesto hay cientos de cosas. "Déjame. Por el amor de Dios, ahora no me preguntes".

Algo ocurrió. Algo…

Iris no quiere mirarme e *intencionalmente* no está mirando a Kris.

Oh, mierda.

–Em… –Toqueteo la caja de regalo.

Kris me lanza una mirada suplicante, una mirada de "habla acerca de cualquier otra cosa".

Sin fuerzas, volteo hacia Hex.

–Yo no… te compré ningún obsequio.

–Yo tampoco te compré uno –replica él, levantando las cejas.

–No, sí que lo hiciste. Regresaste. Pégate un listón en la frente, eso es todo lo que necesito.

–Bueno, lo mismo digo –agrega con una sonrisa.

–Nosotros no le damos obsequios a nadie –comenta Kris. Se apoya el mentón sobre la mano y sus ojos vagan hacia la nada.

–Bueno, sí… Pero eso también debería cambiar, ¿verdad? –Jugueteo con el borde del envoltorio y le digo a Hex–: Todo este asunto se volvió tan dañino y falso como todos los otros aspectos de Navidad. Como sucederá hoy más tarde, que abriremos los obsequios que el personal compró para que le demos a papá y viceversa, y serán cosas falsas y extrañas que se verán bien ante las cámaras. Pero debería haber pensado algo con anticipación para cambiar eso y... ¡mierda!

–Ya lo harás el próximo año –me consuela Hex. Él también mira a Kris y luego a Iris y capta la energía extraña. Pero no parece sorprenderle.

Él lo sabe. A lo que sea que haya sucedido. Ella debió haberle contado.

Kris me da un golpe con el codo. Fuerte. Tanto que gruño.

–Dale el obsequio –dice y yo cedo.

–Está bien, está bien, no me quites protagonismo. –Le entrego la caja a Hex–. Toma. Feliz Navidad. A menos que sea terrible, entonces todo es culpa de Kris.

Hex la toma y comienza a raspar la cinta adhesiva del papel.

Kris y yo lanzamos un gritito al unísono. Nos echamos a reír y, por un momento, la energía extraña desaparece.

–¿Qué? –Hex se detiene, con los dedos desplegados sobre la caja.

–Desgarra el papel –explico.

–¿No lo guardan?

–Es reciclable. *Desgarra el papel*. Es parte de la diversión.

–Bárbaros navideños. –Hex niega con la cabeza, pero obedece y mete los dedos por debajo del borde y jala una tira larga. Da vuelta la tapa y, aunque yo no alcanzo a ver lo que contiene, su expresión estalla con una sonrisa inmensa y cursi.

Una sonrisa dirigida Kris.

–¿Dónde lo conseguiste?

–Tengo contactos. –Kris sonríe ampliamente.

–Ah, sí, los infames mercados negros navideños. –Hex extrae el obsequio de la caja y lo voltea para que Iris y yo lo veamos.

Yo suelto una carcajada. Ella por fin sonríe.

Es una camiseta negra de mangas largas, con un calcetín debajo de la frase "MEREZCO CARBÓN EN MI CALCETÍN". (Desde luego, Coal significa carbón).

–Una vez más, marcado por la Navidad. –Hex se apoya la camiseta sobre el pecho–. Debería ponerme esto hoy, o ¿tal vez sería demasiado descarado?

Tengo tantas respuestas ingeniosas para eso, comenzando con una ocurrencia acerca de cierta parte dura de *su* cuerpo en *mi* cara y terminando con "no te pongas nada de ropa para que de verdad pueda poner carbón en tu calcetín", pero me conformo con acunarme contra él y rozarle el cuello con los dientes.

Kris me golpea la rodilla con la suya.

–Wren arregló reuniones con las Festividades de invierno, los jefes de nuestras Casas nobles y… –titubea, mira rápidamente en dirección general a Iris antes de volver a concentrarse en mí–. Y con el rey Neo. La primera es con las Festividades de invierno en una hora, antes de todas nuestras obligaciones del día de Navidad. –Una pausa–. Papá dijo que estará allí.

Le echo un vistazo a Iris.

–¿Cuán involucrada quieres estar en estas reuniones?

Sus ojos buscan los míos.

–No he hablado con mi padre todavía. Pero me gustaría oír qué tiene para decir. Como tu amiga, y como… –Su respiración es estable y decidida–. Y como representante de Pascuas.

No ve mi sonrisa orgullosa cuando su mirada baja para quedarse fija en su café.

–Bueno. Bien –digo con lentitud y saltando con la vista entre Kris y ella una vez más.

Ahora, ninguno de los dos me mira.

Eh...

–Bien –digo otra vez con más dudas aún–. Supongo que debería ir a prepararme y dejar que ustedes…

Kris se pone de pie de un salto y sale disparado como un *cohete* del sofá.

–Yo también. Los veré allí. Feliz Navidad y toda esa mierda.

Se apresura para salir de la habitación antes de que yo pueda siquiera pronunciar la primera letra de su nombre.

Lanzo otra mirada a Iris. Todavía tiene la mirada fija en el café, como si este fuera a contarle los secretos del universo.

Ay, no.

–¿Quieres hablar de eso? –pregunto.

–Podemos hablar después de todas esas reuniones –responde. Luego posa la mirada en mi pecho desnudo–. Sería preferible que para ese entonces lleves ropa.

Yo le sigo la mirada y veo un punto que parece un magullón en mi pectoral derecho y otro que está casi justo por encima de mi ombligo.

Un calor se me acumula en la parte baja de mi barriga y reprimo una sonrisa de satisfacción para conmigo mismo. Miro de soslayo a Hex, quien mira al techo con una obstinada falsa inocencia.

–Más tarde –gruño para él, y las comisuras de sus labios laten hacia arriba.

Vuelvo a voltearme y me muevo hacia el borde del sofá.

–Chupetón o no…

–Agh. –Ella frunce la nariz.

–… puedes hablarme. –Me pongo serio–. Sé que él es mi hermano, pero tú eres…

–Coal, si no te vas te lanzaré un huevo. –Abre los dedos y un huevo pintado aparece en su palma. Margaritas sobre la cáscara rosada.

Entrecierro los ojos en dirección a ella. Tiene la misma expresión que Kris tenía en el rostro. Una súplica silenciosa de "no me hagas hablar de ello".

Levanto las manos, me rindo.

–De acuerdo. Pero no hemos terminado.

El huevo desaparece.

–Te juro que estoy bien. –Bebe un sorbo de café y me muestra una sonrisa forzada–. Ve. Tienes muchas cosas que hacer. Ahora eres una persona muy importante, príncipe Nicholas.

–Tú eres más importante. –Le sostengo la mirada.

Ella se suaviza. Luego lo fulmina a Hex.

–Lo has vuelto cursi. Qué asco.

–Haré lo mejor que pueda para volver a convertirlo en un cínico, pero no prometo nada. –Hex le guiña un ojo y me ayuda a pararme. Nos marchamos, pero en el momento en que llegamos al pasillo y se cierra la puerta de Iris, giro hacia él.

–¿Tú sabes qué ocurrió? ¿Ella te contó? ¿Qué…?

Él se alza en puntas de pie y me besa.

–Ve a hablar con tu hermano.

–¿Qué? –Me aferro al cuello de su sudadera–. Espera.

¿Regreso a mi habitación para besuquearnos con Hex?

¿O voy a la de mi hermano para hablar de su pena?

Tomo mi teléfono.

COAL
qué carajo ocurrió

KRIS
Nada.
En la cocina ya no hay Nutella.
Eso es todo.
Estoy hecho pedazos por eso.

COAL
kris
no intentes hacerte el gracioso, no es lo tuyo

KRIS
En serio, Coal.
No importa en este momento.
Podemos hablar más tarde.

Me estoy cansando de las personas evasivas.

Hago una mueca.

–Le confesó sus sentimientos, ¿verdad?

–Es posible –dice Hex con un suspiro.

–¿Es posible?

–Como dijiste tú una vez, no es mi secreto para revelarlo.

–Uh, mi honor te está infectando.

–Prefiero pensar que ya poseía mi propio sistema de honor antes de que te involucraras conmigo. Ahora… –Echa un vistazo en la dirección por la que Kris debería haberse ido, y agrega–: Ve. Y no te quiero de vuelta en la habitación hasta que tengas que vestirte.

–Vestirme, buuu.

Doy un suspiro.

–Yo también me opongo moralmente a la idea. –Coloca con delicadeza la yema de un dedo junto al chupetón en mi pectoral y, mientras lo observa, el calor y el apetito que intensifican su expresión me provocan *cosas*.

Tomo distancia, negando con la cabeza, ignorando con fervor el hecho de que llevo el pantalón holgado de pijama y nada más, pero el pasillo está vacío a excepción de nosotros.

–Eres un problema, príncipe Hex. Creo que creé un monstruo sexual.

Él se echa a reír y no puedo ni imaginarme que ese sonido deje de ser uno de mis favoritos.

–¿Te estás quejando?

–Qué diablos, no. Me estoy atribuyendo el crédito despiadadamente.

–Bueno, entonces este monstruo es ahora tu entera responsabilidad.

Mía entera.

La broma se va apagando poco a poco mientras lo miro atento por un segundo, contemplando esos ojos inmensos.

–Sí… lo eres –digo con una sonrisa de lado.

Él se sonroja.

Me alejo un paso más, pero me vuelvo hacia él justo cuando se dirige hacia mi suite, lo tomo por la cintura, lo giro hacia mí y lo beso en el pasillo, porque ahora puedo hacerlo, porque nunca, jamás, me cansaré de hacerlo.

–Después de que pase la Navidad… –Levanto la capucha de su sudadera (mi sudadera) y quedamos encerrados–. Creo que será necesario enviar una misión diplomática a Halloween.

Él frunce la nariz con la sonrisa más inocente y encantadora.

–Creo que puedo encargarme de eso.

–Bien. Tengo una lista de requisitos. Haré que mi personal la envíe al tuyo.

–No espero menos. Navidad es bastante exigente.

–Uno, no permitiré… Aguarda, conque somos *exigentes*, ¿eh?

Me impulso hacia adelante para morderle una oreja y él grita.

–¡Ve a hablar con tu hermano! –Hex me da un empujón y yo se lo permito. Me tambaleo hacia atrás con una sonrisa boba y el pecho encendido, y Dios, estoy tan enamorado que podría desmayarme.

–¿Y luego? –pregunto, alejándome por el pasillo.

–Y luego… –dice él. Y lo deja así, cargado de insinuaciones. Vuelvo a girarme con un quejido de derrota exagerado.

–¡Mi novio es increíblemente sexy! –grito por encima del hombro mientras corro por el pasillo.

Hex suelta una risa jadeante.

–¡Y mi novio no tiene sentido del decoro!

Me vuelvo hacia él otra vez, y todo lo que puedo hacer es dejar que él vea lo loco de feliz que me ha hecho. Va a tener que acostumbrarse a que lo avergüence todo el tiempo.

Ya no tenemos que ocultarnos. No tenemos que mentir. Puedo gritar todo tipo de tonterías románticas desde las azoteas y eso haré. Se lo anunciaré a cualquiera que pueda escucharnos y yo mismo crearé los titulares para los periódicos.

EXDESASTRE HUMANO HA SIDO AZOTADO SIN PIEDAD POR UNA CONTRADICCIÓN ANDANTE DE OSCURIDAD, LUZ DE SOL, MORBOSIDAD Y ALEGRÍA

Eh, demasiado extenso, pero él me hace querer ser poético. Tal vez:

EL PRÍNCIPE DE NAVIDAD ADMITE HABER ESTADO A PUNTO DE COMETER CRÍMENES DE GUERRA, TODO POR CULPA DE LOS CHALECOS TIPO CORSÉ, EL DELINEADOR NEGRO Y LAS

COSAS QUE EL PRÍNCIPE DE HALLOWEEN PUEDE HACER CON LA LENGUA

No, tendrá que ser simple. A veces, la sencillez es todo lo que necesitamos. Algo como:

EL PRÍNCIPE COAL DE NAVIDAD ESTÁ LOCAMENTE ENAMORADO DEL PRÍNCIPE HEX DE HALLOWEEN

Sí.

Creo que ese es el que mejor encaja.





AGRADECIMIENTOS

No sé si lo han notado, pero los últimos años han sido horribles.

En algún punto entre los acontecimientos únicos en la vida número diecisiete y dieciocho, decidí que ya no podría lidiar con ellos si seguía escribiendo libros de alta fantasía seria. No es que haya algo malo con los libros de alta fantasía seria, es solo que no iban con mi estado mental. Lo que sucedía en el mundo era grave y denso y, *maldita sea*, mi escape no podía ser así también.

Siempre había querido escribir un libro de Navidad y durante años había intentado encuadrarlo en una fantasía seria de estilo épico (no, en serio: había reinos basados en festividades y pequeños dulces de menta antropomorfos usados de mascotas, pero juro que era un libro de alta fantasía muy serio, si bien nunca logró encontrar su equilibrio). Pero en medio de aquellos eventos *únicos en la vida* que mencioné antes, pensé: ¿qué sucedería si, en cambio, ese libro de Navidad fuera tonto? Y no solo tonto, sino una comedia romántica completa en la que podría permitirme exprimir juegos de palabras y bromas y absurdos y dar rienda *suelta* a cualquier cosa pequeña que me hace feliz.

Así que lo intenté. Qué demonios, ¿verdad? Ya estaba escribiendo sobre personas con dulces como mascotas. No era tan descabellado ponerme a hacer bromas sobre elfos traviesos.

Y funcionó.

Funcionó tan bien que me enamoré como una loca y una estúpida de un libro, de una forma que no había hecho desde mi debut.

Pesadilla bajo el muérdago se convirtió en todo lo que no sabía que había estado echando de menos, no solo en mi carrera, sino en mi escape. Me permitió recapturar la alegría de un modo que todavía siento como algo preciado, algo tan encantadoramente irreverente que no puedo evitar sonreír como una tonta cada vez que hablo de él. Volqué todo lo que tengo en este libro, desde mi sentido del humor (Coal es lo que está adentro de mi cabeza, digamos que todo el tiempo), aspectos de mí que aún no había compartido con nadie y que solo había comenzado a identificar, hasta mis habilidades como escritora. A través de Coal, Kris, Iris y Hex encontré una extraña y obstinada llama de alegría. Y he estado alimentando esa llama de una manera cursi desde ese entonces, esperando con toda mi intención poder compartirla con otras personas.

Voy a comenzar estos agradecimientos con una nota bien sentimental para establecer lo mucho que este libro y su producción significan para mí. Agradezco a mi agente, Amy Stapp, con mi sinceridad más extrema por tolerarme a través de este viaje y soportar mis tan variados colapsos emocionales cuando las primeras versiones del manuscrito coleccionaban rechazos y yo me puse en modo crisis. Eres la definición de elegancia bajo presión y sé que te puse bajo presión con este libro. Gracias por seguirme hasta el final y siempre creer en mí.

Gracias a Monique Patterson. Jamás dejaré de sentir esa emoción de *puta madre* cuando veo un correo tuyo en mi buzón. Eres cada pieza de la poderosa fuerza editorial de tu reputación, y más que eso. Eres amable y alentadora y cada interacción contigo me hace sentir por demás agradecida de estar en tus manos. En serio, ¿cómo fui tan afortunada?

A Mal Frazier, quien todavía no estoy convencida de que no sea en realidad Brennan Lee Mulligan (¿quién más conoce tantos datos al azar y específicos de un modo tan fantástico?). Tu entusiasmo por *Pesadilla* es estimulante y muy, muy apreciado.

A Taryn Fagerness, por llevar a *Pesadilla* al mundo, como si fuera mi Santa Claus personal.

A Lilith Saur, por el arte asombroso que engalana esta portada.

A Caro Perny, por darle el nombre a este libro y ser su paladín desde el inicio.

A todas las encantadoras personas del detrás de escena que tomaron esta comedia romántica de mi alma y le dieron vida: Lani Meyer, Megan Kiddoo, Greg Collins, Jim Kapp, Melissa Frain, Katy Miller, Jordan Hanley, Caroline Perny y Lesley Worrell.

Alison Dasho, cuya emoción fue al mismo tiempo la primera pieza del dominó y un bote salvavidas. Estaré por siempre en deuda contigo.

Kristen Lippert-Martin, Lisa Maxwell y Jaye Robin Brown: ustedes estuvieron allí para las primeras versiones de este libro y no se sorprendieron ni por un segundo cuando les conté que iban a publicarlo. Hashtag Vegas, perras.

Kristen Simmons (tengo muchas Kristens gloriosas) y Beth Revis, dos criaturas maravillosas con quienes he tenido el placer de coescribir libros de alta fantasía seria. Dos personas que me han tolerado haciendo malabares con dichos libros mientras descubríamos este tonto lado romántico también. Adoro cada parte de ustedes dos.

Erin Bowman, hermana de agencia (¡¡todavía celebrando!!) y una absolutamente fantástica humana.

Cait Jacobs, quien leyó una versión muy, pero *muy* precoz de este libro y habló con mucho entusiasmo de él. Estoy tan agradecida que BookTok nos haya reunido. Mi vida es mejor desde que te conocí.

A mi familia, quienes siempre se *emocionan tanto* por mí, aunque dudo que la mayoría de ellos esté cómoda en leer un libro en el que escribí, ejem, escenas que sin duda *no* tienen fundido negro: Doug, Mary Jo, Melinda y, sí, Alonna también (pero Alonna, como tu tía, debo rogarte que nunca *jamás* leas mis comedias románticas para adultos, por la salud mental de ambas); Brenda y Barb; Lisa; Debbie; Dan y Annette. Y, por último, pero no menos importante, Kelson y Oliver, aunque Oliver de seguro *tampoco* leerá este libro, pero se entusiasmó muchísimo con la idea de que estaba escribiendo un libro de Navidad y Halloween y no hay nada mejor que quedar como una heroína ante la mirada de un niño de siete años.

No había hecho una lista de agradecimientos así de tierna desde… jamás. Antes de que comenzáramos a medir el tiempo en *antes*. Sé que me olvidé de personas y sé que me acechará cuando comiencen a surgir nombres después. Pero estoy extremadamente agradecida con todos y cada uno de los que me ayudaron a lograr que este libro saliera al mundo.

Hablaba en serio cuando dije al principio: Este libro es para ustedes.

Espero que les traiga aunque sea una fracción de la alegría que me trajo a mí.

Índice

Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Agradecimientos



¡QUEREMOS SABER
QUÉ TE PARECIÓ
LA NOVELA!

Nos puedes escribir a **vrya@vreditoras.com**

Encuéntranos en

tiktok.com/vreditorasya

facebook.com/vreditorasya

twitter.com/vreditorasya

instagram.com/vreditorasya

Raasch, Sara Pesadilla bajo el muérdago / Sara Raasch. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : V&R, 2026.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online Traducción de: Marina Andrea Raimundo.
ISBN 978-631-300-860-5

1. Novelas Románticas. 2. Narrativa Fantástica. I. Raimundo, Marina Andrea, trad. II. Título.
CDD 800

Dirección editorial: María Florencia Cambariere **Edición:** Melisa Corbetto **Corrección:** Ailén García **Coordinación de gráfica:** Leticia Lepera **Diseño de interior:** Florencia Amenedo **Arte de tapa:** Lesley Worrell **Ilustración de portada:** lilithsaur **Conversión a formato digital:** Estudio eBook © 2024 Sara Raasch © 2026 V&R Editoras
www.vreditoras.com
Publicado en español según acuerdo con Taryn Fagerness Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, SL

ARGENTINA

Florida 833, piso 2, of. 203
(C1005AAQ) Buenos Aires Tel.: (54-11) 5352-9444
e-mail: **editorial@vreditoras.com**

MÉXICO
Dakota 274, Colonia Nápoles, C. P. 03810
Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México Tel.: 55 5220-6620 • 800-543-4995
e-mail: **editoras@vreditoras.com.mx**

Primera edición: noviembre de 2026

ISBN 978-631-300-860-5

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios

electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión, sin previa autorización escrita de las editoras.

EDITORAS

Seguinos en tu red favorita



VR.editoras



Casa de corazones

Arndt, Skyla
9786313006274
296

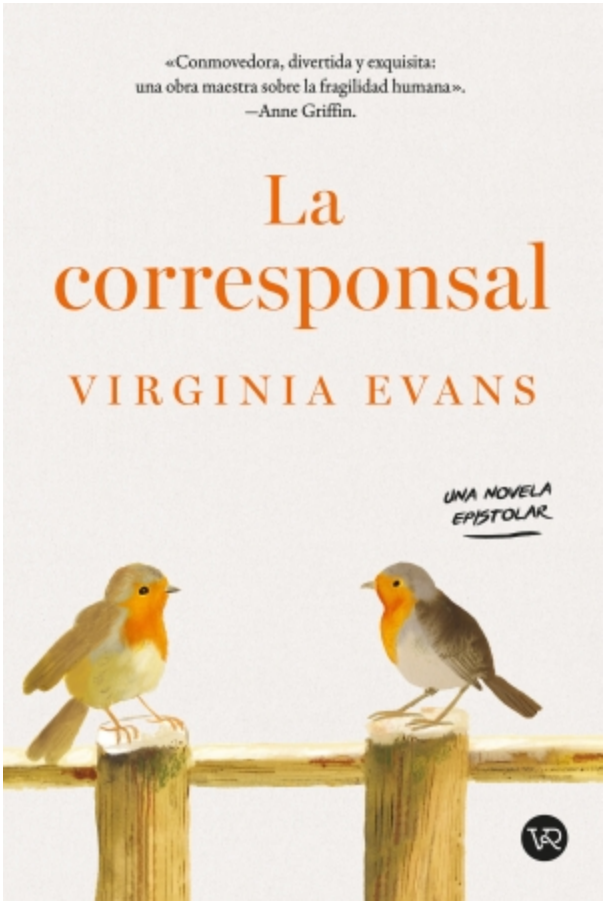
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Maldita. Prohibida. Perseguida. Violet Harper sabe que su mejor amiga fue asesinada. Aunque todos se empeñan en asegurar que fue un hecho fortuito, Emoree dejó enigmáticos mensajes que involucran en su muerte a una escuela de élite, un chico al que no debía amar y una sociedad secreta...

Decidida a descubrir la verdad, Violet se infiltra en la **Academia Hart.** Sin embargo, no esperaba que en el centro de la intriga estuviera Calvin Lockwell, el arrogante descendiente del fundador del lugar. Y el hermano su principal sospechoso. Incluso cuando siente una innegable e inquietante atracción por él, Vi sospecha que su familia oculta un secreto que podría trascender este mundo. Y, de repente, se encuentra siguiendo los pasos fatales de su amiga dentro de la madriguera del conejo.

Mientras una maldición mortal azota a la academia, la chica no podrá escapar de sus verdaderos sentimientos por Calvin. Pero amarlo puede ser lo último que haga en su vida.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La corresponsal

Evans, Virginia
9786313005796
376

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

«Imagine: las cartas que uno envió al mundo y las que recibió de vuelta son como piezas de un rompecabezas magnífico... ¿No hay algo maravilloso en eso? Pensar que la historia de una vida queda preservada de alguna manera, que esta misma carta podría significar algo algún día, aunque sea algo pequeño, para alguien».

Durante toda su vida, **Sybil Van Antwerp** ha utilizado la correspondencia para dar sentido al mundo y a su lugar en él. Casi todas las mañanas, alrededor de las diez y media, se sienta a escribir cartas: a su hermano, a su mejor amiga, al rector de la universidad que no le permite asistir como oyente a una clase que desea cursar, a Joan Didion y a Larry McMurtry para decirles lo que piensa de sus últimos libros, **y a una persona a la que le escribe a menudo, pero a la que nunca le envía las cartas.**

Sybil ha vivido una vida plena como madre, abuela, esposa, mujer divorciada y abogada prestigiosa, y espera que su mundo siga como siempre. Pero cuando la correspondencia de alguien de su pasado la obliga a examinar uno de los períodos más dolorosos de su vida, se da cuenta de que la carta que ha estado escribiendo durante años debe ser leída y que no podrá seguir adelante **hasta que encuentre en su corazón la capacidad de perdonar.**

La corresponsal es una joya literaria sobre el poder de encontrar **consuelo en la literatura** y la conexión con personas con las que tal vez nunca nos encontremos. Y aunque la vida epistolar de Sybil

Van Antwerp pueda parecer «algo insignificante», puede ser también **uno de los personaje más memorables sobre los que jamás hayas leído.**

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



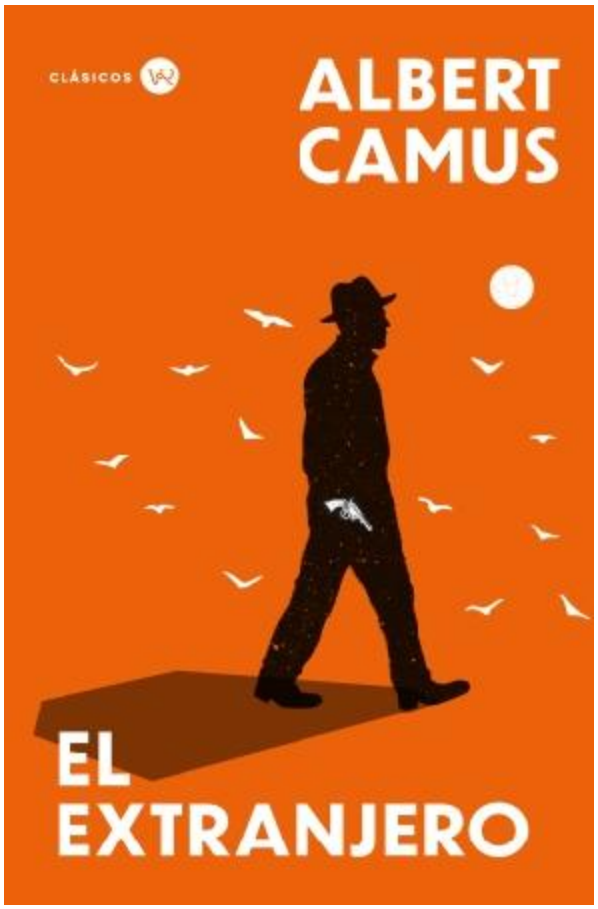
No estás en la lista

Espach, Alison
9786313003389
480

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Es un día precioso en Newport, Rhode Island. Phoebe Stone llega sola al majestuoso Cornwall Inn con un vestido verde, tacones dorados y sin ningún equipaje. Todos en el vestíbulo piensan que es una invitada más a la boda, pero en realidad es la única huésped que no está allí para ese gran evento. Ha ido al hotel porque llevaba años soñando con ese viaje y esperaba compartirlo con su marido, pero ahora está sola, tocando fondo y decidida a darse el último lujo de su decadente vida. Mientras tanto, la novia ha previsto cada detalle y cada posible desastre que pudiera depararle este fin de semana, excepto una cosa: Phoebe y su plan. Sin embargo, contra todo pronóstico, las dos mujeres se ven dispuestas a compartir sus secretos más íntimos desde el mismo instante en que se conocen. Con momentos que van desde lo absurdamente cómico hasta lo desgarradoramente tierno, No estás en la lista de Alison Espach es, en última instancia, una mirada matizada y conmovedora sobre los caminos sinuosos que podemos tomar hacia lugares que nunca imaginamos y sobre los encuentros azarosos que a veces son necesarios para reconducir nuestra vida.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



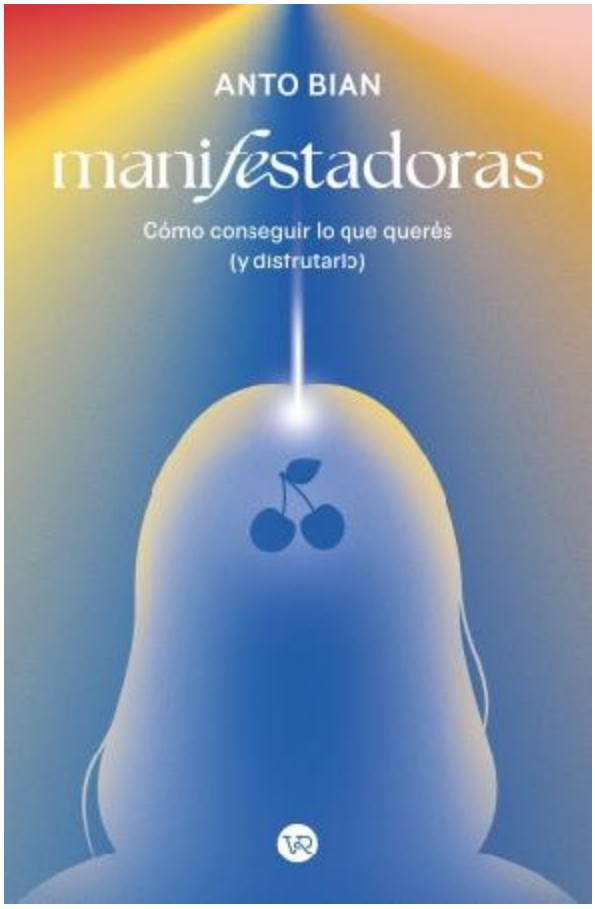
El extranjero

Camus, Albert
9786076372104
128

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un hombre pasivo y ajeno al mundo recibe la noticia delfallecimiento de su madre. Pero esto parece no afectarle. Sufalta de interés por la vida y la muerte lo muestran como un serextraño y diferente a los demás.Sus días transcurren entre curiosos personajes y rutinashasta que comete un crimen sin motivo aparente. Lo quedesencadenará un juicio y una serie de reflexiones en torno a laexistencia, la responsabilidad y el sentido de la vida.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Manifestadoras

Bian, Anto
9786313007981
136

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Conseguir lo que deseás es solo la mitad del camino. La otra mitad, la que nadie te cuenta, es qué hacer cuando el deseo ya es tuyo, pero tu cuerpo todavía no sabe recibirlo.

En estas páginas, Anto Bian abre la puerta a un territorio que casi

nadie recorre: el de aprender a habitar la vida que tanto pediste. A través de escenas íntimas y una historia personal que arranca con un derrumbe absoluto en 2020 —entre un despido, la depresión y un sillón en Belgrano—, la autora cruza la neurociencia y la física cuántica con las enseñanzas de Joe Dispenza y Neville Goddard para desarmar el mito de que manifestar es difícil.

Por eso este no es un manual más de teorías abstractas para dejar juntando polvo en tu mesa de luz: en *Manifestadoras*, vas a encontrar un método real que se siente como magia. Sin solemnidad y sin vueltas, esta lectura te invita a pensar, sentir, incomodarte y empezar a sostener la vida que creías imposible.

Porque si fue posible para ella, también es posible para vos

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Índice de contenido

Cubierta

Sobre este libro

Sobre Sara Raasch

Portada

Dedicatoria

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

Capítulo nueve

Capítulo diez

Capítulo once

Capítulo doce

Capítulo trece

Capítulo catorce

Capítulo quince

Capítulo dieciséis

Capítulo diecisiete

Capítulo dieciocho

Capítulo diecinueve

Capítulo veinte

Capítulo veintiuno

Capítulo veintidós

Agradecimientos

Índice

Créditos


Cubierta